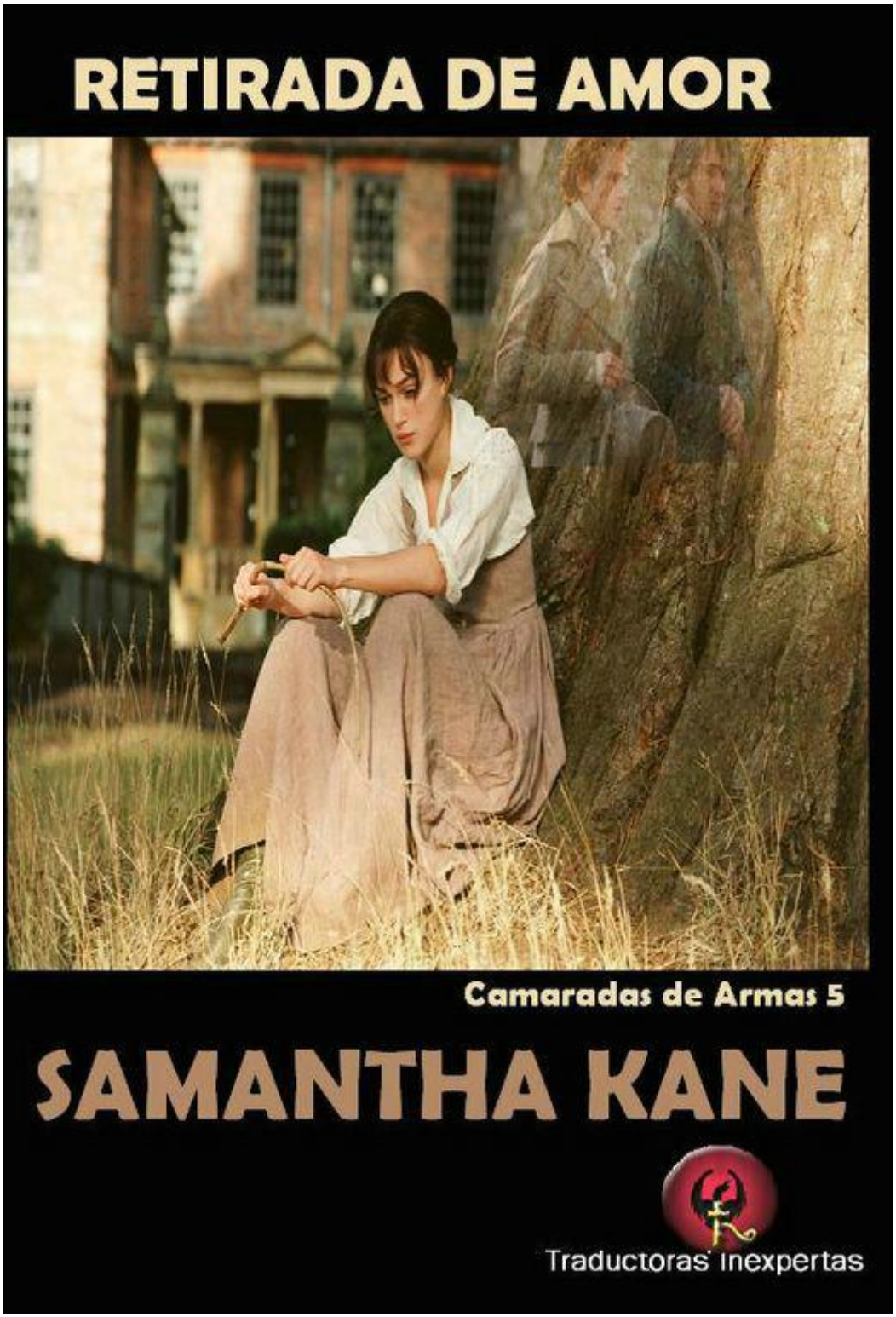

RETIRADA DE AMOR
Camaradas de Armas 5
SAMANTHA KANE
Traductoras Inexpertas

RESUMEN

Brett y el duque de Ashland, Freddy, han regresado. Cada uno trae su propia carga. Freddy ama a Brett, el mejor amigo de su hermano Bertie.

Brett vive con el ardoroso recuerdo de las tiernas cartas de Anne, la novia de la infancia de Bertie. ¿Puede alguien enamorarse a través de unas cartas?

Sí. Brett lo ha hecho.

Cuando ambos encuentran a Anne, la hija del reverendo de Ashton Park, en Derbyshire, bañándose desnuda en la laguna. Cada uno de ellos debe replantearse sus sentimientos.

Los recuerdos de la guerra y el dolor que dejaron detrás atormenta a los tres por igual. Mucho se interpone entre ellos y la realidad de sus sentimientos.

¿Puede Freddy convencer a Brett de su amor?

¿Puede acaso Freddy aceptar que Anne puede ser su hermanastra?

¿Y Anne? Aceptará que tiene una vida llena de amor esperando por ella cuando ya había aceptado que por siempre sería la mujer manchada de Ashton Park?

¿Pueden soñar en construir una vida de a tres?

En la guerra una retirada es una derrota; en el amor, es solo retomar impulso y lanzarse con todo en su búsqueda.

Brett, Freddy y Anne tendrán mucho con que luchar si quieren vivir su amor en plenitud.

CAPÍTULO UNO

12 de abril de 1810

Mi queridísima Anne,

¡He encontrado el mejor joven que pueda encontrarse! Su nombre es Teniente Brett Haversham. Creo que te gustaría, Anne. Es brillante y un excelente y valeroso soldado. Es tranquilo, pero se ríe de todas mis bromas y me cubre cada vez que lo necesito. No en la batalla, pero sí en mi aburrimiento. Me obliga a estar tranquilo demasiado a menudo. Tú me conoces, Anne, eso me lleva a la travesura. El comandante Richard dice que es cosa buena en un Teniente. Además Haversham me ha tomado bajo su ala o estaré en una corte marcial antes que los viejos Bonys[1] agiten una bandera blanca…

Ni siquiera Brett puede lograr que deje de echarte de menos, Anne. Sueño con tu suave piel y atractivos labios todas las noches. Con la forma en que brillan tus ojos azules cuando alzas la vista y me miras bajo la luz de la luna. Hace tanto tiempo que no siento tus suaves brazos rodeando mi cuello y tus labios contra los míos. ¿Puede haber un hombre más tonto que yo, que haya dejado todo eso para venir al infierno de una guerra?

Tu más fiel servidor…

Bertie

[1] Se llamaba así a los seguidores de Bonaparte. No olvidemos que los hechos de toda la serie Camaradas se ubican temporalmente en las postrimerías de las guerras napoleónicas. (N. T.)



Junio de 1817

Ashton Park, Derbyshire

—¡Hola!

Anne giró en el agua tibia de la charca, sus brazos volaron al instante para cubrir sus pechos desnudos. Su jadeo fue genuino. No había esperado ser interrumpida esta tarde. Jamás venía nadie a la charca. Sólo ella y sus memorias.

El forastero rió suavemente en medio del pequeño puente de madera donde había detenido su caballo. Él se inclinó hacia adelante en su silla.

—Puedo ver que interrumpo. ¿Me voy?

La sorpresa inicial de Anne cesó rápidamente. No era como si un hombre no hubiese visto sus pechos desnudos antes. Y éste era hermoso. Sin duda él había visto a muchas mujeres desnudas en su tiempo. Su pelo era negro con un brillo de fuego bajo la luz del sol, amplios hombros y por supuesto, una sonrisa devastadora. Era irresistible y él lo sabía. Las alarmas sonaron en su cabeza, pero, como siempre, ella no les hizo caso y rió.

—No lo sé, señor —ella contestó con un tono descarado en su voz—, ¿tiene que ir a algún lado? —ella disfrutó de su expresión sorprendida. Probablemente había esperado que ella sonriera con afectación y se ruborizara. Francamente, ¿los hombres piensan que son los únicos que se hicieron solos? Siempre se acercaban cautelosamente, como un cazador ante una presa. Anne no estaba interesada en la persecución. Estaba interesada en ser follada. Y

había pasado mucho tiempo desde la última vez.

El forastero limpió su garganta, y Anne percibió la risa que intentaba cubrir.

—Bien, no, en realidad. No tengo nada para hacer el día de hoy. Excepto, desde luego, ayudarle a pensar cómo va a salir de esa charca sin nada de ropa.

Anne ociosamente se preguntó si sería un amigo de Freddy. Ella mentalmente sacudió su cabeza. No, no debía llamarlo Freddy nunca más. Ahora era el Duque de Ashland. Había oído que había regresado a Ashton Park. La charca estaba en el medio de Park, aunque lejos de la casa, era una presunción lógica pensar que el forastero era un invitado allí.

—¿Señorita?

La voz preocupada del forastero penetró en las reflexiones de Anne. Ella rió para cubrir su distracción.

—Realmente no se me ocurre ni una sola cosa. Estoy bajo su piedad, Señor, ¿tiene alguna idea para sacarme de mi caliente y mojada… prisión?

Ella sintió la entrada aguda de aliento. Obviamente había sido tomado con la guardia baja y había comprendido que no iba a tener que seducirla. No podía haber dejado más en claro que era ella quien tomaba. Y eso se sentía bien, realmente bien, complacerse por las delicadas y sutiles bromas de la negociación sexual otra vez.

Él se acomodó en la silla, y Anne fue golpeada otra vez por la anchura de sus hombros. Lucía increíblemente fuerte y viril. *Por favor no dejes que ello te moleste*, pensó con arrepentimiento. Entonces él giró para mirar a su alrededor y Anne vio el juego de músculo y tendones bajo su apretada chaqueta a la moda y casi suspiró con la anticipación. Cuando él volvió su cara había tomado los bordes duros del deseo, y su mirada era definitivamente depredadora.

—Si yo fuera un caballero, le ofrecería mi abrigo.

Anne sintió un tembloroso escalofrió bajar por su espina al escuchar el áspero timbre de su voz, en la insinuación de que no sería un caballero con ella. Ella cabeceó seriamente.

—Sí, si fuera un caballero, me traería su abrigo.

Su risa esta vez la atrapó con la misma velocidad con que encendía la sangre de Anne.

—Entonces cueste lo que cueste jugaré al caballero.

Él guió ociosamente su caballo a través del puente y hasta un pequeño sector de tierra. Allí pudo verlo mejor. Pómulos altos, fuertes, una nariz larga, amplia, sensata, una boca generosa con labios bruscamente definidos, realmente era hermoso. El hoyuelo profundo en su barbilla sin duda destacaba algún rasgo frívolo pero sólo lo hacía parecer más masculino, no menos. Anne le miraba tan estrechamente que inmediatamente notó la torpeza con la que desmontó. Él dejó caer las riendas y giró hacia Anne, y ella notó que cuidaba su pierna izquierda. ¿Acaso había sido herido recientemente? Ella estuvo a punto de preguntarle cuando él comenzó a desabotonar su chaqueta y la boca de Anne se secó. ¿Ella realmente iba a hacer esto? Había estado con hombres antes, pero nunca con un forastero cuyo nombre le era completamente desconocido, y nunca afuera, en mitad del día. Antes de quitarse la chaqueta, hizo una pausa, como si sintiera su indecisión. Le estaba dando la posibilidad para terminar su interludio antes de que comenzara, y eso la empujó hacia adelante.

—Me está dando frío —le dijo ella, su voz insinuaba una invitación.

—No podemos permitir eso —su tono era ligero, pero sus movimientos nerviosos mientras se quitaba la chaqueta de sus brazos. Se movió hacia el agua y su cojera fue bastante pronunciada.

De repente la visión de Anne se oscureció mientras ella reunía

las pistas. Había visto al forastero caminar hacia ella, sus finas botas abrían el agua, como un túnel. Su pelo negro, su sonrisa malvada, *Ashton Park, la cojera, Dios, la cojera*. *Regresó. Brett Haversham*. Y él no tenía ninguna idea de quién era ella. Ni le preocupaba. Sintió huir la sangre de su cara y sus manos comenzaron a temblar.

Su propia promiscuidad fue olvidada mientras montaba en cólera. *Perro callejero*. Él iba a levantarse a una mujer, desconocida, *aquí, aquí, dónde ella vivía.* Donde él sabía que vivía… ¡Y se veía bien, demonios, muy bien! Ni horriblemente desfigurado ni inválido. Y sólo tenía una estúpida cojera… Durante todos estos años ella lo había imaginado débil y postrado en cama. Y él estaba bien. Su pena, su alivio, su cólera, todo se unió en una rabia candente. Lo vio congelarse y mirarla de una manera extraña mientras ella bajaba sus brazos y marchaba sobre él. No podría detenerla así como Napoleón no pudo con Wellington. Él le presentó su abrigo y ella lo agarró, pero no se detuvo. Ella marchó directamente hasta él y le pegó en la cara con la mano con tanta fuerza como pudo.

—Bastardo —silbó ella, y Brett retrocedió ante el veneno de su voz. Ella levantó su brazo otra vez y Brett lo agarró, parando su golpe.

—¡Anne! —Él oyó gritar y su mundo se vino abajo. Golpeó el agua con fuerza, doblando su pierna. Sólo le llevó un momento comprender que era Anne quien se soltaba del agarre de su brazo y no por la revelación desbastadora de su identidad sino porque no la había sostenido con suficiente fuerza.

—¡Anne! —Freddy la llamó y Brett giró para verlo lanzarse de su alta montura, corriendo hacia el agua. En un segundo Freddy estuvo de pie sobre la orilla, la indecisión estaba escrita claramente sobre su cara. ¿Debía ayudar a Anne o a Brett? Brett necesitaba su ayuda. Había aterrizado con fuerza sobre su pierna mala. No estaba

seguro que pudiese ponerse de pie solo.

Anne luchaba con su chaqueta, el frente apenas cubría su sexo y el nido de brillantes rizos negros que había vislumbrado allí. Sus piernas se enmarcaban en la cola de su abrigo, largas y suaves, con unas pantorrillas esculturales y rodillas arrugadas. Su piel era tan blanca que era casi translúcida en comparación con los rizos en su cabeza, que de tan oscuros parecían casi negros. Bertie había tenido razón, era condenadamente magnífica. Y él casi la había follado en la hierba como una maldita puta.

Ella golpeó sus mejillas con ambas manos y Brett comprendió que ella lloraba. Él la había hecho llorar. Había pasado los últimos cinco años alejado sólo porque no quería hacerla llorar y lo había hecho de todos modos.

—Anne, querida —le suplicó Freddy, pero ella sacudió su cabeza, cortándolo.

—Freddy —ella jadeó—. Oh Freddy —agarró las solapas del abrigo y las tiró cerrándolas con fuerza, sin darse cuenta que eso acortaba el abrigo hasta hacer revelar los gruesos rizos que goteaban agua entre sus piernas. Brett vio la mirada fija de Freddy mientras la miraba hacia abajo y la protesta que rodó dentro de suyo lo hizo enfadarse consigo mismo, con Freddy y en el mundo.

—Digo, Su Gracia —masculló Anne mientras limpiaba su nariz con su manga. El gesto era tan afligido, tan inseguro que Brett intentó ponerse de pie, necesitaba acercársele. Pero su pierna se hizo presentó y él cayó de nuevo.

—¡Brett! —Freddy se precipitó en el agua para ayudarlo a erguirse. Cuando él se levantó y ambos giraron para mirarla, ella se había ido.

Freddy no estaba seguro de qué hacer con la situación. Nunca había esperado encontrar a Anne aquí. Había pensado que ellos la

visitarían en la casa de su madre, realizaría las presentaciones formales y seguiría el protocolo. Cuando había atravesado los bosques y la había visto caminar desnuda y mojada hacia Brett, quien estaba de pie en el agua, hipnotizado, el corazón de Freddy había saltado con alegría y un profundo sentimiento de pérdida. Ellos no lo necesitaron para reconciliarse. Pero luego ella había pegado con su mano a Brett y Freddy se había sorprendido.

Había pasado ya casi un año desde que Freddy había encontrado el bulto de cartas ocultas en el escritorio de Brett entre sus papeles. Veinte de ellas dirigidas a Anne pero nunca enviadas. Freddy había roto cada código de honor que seguía para continuar leyéndolas. Tenían fechas muy irregulares. Parecía que Brett las había escrito inmerso en una profunda melancolía. Las cartas rompieron su corazón de muchos modos. Brett nunca había compartido aquellos sentimientos con Freddy. Lo que las cartas representaban, sin embargo, era lo que había puesto a Freddy en el presente curso. Brett estaba enamorado de Anne. Al parecer ya desde antes de que el hermano de Freddy, Bertie muriera y Brett fuese herido. No era asombroso que Brett lo hubiera empujado lejos todos estos años.

Entonces Freddy había buscado la forma de reunirlos a los dos. No había mencionado una sola palabra a Brett. Durante muchos meses se había sentido consternado buscando encontrar a Anne. Había ido a visitar a unos primos distantes cuando él y Brett habían venido a Ashton Park por una visita muy breve. Brett no tenía ni idea de que Freddy conocía su secreto. Y ahora el maldito idiota había logrado ahuyentarla en su primera reunión.

—¿Qué pasó exactamente aquí? —le preguntó Freddy finalmente mientras ayudaba a Brett a llegar a tierra seca. Brett estaba completamente empapado y se estremeció cuando él con

cuidado frotó su muslo.

—¿Qué pasó? —Brett dejó de frotar su pierna y alzó la vista hacia Freddy con incredulidad. Entonces perdió terreno en la hierba y comenzó a reírse. El sonido estaba lejos de la diversión y mucho más cerca de la desesperación. Brett levantó ambas manos y frotó sus ojos.

Freddy tuvo que obligarse a mantenerse de pie allí y mirarlo desapasionadamente. Había estado intentando distanciarse de Brett, en muchas oportunidades y en diversos momentos, luego de haber encontrado las cartas. Pero había sido muy duro y a él no le gustaban las cosas difíciles. Era consciente que había estropeado la mayor parte de su vida y le gustaba eso. Brett era la única cosa que alguna vez hubiera amado y la única cosa que no podría tener.

Giró alejándose y luego también se tiró sobre la hierba al lado de Brett.

—Sí, ¿qué pasó? Debes admitir que encontré por casualidad una escena bastante alarmante. La señorita Anne Goode completamente desnuda y surgiendo de la charca como Venus derecha a tus brazos. Excepto que no cayó en ellos, sino que revoleó tus sesos con su bella mano.

—Mis sesos no estaban en ninguna parte cerca en esos momentos, Freddy. Si lo hubieran estado jamás me habría bajado de mi caballo.

Freddy de malas pensó en Anne riendo. Giró y miró a Brett un momento mientras el otro hombre estaba bajo la luz del sol contra la hierba verde y miró fijamente el cielo.

—Sí, pues por ser ésta la primera vez que he visto a Anne desnuda seguramente puedo entender tu carencia de facultades mentales.

Brett se ahogó de risa a su lado.

—Ella es endemoniadamente hermosa, Freddy. ¿Por qué no me dijiste cuan hermosa es?

—Nunca lo preguntaste —Freddy se movió hacia abajo y arrancó una florecilla crecida entre la hierba y la pasó entre sus largos dedos como si fuera un pluma—. En realidad, nunca has preguntado sobre Anne en lo absoluto.

—¿No lo hice? —Brett se levantó hasta sentarse sobre el césped y masajeó sus cabellos mojados, rociando a Freddy con algunas gotas frías. El movimiento llevó *todo un mensaje* al que Freddy no hizo caso.

—No, no lo hiciste. Me acordaría si lo hubieras hecho. Y seguramente recordarías mi respuesta.

Brett dejó sus manos caer en su regazo. Extendió sus dedos contra sus muslos, como si se examinase sus uñas.

—¿Yo? ¿Por qué? ¿Cuál habría sido tu respuesta?

Freddy se puso de pie, en apariencia cepilló las gotas de agua de su abrigo. Pero la verdad era… que era demasiado duro no tocar a Brett, no abrazarlo y confesarle todo. Y pedirle que confiara en él.

—Yo te habría dicho que estuve enamorado de ella desde que tenía cinco años. Que ella era muy hermosa, con risueños ojos azules y oscuros y brillantes rizos. Tan inteligente, animada y compasiva, que nunca hizo que un torpe muchacho de trece años en las primeras convulsiones de su primer amor se sintiera torpe —Freddy miró abajo a Brett y no intentó ocultar la culpa y la angustia que sentía—. Yo te habría dicho que fui un bastardo egoísta que nunca se molestó en regresar y verla después de que Bertie muriera porque todo en lo que podía pensar era en mi mismo, y en lo único en lo que podía preocuparme era en ti.

Por una vez Brett no se precipitó en tópicos para calmarlo. En cambio sus ojos reflejaron la culpa de Freddy y la angustia.

—Entonces adivino que ambos somos unos bastardos egoístas.

Brett le ofreció una mano y Freddy la tomó levantando a Brett del suelo. La pierna de Brett no estaba aun muy firme por lo que cayó hacia adelante sobre Freddy. Freddy puso un brazo alrededor de su cintura y lo sostuvo fuerte contra su pecho. Brett olía a lino empapado en el agua de una charca tibia, lo que no era muy agradable. Pero él tampoco olía a sándalo y luz del sol, de todos modos. Freddy casi se movió para retirar un mechón de pelo mojado de la frente de Brett, pero se contuvo.

—¿Estás bien? —habló antes de poder atenuar su preocupación. Brett se apartó con cuidado, rechazando mirarlo.

—Estaré bien. Esto no es menos de lo que merezco.

Freddy se adelantó y recogió las riendas de su caballo.

—¿Por qué dices eso? —él miró a Brett cojear hasta su caballo, y giró para ayudarlo a montar.

—¿Necesitas algo de ayuda?

Brett sacudió su cabeza. Cuando montó, sus movimientos eran tiesos de dolor y orgullo. Le tomó tres intentos antes de que se asentara y su expresión le dijo a Freddy que sentarse sobre el caballo era insoportable para él. Una vez que se irguió y se acomodó, Freddy montó su propio caballo.

Despacio, regresaron hacia la mansión de Ashton Park por el camino del bosque.

—Estoy esperando —dijo Freddy finalmente.

Brett contestó sin mirarlo.

—¿Qué cosa?

—Una explicación. ¿Por qué no comenzamos desde el principio?

Brett suspiró.

—Monté a caballo hasta la charca. Ella estaba allí. Indicó interés, que yo más que correspondí. No hubo presentaciones.

Cuando me desmonté para darle mi abrigo, su comportamiento cambió perceptiblemente. Entonces llegaste y ella me pegó con la mano, o viceversa. Como dijiste, mi cerebro no funcionaba. Entonces la hice llorar.

Brett paró y tomó a Freddy un momento comprender el final de la historia de Brett. Él tenía sus dudas, había algo que Brett debió dejar fuera en la narración.

—Ya veo. O más bien no veo. ¿No hiciste nada para ganarte la bofetada? Esto no suena como la Anne que conocía.

La postura de Brett era tan directa como el dolor y la auto-recriminación podrían hacerlo.

—Estoy seguro que hice mucho para ganármela. Le hice daño, Freddy. Como dije, nunca vine a verla después de que volví.

—Sí, pues tampoco yo y ella no me pegó.

—Supongo que ella no quería verte.

Freddy sintió una puñalada de celos irrazonable.

—Sí, bueno ahora si me has hecho daño.

Brett lo miró tristemente entonces.

—Lo juro, tengo un día fatal. Al parecer, he lastimado a las dos personas en el mundo a las que jamás quisiera lastimar. Quizás si tengo suerte encontraré un cachorro o dos que me morderán regresando a Ashton.

Freddy sonó divertido otra vez a pesar de sí mismo.

—Si tengo suerte encontraremos un cachorro o dos *para que te muerdan*.

Aquella noche tarde, en su cama, Anne daba vueltas una y otra vez, el movimiento era parejo a su frustración. Se había estado

sacudiendo y moviéndose durante horas.

Su madre supo que algo estaba mal en el mismo minuto que apareció en su puerta esa tarde, pero no dijo nada. Ella podía entender más con el silencio que lo que los otros con mil palabras. Anne se saltó la cena y se fue a la cama temprano. Agregó la culpa por no confiarse en su madre a la lista de cosas que la mantenían despierta.

Él estaba aquí. En este momento dormía en Ashton Park. Podría cruzar el parque y estar de pie bajo su ventana ahora mismo. Bien, si ella supiera cuál de los muchos dormitorios había elegido. *Y qué harías allí*, se preguntó con un resoplido humilde mientras levantaba su cabeza y perforaba su almohada con un golpe. *¿Pararte bajo su ventana y gemir con una becerra enferma de amor?*

Ella se echó hacia atrás con un golpe al colchón. Más probablemente, como una *vaca ignorante.* Anne brutalmente dio un tirón a la almohada de su cabeza y cubrió su cara con ella. *Lo había golpeado.* Con toda su fuerza, aunque no era mucha. Y luego ella había corrido, como una pequeña niña imbécil.

Era tan increíblemente hermoso. Incluso más de lo que recordaba, y lo había recordado incontables veces. Pero en sus sueños él nunca la había mirado como lo había hecho hoy. Pelo negro grueso y ondulado, una risa diabólica acentuada con un hoyuelo profundo en su barbilla, y esos ojos oscuros, seductores. ¡Y esos hombros! Incluso con la cojera sus piernas eran largas y muy musculosas. Anne sintió más que caliente su cara. Ella se le había ofrecido con trompetas. ¿Qué pensaría de ella? No más de lo merecía seguramente.

¿Cómo pude golpearlo? Él tenía derecho a disfrutar con cualquier mujer que se le ofreciera. Ella no tenía nada que reclamarle, nada en absoluto. Se lo había dicho claramente cuando

nunca en cinco años había respondido a la carta invitándolo a regresar. Qué idiota había sido al ofrecerle eso. Como si él no tuviera ningún lugar donde ir. Estaba con Freddy, después de todo.

Pensar en Freddy la hizo sentir incómoda. Su reacción a él la había puesto incómoda. Ya no era el muchacho torpe que la había seguido a ella y Bertie como un perrito cuando lograba evitar a su tutor y a su madre. Cada pulgada suya era ahora de Duque, un alto y hermoso duque con una melena roja oscura. Y sin embargo todavía era Freddy, el hermano más joven y dulce de Bertie, y aquella conexión la conmovió.

Ella no pudo menos que reírse de sólo pensar en el querido Bertie. ¡Cuánto lo echaba de menos! Había sido su mejor amigo. Todos a su alrededor asumían que él había sido el amor de su vida, y que ella nunca se había casado porque todavía lo amaba. La verdad era que nunca lo había amado así. Había sido el mejor amigo que alguna vez tuviera. Ellos habían compartido todo, cada secreto. Y también habían experimentado todo, incluso el sexo. Cuándo ella se volvió curiosa sobre él, ¿Quien mejor que su mejor amigo para satisfacer esa curiosidad? Pero entonces Bertie había insistido en el matrimonio, y ella sólo había sido capaz de aplazarlo cuando fue evidente que no estaba embarazada. Había planeado decírselo después de que él volviera de la Península. Pero nunca había tenido esa posibilidad.

Y ahora aquí estaba el joven Freddy, todo crecido, sólo que crecido como un duque poderoso. Anne había oído historias en la comarca, desde luego. Él y Brett habían estado en Ashton Green hacía sólo unos pocos meses. Pero había creído que las historias eran un resultado del título de Freddy y del poder y la influencia que venía con él. Ahora veía que no lo eran. Él era tan hermoso y elegante como todos decían. Incluso su amiga Leah Westridge había estado

encantada con ambos hombres, e igual pasó con el marido de Lea y su amigo, el señor Schillig, y a Leah no le gustaban los hombres en general.

Pensar en Leah y su marido y el señor Schillig y que los tres eran el uno para el otro, calentó a Anne una vez más. Tiró la almohada de su cara con un jadeo cuando espontáneamente, una imagen de ella y Brett y Freddy apretados en un abrazo pasó por su cabeza. ¡¡Por Dios!! ¿Qué estaba pensando? Brett ni siquiera le hablaría ahora, de eso estaba segura. ¿Y Freddy? Era el duque ahora. No importa cuán encaprichado hubiera estado por ella en su juventud, él no podría permitirse un enlace con una mujer como Anne, una mujer con una reputación más baja que una esterlina[2]. Y además, de ser varios años más vieja que él. Él seguramente tendría hermosas muchachas en el rubor de juventud persiguiéndolo, y no sólo por su título.

Anne suspiró y se dio vuelta otra vez. Ella tenía que aceptar la verdad de la situación. Ambos hombres estaban fuera de su alcance debido a las opciones que ella había hecho después de la muerte Bertie, después de que Brett nunca regresó. Había estado tan sola. Apenas recordaba a algunos hombres, forasteros que visitaban el lugar, sólo por unos días. Anne era bastante honesta como para admitir que poseía un cierto encanto y que las miradas de los caballeros parecían advertirlo. Lo había usado en su ventaja muchas veces. Y sólo había bastado un rumor sobre uno de aquellos encuentros para arruinar su reputación.

Anne bostezó. Sí, ella dejaría a sus fantasías con Brett y Freddy irse. Tenía una oferta real de noviazgo de un caballero, el Sr. Gideon North. Debería enfocarse en ella. Pero primero iría a Ashton

[2] La libra esterlina, conocida familiarmente como esterlina. se dividía en 20 chelines (*shilling*), y el chelín en 12 peniques (*penny*, plural *pence*).

Park por la mañana y pediría perdón por su comportamiento. Lo haría bien temprano y dejaría una nota de disculpas. Ni siquiera tendría que verlos, realmente. Entonces se mantendría lejos de la casita de campo hasta que ellos se marcharan de Ashton Park. Seguramente no se quedarían mucho tiempo. Freddy nunca se quedaba mucho tiempo.

CAPÍTULO DOS

5 de junio de 1810

Mi Querida Anne,

Ayer cambié el agua del vicario por vino. Bueno, ginebra en realidad. El joven Señor Matthews casi tuvo una apoplejía después de que tomase un saludable trago, y entonces yo… yo me reí muy, muy fuerte. Fue una buen broma, pero North me puso de guardia de nuevo. Brett solo negaba con la cabeza mientras aporreaba al pobre Señor Matthews en la espalda. Después me hizo prometer que no le haría más travesuras al vicario, que es un tipo serio y bienintencionado, que solo intentaba ayudar. El Señor Matthews me recuerda tanto a tu padre, justo, bajo una naturaleza indulgente.

Todavía echo de menos al Vicario Goode, Anne, aunque hayan transcurrido casi dos años desde que él y Padre murieron. Echo de menos aquellos días de verano cuando tú y yo solíamos echar carreras salvajes a través del campo todo el día como los niños rebeldes que éramos, sólo regresando a la casa parroquial de noche, con tus padres y Padre. Nosotros tendríamos una de las excelentes comidas de la Señora Tilton, y luego Padre me devolvería a Ashton Park y Reeves. Después él volvería a la casa parroquial y jugaría al ajedrez con el Señor Goode hasta el alba, y yo volvería furtivamente para veros a todos vosotros al día siguiente.

Brett está releyendo tu última carta incluso ahora mientras escribo esto. No tiene correspondencia propia. Fue a Talavera*, aunque no habla de ello. Hemos visto alguna acción, pero temo mi primera gran batalla. No podría decirle esto a nadie, excepto a ti.*

Jerome me dijo en su última carta que "tenías buen aspecto estos días." Debes esperarme, Anne. No huyas con algún apuesto Capitán de la Guardia mientras tu soldado te añora aquí en el calor de un verano portugués.

Brett envía sus saludos. Dice que no te merezco. Pienso que quizás tiene razón.

Tu Fiel Servidor,

Bertie

—Anne, querida mía, nunca adivinarás quién ha venido de visita.

Anne se dio la vuelta al oír la voz de su madre procedente de la entrada. Anne estaba de pie en el aparador donde había estado vertiendo una taza de té claro. Casi dejó caer la taza cuando vio quién se encontraba detrás de su madre.

—¿Cómo está usted, señorita Goode? —el Duque de Ashland hizo una ligera reverencia, su sonrisa cortés. Sólo el brillo en su mirada le recordaba al joven Freddy que la miraba con adoración cuando ambos eran mucho más jóvenes. El brillo en sus ojos podría haberle recordado tiempos pasados, pero su atuendo a la moda y el labio inferior pleno, le recordaron la manera en que se había sentido cuando le había visto ayer por primera vez. Ella tuvo una sensación de mareo en el hueco del estómago que no era del todo desagradable, pero completamente inadecuado. Eso le llevó un momento para registrar su saludo formal. Entonces, iban a fingir que lo de ayer no había sucedido, ¿verdad?

Él alargó una mano para indicar al hombre que se mantenía a

distancia a su lado y justo detrás de él.

—Permítame presentarle al Señor Brett Haversham.

Preocupada por la escena de ayer en el estanque, Anne arrastró su mirada al hombre que daba un paso adelante en la pequeña sala. Era más bajo que Freddy, pero la mayoría de los hombres lo eran. Donde Freddy era alto y suavemente musculoso, Brett era corpulento con músculo, ancho y sólido. Los mismos fuertes rasgos faciales que ayer encontró deteniéndola, la hipnotizaban hoy. Sus ojos traicionaron una muestra de incertidumbre, una fusión marrón bajo las cuchilladas oscuras de espesas cejas.

Un movimiento leve, o quizás la falta de él, atrajo la mirada de Anne sobre el balanceo de Freddy. Las comparaciones eran imposibles de ignorar y aún más pronunciadas ahora que ella le había echado una buena y larga mirada a Brett. Freddy era casi hermoso, únicamente su aura de poder y sexualidad le impedía ser demasiado guapo. Su espeso cabello rojo oscuro se rizaba suavemente alrededor de su cara y cuello en un corte de pelo Brutus[3] a la moda, y sus ojos azules brillaban detrás de una franja de pestañas oscuras. Su nariz era una lámina larga aristocrática encima de una boca sensual, el labio inferior lleno y pleno. Su barbilla era fuerte y firme, un claro signo de obstinación. Ella recordaba esto desde hacía años. Miró su garganta trabajando cuando él tragó y el juego de músculos en la suave columna de su cuello estaba hipnotizándola.

—¿Anne? —la voz de su madre contenía una pregunta preocupada, y Anne comprendió que había estado allí de pie mirando fijamente como una tonta durante un tiempo extremadamente grosero.

—¡Oh! Oh, lo siento. Estoy tan sorprendida. Yo... déjenme... —

[3] Este corte de cabello, era el que solemos ver en películas como “Orgullo y prejuicio” cabellera casi hasta la nuca, con pequeñas ondas o rizos en los laterales y el frente, un homenaje a Marco Junio Bruto y acorde con los gustos estéticos de la época.

Anne se alejó y dejó su taza, aprovechando el momento para tranquilizarse. Cuando volvió pegó una sonrisa cortés en su rostro—. ¿Cómo están ustedes, Su Gracia, Señor Haversham? Nos hacen un gran honor esta mañana.

Freddy avanzó y tomó su mano, levantándola hacia aquellos gruesos labios. Anne se sobresaltó por el calor y el apretón de sus dedos, por la suave textura aterciopelada de sus labios cuando apenas rozaron contra la parte posterior de su muñeca. No presionando, pero rozando deliberadamente. El calor viajó desde la muñeca al estómago y al sexo en cuestión de segundos. Anne arrebató su mano hacia atrás y luego intentó disimular su incomodidad, pero vio el conocimiento de su reacción en los ojos expresivos de Freddy.

—Señorita Goode, es encantador verla otra vez. Ha pasado mucho tiempo. Demasiado tiempo.

Su voz envió un escalofrío a través de ella. Supo que sería perceptible. ¡Qué vergüenza! Su voz era suave, sinuosa, cada vocal y consonante pronunciada con un descuido que contradecía la aguda atención en su mirada. El despliegue de sensualidad le había hecho coger aliento.

Brett dio un paso adelante.

—Señorita Goode, es un placer conocerla por fin. Bertie hablaba muy bien de usted, y veo que cada palabra era cierta —Anne parpadeó rápidamente, perdida en el deslizamiento de la mano de él contra su palma. Estaba tocándole por fin. Sus manos eran ásperas, callosas. ¿Qué había estado haciendo para causar esto? Su voz era profunda, mucho más profunda que la de Freddy, y más suave. Si ella no hubiera estado tan acostumbrada a él habría tenido que pedirle que hablase más alto. Él habló lentamente, con una extraña combinación de vacilación y sinceridad que la hizo quererle a pesar

de que intentó endurecer su corazón. Él presionó ligeramente sus labios contra la palma de su mano, y estaban calientes y húmedos y las rodillas de Anne temblaron. Después él dejó que su mano se deslizara bajo las suyas y sintió un rápido latir entre sus piernas.

Ella nunca se había lamentado antes. Oh, lamentaba la muerte de Bertie, la muerte de su padre, pero nunca había lamentado sus propias acciones hasta ahora. Ahora se enfrentaba con dos hombres que estaban imposiblemente fuera de su alcance debido a sus elecciones.

—Usted… —Anne tuvo que hacer una pausa para aclarar su garganta—, usted es demasiado amable, Señor Haversham —se dirigió a Freddy—. Y usted, Su Gracia —deliberadamente caminó hacia las puertas que unían el pequeño comedor con el salón. Las abrió y se dio la vuelta sonriendo cortésmente—. ¿No les gustaría unirse a nosotras para una taza del té, caballeros? —indicó la otra sala con un barrido de su brazo que le pareció ridículamente teatral, y tuvo que sofocar una risita tonta.

—Nos encantaría, querida. ¿Verdad, Brett? —Freddy habló arrastrando las palabras y usó el mismo amplio movimiento para indicar a Anne que los precediera.

—Bien, pedí a la Señora Tilton que enviara la bandeja de té, Anne —dijo la Señora Goode con desdén—. Tengo algunas cosas de las que debo encargarme —se dirigió a Freddy y Brett—. Caballeros, fue muy agradable verles esta mañana. Deben hacernos otra visita más adelante en la semana, y quizás más tarde en el día —miró a Freddy y el afecto en su rostro fue atenuado por la tristeza—. Es tan bueno verle, Frederick. Me trae recuerdos de tiempos felices.

Brett hizo una pausa mientras caminaba hacia el salón.

—Le pido disculpas si le hemos causado molestias, señora —dijo con su voz profunda y suave, y Anne sintió ese irritante

escalofrío recorriendo su columna otra vez. Cómo deseaba que esto se parara. Ellos iban a pensar que tenía las fiebres palúdicas, por el amor de Dios—. Podemos volver en otro momento.

La Señora Goode se sacudió su ensoñación y su respuesta fue firme y superficial.

—¡Tonterías! Usted está aquí ahora, y Anne tan raras veces tiene compañía. Somos muy informales aquí. Disfruten de su visita, Su Gracia, Señor Haversham, y les veré pronto —comenzó a alejarse, hablando sobre su hombro—. Anne, querida, no olvides que prometiste ir al pueblo hoy. Realmente debe hacerse.

—Sí, Madre —respondió Anne automáticamente.

Cuando la Señora Goode hubo desaparecido, dejando las puertas abiertas, por supuesto, los hombres se volvieron a Anne.

—No deseamos entretenerla, señorita Goode —dijo Freddy. Había algo en su tono que indicaba todo lo contrario. Cuando ella alzó la vista a la cara de Freddy pudo ver que había interpretado su significado correctamente. Sintió el calor en sus mejillas cuando se ruborizó, y luego se ruborizó un poco más porque se estaba ruborizando. Maldijo su torpeza y gimió por dentro cuando una maliciosa sonrisa rizó la esquina de la asombrosa boca de Freddy.

—Freddy —dijo Brett tranquilamente, y la sonrisa desapareció. Freddy echó un vistazo detrás de él al otro hombre y Anne vio su ceja alzada interrogativamente—. Quizás deberíamos volver en otro momento si la señorita Goode tiene un compromiso previo.

—Oh no —contestó Anne demasiado rápido, y luego podría haberse mordido la lengua. Freddy se balanceó atrás alrededor para fijarla con su aguda mirada azul—. Yo, umm, solo es un recado o dos. Nada importante —murmuró Anne justo cuando la bandeja de té, que la querida anciana Señora Tilton empujó delante de ella, entró en el cuarto. La bandeja chirriaba horriblemente. Apenas la usaban ya que

rara vez tenían visitantes.

—Aquí —dijo Brett, avanzando para interceptar a la Señora Tilton—. Déjeme ayudarla, señora —Anne notó que su cojera era más pronunciada hoy. Oh Dios, ¿se había hecho daño cuándo se cayó ayer? ¿Ella le había hecho daño? El pensamiento hizo que Anne se sintiese físicamente mal. Debía disculparse.

—Es muy amable, señor —respondió la Señora Tilton, su voz respetuosa, pero sus ojos estaban llenos de curiosidad.

—Este es el Señor Haversham, Señora Tilton, —le dijo Anne, agarrando el otro extremo del carrito para ayudar a colocarlo al lado del sofá—. Y usted debe recordar a Su Gracia.

Los ojos de la Señora Tilton crecieron alrededor e hizo una torpe reverencia en la dirección del duque.

—Buenos días, se… quiero decir, Su Gracia —dijo jadeando—. Es bueno tenerle en casa.

Freddy tomó la mano de la anciana y besó sus nudillos.

—Ah, Señora Tilton. ¿Todavía hace aquellos deliciosos dulces de mantecada? Recuerdo que, en ocasiones, iba a hurtadillas a la casa parroquial y le pedía un bocado.

La Señora Tilton se sonrojó.

—Oh Su Gracia, sí que lo hacía. Usted era un pícaro, lo era. Capaz de hacer hablar a las nubes del cielo. Le haré una hornada y se la enviaré al Park.

Anne abrió la boca para protestar, pero Freddy habló primero.

—¿Lo haría, Señora Tilton? Eso sería un maravilloso regreso a casa. Una de las cosas que más he echado de menos ha sido su mantecada.

La Señora Tilton hizo un gesto despectivo frunciendo sus labios.

—Vamos, Su Gracia. Estoy segura de que usted tuvo lo mejor en Londres.

—Nunca —juró, la mano en su corazón, sus ojos brillantes.

Anne suspiró. Era evidente que la Señora Tilton no estaría satisfecha hasta que pudiera hacerle al duque su mantecada. Se preguntó cómo reaccionaría él si ella le pidiera que enviase los ingredientes. Mentalmente ajustó las compras que tenía que hacer con la pequeña cantidad de dinero en efectivo que tenía oculta arriba. ¿Tendría bastante? Tendría.

Anne suspiró otra vez y levantó la mirada hasta encontrar a Brett observándola. Se sintió un poco como un espécimen de laboratorio bajo su escrutinio. Ella apartó la mirada, incómoda con lo que él podría estar encontrando mientras la estudiaba tan cuidadosamente.

—Gracias por la bandeja, Señora Tilton —Anne intentó no ser demasiado desdeñosa. La Señora Tilton era más un familiar que una sirvienta, después de haber estado en la casa Goode desde que Anne era una niña pequeña.

—Usted es bienvenido. Señorita Anne avíseme si necesita algo más, querida —La Señora Tilton cojeó hacia la puerta y luego se detuvo de repente y se dio la vuelta para hacerle al duque otra inestable reverencia—. Fue todo un placer conocerle, señor —le dijo a Brett que asintió en respuesta. Desapareció por las puertas del salón, cerrándolas detrás de ella.

Anne sabía que debía ir y abrir las puertas, pero quería disculparse en privado. Y el Señor sabía que era demasiado tarde para salvar su reputación. Deliberadamente se sentó y levantó la tetera y una taza. Ambos hombres siguieron su ejemplo y se sentaron también, Freddy a su izquierda en el otro extremo del sofá, que le dejaba demasiado cerca de Anne para su comodidad. Brett en seguida se sentó a su derecha en la vieja silla de su padre, el relleno aplanado hacía mucho tiempo. Anne se negó a sentir vergüenza

sobre el estado de sus pertenencias. Dejó que los dos hombres pensaran lo que quisieran.

Le pasó la taza a Freddy en silencio. Él miró la bandeja.

—Gracias. ¿Tiene azúcar, señorita Goode? —la pregunta era bastante inofensiva, pero sus ojos escudriñaron astutamente la bandeja y luego se enfocaron en ella.

—No —Anne no se explicó. Él pareció un poco desconcertado, pero se recuperó rápidamente.

—Yo no tomo azúcar —dijo Brett, y Anne podría haberle besado. Le pasó su taza con una sonrisa. Cuando él la tomó, sus dedos estuvieron sobre los de ella durante un momento mientras sus ojos la miraban. Él sonrió, un acuchillado hoyuelo apareció en su mejilla que hizo que los dedos de los pies de Anne se rizasen. Su corazón se apresuró justo cuando un característico letargo se deslizó a través de ella.

Oh no, pensó ella con un golpe mental sobre sus nudillos. Aléjate de él… de ellos. *No lo olvides, Anne. No puedes permitirte olvidar como ya rompió tu corazón.* Anne retiró su mano despacio y luego llenó su propia taza.

Casi se estremeció cuando tomó un sorbo. Era tan débil y tibio como su té del desayuno. Pensó que, de hecho, podría ser su té del desayuno. La economía era la forma natural de vida en la casa Goode estos días. Subrepticiamente echó una mirada a los dos hombres y los vio tomar un sorbo. Freddy inmediatamente dejó su taza, aunque su cara no revelaba nada. Brett continuó bebiendo a sorbos su té con una mirada especulativa en la dirección de Anne que había apartado sus ojos con consternación.

—Quiero…

—Señorita Goode…

—Por favor perdone…

Todos hablaron a la vez, y como rápidamente retrocedieron en silencio, Anne miró a los dos hombres. Brett había dejado su taza.

—Por favor, señorita Goode, continúe.

Anne tomó un profundo aliento, los nervios atacándola.

—Quiero disculparme por mi comportamiento de ayer. Fui imperdonablemente grosera. Y antes de eso, imperdonablemente atrevida —Anne había estado mirando fijamente a sus manos, agarrando su taza de té en el regazo. Cuando terminó miró a Brett—. Lo siento tanto. Mi única excusa es que no me di cuenta de quién era hasta que se bajó de su caballo. Y luego… y luego estaba conmocionada. Después de tantos años…

Anne se interrumpió, de repente vencida por el conocimiento de que él se sentaba al lado de ella. Había soñado con ello durante años, hasta que finalmente tuvo que dejar los sueños de niña y afrontar la realidad. Y cuando finalmente había encontrado un poco de paz él se presentaba. Y se sentaba al lado de ella, toda su atención concentrada en ella.

Podría haberlo tenido ayer. Si no hubiera dicho nada, podría haberlo tenido. Pero ahora era demasiado tarde.

—Señorita Goode, Anne —Freddy habló desde su izquierda y ella sintió que alguien tomaba la taza de sus manos y oyó el suave tintineo cuando fue depositada en la bandeja.

Ella se dio la vuelta y vio qué afectado estaba. ¿Y culpable? ¿Sobre qué tenía Freddy que ser culpable?

—Deberíamos haber venido, Anne. Deberíamos haber venido para ver qué te sucedió después de la muerte de Bertie. Pero Brett estaba tan herido, y en ninguna condición de viajar durante casi un año, y luego —suspiró— y luego no tuvimos ninguna excusa.

—Yo debería haber venido —Brett habló finalmente, su voz dura—. Fui egoísta, Anne. Estaba tan perturbado por la muerte de

Bertie que no podía enfrentarte. Debería haber sido yo, Anne.

Anne vio a Freddy echarse hacia atrás sobresaltado por las palabras del otro hombre, sus ojos enormes. Ella se dio la vuelta para estar enfrente de Brett y su angustia fue como un golpe físico a su estómago. Sin pensar, ella alargó la mano para coger la de él. El toque electrificaba, y él agarró su mano fuertemente, más un reflejo que una decisión consciente por su parte, pensó ella.

—Anne, perdóname.

—¿Por no morir en el lugar de Bertie? —ella no había querido hacer la pregunta tan cortante, tan franca. Él intentó retirar su mano y era el turno de ella para sostenerlo fuertemente—. No. No hay nada que perdonar. Algunos hombres viven, y algunos hombres mueren. No es nuestra decisión. La opción nunca fue suya, Sr. Haversham. Creo que no había nada que usted pudiera haber hecho para cambiar el resultado en Salamanca. Y nunca he lamentado, ni por un momento, que usted sobreviviese —Dios la perdone, pero ella no lo había hecho. Su alivio a su regreso a Inglaterra había sido abrumador. Pero él no tenía que saber eso, y Anne había hecho las paces con Bertie sobre ello hacía varios años.

Incluso antes de que ella terminara de hablar él sacudía la cabeza.

—No puedo creer eso.

No dijo más, pero Anne podía ver que había más, mucho más, que se guardaba.

—¿Que no le culpe por la muerte de Bertie? —él no la miraba y después de que dio un pequeño tirón, ella liberó su mano. Él negó con la cabeza, el movimiento tan leve que podría estar equivocada.

Él respiró hondo y encontró su mirada.

—Sabe que hay más por lo que pedir perdón.

De repente, Anne se sintió incómoda con la conversación. Qué

raro, como si no hubiesen hablado de cosas sumamente personales antes. Pero esto, su invitación que él había ignorado, esto era demasiado personal. Su soledad y desesperación en los años que siguieron a su rechazo eran todavía demasiado frescas para soportar mucho escrutinio.

—No, no hay nada por lo que pedir perdón —se entretuvo arreglando la bandeja de té. Ella lo vio inclinarse hacia adelante en la silla como si fuese a hablar otra vez, y se apresuró a cambiar de tema—. Tengo algo para usted. Para ustedes dos —se levantó bruscamente, de repente desesperada por escapar de la habitación, la casa, su vida. Se golpeó contra la bandeja de té y las tazas se agitaron en sus platillos antes de que Freddy alargara la mano para estabilizarla. La visión de sus dedos largos, la elegante mano sobre el borde de la derribada bandeja de té la calmó por alguna razón desconocida.

Brett intentó hablar otra vez, su mirada frustrada, pero Anne continuó antes de que pudiera decir algo.

—Son cartas, cartas de Bertie que me fueron enviadas con su última carta. Por alguna razón me las dirigió todas a mí.

Sus palabras congelaron a Brett en el proceso de levantarse de su silla. Después de un momento lentamente se bajó recostándose hacia atrás. Él no dijo nada, sólo contemplaba sus manos apoyadas en sus rodillas. Anne no podía apartar la mirada. Era casi como si un hombre diferente hubiera tomado el lugar del que había sentado allí pocos segundos antes. Él parecía completamente tranquilo. Pero eso seguramente no era correcto.

—¿Cuándo recibió las cartas, Anne? ¿Justo después de la muerte de Bertie? —Freddy hizo la pregunta, todavía sentado, y Anne tuvo que apartarse de Brett. Mientras Freddy parecía tranquilo también, su cara revelaba su confusión interior ante sus noticias.

—Sí. Bien, poco tiempo después. Fue una impresión, ver su letra —Anne se apresuró a la puerta—. Las traeré. Vuelvo en seguida —se apresuró a salir del cuarto, antes de que su propia compostura acabase.

Cuando Anne regresó Brett había recuperado el control. La miró al entregarle una de las cartas a Freddy. Brett reconoció la letra de Bertie en el frente. Era inesperado que Anne debiera mencionar las cartas de Bertie justo cuando iba a decirle cuántas ganas había tenido de venir a Ashton Green en todos aquellos años. Él no creía en fantasmas, pero sabía de recuerdos atormentados. Y los recuerdos de Bertie leyendo las cartas de Anne le atacaban ahora. Recordó cómo Bertie a menudo tenía que pararse y aclarar su garganta cuando leía, o el modo en que él daba aquella temblorosa risita cuando algo que ella escribía le hacía sentirse nostálgico. Fue después de aquellas cartas que él le contaría a Brett otra vez el tiempo en que la había tenido, y qué dulce y maravillosa había sido. Y todo el tiempo Brett la había deseado fervientemente. Había deseado fervientemente aquellas cartas, y aquellos recuerdos.

No se dio cuenta que había estado allí de pie mirando fijamente la carta que ella le ofrecía por varios y largos latidos. No antes de que Freddy le animase silenciosamente.

—Toma la carta, Brett.

—Lo… Lo siento tanto —la voz de Anne se rompió, y Brett la miró por primera vez desde que le había ofrecido la carta. Las lágrimas brotaban de sus ojos. Maldito, la había hecho llorar otra vez. Él tendió la mano hacia la carta entonces. Después de que la cogiese Anne se quedó allí de pie, sus manos estaban apretadas tan fuerte que sus nudillos estaban blancos—. Debería haberme esforzado más para entregárselas. Pero cuando las llevé a Ashton Park, no quisieron recibirlas. Bien, Reeves —miró a Brett— el mayordomo, las tomó la

primera vez, pero después las devolvieron más tarde ese mismo día por el chico de los recados sin ninguna explicación. Y cuando las envié con su abogado, Su Gracia, fueron devueltas. Lo mismo sucedió cuando las envié a Ashton House en Londres —bajó la mirada, claramente perturbada por lo que ella percibía como su fracaso—. Han pasado varios años desde la última vez que lo intenté. No debería haber esperado tanto tiempo —ella rompió una lágrima de su mejilla, y Brett puso con cuidado la carta sellada en el bolsillo interior de su abrigo. No podía leerla ahora mismo.

—No fue culpa tuya, mi querida Anne —Freddy habló y la rodeó para ponerse al lado de Anne. Colocó su brazo alrededor de ella y la dirigió al sofá, pero no antes de que Brett viera su rostro. Freddy estaba furioso, y no con Anne. Era otra marca negra contra su madre, ya que Brett no tenía ninguna duda de que ella había impedido que Anne entregase las cartas de Bertie desde más allá de la tumba.

—No, Anne. No fue culpa tuya. Por favor no te culpes —Brett carraspeó, sorprendido por el tono chillón de su voz. Pensó que se había tranquilizado. Al parecer no. Dejó de hablar, no queriendo trastornar a Anne más con su obvia angustia.

Anne levantó la mirada hacia él desde el sofá, el pañuelo de Freddy agarrado en su mano. Sacudió la cabeza.

—Lo sé. Sé que no fue culpa mía. Lo intenté, lo hice. Pero lo olvidé, comprende. Me olvidé de las cartas, hasta esta mañana —sacudió la cabeza casi violentamente—. ¿Cómo pude olvidarlas? Las últimas cartas de Bertie. ¿Cómo me pude olvidar?

Brett miró a Freddy estrechamente. Estaba claro que la carta, toda la situación, le molestaba. Estaba de pie al lado del sofá, sus manos apretadas detrás de su espalda, una mano agarrando la carta de Bertie tan fuerte que estaba arrugándose en su puño. Brett quiso

extender la mano y cogerla, salvarla. Freddy no había hablado mucho con él sobre la muerte de Bertie durante los pocos años pasados. Brett no estaba seguro si eso era porque le afectaba hacerlo, o temía que afectara a Brett. Y Brett no estaba seguro de cómo reaccionaría, de modo que era más fácil dejar el tema en silencio entre ellos.

Sabía que venir aquí, a Ashton Park, era un error. No sólo estaba afligiendo a Anne, la había hecho llorar dos veces hoy, maldición, pero esto afectaba a Freddy. Y abría heridas encostradas hacía mucho tiempo, sino curadas. Cerró los ojos un instante, incapaz de mentirse a sí mismo. La verdad era que no estaba seguro de si sus heridas alguna vez habían dejado de sangrar en lo concerniente a Bertie.

Freddy se dejó caer en el sofá y tomó la mano de Anne.

—Porque la vida sigue adelante, Anne. No lo olvidaste. Nos las has dado la primera vez que nos has visto. Es todo lo que podría haber esperado de ti. Que las guardaras todos estos años significa mucho. Gracias, Anne. Yo… —se detuvo cuando su voz se rompió. Era el turno de Freddy de ser vencido por la emoción—. Tengo muy pocas cartas de Bertie, así que atesoraré ésta.

Su comentario hizo que Brett levantase la cabeza.

—¿Qué quieres decir, Freddy? Bertie te escribía al menos una vez a la semana, si no dos. Solíamos burlarnos de él por escribir tantas cartas. A ti, a Anne, a Jerome.

Freddy le miró inexpresivamente durante un momento, entonces Brett vio una rabia diferente de cualquiera que hubiera visto antes en los ojos de Freddy, pero el fuego fue rápidamente controlado. En el parpadeo de aquellos ojos azules de Freddy apareció su habitual e imperturbable compostura.

—¿Lo hizo? Quizás sólo no lo recuerdo. Parece que fue hace mucho tiempo, y no he visto las cartas en años.

Pero Brett sabía… sabía lo que Freddy acababa de comprender. Su madre le había ocultado las cartas de Bertie, no sólo la que le había dado Anne hoy, sino la mayor parte de sus cartas de la guerra. Por primera vez, Brett comprendió que por eso Freddy nunca había preguntado sobre ciertas cosas que sucedieron en la Península, cosas que Brett había asumido que él sabía. Pero no las sabía. Nunca había recibido las cartas de Bertie. Una mirada a la cara de Anne y Brett comprendió que ella lo sabía también.

—Freddy —dijo suavemente Anne mientras ponía su mano sobre él—. Querido Freddy. Lo siento.

Freddy suspiró exageradamente y acarició su mano.

—¿Otra vez? Debe dejar de sentirlo, querida. No hemos venido para escuchar tus disculpas, sino para ofrecer las nuestras —Anne comenzó a protestar pero Freddy levantó una mano para detenerla—. No. Las disculpas han sido dadas y aceptadas —enérgicamente puso la carta que había estado sosteniendo en el bolsillo de su abrigo.

—Anne —dijo Freddy alegremente, haciendo que se sacudiera por la sorpresa. Evidentemente ella no había esperado alegría. Aún no estaba acostumbrada al humor de Freddy—. Querida mía, déjanos acompañarte al pueblo. Seguro que está demasiado lejos para que vayas andando.

Brett se sentó despacio en su silla, su rostro una máscara de cortés interés. No dijo nada. No había nada que pudiera decir, ninguna excusa que pudiera dar para no acompañarlos. Y él quería, Dios cómo quería prolongar este momento con Anne, aunque supiera que era absurdo y no cambiaría nada entre ellos. Sin embargo, no dijo nada. Miró a Anne y se sorprendió al encontrarla observándole estrechamente. Cuando ella le miró así, él se preguntó que veía.

Ella no apartó la vista cuando contestó a Freddy.

—Vivimos en el borde del pueblo, Su Gracia. El paseo hasta la

aldea es menor que una milla —Brett parpadeó despacio, negándose a dejar ver su pánico al pensar en interrumpir su visita.

—Debo insistir —ronroneó Freddy, y Anne se removió inquieta y bajó la mirada a sus manos que todavía retorcían el pañuelo que sostenía. Brett casi suspiró con alivio. Cuando Freddy insistía, Freddy prevalecía.

—Francamente, Su Gracia, no es necesario —contestó Anne. Ella parecía preocupada. ¿Por qué la preocupaba que la acompañaran al pueblo? ¿Qué encargos tenía que realizar?

—La necesidad no tiene nada que ver con eso, Anne. Y debes llamarme Freddy otra vez. Echo de menos la forma en el que solías decirlo, con esa larga y exasperada “y”…

Brett se levantó entonces y le dedicó a Freddy una sonrisa sardónica.

—¿Quieres decir la forma en la que yo lo digo?

Brett ofreció su mano a Anne y ella vaciló. Podía ver que ella deseaba tomarla tanto como él deseaba tocarla otra vez. Deseaba sentir el deslizar de su palma caliente y suave contra la suya, áspera y endurecida, otra vez. Sólo el pensarlo hizo que su corazón corriera y su aliento se suspendiera. Y él podía ver que ella sentía lo mismo ya que el pulso en su garganta latía violentamente y ella contemplaba su mano ansiosamente.

—Sí, Brett, exactamente la forma en la que tú lo dices —Freddy ya se movía hacia la puerta y no había notado el pequeño drama que estaba teniendo lugar en el punto que había desocupado recientemente. Pero cuando Brett no pronunció ninguna respuesta se detuvo y se giró. Freddy se rió por lo bajo—. Toma su mano, querida mía. No te morderá —Anne puso su mano en la de él, y el suave calor era tal como él recordaba.

Brett tiró de su mano y Anne se levantó torpemente del sofá. Él

la estabilizó con aquel sencillo apretón en la mano, y luego la dejó ir y se alejó. Él la temía. Porque él temía su calor, ese suave deslizar de palma con palma, el hambre que se agarraba a su vientre cuando sentía el pulso de ella latiendo violentamente en sus manos abrazadas. Podía ver que la confundía. Él se había marchado miserablemente. Qué tonto era, provocándoles con lo que no podían tener. ¿Pero acaso no había estado en esta posición constantemente durante los últimos cinco años? Si no era Anne, era Freddy. Era el rey de los tontos, parecería.

—Gracias, Sr. Haversham —dijo formalmente. Pero Freddy no permitía nada de eso.

—¿Sr. Haversham? Creo que no, Anne. Él es Brett, como yo soy Freddy. Y tú eres Anne.

Anne comenzó a protestar.

—Pero…

—Soy el duque —dijo Freddy simplemente—. Yo decido cómo prefiero ser tratado. Si digo que soy Freddy, entonces soy Freddy.

Anne inclinó la cabeza, y su sonrisa dijo que le divertían sus aires.

—Sí, Freddy —contestó dócilmente.

Brett ocultó su sonrisa ante su tono. Él sabía que la Anne de Bertie era todo menos dócil.

CAPÍTULO TRES

18 de Junio de 1810.

Anne,

Tú no me conoces. Pero yo te conozco. Paso algunos días por un bosque de lilas, y pienso en la forma en que huele tu cabello. Si presiono mi nariz muy cerca de tus cartas, Anne, puedo oler las lilas en tu pelo, y el cálido y dulce aroma de tu delicado cuello. Bertie me lo ha descrito tantas veces que se ha quedado también en mi memoria.

Probablemente piensas que soy un loco. Oh, si. si yo enviara esto. Pero tengo que escribir estas palabras Anne. Tengo que decirle a alguien que me importa. Me importa vivir. Me importa regresar. Me importa finalmente encontrarte, oír tu risa por fin, verte reírte de mí, verte feliz. ¿Eres feliz, Anne? Yo soy feliz, pensando en ti. Tus cartas me traen la única felicidad que tengo en mi memoria reciente.

Pero todo se basa en conocerte a ti y no a mí. Lo amo como a un hermano ya. Pero tú, Anna, tú lo deseas como un amante. Y nosotros nunca nos hemos encontrado. Y nunca voy a decírtelo.

Brett

Al final los dos hombres ganaron la discusión sobre acompañar a Anne a la aldea. Brett iba solo un paso o dos detrás de Anne y Freddy, mientras ellos encabezaban el paseo hacia el pueblo.

Freddy se movió en una nube de perfume caro y un susurro de tejido caro. Anne se dio la vuelta para mirarlo mientras andaba a su lado, alto, regio, hermoso, exudando riqueza y crianza, y ella nunca se había sentido como un ratón pobre del país. Sin embargo, a pesar de que él la hacía sentir así, ella sabía que él no lo pensaba y esto lo hacía deseable de un modo intrincado que Anne no deseaba explorar.

Freddy caminaba con sus manos entrelazadas en su espalda mientras miraba a su alrededor. Para la mayoría de los observadores la impresión habría sido de una mirada ocasional pero Anne reconoció la agudeza de su mirada. Intentó ver lo que Freddy veía.

Esto era bonito. Bastante bonito en realidad, con arboles alineados en el amplio camino a la aldea. Granjas, algunas de ellas con sus campos recién arados, la tierra negra girada con las promesas, les rodeaban. En otros campos los cultivos eran frescos y verdes. Los pájaros cantaban y el sol brillaba, y el aire olía maduro y dulce. Con todo, Anne pensaba que por el hecho de andar con dos hermosos hombres a su lado, era un día bastante perfecto.

—Me gustaría que nos llevaras a dar una vuelta y nos presentaras a los comerciantes en la aldea, Anne —dijo Freddy de repente.

El día de Anne viró decididamente a peor.

—No creo que sea necesario, su… —ella se paró y se corrigió con la mirada de Freddy—, Freddy. Estoy segura de que los comerciantes serán muy felices con tu patrocinio con o sin una presentación mía.

—Creo que es una excelente idea —respondió Freddy como si Anne no hubiese hablado—. ¿No te parece, Brett?

Ellos se dieron la vuelta para mirar al silencioso hombre que cojeaba detrás de ellos. Anne se horrorizó. Ella no había pensado en la herida de Brett cuando se habían ofrecido para acompañarla.

—Sr. Haversham, Brett, lo siento, su lesión…

Freddy cortó sus disculpas.

—Está bien, Anne. Brett cojea porque cuando su pierna se curó quedó ligeramente más corta que la otra. No es doloroso.

Brett sonrió tristemente.

—Sí, si me miras de cerca se puede ver que la pierna está ligeramente torcida —mantuvo sus piernas juntas y Anne vio que, efectivamente, la pierna izquierda estaba doblada ligeramente en el muslo. Brett frotó el punto—. Se rompió, lo colocaron inadecuadamente y se infectó. Tuvieron que romperlo de nuevo cuando volví a Inglaterra —miró a Freddy calurosamente—. Sin Freddy, y los médicos de Freddy, no habría caminado de nuevo.

Freddy carraspeó.

—Sin Freddy y los médicos de Freddy tú seguramente habrías muerto, por lo menos. Y que no se te olvide —el cariño de su tono restó el aguijón de sus palabras y la sonrisa de Brett creció.

—¿Cómo podría, cuando tú me lo recuerdas tan a menudo? —Freddy se rió y Brett les hizo señas para que siguiesen adelante otra vez. Anne se alegró de que la mirase cuando él continuó—. Aunque hoy está un poco rígida de la caída de tuve ayer. Caminar es bueno para eso —Anne se mordió el labio para contener otra disculpa. Ella no pudo frenar su jadeo cuando Brett continuó, pese a todo—. La reciente herida de bala de Freddy ha sanado mucho más limpiamente. Su brazo no se vio afectado en absoluto.

—¿Te dispararon? —gritó Anne, dando la vuelta a Freddy y agarrándolo del brazo. Inmediatamente retiró su mano hacia atrás como si se hubiese quemado—. ¡Lo siento! ¿Te hice daño?

Freddy se rió.

—No me hiciste daño. Fue en mi hombro izquierdo. Y esta casi tan bien, como nuevo. Mi médico me aseguró que era una herida superficial. Aunque debo decir que la sentí bastante profunda en mí.

Anne cubrió su boca con su mano. Primero su padre y el Duque, a continuación, Bertie y Brett, después Jerome y ahora Freddy. ¿Qué sería de todos ellos si Freddy moría? Y ahora su muerte sería mucho más devastadora para Anne, ahora que lo había visto otra vez y habían hablado de nuevo, admirando el hombre en que se había convertido. Freddy tocó con su mano ligeramente el brazo de Anne, en respuesta a su angustia.

—Estoy bien, Anne, de verdad.

Anne se dio cuenta de que estaba temblando y envolvió los brazos alrededor de sí misma.

—Lo siento. Es solo que no lo sabía. Y… bueno, estoy muy contenta de que estés bien ahora, Su Gracia —ella tragó, devolviendo el control a sus emociones—. ¿Cómo fuiste herido?

Freddy y Brett compartieron una mirada antes de que Freddy contestara.

—Ayudé a detener a un buscado criminal que retenía a un amigo a punta de pistola —agitó una mano casualmente en dirección de Brett—. Brett estuvo allí también.

—¡Dios mío! —Anne se horrorizó—. ¿Qué estaban haciendo persiguiendo a criminales buscados? Ustedes son caballeros, no policías.

Freddy parecía divertido, e incluso Brett tenía una leve sonrisa burlona en su cara.

—Sí bueno, ¿pero lo cogimos nosotros, verdad? —Freddy lo preguntó con una nota de orgullo en su voz.

—¿Pero por qué? Todavía no entiendo porque estaban allí —Anne no podía dejar su interrogatorio. ¿Por qué arriesgar sus vidas de

ese modo? ¿No entendían que había habido demasiadas muertes para todos ellos? ¿Necesitaban provocarla? ¿Invitarla a su vida una vez más?

Freddy se puso bastante serio cuando contestó.

—Se trataba de un asunto de amistad, Anne. Un amigo nos necesitaba. Siempre voy a ayudar a un amigo cuando lo soliciten y, en ocasiones, incluso aunque no lo hagan. La amistad es muy importante para mí, Anne. Mis amigos son todo lo que me queda ahora.

—¿Cuánto tiempo hace que te hirieron? —Anne presionó una mano contra su corazón, pensando tontamente que podría frenar sus rápidos latidos.

—Fue hace casi tres meses. Mi médico no quiso que viajase hasta hace poco. Pero tenía que venir aquí para recuperarme. Ashton Park ha estado llamándome a casa durante algún tiempo.

Anne se sintió mejor por las palabras de Freddy. Él había estado siguiendo el consejo de su médico. Y si él decía que era seguro viajar ahora, entonces seguramente debía estar bien.

—Es Brett quien necesitó mucho más tiempo para recuperarse de su herida después de Salamanca. ¿Cuánto tiempo, Brett? —preguntó Freddy como por accidente, pero Anne vio a Brett tensarse. Él no la miró pero contestó.

—Bueno, me llevó casi un año salir de la cama. A continuación otro año, antes de poder caminar sin muletas. Luego pasé un año con un bastón. Casi otro año para ponerme sobre un caballo.

Brett lo recitó como si fuera normal, pero Anna podía imaginarse todo lo que él estaba dejando fuera. Casi cuatro años antes de recuperarse lo bastante como para caminar a su lado hoy. Había estado muy mal herido, tan mal como ella había temido. Ella se

sintió aún más culpable por el ataque no provocado contra él en el estanque. Sabía que él había sido gravemente herido, pero según Freddy había sido incapaz de viajar. Ella deseó por un momento haber estado a su lado durante su enfermedad y recuperación, pero pronto se sacudió ese pensamiento. Ella no podría haber hecho por él lo que Freddy había hecho. Freddy le había salvado la vida.

—¿No podemos pasar por The Narrows[4]? —preguntó Freddy cambiando de tema, girando su cabeza buscando alrededor del camino.

—¿The Narrows? —preguntó Brett.

Anne forzó una sonrisa, pero iba a dejar a Freddy conducirles fuera del melancólico tema de la lesión de Brett y Salamanca.

—Es el nombre de una granja en aquel valle. En realidad se refiera a la casa, que es larga y estrecha. Un vestíbulo largo con una docena de cuartos que salen de él. Los Hutchinsons todavía están allí, Freddy —ella caminó hacia la valla para señalar en la dirección de la casa, y puso su mano enguantada en la parte superior de la valla de entrada. Ésta estaba mojada e inmediatamente retiró su mano hacia atrás, pero no antes de que su guante se empapara. Ella alzó la vista hacia el árbol que protegía el poste del sol—. Me olvidé de la sombra aquí. El sol no ha tenido tiempo para secar el rocío.

Ella regresó al sendero, Brett salió de su camino para dejarla pasar por delante de él. Su proximidad la hizo tímida. Ella podía sentir su calor y el olor de su perfume de almizcle, y cuando pensó en todo lo que él había pasado todos estos años, casi tropezó. En cambio, se dedicó a quitarse el guante húmedo.

Freddy había estado esperando pacientemente en el camino, mirándolos. Anne sintió por un momento como si actuara en algún juego para él del cual no conocía las reglas. Entonces él se rió y ella

[4] Las flechas

se sintió tonta. Reanudaron su paseo, un poco más despacio por parte de Anne debido a la pierna dolorida de Brett. Después de un minuto tranquila, Anne se sintió incómoda. No había nadie más en el camino, solo ellos tres. El sol calentaba su espalda, y los olores, el calor y los sonidos de los hombres que estaban a su lado la excitaban contra su voluntad. Ella se estaba convirtiendo en la más licenciosa desenfrenada cuando se trataba de estos dos. ¿No era una cruel injusticia? ¿Qué ella fuese tan consciente y le atrajeran tanto dos hombres que no podía tener, más que cualquier otro que ella hubiese conocido? Agitó el guante en el aire, intentando secarlo.

—Aquí, déjame —dijo Brett de una forma tranquila, y tomó su guante. Ella se lo dio sin protestar. Había algo atrayente en la visión del delicado guante en la gran mano. Él se sacó su guante, y mientras dejaba libre cada dedo del cuero marrón Anne sintió un tirón en su interior. Esto era absurdo. ¿Cuántas veces había visto quitarse a un hombre un guante? Pero con las largas y grandes manos de Brett el resultado fue que Anne se quedó sin aliento.

Ella miró a lo lejos, pero sus ojos volvían a él. No podía resistirse a mirarlo. Metió el guante en el bolsillo de su chaqueta. Entonces pasó su guante mojado despacio sobre su palma. ¡Por Dios! Anne sintió la caricia a través de su carne y tembló. Se imaginó a Brett arrastrando el suave y pequeño guante a través de sus pechos, alisando los duros puntos de sus pezones con el cuero y luego remontando con los dedos su estómago descubierto hacia abajo hasta que cubriese su montículo con la palma del guante. Ella casi gimió en voz alta cuando una pulsación comenzó a palpitar entre sus piernas y ella sintió la humedad deslizarse para cubrir los labios de su sexo.

En ese momento, Brett deslizó su pulgar en el dedo pulgar del guante. El suyo era demasiado grande, eso hizo que el cuero se estirase hasta que se tensó alrededor del dedo, perfilando cada

pliegue y hueso de su nudillo, la sombra de su uña. Era como si el guante lo sostuviera como un amante, enrollándolo alrededor del dedo, de la mano, y Anne sintió que se mareaba de deseo. ¿Él se ajustaría igual en ella? ¿Tan apretado, tan lleno?

Cuando estuvo satisfecho con el ataque de su pulgar al guante, Brett empujó su índice dentro y Anne se aguantó un quejido. Alzó la vista hacia su cara y vio que él no tenía idea alguna de que lo miraba. Estaba completamente absorta en lo que él hacia a su guante.

Anne se obligó a mirar a lo lejos. Se dio la vuelta, tratando de encontrar alguna nimiedad que decirle a Freddy cuando vio que él miraba a Brett, también. Y si no se equivocaba, con los mismos pensamientos que ella había estado teniendo. Miró hacia abajo, casi de mala gana y posó su vista sobre la dura polla en sus apretados calzones mientras él miraba el sensual juego de Brett con su guante. Dios, ella podría tenerles a los dos. ¿Verdad? El pensamiento era repentino, inesperado, y trajo el rubor a sus mejillas.

Pensó en las lesiones que los dos hombres habían tenido, poniendo en peligro sus vidas. Pero habían sobrevivido y estaban aquí ahora. ¿Era ésta la oportunidad de dejar atrás el pasado? Una oportunidad que nunca podría tener otra vez. Si había aprendido algo en la última década era que la vida era corta. Tantas personas que eran importantes para ella habían muerto. Y estos dos casi se unían a esa triste lista. Antes de hoy, no, antes de ayer y de ver a ambos en el estanque, había estado contenta de saber que estaban vivos y bien en algún sitio en el mismo mundo en que ella vivía. Esto no bastaba ya. Intentó controlar su nerviosa respiración cuando pensó en las consecuencias de tener una relación con estos dos hombres. ¿Arriesgaría otra vez su corazón? Sabía que cualquier relación que tuviese con ellos estaría condenada a terminarse más pronto que

tarde. Si arriesgaba su corazón ¿lo lamentaría tanto como para dejarles ir? Sintiéndose a la par alegre e inquieta, se dio cuenta de que la respuesta era no. Ella nunca podría lamentar alcanzar lo que quería, sin importar las consecuencias.

¿Qué demonios estaba haciendo Brett con el guante? Freddy estaba intentado ocultar su agitación. Él sabía que su polla estaba dura. Era el Duque de Ashland caminando por un sendero con la polla dura. *¡Vengan, vengan todos, vean al desesperado Duque!* Casi se rió de su difícil situación. Pero entonces Brett presionó otro dedo en el guante y se dio la vuelta gimiendo hacia adentro.

Freddy siempre había admirado las manos de Brett. Diablos, Freddy lo admiraba todo de Brett. Quería todo de Brett. Brett montaba a caballo todos los días, además de hacer una tabla de varios ejercicios para fortalecer sus piernas y brazos, y los callos en la palma de su mano eran el resultado. No le gustaba llevar guantes a menudo. A Brett le gustaba tocar las cosas. Le gustaba explorar la textura, la densidad y el calor con sus dedos y manos. Freddy se había sentido atormentado por las manos de Brett en incontables ocasiones, mientras tocaban objetos ordinarios, aprendiendo. Freddy quería que Brett le conociese con esas manos, lo sintiera, lo aprendiera.

Se dio cuenta de que su respiración era irregular y echó un vistazo a Anne para ver si ella lo había notado. La única cosa que Anne notaba era la mano de Brett en su guante. Y a juzgar por los pezones como guijarros que salían del apretado corpiño de su vestido ella estaba tan excitada como Freddy. Su pecho se elevó y se cayó rápidamente, las cimas de sus cremosos pechos se elevaban por

encima del escote de su vestido. Freddy había notado que el vestido era de hacia varias temporadas, y apretado, como si no se ajustase más. Otro pedazo del rompecabezas. ¿Qué estaba pasando en la casa Goode? Si estaban pasando momentos duros ¿por qué no le habían pedido ayuda?

Los pensamientos de Freddy se dispersaron cuando Brett metió otro dedo en el guante. Él tenía su pulgar y dos dedos dentro ya. La polla de Freddy brincó cuando se imaginó aquellos dedos trabajando sobre él. La mano de Anne revoloteó involuntariamente a su lado y de pronto Freddy tuvo la imagen de Brett moviendo sus dedos dentro de Anne mientras él miraba. Entonces Brett se giraría hacia él, separaría su mano de Anne, mojada con su crema, y la alzaría para alcanzar a Freddy…

Freddy tembló a pesar del calor del sol en su espalda. Dios, él podría imaginarse como se sentiría, los dedos de Brett dentro de él mojados por el deseo de Anne. Su polla saltó y se obligó a alejar esa imagen. Este no era el momento ni el lugar. Debía unir a Brett y Anne. Él no tendría ningún sitio en su dormitorio. Ese pensamiento fue suficiente para frenar su excitación.

De repente Anne extendió la mano y tocó a Brett. Todos ellos se congelaron, parados allí en medio del camino. Freddy sintió como si estuviera viendo a Brett tocando su polla, el movimiento pareció así de íntimo. Brett tenía todos los dedos dentro del guante salvo el meñique. Era obvio que el cuero nunca sería el mismo. Se había estirado más allá de cualquier posibilidad de arreglo.

Lo que Brett había estado haciendo le hizo ruborizarse.

—Tal vez debería devolvértelo —murmuró, intentando sacar el pequeño guante de su mano.

Freddy casi gimió. Él se imaginó a Brett deslizando su polla en el sexo de Anne mientras lo apretaba tan fuerte como el guante.

Retuvo con fuerza su imaginación antes de que pudiera visualizar totalmente la polla de Brett deslizándose en él de la misma manera.

Anne tragó de forma audible. ¿La habría llevado su imaginación por el mismo camino?

—Sí, tal vez deberías —dijo ella jadeando. Entonces sus manos se unieron a las de Brett mientras ellos comenzaban a tirar del guante. Sus manos eran pequeñas y blancas, delicadas. Tenía los dedos largos, delgados que terminaban con unas hermosas uñas, largos óvalos con brillantes medias lunas crecientes en sus puntas. Eran cortos, pero Freddy se los imaginó firmes y bien formados, alargándolas. Los músculos de su espalda se agitaron cuando él se imaginó a Anne clavando sus uñas en él mientras ella rodeaba su polla.

Ella tiró del guante del índice de Brett, y Freddy imaginó los dos juegos de manos sobre él, envueltos alrededor de su polla y dentro de su culo. Él se alejó abruptamente y tosió para cubrir su lamento. Lo estaban matando. ¿Sabían que lo estaban matando?

Brett estaba mortificado. Había arruinado su guante. Eso era evidente. ¿En que había estado pensando? No lo había hecho, no con la cabeza de todos modos. ¿Qué pasaba con la proximidad de Anne que hacía que su cerebro dejase de funcionar?

Su guante era tan suave, tan pequeño y frágil, como él se imaginó que sería Anne. Tan delicado, y él había querido violar esa delicada y frágil envoltura. Dios, ¿qué estaba mal en él? Sin embargo, al sentir sus enormes dedos presionando el suave y húmedo cuero él había empujado dentro del apretado calor, el húmedo calor lo había hipnotizado. Se había torturado con las visiones de Anne extendida

bajo él, primero con los dedos y luego con su polla había separado su pequeño coño y lo había devastado. Él se imaginó el calor y la humedad a su paso, la elástica textura, el pelo negro pubiano contra sus dedos y su polla.

Anne tiró intentando conseguir sacar su guante de él, y Brett se estremeció cuando lo raspó con su uña sobre su piel, esto hizo que sus vísceras y su polla se pusiesen más duras y creciesen más. Pidió a Dios que ella no notase lo duro que estaba. Echó un vistazo a Freddy y se encontró con un problema idéntico en el otro hombre. Su mirada voló y se reunió con los ojos azules de Freddy. Freddy lo sabía. Freddy sabía lo que él había estado pensando. Al menos la parte de él que había estado pensando. Pero Brett había trabajado duro los últimos cinco años para asegurarse de que Freddy no supiese que Brett también pensaba en él.

Porque cuando Brett se había torturado con las visiones de Anne, había arrojado las precauciones al viento y dejó sus fantasías sobre Freddy sueltas también. Se había imaginado aquellos dedos en los apretados agujeros tanto de Freddy como de Anne y él empujando en ambos. Nunca había querido poner sus dedos sobre un hombre hasta que Freddy había comenzado a desfilar a su alrededor, después de que se recuperó y fue capaz de tener sexo otra vez. Freddy se había ofrecido gloriosamente suave, apretado y tan a menudo que Brett había gastado sus dientes de apretarlos contra la tentación. Pero él lo deseaba. Cristo, él lo quería. Él quería empujar los dedos, infiernos, toda su mano, en Freddy hasta que Freddy pudiera tomar su polla entera. Y luego quería joderle tan fuerte que gritase, con el puño largo y duro de su polla. Tentando al pequeño bastardo.

Brett miró abajo a las manos de Anne sobre él otra vez y una nueva y cruda visión lo asaltó. Se imaginó a Anne sobre Freddy, la

polla de Freddy enterrada en su coño, los dedos de Brett enterrados en su culo, mientras que Brett llenaba con su polla a Freddy por detrás. Él jadeó y retiró su mano de Anne.

—Lo siento —dijo en un ataque de pánico—. Yo solo estaba intentando arreglarlo. ¿Lo lastimé?

Brett se forzó a tomar varios alientos profundos antes de hablar.

—No, no, estoy bien —apartó sus manos con cuidado—. Lo conseguiré, no te preocupes.

Hizo su trabajo con las manos despacio, deliberadamente, con calma cuando ya tenía el resto del guante fuera. Estaba arruinado, arruinado. Tal como él los arruinaría a ambos si se daba media oportunidad.

Miró tristemente a Anne, con arrepentimiento, en su inquieta expresión.

—Lo siento, Anne. He arruinado el guante. Los reemplazare cuando lleguemos a la aldea —el guante era viejo, Brett podía ver eso. Ella necesitaba un par nuevo. ¿Era ese su mejor par? Interiormente se castigó una vez más a sí mismo. Tendría que haber venido a verla, asegurarse de que todo estaba bien. Porque claramente no lo estaba. Nunca debería haber permitido que las cosas llegaran a ese punto, en el cual ella no podía comprar un vestido nuevo o un par nuevo de guantes. Ella era su responsabilidad, tanto si ella lo quería como si no. Le debía a Bertie eso. Y Brett lo merecía. No más, pero si al menos el derecho a cuidar de ella.

—No, en serio, no es necesario Brett —susurró Anne. Ella se lamió sus labios y se distanció—. Estaban viejos, no son mi mejor par te lo aseguro.

Brett lo dudó. Habría llevado su mejor par para ir con ellos al pueblo.

—Sin embargo, sustituiré lo que he arruinado.

Freddy limpió su garganta.

—Sí, será un buen lugar para empezar. Desde allí puedes llevarnos a las demás tiendas que necesites, Anne. Estuvimos aquí hace unos meses, pero no tuvimos tiempo para visitar a todos en el pueblo. Debemos ser amables con los que están a nuestro alrededor.

Brett sonrió al ver la consternación de Anne. Freddy confiaba en hacer que fuese imposible para ella decir que no. Realmente le gustaba que Freddy estuviese alrededor.

CAPÍTULO CUATRO

12 de julio de 1810

Anne,

No debería escribirle estas palabras, pero me parece que no tengo a nadie más. Alguna familia distante, supongo, que no me conoce y no tiene ningún interés para mí. Pienso, quizás, que usted se preocuparía. ¿Soy un idiota? La pregunta no requiere ninguna respuesta, desde luego.

Anoche desperté por los sueños en Talavera*. Sudaba como si los fuegos estuviesen lamiendo mi propia piel. Entonces me senté y temblé como una víctima paralizada hasta que, en la desesperación, tomé la pluma y el papel. Y así que aquí estoy. Como puede ver por mi letra todavía estoy afligido. Pero ambos sabemos que nunca enviaré esta carta, Anne.*

Anne, Anne. Su nombre ha llegado a ser sinónimo de hogar para mí. Debo obligarme a no exigir que Bertie lea su última carta una y otra vez. Usted y Bertie son todo lo que me mantiene ahora. Por favor escriba, Anne. Nunca deje de escribir.

Brett

Anne estaba en un aprieto. ¿Cómo diablos iba a discutir las finanzas con el señor Howard con Freddy y Brett que permanecían de pie mirando sobre su hombro por detrás? El propietario de la mercantil de Howard había sido un amigo para ellas durante años, y

había rechazado el pago por los artículos que les envió el mes pasado. La señora Goode estaba poco dispuesta a dejar que se arriesgase a que la Duquesa averiguase su generosidad. La Duquesa había prohibido a los comerciantes en Ashton Green conceder crédito a los Goode. Era decisión de Anne hacerle aceptar el pago por los bienes y esto por lo general suponía una disputa. Ella suspiró.

—¿Estás bien, Anne? —preguntó Brett solícitamente.

Su preocupación la calentó en sitios que ella no tenía ningún interés en que se calentasen. Pero había pasado mucho tiempo desde que un hombre se había preocupado por ella. Era un sentimiento delicioso. Se lo sacudió. No podía permitirse acostumbrarse a su protección. Él y Freddy se marcharían pronto. Y Anne se quedaría. Anne siempre se quedaba. Estaba allí de pie mirándole en silencio, y Brett dio un paso hacia ella.

—¡Yoohoo, señorita Goode! —la voz de una mujer llamó desde la calle principal del pueblo, y Anne se dio la vuelta para ver a la madre de Leah Westridge, la señora Northcott, y sus dos nietos, Bastian y la pequeña Esme.

—¡Oh Su Gracia! —dijo la señora Northcott sorprendida cuando los alcanzó—. Y el Sr. Haversham. No esperaba verles hoy aquí.

Freddy y Brett hicieron una disciplinada reverencia a la señora Northcott.

—¿Cómo está usted, señora? —preguntó Freddy mientras se inclinaba sobre su mano. Cuando estuvo de pie sonreía en la dirección de Anne—. Escoltamos a la señorita Goode esta mañana. Ha sido lo bastante amable para ofrecerse a presentarnos por el pueblo.

La señora Northcott parpadeó varias veces a Anne.

—Oh. Bien, por supuesto. No sabía que se conocían. No lo mencionó la última vez que estuvo aquí.

Anne fue picada por la sorpresa. La señora Northcott siempre

había sido amable con ella y su madre. Y sin embargo se había sobresaltado al ver a Anne en la compañía de tan estimados caballeros.

Freddy continuaba sonriendo.

—Como la señorita Goode estaba lejos en aquel momento, no vi ninguna razón —fue el turno de Anne de parecer sobresaltada. No sabía que Freddy estaba enterado de su viaje de unos meses antes—. Conozco a la señorita Goode desde que éramos niños. Fue prometida a mi hermano, el Vizconde Talmadge.

La señora Northcott sacudió la cabeza.

—¡Por supuesto! Sabía que la señorita Goode estuvo prometida, pero nunca hice la conexión de que ella desde luego le conocería, Su Gracia —le sonrió a Anne entonces, y Anne se relajó. No había nada malicioso allí, simplemente distracción.

—Planeábamos visitar a los Westridges muy pronto, señora —le dijo Brett—. ¿Les van bien las cosas?

—Muy bien, señor. Leah está esperando, usted sabe. El señor Westridge y el señor Schillig la llevaron a Londres mientras todavía es capaz de viajar. No volverán durante varias semanas.

—¿No? —exclamó Freddy—. Bien, debemos haberles perdido cuando nos marchábamos. Estoy seguro que oiremos todo sobre su viaje cuando regresen.

La mandíbula de Anne cayó con asombro, y rápidamente recuperó la compostura. Bastian hizo la pregunta que más la preocupaba.

—¿Va a quedarse mucho tiempo entonces, señor?

Freddy pareció sorprendido.

—Bueno, desde luego. Ashton Park es mi casa. Había planeado quedarme indefinidamente.

Anne miró fijamente a Brett y lo vio contemplar a Freddy con

asombro. Evidentemente no había esperado estar en Ashton Park mucho tiempo.

Bastian continuaba con la conversación, inconsciente de las corrientes submarinas alrededor de él.

—No lo sabía, Su Gracia. Usted no ha estado aquí mucho tiempo nunca.

Anne miró alrededor mientras los demás seguían charlando. Vio al señor Howard de pie en la puerta de su comercio observándoles y recordó su desagradable encargo aquí en el pueblo.

—Disculpe —dijo en voz baja a la señora Northcott mientras Freddy y Bastian discutían las maravillas de la pesca en el Green, el pequeño río que discurría por delante del pueblo para interceptar al Río Trent, y del cual el pueblo recibió su nombre. Se apresuró a través de la calle y el señor Howard sostuvo la puerta abierta para ella cuando marchaba hacia el comercio.

Brett observó la prisa de Anne al atravesar la calle hacia el establecimiento. Había un hombre que estaba allí de pie, como si la esperase. ¿Quién era y qué asuntos tenía ella allí? El Comercial Howard estaba pintado en el cartel encima de la puerta. ¿Ese era el señor Howard? Brett llamó la atención de Freddy e indicó que iba al otro lado de la calle y Freddy asintió con una sonrisa. Se disculpó discretamente con la señora Northcott y esperó a que pasara un carro antes de cruzar la calle con cuidado. Él miró por la ventana delantera y vio a Anne intentando dar al hombre algún dinero mientras él vehementemente negaba con la cabeza. Él le dijo algo y estaba claramente enfadado. Anne respondió con amabilidad.

Brett atropelló la puerta sólo para encontrarse que se sostenía

abierta en un día tan cálido. Sus voces se oían en la tienda por otra parte desierta. Se detuvo en la sombra de la puerta.

—Señor Howard, es muy amable de su parte, pero apenas necesitamos caridad aún. Debe tomar este pago.

—Entonces, señorita Anne, usted sabe que no lo tomaré. Diga a su madre que aquellos artículos eran el pago por los servicios que me prestó durante años.

Anne sacudió la cabeza.

—Aquello fue simple amabilidad entre amigos, señor Howard, y no requiere pago. De verdad, semejante propuesta sería un insulto a Madre.

—Como usted me insulta ahora insistiendo en darme esto —dijo el señor Howard, enderezando sus hombros y estirándose en toda su estatura. El efecto no era tan intimidatorio como él había esperado ya que no era mucho más alto que Anne.

—Señor Howard —dijo Anne, pareciendo exasperada—. Como usted dice, debo insistir…

—¡Hola, Sr. Haversham! —dijo Esme a su lado, y él brincó y miró hacia abajo, avergonzado por ser cogido escuchando a escondidas.

Brett aclaró su garganta.

—Hola, señorita Marleston —dijo cortésmente—. Yo estaba por entrar y encontrarme con la señorita Goode. ¿Le gustaría unirse? —Brett la sonrió abiertamente y ella asintió—. Venga entonces, señorita Marleston —dijo animadamente. Ofreció su brazo y ella tímidamente colocó su mano en él.

Cuando entraron Anne miraba un poco de tela en una mesa cerca de la puerta. Sus mejillas estaban sonrojadas y parecía nerviosa. Ella y el señor Howard no habían intercambiado otra palabra después del saludo de Esme, que obviamente oyeron. El

señor Howard estaba atrás, tratando de arreglar algunos artículos expuestos de una manera nerviosa.

—Señor Haversham —dijo Anne, nerviosa— y Esme. ¿Qué están haciendo aquí?

Esme la miró de una manera extraña.

—Es un comercio, señorita Goode. Vengo aquí todo el tiempo.

El rubor de Anne empeoró, sus mejillas de un brillante rosado.

—¡Por supuesto que lo hace, querida! Qué tonto de mi parte.

Carraspeó y Brett casi podía verla envolviéndose la calma alrededor de ella.

Brett dio un golpecito con el codo a Esme.

—Corre y coge algún caramelo —la urgió. Esme se rió y corrió al mostrador.

—Es muy generoso —le dijo Anne irónicamente—, pero no vendré a rescatarle cuando la señora Northcott haga sonar un repique sobre su cabeza.

—El caramelo hace a todos los niños dulces —contestó Brett con una sonrisa.

—Hmm —fue la escéptica respuesta de Anne.

—Hmm —Brett la observó críticamente—. Quizás necesita algún caramelo también.

Anne se echó a reír.

—Temo que es demasiado tarde para mí, señor Haversham.

Brett hizo un chasquido con su lengua y sacudió la cabeza.

—Entonces tendremos que encontrar algo más para endulzarla.

Anne se ruborizó otra vez, pero buscó su mirada con audacia, muy parecida a la sirena que había encontrado en la charca el día antes. Su corazón corrió, y en un destello recordó su cuerpo desnudo saliendo del agua y sus comentarios provocativos.

—Puede ser demasiado tarde —le contestó sin respiración—. La

dulzura no es mi inclinación natural.

—Freddy me dice que usted es muy dulce —le dijo Brett, y se quedó desconcertado por el timbre áspero y jadeante de su propia voz.

—Los recuerdos que tiene Freddy de mí son los de un muchacho joven —susurró Anne.

—Creo que todavía sabría muy dulce, Anne —susurró ronco Brett. No sabía qué estaba haciendo. Tenía que controlarse. Antes de que ella pudiera contestar oyeron más voces en la puerta. Anne miró alrededor como si hubiese olvidado donde estaban. Brett ciertamente lo había hecho.

Brett supo que Freddy había atravesado la puerta incluso antes de que se diera la vuelta para mirar. El aire en la tienda de repente se volvió más cálido, y podía oler la colonia distintiva de Freddy, una combinación de sándalo, cítrico y Freddy. Aquel olor siempre se envolvía alrededor de Brett cuando Freddy estaba cerca. Hoy se mezcló con el olor de lilas de Anne, y el aroma embriagador mareó a Brett.

—Bien encontrados, queridos míos —dijo Freddy en voz baja—. ¿Están bien?

La mirada de Anne era imposible de descifrar cuando ella miró fijamente a ambos.

—Al parecer soy dulce —informó a Freddy sin mostrar emoción—. O así me informa el señor Haversham. Él dice que usted ha atestiguado de mi naturaleza dulce —sonrió engañosamente—. Pero le advierto, Su Gracia. Las jovencitas dulces pueden volverse agrias en su vejez.

Freddy se rió sin inhibiciones.

—Ah, mi querida señorita Goode. Incluso agria usted será un gusto para saborear cuando por fin alcance la vejez. Pero por ahora,

usted permanece tan dulce como el caramelo de azúcar.

Anne arqueó una ceja.

—Bien, eso es dulce.

Ella echó un vistazo detrás de Freddy y Brett siguió su mirada. La señora Northcott y Bastian todavía estaban en la calle mirando en la ventana de otra tienda. Ella bajó la voz y se inclinó hacia Freddy, sus ojos se precipitaron hacia Brett a quien llamó para que se acercase con una pequeña inclinación de su cabeza. Los tres compartieron miradas de complicidad, y Brett no pudo evitar echar un vistazo sobre su hombro para asegurarse de que nadie más podía oír, aunque no tuviera ninguna idea de qué iba a decir Anne.

—¿Cómo sabe qué sabor tendría? —preguntó Anne con aquella sonrisa burlona de sirena.

Brett contuvo el aliento. Esta era la Anne que encontró ayer. Una mujer que sabía qué pasaba entre los sexos y que disfrutaba jugando el juego. Ella había encontrado la horma de su zapato en Freddy.

—Mi querida Anne —susurró Freddy fervorosamente—, sólo sé a qué sabe en mis sueños. Pero con cada momento que pasa se hace un sueño hecho realidad.

Anne parpadeó varias veces.

—¡Bueno, Frederick Thorne —dijo en un tono escandalizado—, se ha vuelto un libertino! —su sonrisa iluminó la tienda—. Y uno muy bueno, apostaría —dijo apreciativamente.

Brett no pudo contener su resoplido de risa, y la mirada de Freddy era astuta y satisfecha.

—Me gusta creer que sí —dijo Freddy a Anne con satisfacción.

Anne se enderezó bruscamente con una sonrisa condescendiente.

—Oh Freddy, a todos los hombres les gusta creer que lo son.

Freddy sonrió abiertamente con placer sorprendido.

—Touché, querida mía, touché —Freddy se giró para mirar a Brett—. ¿Y Brett? ¿Clasificas en la misma categoría?

Anne miró a Brett con la frente arrugada.

—Hmm. Ayer tenía elevadas esperanzas. Hoy… —se encogió de hombros como si la defraudase y dejó la reflexión inacabada. Brett sintió un destello de irritación.

—Le aseguro, señorita Goode, que puedo creerme en esa categoría —parecía malhumorado. Como desconcertado.

Anne realmente movió sus cejas hacia él con una sonrisa burlona.

—Si usted se cree, señor, entonces esa no es la categoría para usted.

Esta vez tanto Brett como Freddy se echaron a reír sorprendidos.

—¿Qué es tan divertido? —dijo la señora Northcott cuando atravesó la puerta con una sonrisa—. Les podíamos oír riendo desde la calle.

Antes de que cualquiera de ellos contestara a la señora Northcott echó un vistazo y vio a Esme en el mostrador de los caramelos.

—¡Oh no! Esme, sabes que no puedes tener dulces —se giró hacia Brett con el ceño fruncido—. Usted no le compró, ¿verdad, señor Haversham?

Anne retrocedió un paso con una sonrisa maliciosa.

—Todavía no, señora Northcott, pero se me informó que todos los niños necesitan caramelos. Para endulzarlos, creo que era su lógica.

—¡Tonterías! —proclamó la señora Northcott—. Las muchachitas no necesitan caramelos. Eso sólo infundirá un gusto por

los dulces cuando se hagan viejas que se hará pesado.

Brett pensó en la clase de caramelos de los que disfrutaría una mujer como Anne. Él vio a Anne mirándole a él y a Freddy con alegría no disimulada. Ella se mordió el labio inferior y sus ojos se agrandaron. Brett tuvo que frotar su labio superior para disimular su propia sonrisa, y Freddy tosió. La diversión compartida y secreta entre los tres se sintió tan bien que Brett se quedó desconcertado. Él había sabido que sentiría algo por Anne cuando finalmente se encontrase cara a cara con ella. Pero había esperado que ese algo fuera ternura o protección. Sentía aquellas cosas, desde luego, pero también sentía esta *conexión* abrumadora, como si se hubiesen conocido durante años, como si fuesen viejos amigos. Esto era inesperado y alarmante.

Entonces Freddy captó la atención de todo el mundo y nadie notó la ligera retirada de Brett.

—¡Bien, desde luego tiene razón! —proclamó Freddy—. Es un deber sagrado comprar caramelos a los niños para que permanezcan dulces. ¿No es eso correcto? —preguntó al señor Howard. Anne recordó sus obligaciones.

—Oh, lo siento tanto. Su Gracia, ¿puedo presentarle al señor Howard? Ha tenido el comercio aquí desde hace casi diez años —se giró hacia Brett—. Y señor Howard, este es el señor Haversham, un amigo de Su Gracia.

Freddy estrechó la mano del señor Howard.

—Ya nos conocemos, ¿verdad, señor Howard? —la sincera cordialidad de Freddy alivió el nerviosismo del señor Howard.

—Sí, Su Gracia, cuando era un muchacho, después de que yo llegase, justo antes del accidente —el señor Howard no tenía que explicarse. Todos sabían de qué accidente hablaba… el accidente de coche que había matado tanto al padre de Freddy como al de Anne.

Freddy asintió.

—Sí, sí, ahora me acuerdo —se volvió hacia Anne—. Me había escapado de Ashton Park, y me encontré con el Vicario Goode, Anne. Me llevó al pueblo y paseamos durante la mitad del día. Él me trajo aquí y me compró caramelos, después miramos el equipo de pesca, y nos fuimos y tomamos limonada en la posada —Freddy sonreía, su mirada distante mientras recordaba. Se concentró en Anne otra vez—. Me devolvió a la duquesa más tarde aquel día sin darle ninguna explicación. Estuve a pan y agua durante una semana por darle semejante susto.

Brett estaba fascinado. Freddy no hablaba mucho de su infancia. Brett siempre había tenido la impresión de que esta no había sido feliz. Bertie le había contado que Freddy fue consentido y asfixiado por su madre. Bertie se lamentó a menudo de que ella nunca dejaría crecer a Freddy. En la experiencia de Brett con ella pudo ver que Bertie había tenido razón. Freddy había crecido contra sus deseos, y no le gustó una pizca.

—Sí, Freddy, lo recuerdo —dijo Anne—. Nos lo contó todo durante la cena aquella noche. Fue una de las últimas veces que estuvo en Ashton Park durante un tiempo. Era tan raro tener una posibilidad para verle o hablar con usted en aquel tiempo. Siempre estábamos ávidos por noticias suyas.

Freddy se echó hacia atrás sorprendido.

—¿Lo estaban? Qué curioso, ser el objeto de semejante interés. Asthon Park y la casa parroquial eran como dos mundos diferentes en aquellos días —sonrió con su habitual actitud despreocupada—. Bien, estoy aquí ahora para satisfacer su avidez, querida mía. Todo lo que desee saber, procuraré informarla.

Anne levantó las cejas burlona.

—¿Lo hará ahora? —ella resopló y sonrió—. Creo que prefiero

averiguarlo gradualmente, Su Gracia. Demasiada información al mismo tiempo podría abrumarme.

Freddy se rió cuando el señor Howard y la señora Northcott se quedaron mirando, perplejos. Brett comprendió que el sentido subyacente de su conversación estaba llegando a ser, sino evidente, al menos sospechado.

—Esme —preguntó Brett en voz alta—, ¿has elegido ya? —se giró hacia su hermano—. ¿Y Bastian? ¿Te gustaría algún caramelo?

—Sí, sí —dijo Freddy, dirigiéndose a los niños—. Elijan tantos como quieran. Como el Duque aquí es mi deber comprar caramelos para cada uno cuando vengo al pueblo.

Bastian arrugó la nariz.

—Me parece un poco atrasado, Su Gracia. ¿No sería cortés en cuanto a la gente comprarle cosas cuándo usted viene, como un regalo de bienvenida?

Freddy pareció debidamente horrorizado.

—¿Por qué y para qué? ¡Como si tuviese necesidad de algo! — sacudió la cabeza con vehemencia cuando él señaló los caramelos que Esme miraba y asintió al señor Howard. El señor Howard puso de inmediato una generosa cantidad en un envoltorio de papel para ella—. No, no. Mis gustos son demasiado particulares, me temo, para aceptar alegremente cualquier regalo. Mucho mejor dar que recibir — señaló varios artículos y el señor Howard los envolvió diligentemente. Entonces Freddy se volvió hacia Anne.

—Señorita Goode, ¿hay algo más que necesite mientras estamos aquí?

A su pregunta Anne se sonrojó y manoseó nerviosamente su retículo.

—Yo, ah, no, Su Gracia, no, ninguna cosa.

Freddy pareció perplejo.

—¿Entonces puedo preguntar por qué ha venido?

—Ah… —tartamudeaba Anne. El señor Howard la interrumpió.

—Usted dijo que tenía una lista, señorita Anne —insistió él—. Puedo llenárselo mientras muestra al Duque y al señor Haversham los alrededores —miró satisfecho la consternación de Anne.

Freddy alargó la mano con arrogancia.

—Deme la lista para el señor Howard, Anne. Después podremos irnos.

De mala gana, Anne le dio la lista a Freddy y él se la pasó al señor Howard sin mirarla. El señor Howard bajó la mirada y la leyó rápidamente, y luego echó un vistazo a Anne impresionado.

—¿Azúcar? ¿Harina?

Anne se sonrojó.

—La señora Tilton va a hacer para Su Gracia un poco de mantecada, señor Howard.

—Ah —dijo Freddy desde donde inspeccionaba algunos peines y cepillos—. Ponga eso en mi cuenta, señor Howard —él dedicó a Anne y al comerciante una sonrisa distraída y luego volvió a los artículos que inspeccionaba—. La señora Tilton hará esto para mí —se miró en un espejo de mano y se ajustó el pañuelo—. Y no planeo compartirlo —añadió, distraído.

—De verdad, Su Gracia —dijo Anne rápidamente—, no hay ninguna necesidad.

—Tonterías —dijo la señora Northcott mirando de soslayo al señor Howard—. Si Su Gracia va a comérselo todo, entonces debería pagarlo.

Anne se quedó sin habla ante la grosería de la mujer, pero Freddy sólo asintió.

—Ciertamente, mi querida señora Northcott —dejó el espejo con decisión y le ofreció su brazo a Anne—. ¿Nos marchamos,

señorita Goode? —echó otro vistazo al señor Howard—. Quizás debería doblar ese pedido, y hacer que esos artículos sean entregados en la casa de campo Goode, si puede ser, señor Howard —saludó con la cabeza a la señora Northcott y a Esme, y luego al señor Howard—. Buenos días.

—Oh —dijo Anne, tan indecisa como Freddy estaba decidido—. Supongo que sí, Su Gracia —puso su mano en el brazo de él y dejó a Freddy guiarla fuera de la tienda, pero miró atrás con una mueca al señor Howard, que sonreía con regocijo, al igual que la señora Northcott. Entonces ella miró desvalidamente a Brett.

Brett sonrió para sí. Oh sí, Freddy sabía exactamente cómo jugar este juego. El hombre era un genio.

—Buenos días —dijo en voz baja mientras volvía a ponerse el sombrero. Tanto el señor Howard como la señora Northcott parecieron sobresaltados. Evidentemente habían olvidado que él estaba allí. Brett se encogió de hombros mentalmente. Freddy tenía aquel efecto sobre las personas.

Y así fue en cada tienda que visitaron esa tarde. En la sombrerería, la carnicería, la panadería… los propietarios parecerían nerviosos y ligeramente culpables cuando Anne les presentaba, pero ellos eran indefectiblemente corteses, hasta afectuosos con Anne. Después de todo, ella conocía a la mayoría de ellos de toda la vida. Freddy hacía la charla encantadora, y Brett sonreía y permanecía de pie solemnemente y conversaba adecuadamente cortés. Entonces, cuando se marchaban Freddy preguntaba si Anne necesitaba algo de aquella tienda en particular. Ella decía que no, los propietarios recordaban algo y Freddy encontraba alguna excusa en cuanto a por

qué debía cargarlo en su cuenta. Anne protestaba en vano en cada tienda. Después de las primeras veces dejó de protestar y recurrió al sarcasmo. Esto tampoco desalentó a Freddy.

En la guantería fue diferente. En cuanto entraron, Brett tomó el brazo de Anne y la acercó al mostrador. Él la hizo probar todos los mejores guantes de señora, y él escogió un bonito par para sustituir los viejos que llevaba, que él había estropeado. Él metió los guantes viejos en su bolsillo mientras ella se probaba el nuevo par, los guantes de cabritilla más suaves que había sentido alguna vez, en una hermosa tonalidad del color exacto de nata espesa. Le quedaban exquisitamente.

—No debería —dijo ella suavemente, acariciando el dorso de un guante con sus dedos desnudos después de que Brett dijera a la dependienta de la tienda que se llevarían los guantes—. De verdad, no debería aceptar tal regalo —cuando levantó sus ojos hacia Brett la mirada que él le dio era dolorosamente sensible.

—Por favor, Anne —su voz era tranquila, pero la atravesó como truenos. Ella tembló ante la necesidad que aquellas tres palabras despertaban en ella. Ella asintió, mordiéndose el labio inferior para impedir decir lo que estaba en su corazón. La muchacha puso los guantes en una caja y se los dio a Brett.

Freddy había estado inusualmente silencioso durante todo el intercambio. Anne se dio la vuelta para salir y le encontró de pie al lado de la puerta, mirándolos.

Freddy le ofreció su brazo.

—Son unos guantes bonitos, Anne. Brett tiene un gusto exquisito.

Anne no estaba segura de qué hacer con su comentario. Parecía haber más de lo que ella veía. Con cautela puso la mano en el brazo de él.

—Gracias, Su Gracia —murmuró tímidamente. Cuando su mano se apoyó en el brazo de Freddy ella sintió los delgados músculos bajo su palma tensa. Brett se había acercado y miraba fijamente su mano en el brazo de Freddy mientras Freddy miraba a Brett.

Freddy rompió la extraña tensión con una radiante sonrisa.

—¿Tienen hambre? Juro que estoy muerto de hambre por todas estas compras —se dio la vuelta y abrió la puerta de la tienda, dirigiendo hacia afuera a Anne—. A las damas seguramente les encanta charlar en las tiendas, Anne.

Anne refunfuñó con indignación.

—¿A mí? Tú eres el único que me has arrastrado a cada tienda en el pueblo, Su Gracia. No he comprado ni una cosa. Tú has escogido, comprado y entregado todos esos artículos para mí. ¡Difícilmente puede ser por mi culpa si te has agotado por las compras!

Freddy sólo se rió y apeló a Brett.

—Ahora, Brett, tienes que decirnos a quién hay que culpar.

Brett sonrió indulgentemente desde el otro lado de Anne.

—La culpa es de los dos. Me han arrastrado alrededor de la ciudad toda la mañana, y no sólo estoy muerto de hambre, también estoy sediento —señaló la posada al final de la calle en la que estaban—. ¿Podremos encontrar comida decente allí, Anne?

Anne podría haberse dado un puntapié. No sólo estaba hambriento, sino que ella apostaría que su pierna también estaba muy dolorida. Rápidamente asintió con aprobación.

—Sí, el Duck tiene una comida excelente, Brett.

Brett le dio una sonrisa apretada y luego miró lejos. Aceleró el paso, dejando que Anne y Freddy le siguieran. Anne no podía apartar la mirada. Su cojera era pronunciada, pero no podía decir si era peor de lo normal, no teniendo ninguna idea de lo que era normal para

Brett. Él parecía bastante ágil. Y observarle pasear era extraordinariamente conmovedor. Su trasero y piernas estaban tiernamente revestidos de ante ajustado que delineaba cada musculosa curva. En efecto, ella podía ver los músculos de la derecha de sus nalgas flexionarse cuando él dio la vuelta para cruzar la calle hacia el Duck. Ella tembló un poco.

—¿Tienes frío? —preguntó Freddy incrédulamente—. Hace tanto calor que temo por mi lino, y no obstante tiemblas a mi lado.

Anne resopló una sonrisita desalentada.

—No, Freddy, no tengo frío —sacudió la cabeza y agarró su brazo más fuerte cuando alzó la vista hacia él.

La boca de Freddy se elevó en un lado. Miró a Brett un momento y luego la devolvió su sonrisa.

—¿Crees que le molesta la pierna? —Anne no podía sacudirse la culpa por haber olvidado su herida mientras ellos “charlaban”, en palabras de Freddy.

Freddy hizo una mueca y se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? Él nunca lo admitirá aun cuando eso ocurra —suspiró—. He necesitado años para entender que la pierna de Brett es sólo algo con lo que él, y cada uno alrededor de él, tiene que vivir. Preocuparse por eso, o por él, no lo hará mejor. Nunca estará mejor de lo que está. Preguntar constantemente por su comodidad ahora sólo le irrita —él acarició la mano de Anne y se detuvo justo antes de entrar en la posada detrás de Brett—. Es un hombre razonable, Anne. Cuando algo es demasiado para él, lo admite. Él no hace nada intencionada o deliberadamente para agravar o empeorar su condición. Y no obstante ha decidido no dejar que su cojera interfiera con vivir su vida como vea adecuada.

Anne respiró hondo. Por alguna razón las palabras de Freddy la pusieron sentimental. ¿Era el conocimiento del dolor de Brett? ¿La

idea de que siempre sería un recordatorio de qué él había sufrido? ¿O el saber que él tuvo una vida plena que no incluyó a Anne?

Freddy bajaba la mano dulcemente por el brazo de ella justo cuando la puerta se abrió y Brett sacó la cabeza.

—¿Ustedes dos, van a entrar? ¿O van a comer aquí fuera en el patio?

Anne le sonrió. Demasiado rápidamente, supuso ella cuando él estrechó los ojos mirándola especulativamente.

—Tenía algo en el ojo —inventó ella, frotando suavemente la esquina, borrando subrepticiamente cualquier humedad reveladora.

Brett extendió una mano y la ayudó a pasar.

—El camino está polvoriento. Ven dentro. ¿Necesitas algo para esto?

Anne sacudió la cabeza, todavía sonriendo.

—No, ya ha pasado. Gracias —volvió hasta donde Freddy todavía estaba de pie en el patio—. ¿Su Gracia? Ven dentro.

Freddy sonrió demasiado rápidamente y era el turno de Anne para mirarle con recelo. Pero él sólo se rió y colocó una mano en su codo para apremiarla en todo el camino.

El almuerzo consistió de una modesta comida, para disgusto de la señora y el señor Gilchrist. Ellos habían dirigido la posada durante años, habiéndola heredado del padre de la señora Gilchrist. Freddy calmó toda su agitación de aquel modo especial que Anne empezaba a comprender que era tan natural en él como respirar. Su naturaleza agradable simplemente no toleraba ser tratado con demasiada deferencia. Cuando ellos se sentaron allí, la mitad del pueblo encontró una razón para dirigirse a la posada y detenerse para hablar con el Duque y sus compañeros. Anne podía ver la conmoción y la especulación en ellos al verla incluida en la esfera íntima del duque.

La conversación se centró de forma natural en recordar viejas

historias. Los aldeanos hablaron del viejo Duque, y Bertie, y su hermano mayor Jerome, que había muerto sólo semanas después de Bertie de una fiebre. Brett escuchaba atentamente, en silencio como de costumbre, aunque hizo varias preguntas que incitaron historias largas donde estaban incluidas las aventuras más salvajes de Anne y Bertie.

Después de una historia de un conejo herido, una jauría de los sabuesos de Squire Tumley y un gallinero destruido, Brett no podía parar de reír. Miró a Anne con apreciación.

—¿Así que eras la compañera[5] de nuestro Bertie, eh?

La sonrisa de Anne era ligeramente disgustada.

—Me temo que sí. Yo podría hablarte del pobre Bertie en casi cualquier situación más o menos —ella sacudió la cabeza—. Era tan ingenuo.

Esto hizo que Brett riese a carcajadas.

—¿Bertie? ¿Ingenuo? ¿Crees que él no era el instigador? Durante la guerra siempre estuvo haciendo travesuras solo.

Anne se rió.

—Sí, bueno, supongo que a él se le ocurrían buena parte de nuestras bromas.

—Entonces ustedes dos eran inseparables en su juventud —el comentario de Brett pareció más una afirmación que una pregunta, pero Anne respondió de todos modos.

—Sí, desde que yo tenía seis o siete años, y él tenía nueve o diez. Teníamos temperamentos tan parecidos. Encajábamos bien.

Brett bajó la mirada a la mesa y después levantó su vaso para beber. Lo dejó antes de tomar un sorbo.

—¿Siempre supiste que te casarías con él, verdad?

[5] Creo que la palabra más adecuada sería “compinche” pero desconozco si en España es palabra común. (N.C.)

El resoplido de Anne fue poco elegante.

—¿Casarme con Bertie? Dios mío, no. El pensamiento nunca cruzó mi mente. Compadecía a cualquier pobre mujer que fuese finalmente endilgada con él.

Brett pareció impresionado, lo mismo que Freddy, que había estado siguiendo su conversación cuidadosamente. La señora Crossly, la esposa del pañero, rió con Anne.

—¿Anne y Bertie casados? Ninguno de nosotros pensó nunca que eso pasaría. Podría habernos atropellado con una pluma cuando ellos anunciaron su compromiso justo antes de que él tomara su nombramiento. Por qué, esos dos luchaban casi tanto como se metían en líos —sacudió la cabeza—. Lamentamos la muerte del joven Bertie. Era un muchacho tan animado.

Con cada historia que contaron, Anne podía ver el aumento de tensión alrededor de los ojos de Freddy. Pero esa era la única indicación de su angustia. Él todavía sonreía, reía y conversaba agradablemente. Finalmente, Anne no pudo aguantar más. Ella misma había tenido bastante de las historias sentimentales. Con el corazón endurecido, suspiró en voz alta.

—Querida mía, debes estar exhausta —dijo Freddy de inmediato, dejando su vaso de limonada.

Anne revoloteó sus pestañas, pero trató de no exagerarlo.

—Sí, Su Gracia, me temo que sí. Lamento interrumpir su tarde, sin embargo. Estoy segura que puedo volver por mí misma a casa.

—Eso no es necesario —se interpuso Brett, poniéndose de pie para tirar de la silla de Anne—. Su Gracia y yo estaríamos más que felices de llevarla a su casa, señorita Goode.

—Sí, sí —Freddy se apresuró a estar de acuerdo. Se levantó también y sonrió a la gente alrededor de ellos—. ¿Nos disculpan, verdad? La Señorita Goode está cansada. La hemos tenido fuera

demasiado tiempo hoy, presentándonos a cada uno. Pero les veremos a todos pronto, estoy seguro.

Todos murmuraron su asentimiento mientras miraban con ojos fascinados como Freddy y Brett recogían las cosas de Anne y solícitamente la guiaban fuera de la posada.

Una vez que los tres estuvieron fuera se miraron el uno al otro con recelo y se apresuraron a través de la calle. Sólo cuando estaban fuera de la vista de la posada estallaron en carcajadas.

—Deben haber pensado que el edificio estaba en llamas cuando nos precipitamos fuera tan rápidamente —jadeó Anne.

Freddy agarró su mano y la colocó sobre su brazo.

—Aquí, apóyate en mí. No debemos olvidar que eres prácticamente una inválida, estás tan cansada.

Brett ofreció su brazo para su otra mano.

—Seguramente esto requerirá de los dos para sostener a la pobre, cansada y débil señorita Goode.

Esto envió a Anne en carcajadas otra vez.

Con la moral alta y con una camaradería renovada anduvieron durante varios minutos en silencio, sólo disfrutando del día. Cuando estuvieron lejos a bastante distancia del pueblo Anne consiguió el valor para volverse hacia Freddy.

—Freddy —dijo ella, su voz un poco indecisa—, he guardado todas las cartas de Bertie, lo sabes. Me gustaría que las leyeras.

Freddy se detuvo y la miró boquiabierto durante un momento.

—Anne, posiblemente no podría. No estaban destinadas para los ojos de otros.

Anne se mofó.

—Oh por favor. Él no me escribía apasionadas cartas de amor, Freddy. Las cosas nunca fueron así entre Bertie y yo. Sus cartas hablan de la guerra —Anne miró a Brett que también se había

detenido y los miraba silenciosamente—. Estoy segura de que Bertie no se opondría —miró hacia atrás a Freddy y sonrió melancólicamente—. Y estoy segura de que puedes pasar por alto las ocasionales palabras cariñosas y tentativas románticas.

Freddy pareció vencido.

—Anne, seguramente esto es demasiado…

Anne se dio la vuelta y comenzó a andar otra vez, tirando de Freddy y Brett a lo largo.

—No, Freddy, no lo es. No creo que Bertie estuviese contento de saber que fuiste mantenido en la ignorancia de sus últimos días. Brett dijo que te escribió constantemente, tan a menudo como me escribió a mí. Él quiso que tú supieras. Creo que deberías leer acerca de todo eso en las propias palabras de Bertie.

Freddy comenzó a protestar otra vez, pero Brett habló por fin.

—Creo que ella tiene razón, Freddy. Deberías leer las cartas.

Freddy se detuvo otra vez, y esta vez Anne fue arrastrada en la parada.

—¿Ahí, ves, Freddy? Brett está de acuerdo conmigo.

Freddy la dedicó una irónica sonrisa.

—No me sorprende que Brett esté de acuerdo contigo —Brett empezó a avergonzarse y Anne sonrió.

—Estoy de acuerdo con ella, Freddy, porque Bertie pasó mucho tiempo escribiéndote. Si bien las cartas de Anne no serán lo mismo, Bertie las escribió. Le debes a él leer por lo que estaba pasando. Las cartas de Bertie, las que escribió y las que recibió, eran muy importantes para él.

Anne se rió suavemente.

—Estoy segura de que él se mareó por mis cartas. Le escribí casi cada día, de vez en cuando dos veces al día. Madre decía que seguramente la empobrecería por el precio de franqueo.

La mirada de la cara de Brett era tan solemne que Anne dejó de reír.

—¿Brett?

—Nosotros… él nunca se cansó de tus cartas, Anne. Vivía para ellas.

Anne sintió un doloroso retortijón en el pecho.

—¿Lo hacía? —ella miró lejos entonces, un nudo formándose en su garganta. Tragó—. Bien, yo no tenía mucho que decir. No me puedo imaginar que leer sobre mí yendo al pueblo o visitando la vecindad fuese muy emocionante.

—Aquellas cartas, le entretenían, Anne. Las estudió minuciosamente, y las leyó en voz alta mil veces. Por las veces… —Brett se detuvo y Anne le echó un vistazo para verle mordiéndose el labio superior durante un momento—. Todos te conocíamos, Anne, por tus cartas. Le pedíamos que las leyera una y otra vez. Todo sobre la señora Tilton, y el señor Howard, y tu madre, y… y el pueblo entero. Y sobre Monstruo —él la miró entonces—. Sentí tanto cuando Monstruo murió.

Anne se rió un poco temblorosa.

—¿Aquel viejo gato? Tuvo una vida buena y mimada —en un impulso ella agarró su mano y la apretó—. Pero gracias.

Anne tiró de sus brazos otra vez para hacerles marchar.

—No puedo creer que recuerdes a mi gato —agarró el brazo de Brett cerca.

—¿Monstruo? —preguntó Freddy. Anne le miró para verle sonriéndola, y su sonrisa abarcaba a Brett también. Había algo sobre la sonrisa de Freddy… Anne sintió que toda la atmósfera se aligeraba considerablemente y ella volvió a saltar en su paso.

—Mm hmm —contestó ella, dando un puntapié a un guijarro—. En realidad era el gato de Madre. El Duque, tu padre, Freddy —le dijo

apretando su brazo y sonriéndole—, se lo dio justo después de que ella y Papá se casaran. ¡La primera mañana que lo tuvieron Madre subió para buscar a Papá para desayunar y cuándo volvieron aquel pequeño gatito se había comido casi todo del aparador! —Anne se rió al recordar a su padre contando esta historia muchas veces durante años—. Fue inmediatamente apodado ese pequeño monstruo, y así se quedó —Freddy y Brett se rieron. Anne suspiró felizmente—. Pero cuando me hice mayor gradualmente llegó a ser mi gato —ella cerró los ojos durante un minuto cuando una sombra de la tristeza que había sentido en la ida de Monstruo cruzó su mente. Los abrió para ver a Freddy y Brett que la miraban—. Era un gato bueno —dijo simplemente con un firme movimiento de la cabeza—. ¿Entonces lo mencioné en mis cartas? —preguntó a Brett suavemente después de un momento.

—Sí —dijo. Una respuesta típicamente corta en Brett, pensó ella con una sonrisa.

—¿Recuerdas algo más de lo que escribí? —Anne observaba el revoloteo de un pajarillo cantor a través del camino.

—Quizás unas pocas cosas —dijo Brett con desdén—. Pero realmente no puedo recordarlas ahora.

Al lado de ella Freddy aclaró su garganta, y Anne se preguntó por qué él parecía tan raro.

Cuando la dejaron en casa, Anne corrió y consiguió el fajo de las cartas de Bertie que guardaba en una caja en su armario. Freddy fue muy cortés cuando las tomó, pero Anne pudo ver su gratitud en sus hermosos ojos azules y en un impulso ella besó su mejilla. Brett miraba, entonces ella sintió razonable besarle a él también.

CAPÍTULO CINCO

30 de Septiembre 1810

Mi querida Anne:

He dejado de temblar lo suficiente para escribirte esta carta. He visto mi primera gran batalla hace tres días, en Busaco[6]. Quiero comentarte acerca de ello, pero entonces otra vez, no quiero. Las cosas que vi, Anne. Las cosas que hice. Te puedo decir que soy un hombre diferente hoy de lo que era hace cuatro días. Brett dice que el sentimiento pasará, pero creo que simplemente dice lo que piensa que deseo escuchar. Dios, ¿Qué haría yo sin Brett? Sé que él está demasiado afectado también. Perdió a su caballo en Busaco, le dispararon al caballo y él tuvo que luchar todo el camino para salir, mano a mano con los bastardos franceses. Está muy maltratado y tiene un corte desagradable en el brazo de una bayoneta mal dirigida. Sin embargo, todavía sonríe y trata de consolarme. Todo esto

[6] Esta batalla ocurrió el 27 de septiembre 1810: El Vizconde de Wellington se ha mantenido con sus tropas anglolusas en las Líneas de Torres Vedras, posición inexpugnable desde donde esperan a los franceses, que tras destruir el fuerte de Almeida, avanzan por Portugal hacia sus posiciones, sin encontrar ninguna resistencia. Wellington decide pasar a la ofensiva: reúne 25.000 soldados británicos y otros 25.000 portugueses al mando de Beresford, y sale al encuentro de los tres Cuerpos de Ejército de Massena, al mando de Ney, Junot y Reynier, en total 66.000 soldados. El inglés se detiene en torno a los cerros de Busaco.Tras reconocer las posiciones aliadas, Massena planea enviar a los Cuerpos al asalto de las alturas de Busaco, que tan sólo están defendidas por dos divisiones; pero Wellington ha adoptado su táctica favorita, ocultando a la vista de sus atacantes las tropas con las que realmente cuenta. El Cuerpo de Reyner inicia su ataque hacia las 06:00 horas, alcanzando la cima ascendiendo por su lado derecho, pero son desalojados de allí por una carga a la bayoneta de 88º de Rangers. Una hora después los franceses intentarán dos asaltos más contra la colina, pero ambos son igualmente repelidos con muchas bajas. Después de las 08:00, Ney ataca el flanco izquierdo británico, logrando hacer retroceder a los defensores, pero los aliados detienen su asalto concentrando abundantes descargas de fusilería y artillería, consiguiendo que se replieguen. Después se suceden a lo largo de la mañana una serie de escaramuzas, y Massena ordena retirada tras haber perdido 4.500 hombres; por su parte Wellington sufre unas 1.500 bajas, y retorna victorioso hacia las Líneas de Torres Vedras.(N.C.)

comenzó en un convento Anne. ¿Puedes creerlo? Aquí no hay nada sagrado, ni Dios ni la vida. Hablé con el Sr. Matthews y dijo que lo que tenemos en nuestros corazones es sagrado y ningún edificio, libro o filosofía puede darnos aquellas cosas. Es un buen hombre. ¿Te he dicho lo mucho que me recuerda a tu padre?

Me ha dolido enterarme de lo de Monstruo. Era un buen gato. ¿Te acuerdas de cuándo decidiste que él estaría muy solo y nos lo llevamos de visita a The Narrows para visitar al perro de los Hutchinsons? ¡Por Dios, qué catástrofe! No creo que el pobre perro alguna vez se recuperase. El pobre Monstruo le arruinó para la caza y el Sr. Hutchinson siempre reclamaba. Soy yo el que se calló del tejado para coger al gato tonto y el que se rompió el dedo, pero todo el mundo se preocupaba mas por un perro que carecía de valor. Lloré cuando tu madre me colocó el hueso y tú me llamaste bebe grande, pero me trajiste un ramo de flores silvestres y besaste mi mejilla por rescatar aquel gato. Yo me rompería mil dedos ahora mismo por uno de aquellos besos.

Tu fiel siervo.

Bertie

Brett se enteró sobre lo Monstruo y quiere que te diga que lo siente mucho también.

Freddy dejó la carta. No conocía a ninguno de ellos, se dio cuenta ahora. Realmente no conocía a Bertie. Con una maldición en voz baja empujó la silla hacia atrás del escritorio y se puso de pie. Comenzó a pasear alrededor del perímetro de su salón privado. Suyo. Qué extraño sonaba. Siguió pensando en ella como la del duque.

Parecía por todas partes, pero en Ashton Park él podría jugar al Duque. Pero aquí, en esta casa, en estas habitaciones, parecía un intruso.

Ni siquiera recordaba que Bertie se rompiera un dedo. ¿Dónde había estado él cuando pasó? Probablemente en Londres. Era donde su madre por lo general lo mantenía encerrado lejos del resto del mundo con sus tutores latinos y maestros de baile. Y Jerome probablemente había estado lejos en la escuela. Había sido enviado lejos a una edad temprana, como era apropiado en un futuro Duque. Pero Bertie consiguió quedarse en Ashton Park. Él era demasiado salvaje para su madre, y para la escuela. Así que se quedó aquí con Reeves, justo castigo a los ojos de su madre. Pero para Freddy él era el muchacho más afortunado. Bertie consiguió quedarse y vagar por el campo con la bonita Anne Goode y comer la mantecada de la Sra. Milton y conocer a su padre. Él conocía al padre de Anne también, y a cada uno en el pueblo.

Freddy entró en su dormitorio y se lanzó sobre el borde de su enorme cama adornada. La cama de su padre y de la de su padre antes que él. No era la primera vez que Freddy pensaba que Bertie tenía que haber sido el Duque. Después de la muerte de Jerome, debería haber sido Bertie quien tomara el control del ducado, con Anne a su lado. Bertie pertenecía aquí. Freddy no. Dios, él todavía podía sentir la envidia, el resentimiento de Bertie. Freddy había querido permanecer aquí toda su vida.

La guerra había cambiado a Bertie. Aquella carta después de Busaco no fue escrita por el Bertie que él conocía. Aquel Bertie era sin la debida atención egocéntrica, cariñoso de un modo descuidado, juguetón al punto de extremos. No era dado a la introspección o la apreciación para el dolor de otros. Freddy suspiró. Le habría gustado

haber sabido en el hombre que se convirtió Bertie, porque él entendía ahora que solo conocía al muchacho y solo de un modo superficial.

Freddy se levantó y sopló las velas sobre el escritorio. Luego se quitó su traje y se subió a la cama. Cuando se colocó allí empezó a pensar en Anne. Su oferta para que leyese las cartas de Bertie había sido completamente inesperada. Su agradecimiento no tenía límites. A través de ellas fue descubriendo a un hermano que nunca había conocido. Se había conmovido y entristecido al enterarse de que Bertie le había escrito a él y nunca había recibido las cartas. Anne le había dado tanto hoy.

Freddy arrastró y tiró una almohada más cerca cuando la abrazó. Varias veces había tenido la impresión hoy de que Anne se sentía atraída tanto por él como por Brett. Eso era inesperado. No podía decir que era inoportuno, pese a todo. Ella era aun tan malditamente hermosa. Su reacción a él esa mañana en cuanto ellos habían llegado había sido revelador. Ella había estado tan nerviosa por su proximidad. Y luego más tarde, en el mercado, cuando ella le había tomado el pelo a él y a Brett, los había sorprendido con su humor indecente. Cristo, que mujer. Ella no era una muchacha imberbe, toda sonrisa e ignorante. No, ella sabía lo que estaba haciendo cuando los invitó como lo hizo en la tienda. Y seguramente ella había sostenido su brazo tan fuerte como Brett en el camino a casa.

Brett. Freddy aún podía ver su mano dentro de aquel guante. Tan apretado y su mano tan grande, estirando el guante hasta que él pensó seguramente que se rasgaría por la presión. Freddy gimió y rodó a su espalda, asaltado por las imágenes de Brett, reales e imaginarias. Brett con su mano metida dentro de aquel guante, Brett con sus dedos metidos en la vaina apretada, mojada de Anne, Brett

con sus dedos duros y profundos dentro de Freddy. Freddy sintió apretar sus nalgas con esta última imagen.

Tiró fuera la ropa de cama, de repente caliente. Su polla estaba latiendo, dura y doliente, y él la tomó en su puño. El placer fue inmediato, y él gimió arqueando el cuello. Brett se convirtió en su mano, su fantasía favorita cuando se daba placer a sí mismo muchas veces antes. Comenzó a bombear su polla, despacio al principio, como él se imaginaba a Brett desnudo tumbado junto a él, tal vez apoyándose en un codo para que pudiera ver como su mano se envolvía alrededor de la polla de Freddy cuando él lo trabajaba.

Freddy respiraba pesadamente, e incorporó aquellos sonidos a su fantasía. Él alcanzó con su otra mano su saco, haciendo rodar las pelotas dentro una contra otra. Él estiró un dedo hacia bajo y frotó la sensible piel entre su saco y su agujero. En su fantasía las manos y dedos estaban encajados en un par de hermosos guantes y pertenecían a...

Anne no podía dormir, de nuevo. Esta noche no era por el choque y la vergüenza lo que la mantenía despierta, pese a todo. Esto era Deseo. Pasar la mayor parte del día con Freddy y Brett había despertado los sentidos de Anne. Aquí acostada en su cama solitaria, aún podía oler su colonia. Ella podía sentir el calor de sus cuerpos cuando ellos estuvieron de pie cerca de ella y el juego de músculos de sus brazos cuando ellos la sostuvieron.

Sus voces profundas todavía hacían eco en su cabeza. *"Me gustaría probar su sabor dulce, Anne"* había susurrado Brett. Y Freddy con su libertina voz: "*Solo sé cómo sabes en mis sueños"* ¿Había soñado él con ella entonces? Sería absolutamente maravilloso.

Anne sonrió abiertamente como una idiota cuando un pequeño escalofrió de placer al pensar en Freddy y Brett teniendo sexo con ella.

¿Con que soñaban los hombres? ¿Besándola? ¡Oh!, Anne quería besarles. La boca de Brett era amplia con sus labios, parecían como si hubieran sido dibujados con la precisión de la mano firme de un maestro. Su labio superior tenía dos puntos como un arco pesado encima de un labio inferior que se rellenaba en el centro. Anne quería recorrer aquel arco con la punta de su lengua y luego chupar aquel labio inferior jugoso antes de que ella bañara su lengua en la hendidura de su barbilla. Gimió y agarró su almohada con estos pensamientos.

Y Freddy, Dios, que boca. Cuando él no sonreía... casi vanidoso. Justo lo necesario. Quiso ver un puchero. Quiso que él pidiera, en realidad. Sobre sus rodillas. ¡Ahí Dios! Se imagino su sexo palpitar y empezó a sentir la comezón cuando se puso húmeda. Sí, se inclinaría hacia abajo hacia sus pies y frotaría sus labios a lo largo de sus labios hasta que no pudiese más. Y, a continuación, abriría su boca y empujaría su lengua dentro de su boca.

Anne gimió y rodó sobre su espalda otra vez. ¿Cómo sabría él? Pensó que Freddy sabría oscuro y picante. Pensó que los labios de Freddy exigirían. Él se hundiría profundamente, aunque dudaba que las personas lo hicieran así. Parecía tan joven y despreocupado, pero sus ojos y la anchura de sus hombros desmentían esto. Mmm, sus hombros. Anne se imaginó lamiendo un camino a través de sus hombros. Su interior se calentó y sintió más líquido humedecer su raja.

Brett probaría su dulzura. Tan dulce. Tendía a ser taciturno exteriormente, pero ella había visto dentro de él la ternura. Sus besos serían suaves. Sus cincelados labios la acariciarían y pedirían

permiso antes de que él la comiera la boca. Él tomaría su tiempo pero con besos.

Solamente pensar que ellos la besaban hacia arder a Anne. Se destapó apartando la ropa de cama y subiéndose el camisón hasta sus caderas, y luego recorrió sus dedos por sus rizos húmedos hasta que encontró la entrada de su cuerpo. Resbaló un dedo dentro y de inmediato se imaginó que era uno de ellos. Los dedos de Freddy eran delgados, largos y llenos de gracia. Pero no, esta no sería la mano de Freddy, la habían conducido a la distracción hoy. No, Freddy miraría. Pero el dedo que la llenaba, jodiéndola era grueso y calloso, extendiéndola ampliamente y rozando y friccionando dentro. Ella era un guante abrazando aquel dedo, abrazando....

Brett se sentó encima de la cama, con su cabeza en sus manos. ¡No podía dejar de pensar en ellos! Tiró de su pelo con la frustración. Esto no lo llevaba a ninguna parte, el fantasear constantemente. Casi se había puesto en un aprieto hoy andando por el camino al lado de Freddy y Anne.

Suspiró. No lucharía. ¿Y por que debería de hacerlo? ¿En su propio dormitorio? ¿Quién había para verlo? ¿Censurarlo? Despacio Brett metió la mano bajo su almohada y sacó el viejo guante de Anne. Él no se los había devuelto hoy. Pero lo haría si ella se los pidiese, pero ella se había olvidado de ellos. Cogió el que había estirado esa mañana y lentamente metió los dedos de nuevo en el, esta vez no paró hasta que toda su mano quedo enterrada en el viejo y desgastado guante de cuero. Acercó el guante a su nariz y lo olió. Este olía como Anne, a lilas, cuero y sudor. Cerró los ojos con un gemido. Bueno, esto olía malditamente bien.

Con un suspiro Brett recorrió con su otra mano la parte exterior del guante. Era suave, brillante y liso en algunos lugares desgastados. Las puntadas eran tan finas que las costuras apenas se notaban. Las yemas de los dedos eran las más suaves y más lisas. Paso su dedo índice sobre sus labios. Era como besar a Anne. Brett tocó con la punta de la lengua la punta de los dedos del guante. Sabía a... usado. Viejo. Dulce y salado. Inconscientemente sacudió la cabeza. Ese no sería el sabor de Anne en absoluto. Bueno, tal vez a dulce y salado, pero de una manera diferente. Se imaginó que sería un sabor un poco como los arándanos silvestres, dulces con un toque de acidez, fuerte cuando ella acabase contra su lengua. Fresco y delicioso. Con una sonrisa sardónica recordó las palabras que dijo Freddy hoy: "*Solo sé cómo sabes en mis sueños".* Sí, Brett había soñado con eso también.

Brett recorrió con su mano enguantada su pecho, parando para frotar sus pezones con el cuero flexible que llevaba. Tembló con la sensación. Pellizcó su pezón izquierdo con fuerza, retorciéndolo y el ardor combinado con la calidez del cuero, hizo saltar su polla. Freddy, sí, Freddy haría esto. Él no sería amable con Brett. Le haría pagar por hacerle esperar tanto tiempo. Lo pellizcaría y pellizcaría y tiraría y torcería y torturaría hasta que Brett pidiera por él.

Una parte de él trato de detenerse. Trato de pensar en Bertie, y por qué las cosas que pensaba eran imposibles. Pero todo lo que él podía recordar era posiblemente la apariencia de ellos cuando Anne les miraba fijamente con tanto deseo y ternura, y la mirada fija y caliente de Freddy que se convirtió en un infierno de lujuria. Freddy había mirado con fuerza el juego de Brett con el guante hoy. Él había querido las manos de Brett sobre él. Brett sabía cuánto deseaba Freddy sus manos.

Brett dejó su mano enguantada deslizarse hacia abajo sobre su estomago hasta su vello púbico. Inclinó su espalda contra las almohadas cuando frotó el guante por todo el interior de sus muslos, sus pelotas y su polla. Tembló cuando parte de su vello se enredó con la piel y sintió un estirón suave. ¿Freddy sería como esto? ¿Le tocaría como Brett con el guante? ¿Y Anne? De algún modo Brett sabía que a ambos les gustaría esto, muchísimo.

Envolvió su mano alrededor de su polla lo mejor que pudo. El guante se estiró tanto como podía y la mano de Brett era demasiado grande para él. Este no cubría su mano entera, dejando la mitad inferior de su palma desnuda. Pero no era la estrechez de su apretón lo que le haría correrse esta noche. Era el guante, una pequeña muestra de Anne, tocándolo, sosteniéndolo. Despacio dobló sus rodillas, y las dejo caer a los lados, abierto, extendido en todo su anchura. Comenzó a bombear su puño a lo largo de su polla, el cuero golpeaba con pequeño golpes la sensible parte inferior de su polla justo debajo de la cabeza. Esto era una sensación exquisita.

Su mano libre se deslizó hacia abajo como una taza a sus pelotas. Las exprimió ligeramente y recorrió con un dedo hacia abajo a lo largo de la costura bajo ellos hasta que tocó la entrada allí. Su fantasía se hizo más específica. Ligeramente apretó con la punta de su dedo cuando tiró y retorció su polla con su mano enguantada. Imaginó a Anne trabajar su polla mientras Freddy jugaba con su agujero. Sí, Freddy había ofrecido a Brett su trasero delicioso, pero también Freddy le había aclarado que quería joderle. La primera vez Brett que se había dado cuenta de lo que Freddy quería se quedó conmocionado. Pero la idea había echado raíces y se había convertido en una obsesión. ¿Qué se sentiría? Esta no sería la primera vez que él se había tocado y se había imaginado que era Freddy. Era un bastardo débil. No se dejaría tener por Freddy aun cuando él quisiera,

pero se encontraba aquí, en su dormitorio, en la oscuridad de la noche y fantasearía sobre ello.

El dedo de Brett entró justo dentro del apretado anillo de músculos. Era áspero y dolió, Brett tiró hacia fuera y cogió un poco de fluido que se escapaba de la punta de su polla con su dedo. Entonces volvió a bajar y lo extendió alrededor del agujero y empujó otra vez. Ah Dios, Freddy, pensó en su espalda inclinándose por el placer. Se paró y respiró profundamente cuando su dedo entró hasta el primer nudillo. Nunca había ido más lejos. Sus dedos eran grandes, contundentes y ásperos. Soñó con los dedos de Freddy, largos, delgados y llenos de gracia. Él sostuvo su dedo allí, frotando suavemente contra la parte lateral de su paso cuando arrastró su puño enguantado hacia arriba y hacia abajo lentamente, el cuero lo calentaba suave y caliente ahora con su humedad. Quería esto, a ellos. Dios, quería sentir a Anne con un guante como éste sobre su polla. Su paso estaría apretado y liso, liso y caliente. Igual que ahora, él estaría lleno por...

Freddy se arqueó encima de la cama cuando el placer lo recorrió desde la cabeza hasta su polla. ¡Cristo! Él bombeó el puño más duro, se imaginó que era la enorme y áspera mano de Brett. Casi podía sentir las callosidades de su mano cuando se acariciaba el nudo por debajo de la cabeza y un puro placer recorrió su columna. Su otra mano estaba ocupada debajo, haciendo rodar sus pelotas y acariciando su entrada trasera con toques suaves, la clase de caricias que se imaginaba que Anne le daría ella allí. Sus delicados dedos con aquellas hermosas uñas. Freddy rascó con su uña sobre la piel fruncida de allí y gritó con la sensación.

—Brett —susurró él sin aliento, resonando un eco en la cavernosa habitación a su alrededor— más duro, más rápido —se imaginó a Brett mirando fijamente su mano alrededor de la polla de Freddy, trabajándola y cumpliendo las palabras que le había dicho. La expresión de Brett era caliente y hambrienta, la misma mirada que él había visto en su cara hoy cuando alzó la vista de los torpes intentos de sacar la mano de Brett de los guantes de Anne. Brett había mirado directamente la polla de Freddy y había estado tan asustado de su mirada fija que ésta voló hasta que encontró la de Freddy, antes de que pudiera ocultar el calor en sus ojos. Freddy gimió cuando sintió un tirón en sus apretadas pelotas.

Freddy empujó su dedo dentro del agujero. Se imaginó a Anne tocándole así, con sus menudas y delicadas manos. Dulce Anne Goode satisfaciéndole a él de una manera tan decadente mientras que Brett disfrutaba de su polla. ¡Dios! Freddy arqueó su espalda de placer cuando presionó su dedo hasta la empuñadura. Encontró la glándula con la punta del dedo y golpeó su yema contra ella una vez, dos veces y luego él se corrió.

—Anne —gimió, presionando su dedo profundamente. Suavemente gritó—: Brett —con una voz rota cuando su polla disparó y las ráfagas de semen cubrieron sus manos y muslos.

Tumbado allí agotado, respirando pesadamente. Él había estado aquí tantas veces en los últimos años, anhelando a Brett, en soledad y vació doloroso incluso después de que él volviese. Pero esta noche algo fue diferente. Él no sintió la impotente desesperación que se instalaba en su pecho como en el pasado. En cambio él sentía.... esperanzas. Anne le había dado esto hoy también. Esperaba que pudiera haber un lugar para él en sus vidas.

Anne se retorció sobre la cama. Ella torció su dedo y frotó la pared interior de su vaina teniendo que morder su labio para sofocar el pequeño grito que trataba de salir. Ella resopló una risa inestable cuando un placer afilado y agudo se presentó un instante. Por esta razón ella prefería follar en secreto, lejos de oídos y ojos curiosos. Ella simplemente no podía ser silenciosa. Anne llevó su mano libre hasta su clítoris, su núcleo de placer y lo frotó en círculos duros. Sus caderas la empujaron hacia arriba, introduciendo sus dedos más profundamente.

—Mmmm, Brett —gimió ella. De pronto en su imaginación Freddy avanzó lentamente hacia ellos donde había estado tumbado en la cama mirándolos. Sí, esto era lo que Freddy haría. No sería feliz sentado y esperando. Ella se imaginó sus elegantes dedos de la mano deslizándose por encima de la pierna, y ella casi podía sentirlo. En su mente, Freddy besaba su pierna mientras él subía por su cuerpo, su mano acariciaba el interior de su muslo. Brett miró hacia abajo, a Freddy, con una semi sonrisa que acarició el pequeño hoyuelo en su mejilla. Cuando los labios de Freddy alcanzaron sus caderas él besó el hueso prominente de allí y miró a Anne cuando su mano terminó de recorrer las últimas pulgadas de su pierna. Él no se paró. Su mano siguió deslizándose hasta que uno de sus dedos se movió junto a los de Brett. Cuando esta fantasía tomó forma en la cabeza de Anne, deslizó otro dedo dentro de su apretada vaina.

—Freddy —gimoteó ella, extendiendo sus piernas ampliamente. Ambos dedos bombearon con fuerza y profundamente dentro de ella. Estaba temblorosa y con escalofríos por la necesidad de correrse.

A Brett le gustaría esto. Le gustaría compartirla con Freddy. Ella podía ver esto en su cara. Cuando Freddy la había tocado hoy, aún del modo más ocasional, los ojos de Brett habían cambiado un poco

más oscuros, su mirada un poco más caliente. Le gustarían las manos de Freddy sobre ella. Y Freddy, cuando este vino a Brett él era un libro abierto. A Freddy nada le gustaría más que ayudar a su amado Brett, y ayudar a Brett a amarla.

—Freddy, Freddy —cantaba ella suavemente, jodiéndose con aquellos dedos dentro y fuera. Él era tan alto, tan hermoso, tan poderoso y sin embargo tan considerado, en el modo de cuidarla. Él tuvo cuidado de ella hoy, tal como ella lo había visto tener cuidado de Brett. Y él los quería a ambos. Ella recordó la dureza de la polla de Freddy en sus pantalones cuando miró como Brett jugaba con su guante. Él quiso aquellos dedos también. Pero ellos eran suyos esta noche.

Con ese pensamiento ella presionó ambos dedos profundamente una y otra vez y frotaba su clítoris duramente. Ella jadeaba, incapaz de coger aliento cuando perseguía su placer, separando sus caderas de la cama, su cuello arqueado.

—Ahhhh —gimió ella cuando llegó a un punto de su placer. Mordió sus labios cuando sus dedos, una vez más, encontraron el caramelo dentro de ella y se estremeció cuando los músculos de su vagina se agitaron alrededor de sus dedos. El dedo de Freddy. Y Brett.

Cuando los últimos temblores se habían disipado, Anne separó sus manos y se derrumbó sobre la cama, con las piernas caídas abiertamente. El aire se sentía fresco, sobre su recalentado sexo. Ella rió con voz somnolienta. Oh sí. Tenía un guante que había hecho para los dos.

La cabeza de Brett se tambaleaba con el placer tan intenso que no podía respirar. Su corazón palpitaba al mismo ritmo que el movimiento de su mano sobre su polla y el dedo en su culo. Él quería esto. Áspero, duro y rápido, con Anne jodiendo su polla y a Freddy en su agujero. Nunca se había imaginado hace unos años que podría querer algo así. Pero él lo quería, Dios, como lo quería. Y él podría tenerlos.

Este pensamiento hizo alzar su trasero de la cama cuando sus pelotas tiraron firmemente y el pelo sobre sus brazos y nuca se pusieron de punta. El podía sentir el calor de su clímax intentando salir de su polla. Y esto se convirtió un canto en su mente. Él podría tenerlos, él podría tenerlos, él podría tenerlos. Ellos eran suyos para tomarlos, maduros para ser elegidos. Por él. Ellos le querían. Ellos querían joderlo y ser jodidos por él.

Él se metió el dedo más profundo que nunca y jadeó por el choque de placer, su puño instintivamente se agarró a su dura polla. El guante era tan liso que su mano se deslizó hacia abajo, golpeando con fuerza contra la cabeza, y Brett gimió cuando tiró su dedo hacia atrás y luego lo empujó al mismo tiempo que frotaba su pulgar vestido de cuero sobre la hendidura de la cabeza de su polla.

—Sí —gritó con voz ronca, tratando desesperadamente de mantener la voz en un tono bajo, mientras agarraba su polla en su puño y escupía ráfagas de semen, cubriendo su mano, su estomago y sus muslos. Él podía sentir apretarse su trasero en su dedo y un pequeño grito escapó cuando él se imaginó haciéndole esto al elegante dedo de Freddy.

Cuando acabó, Brett se derrumbó durante un momento. Y luego sintió un golpe de dolor apretando su tripa y comenzando unas palpitaciones detrás de sus ojos. Esto no era un dolor físico, sino emocional. Se volvió sobre un lado y tiró sus rodillas encima y se

puso allí en una apretada pelota de angustia durante mucho tiempo, pensando. Sabía que no podía tenerlos. Él había prometido a sí mismo que no, que no podía hacer esto a Bertie. Bertie había muerto por salvar la vida de Brett. ¿Cómo podría él traicionar aquel regalo? ¿Robando a su novia? ¿Jodiendo a su hermano? No, Brett tenía que dejarlos solos. Él al menos podría dar esto a Bertie. Pensó en el día que había pasado con Anne y Freddy. De repente, él lo sabía. Él sabía lo que tenía que hacer. ¿Por qué no había pensado antes en ello? La solución fue tan simple que era impresionante. Freddy debía casarse con Anne. Entonces ellos se cuidarían uno al otro y Brett les abandonaría.

A la mañana siguiente Freddy entró en la sala del desayuno para encontrar que Brett ya estaba allí. Parecía no haber dormido mucho por la noche. Aunque Freddy tampoco. Y él había tenido su polla en su puño de nuevo esa mañana antes de poder afrontar a Brett. Esto no le dejaría mostrar a Brett su polla dura a primera hora de la mañana. Eso hizo que Brett gruñera.

Freddy sonrió y miro alrededor de la sala, tomando nota de los tres lacayos y de su asistente Reeves, a la espera para servirle. La habitación era pequeña para lo habitual en Ashton Park, enormes por defecto. Aunque a Freddy le gustaba esto. Aunque le gustaba un montón de cosas de Park. También había cosas que no le gustaban.

—¿Te gusta esta sala? —pregunto Freddy a Brett a modo de saludo mientras un lacayo le ofrecía la silla y él se sentaba. Reeves, desplegó su servilleta y se la puso en su regazo.

—¿Café, Su Gracia? —preguntó Reeves.

—Sí, Reeves. Gracias —respondió Freddy automáticamente. Reeves preguntaba lo mismo cada mañana y cada mañana Freddy daba la misma respuesta. Por primera vez se preguntó que porque se molestaba—. Reeves, solamente ponme el café todas las mañanas. No necesita preguntar. Si yo no quiero le prometo que se lo diré.

Reeves le miró sorprendido por un momento y a continuación, su rostro se convirtió una vez más en ilegible.

—Muy bien, Su Gracia.

Brett ocultó una sonrisa en su servilleta. Él limpió su garganta.

—Sí, me gusta esto. ¿Por qué?

Freddy bebió a sorbos el café caliente que Reeves le había puesto delante de él. Un lacayo colocó un plato de desayuno sobre la mesa y Freddy vio como Reeves le miraba con el ceño fruncido. Freddy suspiró por dentro, aun no conocía por que Reeves fruncía el ceño, por lo que claramente el joven había hecho algo mal. La territorialidad de Reeves podía exasperar a veces.

—Gracias... —Freddy tuvo que hacer una pausa, un poco avergonzado.

—James, Su Gracia —dijo el lacayo, con un brillo en sus ojos.

Freddy sonrió, aunque él sabía que Reeves cobraría al pobre hombre más tarde la familiaridad de este.

—James —terminó Freddy—. ¿Traería alguna salchicha más al Señor Haversham?

—Por supuesto, Su Gracia —James no pestañeó ante la petición. Si estaba contento con él esta mañana o no, Reeves lo había entrenado bien.

Brett se inclinó hacia atrás en su silla con una pequeña sonrisa.

—¿Y si no quiero más salchichas?

Los pasos de James no vacilaron en absoluto. Él sabía claramente quien estaba al mando. Freddy sonrió mirando a Brett.

—Siempre quieres más salchicha.

—Hmmm —fue la respuesta de Brett. Cuando James colocó el plato delante de él, Brett recogió su cuchillo y Freddy se rió. Brett rió en silencio cuando tomó un bocado.

Los dos hombres comieron en silencio durante varios minutos. Por último, Freddy dejó sus cubiertos y alcanzó su taza de café. Cuando bebió a sorbos miró alrededor de la habitación otra vez. Sí, este cuarto le complacía. Se limitaba en las cuatro esquinas con pantallas de hermosas columnas Corintias. Los frontones, encima de las dos puertas tenían el mismo tema, al igual que los marcos de las puertas, todo pintado con rica crema. Las paredes estaban cubiertas de papel pintado con patrones[7], el diseño de un rico, cabernet rojo sobre un fondo de nata. Había canapés elegantes que invitaban a desmayos y sofás y sillas que recorrían las paredes de Sur a Oeste, todo cubierto de un terciopelo suntuoso de verde oliva. La mesa era grande y redonda una de las pocas piezas atractivas de Ashton Par. La mesa y sus correspondientes sillas estaban hechas de rica y oscura madera de nogal. Los cuadros rayaban las paredes, colgados en adornados marcos dorados y a todos los antepasados de una clase o de otra. Si se presionaba a Freddy podía decir la mayoría de sus nombres, había sido instruido en todas esas cosas por su madre cuando era apenas un muchacho. Las ventanas a lo largo de la pared oriental de la sala la iluminaban por la mañana y tenía una excelente vista del parque de afuera, el jardín con su complicado laberinto y su brillante fuente. El efecto general era de elegancia pero masculino. Freddy se sentía completamente como en casa aquí, relajado.



[7] paisley patterned wallpaper (algo parecido a este dibujo pero con motivos de hojas curvas).

También era capaz de ver que una mujer podría ser bastante feliz aquí. Anne encajaría en esta habitación perfectamente.

—Reeves, ¿volvió Jerome a redecorar esta habitación?

—Sí, Su Gracia. Justo antes de su muerte —Reeves hizo una pausa—. Creo que la duquesa tiene planes para redecorarla de nuevo.

Un deseo feroz de mantener la habitación tal como estaba, arrastró a Freddy.

—¿Ella?, bien cancélelos, Reeves. Quiero esta habitación como está —se giró y miró fijamente al mayordomo, quien sabía que era evidentemente leal a la duquesa—. ¿Entiende Reeves?

—Por supuesto, Su Gracia.

Freddy miró la enorme araña de bronce octogonal colgando por encima de la mesa.

—Yo estaba pensando en buscar en Londres un decorador. Creo que es tiempo de hacer algunos cambios aquí, en Park.

Con su anuncio un plato detrás de él golpeó el suelo con un sonoro choque. Freddy giró la cabeza con unos ojos asustados hacia Reeves, que parecía como si hubiera visto un fantasma. Las mejillas de Reeves es tiñeron de un rojo escarlata.

—Lo siento, Su Gracia.

—¿Está bien Reeves? —preguntó Brett—. ¿Se cortó usted quizás?

—No señor, muchas gracias —respondió con dignidad Reeves. Haciendo un gesto a uno de los lacayos para limpiar el desorden. La cara de los lacayos no mostraba ningún sentimiento, pero Freddy sabía que estaban tan sorprendidos como él.

—Bien, no te preocupes, Reeves —dijo Freddy despreocupadamente—. Estoy seguro que habrá más de donde vino esto.

—Sí, su Gracia —murmuró Reeves detrás de él.

Brett se mordió el labio, para evitar sonreír. La vista de sus fuertes y blancos dientes mordiendo el labio envió una corriente de pura lujuria a la polla de Freddy, endureciéndose de inmediato. Freddy suspiró y descruzó sus piernas. Maldición, si este no iba a ser uno de aquellos días.

—¿Qué tipo de cambios, Freddy? —pregunto Brett mientras hacia un gesto a un lacayo para que llenase las tazas de café de Freddy y la suya.

—Pensé en empezar por el salón verde —reflexionó Freddy—. Nunca me ha gustado aquella sala.

—Su Gracia —exclamó con horror Reeves—. El mismo Príncipe Regente ha admirado aquella sala.

Freddy hizo una mueca.

—Bien esto lo aclara. El salón verde hay que cambiarlo.

Brett rió.

—Tú eres el duque ahora —él se inclinó ligeramente y apretó el antebrazo de Freddy—. Ya era hora de que hicieras tuya Ashton Park —Brett se sentó hacía atrás antes de que Freddy pudiera coger su mano y sostenerla sobre su brazo, como era su intención. Brett se olvidó—. ¿Qué piensas hacer?

Freddy suspiró.

—No estoy seguro. Pero creo que me gustaría un poco menos de formalidad. No importa lo que piense mi madre, esto no es una residencia real —él gesticuló señalando su alrededor—. Me gusta esta decoración de aquí. Voy a traer a un decorador para que mire esta sala y a continuación empezar desde aquí —dirigiéndose a Reeves—. Reeves, ¿sabe quién decoró esta sala? Quizás Jerome tenía planeado más cambios y habló de ello con el hombre.

—¿La harás tú residencia de soltero? —preguntó Brett demasiado indiferente con la pregunta.

Freddy no estaba seguro de lo que quería escuchar Brett. Este había negado a Freddy demasiado a menudo. ¿Sería feliz él si Freddy se casaba y lo dejaba solo? ¿O quería que él dijera que sí, confirmando así que Brett siempre tendría un lugar en su casa? Freddy contestó con cuidado.

—No, no lo creo. Habrá mujeres aquí —deliberadamente no dijo quién podría ser, pero algún demonio le hizo añadir—: Tal vez incluso tu esposa, Brett.

Brett se giró asustado.

—¿Mi esposa? —sacudió la cabeza—. No creo que alguna vez me case, Freddy. No planifiques alrededor de eso.

Freddy se inclinó hacia adelante en su silla, descansando sus codos sobre la mesa.

—¿Por qué no?

Brett levantó la cabeza sardónicamente.

—Simplemente no lo preveo. ¿Y en cuanto a ti? Tu duquesa seguramente tendrá que ser tenida en cuenta.

Freddy sintió un agujero en sus tripas. Brett dijo esto sin ninguna vacilación. Su duquesa.

—Sí, supongo que tarde o temprano tendrá que haber alguna. Pero no tengo ninguna prisa —se levantó, y Brett claramente se sorprendió por este movimiento brusco—. ¿Qué quieres hacer hoy?

Hizo una pausa mientras ponía su servilleta sobre la mesa. Cuando continuó, él y Brett hablaron al mismo tiempo.

—Vayamos a ver a Anne.

—Vamos a ver a Anne.

Los dos hombres compartieron una sonrisa y Brett poniéndose de pie salió de la sala, seguido de Freddy.

CAPÍTULO SEIS

Noviembre de 1810

Anne,

Hoy he guardado mis pensamientos para mí, como si fuesen un rezo o una maldición. No puedo hacer nada más. Este lugar, este tiempo, esta guerra, están acabando conmigo. Si un poco más de Brett queda aquí. ¿Quién seré yo entonces? Me veo en los ojos de Bertie y ese reflejo es lo único que me demuestra que estoy aquí todavía.

Que enorme tontería, seguramente nunca enviaré esta carta. Es este brazo maldito. Le digo a todo el mundo que está bien, pero la verdad es que se está ulcerando. Aquella bayoneta francesa era puro veneno. Knightly, un maldito e ingenioso rufián, me dijo que lo empapase con whisky. Es el único que se ha dado cuenta que todavía me duele. No molestaré al doctor con eso. Él esta suficientemente ocupado con los que están realmente heridos. Seguí el consejo de Knightly y casi grité como una muchacha. Pero realmente parece que está mejor hoy.

Bertie está preocupado por su hermanito. No ha tenido noticias de él desde su llegada. Maldito pequeño bastardo. Bertie le escribe constantemente, pidiéndole que le conteste. Tendré que controlarme para no decirle cuatro cosas cuando lo vea.

Escúchame, actúo como si fuese a volver y seguir formando parte de la vida de Bertie. Pero sé que eso no pasará. Bertie volverá a ti, y a ese asco de hermanito suyo y yo volveré a… nada. ¿Quizá debería prepararme para eso? Quizá me desvanezca aquí antes de

desvanecerme en Inglaterra. Sería rápido, Anne. Solo me mantengo en pie por el bien de Bertie. ¿Quién mas vigilaría su espalda? Atrae los problemas como si fuese un imán. No le dije que la bayoneta se dirigía hacia él. Maldito idiota. *Demonios, Anne, aquí estamos un montón de malditos idiotas.*

Ya es suficiente, creo. Incluso me canso de mis infinitas quejas. Te escribo porque Bertie recibió otra carta hoy. Olía tan fuerte a lilas que ni siquiera las hogueras del campamento podía disimular su dulce olor. Él la paseó por los alrededores y cada hombre tuvo dos minutos para olerla, con Bertie detrás de ellos para asegurarse que no intentasen robarla. ¿Me pregunto si sabes que estamos todos enamorados de ti?

Brett.

Anne había estado ansiosa toda la mañana. No había dormido bien por la noche ya que le habían mantenido despierta imágenes de Brett y Freddy y de las cosas deliciosamente atrevidas que le gustaría hacer con ellos, algunas no estaba segura de que fuesen posibles, pero estaba dispuesta a intentarlo. ¿Vendrían a verla hoy? Si no lo hiciesen, no estaba segura de lo que haría. No podía simplemente acercarse alegremente hasta Ashton Park y esperar que le diesen la bienvenida con los brazos abiertos. En cuanto Bertie había dejado Inglaterra, había dejado de ser bien recibida. Se había convertido en un hábito para ella evitar Ashton Park. El único momento en el que había ido allí, era para intentar entregar las cartas de Bertie. Aunque con Freddy en la residencia quizás las cosas fuesen diferentes.

Anne se encontraba a solas en el pequeño comedor, bebiendo té tibio otra vez y mordisqueando un bizcocho del día anterior. Si no tenía noticias de ellos en los próximos dos, no mejor tres días, quizás fuese hasta Ashton Park y preguntase acerca de… su mente se quedó en blanco. Bien, ya se le ocurriría qué preguntar ¿Si el duque y el señor Haversham estaban todavía en la residencia y si estaban quizás interesados en follarla? Anne resopló ante sus reflexiones. Podía imaginarse la cara de Reeves ante esa cuestión.

Suspiró. El desayuno hacía tiempo que había terminado, y había un montón de tareas que una pequeña casa de campo y un más pequeño aún, ingreso, requerían. Pronto su madre entraría para comprobarlo. Intentaba dar a Anne el tiempo y el espacio que pensaba que una mujer independiente de veintiséis años requería, pero todavía era una madre en el fondo. Una madre que contaba con una interminable lista de cosas que debían de ser hechas.

Anne de mala gana se levantó y se preparó para comportarse como una mujer responsable e independiente de veintiséis años debería. Su madre todavía asumía muchos de los deberes que normalmente recaían sobre la esposa del vicario ya que el señor Matthews era aún soltero y apreciaba la ayuda de la señora Goode. Anne no podía quejarse de tener que realizar alguna tarea cuando su madre atendía una casa llena de niños enfermos y a sus madres. Lo que significaba que serían compensadas con pollos y huevos, y la casa parroquial enviaría también muchos alimentos necesarios. Anne sonrió cuando recordó que no necesitaban tanto ahora, no después de que Freddy cuidase de ellas ayer.

Su corazón le aligeró bastante cuando recordó la amabilidad de Freddy del día anterior. Con un suspiro volvió a revivir el día, deteniéndose en la visión de la tierna mirada de Brett cuando le había pedido que aceptase los guantes nuevos que él le había comprado.

Desde luego, pensar en los guantes nuevos le hizo recordar los viejos y como la mano de Brett se los había quitado, un delicioso estremecimiento la recorrió por todas partes y volvió al mismo pensamiento otra vez. ¿Vendrían ellos hoy?

Anne finalmente logró salir del comedor. Buscó sus guantes de jardinería mientras se dirigía a la puerta de la cocina.

—Señora Tilton —dijo a la mujer mayor que feliz mezclaba la masa de las galletas mientras tarareaba—. Estaré en el jardín si Madre me busca —no estaba realmente preocupada por la capacidad de su madre de encontrarla. Pensaba más bien en unos potenciales invitados. En ese mismo instante se escuchó un firme golpe en la puerta de la casita. Anne giró sobre sus pies y levantando la falda indecorosamente corrió hacia el frente de la casa—. Yo abro —gritó a la sorprendida Señora Milton.

Anne abrió la puerta jadeante y tambaleándose ligeramente por la carrera y el brusco frenazo. Freddy y Brett se encontraban al otro lado de la puerta, mostrando una sonrisa abierta en sus sorprendidas caras.

—¡Hola! —dijo Anne jadeando con una enorme sonrisa.

—Buenos días, Señorita Goode —contestó Freddy, claramente divertido.

Le ofreció una mano y ella estiró la suya antes de recordar que aún tenía puestos los guantes de jardinería.

—Oh, lo siento —murmuró mientras se los quitaba de un tirón.

Freddy no pudo contener la risa y Anne vio como Brett se frotaba el labio superior en un gesto que había notado el día anterior que hacía cuando intentaba ocultar una sonrisa.

—Pareces tener muchos problemas con los guantes —dijo Freddy arrastrando las palabras mientras cogía su mano desnuda. Él todavía llevaba sus caros guantes y las rodillas de Anne se debilitaron

cuando sintió el tacto del cuero contra su palma. Su respiración se entrecortó cuando la mirada de Freddy se clavó en la de ella mientras besaba el dorso de su mano. Oh Dios mío, ¿Era eso su lengua? Anne quedó asombrada cuando sintió la suave punta, caliente y húmeda que trazaba un pequeño camino a lo largo de una vena de su mano.

—Me estoy obsesionando con ellos —la voz de Anne sonó inestable. Freddy le dirigió una mirada perpleja—. Con los guantes, creo.

La mirada de Freddy se dirigió hacia Brett, que los miraba con una extraña mirada.

—Si —dijo Freddy claramente— yo mismo he tenido uno o dos pensamientos sobre guantes desde ayer.

Brett parpadeó y miró hacia ellos. Sus mejillas se ruborizaron cuando comprendió a qué se estaban refiriendo.

—Siento haber arruinado tus guantes Anne —se disculpó de nuevo.

—Yo no —dijo Anne, y puso cada onza del anhelo y deseo que había estado sintiendo en esas palabras. Freddy todavía sostenía su mano y su sujeción se apretó.

Claramente Brett no sabía que contestar. Su clara reflejó su propio deseo, pero era como si algo le impidiese formar las palabras. Silenciosamente Freddy pasó la mano de Anne hacia Brett, él la recogió y la giró antes de presionar un prolongado beso en su palma. El corazón de Anne golpeó.

—Oh Su Gracia, Señor Haversham —dijo calurosamente la Señora Goode detrás de Anne—. ¿De vuelta tan pronto? Muchas gracias por escoltar a Anne al pueblo ayer —se detuvo junto a Anne en la puerta mientras Brett liberaba su mano y se separaba. La Señora Goode se giró hacia Freddy—. Gracias también, Su Gracia, por su generosidad. No había ninguna necesidad de pagar por su

propia mantequilla —rió irónicamente—. Pero le agradezco el gesto, así como las provisiones.

Freddy se inclinó sobre la mano que le ofrecía.

—Fue un placer, madame —sus ojos brillaron—. Realmente adoro las galletas de la señora Tilton.

La Señora Goode se rió.

—Todo el mundo adora las galletas de la señora Tilton, y hace ya mucho tiempo que no las hemos tenido —la Señora Goode se apartó y los invitó hacia la casa—. Me atrevo a decir que la mitad del pueblo encontrará una excusa para visitar la casa hoy con la esperanza de conseguir una prueba.

Freddy y Brett entraron, Brett se inclinó sobre la mano de la Señora Goode cuando pasó a su lado.

—Bueno, entonces tendré que decir al señor Howard que envié más suministro —ofreció Freddy—. Eso es si a la Señora Tilton no le importa pasarse junto al horno todo el día.

La señora Goode les condujo al mismo salón donde habían tomado el té el día anterior. Se rió de la observación de Freddy.

—No, no creo que le importe en absoluto.

Anne se movió detrás de ellos. Sabía que no debía molestarse por la presencia de su madre, pero lo hacía. Quería estar a solas con ellos. Pero seguramente sería mejor así, porque si se quedasen a solas probablemente se avergonzaría lanzándose sobre ellos descaradamente. Desde luego ellos podrían aceptarlo, y ¿no sería eso divertido?

La Señora Tilton trajo una bandeja con el té y Freddy la ayudó, consiguiendo una buena parte de las galletas. Un delicioso plato recién salido del horno estaba sobre la bandeja. Después de que el té fue servido, Anne probó una de las galletas y cerró los ojos apreciativamente. Había olvidado lo buenas que eran las galletas de

la Señora Tilton. Abrió los ojos y vio que Freddy y Brett la miraban, sus propias galletas olvidadas. Un rápido vistazo a su madre le mostró como la mujer mayor tomaba a sorbos su té mientras distraídamente miraba por la ventana, fingiendo no notar a los hombres que miraban fijamente a su hija.

Anne tragó rápidamente y se atragantó un poco, tomó su taza para tomar un sorbo. Brett medio se incorporó en su silla.

—¿Estás bien? —ella tuvo miedo de que fuese a golpear su espalda. ¡Qué mortificante!

Ella asintió rápidamente, levantando una mano para detenerlo y él se sentó de nuevo.

—Si —jadeó— muy bien.

Freddy bromeó mientras se estiraba para tomar su taza,

—No tienes que precipitarte, Anne. Prometo que dejaré algunas para ti.

Los tres se rieron mientras Anne se ruborizaba. Miró a su madre para ver si había notado la familiaridad de Freddy, pero ella no dijo nada.

—¿Cuánto tiempo se quedará en Ashton Park, Su Gracia? —preguntó la Señora Goode—. Varias personas me han informado de que sus planes son indefinidos.

—Sí, vamos a permanecer aquí indefinidamente —afirmó Freddy, incluyendo a Brett sin un solo parpadeo. Anne había escuchado que ellos eran muy cercanos, pero ¿cómo de cercanos? Parecía que vivían uno en el bolsillo del otro. Quizás alguna de las cosas que había fantaseado la noche anterior fuesen posible. Sonrió abiertamente sobre su taza de té.

—Su Gracia está pensando en redecorar Ashton Park —dijo Brett casualmente.

La taza de Anne sonó contra el platillo medio segundo antes que la de su madre.

—¿Qué? —Preguntó la señora Goode un poco más alto de lo que era cortes—. Discúlpeme —murmuró ruborizada.

La frente de Brett se arrugó con consternación.

—¿Por qué todo el mundo parece tan horrorizado por eso? —estaba claramente molesto—. Es su casa después de todo.

La señora Goode dejo su taza sobre el platillo en la mesa delante de ella y juntó las manos sobre el regazo.

—No estoy horrorizada, es justo lo contrario en realidad. Pero estoy sorprendida. La duquesa la volvió a redecorar completamente hace menos de una década.

—Justo después de la muerte de mi padre —dijo Freddy sin mostrar emoción—.Lo recuerdo —tomó un sorbo pensativo—. Pero en su defensa debo de decir que la casa estaba bastante desvencijada en algunos lugares —suspiró—. Lamentablemente ella y yo tenemos gustos diferentes.

La Señora Goode sonrió tristemente.

—Sí, al igual que ella y tu padre. Él no le habría permitido que lo hubiese hecho mientras vivía, ya sabes. Le gustaba como estaba.

Freddy pareció muy interesado en eso.

—¿En serio? No lo sabía. Él no estaba a menudo allí cuando nosotros estábamos. Parecía pasar más tiempo aquí.

La Señora Goode se ruborizó y ocupo sus manos cogiendo la taza de nuevo.

—Sí, bueno, como sabes, él y la duquesa tenían intereses diferentes.

Hubo un largo momento de silencio y Anne pasó su mirada desde su madre a Freddy. ¿Qué significaba eso exactamente? Freddy parecía un poco confuso también.

—Freddy, ¿recuerdas como era tu casa antes? —Brett rompió el silencio.

Freddy sonrió a la señora Goode antes de dirigirse a Brett.

—Me temo que no, no realmente. Lo veía con los ojos de un niño. Recuerdo algunas cosas, desde luego, pero principalmente el mobiliario, no la pintura o el papel pintado.

—Quizás los papeles de tu padre ayudarían —ofreció la señora Goode.

Freddy sacudió la cabeza.

—No recuerdo haber visto que ninguna de la correspondencia de mi padre pudiese ayudar con la casa. Pero no toda fue guardada.

La Señora Goode lo miró un poco sorprendida.

—Yo estaba pensando en su historia de Ashton Park. ¿No sabía que la estuvo escribiendo hasta el día de su muerte?

Freddy quedó mudo un momento mientras la miraba asombrado.

—No, no tenía ni idea.

—Bueno, tengo todo lo que escribió —la señora Goode sonrió—. ¿Le gustaría que se lo diese?

—¿Todos sus papeles están aquí? ¿No deberían haber sido enviados a la casa tras su muerte? —Freddy suavizó sus palabras con una sonrisa—. No es que me importe. Solo tengo curiosidad.

La Señora Goode parecía que se estaba arrepintiendo de haber hablado.

—Supongo que sí, pero quedaron en su cuarto de la casa parroquial. Y Jerome le ayudaba a escribirlos.

—¿En su cuarto? —Freddy parecía tan sorprendido que Anne casi le compadeció.

—Tío Ash tenía un cuarto propio para cuando se le hacía demasiado tarde y no quería montar de vuelta a Ashton Park —le dijo Anne—. Creí que lo sabías.

—No tenía ni idea —contestó Freddy sacudiendo la cabeza—. Asumí que él se ocultaba en una de las habitaciones de huéspedes para evitar a mi madre —miró a Anne y entrecerró los ojos—. ¿Has llamado a mi padre tío Ash?

Fue el momento de Anne de ruborizarse.

—Solo en privado. Él insistió. Odiaba todo eso de Su Gracia tanto como tú, Freddy —añadió bromeando.

Freddy sonrió.

—Sí, igual que yo —se giró de nuevo hacia la Señora Goode—. ¿Mi hermano Jerome le ayudaba?

La Señora Goode sacudió la cabeza.

—No, el nombre del Señor Goode era Jerome.

Freddy abandonó todo intento de parecer imperturbable.

—¿Mi hermano mayor fue llamado como el Vicario Goode?

Anne se rió.

—No muchas personas sabían que se llamaba Jerome, Freddy. La mayoría de la gente lo llamaba Señor Goode o vicario Goode. No creo que mucha gente supiese que Jerome fue llamado así por él. ¿Lo sabía Jerome, mamá?

La Señora Goode levantó una mano y la pasó por su moño.

—Si, Jerome lo sabía —se puso en pie de repente—. Subiré a coger los papeles, Frederick.

Anne comenzó a ponerse en pie, su madre parecía muy trastornada de repente. Era raro en ella usar el nombre de Freddy en lugar de su título.

La Señora Goode forzó una sonrisa.

—Oh querido, lo siento. Quise decir Su Gracia. Es solo que… —hizo una pausa y sacudió la cabeza—. Creo que verte me ha traído recuerdos. Lo siento, Su Gracia.

Freddy se puso en pie.

—Permítame que le ayude, Señora Goode.

La mujer mayor sonrió agradecida.

—Sí, eso sería agradable.

Brett no sabía qué hacer con todo lo que la Señora Goode les había dicho. Algo no parecía correcto. Brett estaba seguro de que había cosas que no les había contado. Miró como Freddy abría la puerta del salón para ella y la seguía fuera. Ella se parecía tanto a Anne, el mismo pelo oscuro rizado, la misma figura.

—¿Más té, Brett? —le preguntó Anne junto a él. Infierno sangriento, les habían dejado solos. Inmediatamente cada parte de él quiso atraerla desde el sofá a sus brazos y besarla. Por la mirada que Anne tenía en sus ojos, no presentaría ninguna resistencia.

—Yo… ¿Más té? —Brett mentalmente sacudió su cabeza. Sonaba como un idiota—. No, gracias.

Anne sonrió, aunque de manera un poco forzada. ¿Estaba incómoda por estar a solas con él? ¿Había leído mal las señales?

—Bueno, sé que no es el mejor de los tes. Tendremos a hacerlo un poco flojo.

Ah, pensó Brett. Estaba avergonzada por sus circunstancias.

—En realidad no me importa mucho el té, fuerte, flojo o de cualquier otra forma —le dijo Brett con una sonrisa sentándose de nuevo. Anne se deslizó con gracia hasta que estuvo presionada contra el brazo del sofá, tan cerca de la silla en la que Brett se

sentaba que sus rodillas casi se tocaban. Brett tomó un profundo aliento. Anne se inclinó y golpeó su rodilla cuidadosamente contra la de él.

—¿Y qué es lo que te importa, Brett? —preguntó con voz seductora.

Sus intenciones no podían ser confundidas. Brett se congeló. Deseaba tenderla en el suelo y follarla como había pensado aquel día en la charca. Pero lo que quería y lo que sabía que debía hacer eran cosas completamente diferentes. Estaba empezando a comprender que Anne misma iba a ponerle difícil cumplir con su decisión.

Se había quedado callado demasiado tiempo. Anne se inclinó aún más apretando sus brazos juntos para que la parte superior de sus abundantes pechos fuese empujada hacia arriba casi desbordando de su escote. Extendió su mano y trazó un caminó por su muslo con su dedo índice. Sus músculos se tensaron y él vio el aliento de Anne entrecortarse justo antes de que cuidadosamente colocase su palma sobre el duro muslo que había estado acariciando. Ella transmitía un calor que le quemó a través de la tela de sus pantalones.

—¿Sabes que me interesa a mi? —le preguntó, mirando fijamente la mano sobre su pierna.

Brett sacudió su cabeza aunque ella no pudiese verlo. Ella continuó como si él hubiese hablado.

—Me interesa esto —apretó su pierna y Brett tragó de forma audible. Finalmente alzó la vista hacia él, el deseo se mostraba claramente en su cara—. Creo que lo que quiero saber es si tú estas interesado también.

Brett suspiró.

—¿Mi muslo? —intentaba pensar con claridad, pero su caliente mano amasando su muslo se lo estaba poniendo condenadamente difícil.

Anne se rió con un sonido ronco, seductor, intimo.

—O el mío —reflexionó.

Brett ya no pudo resistirse. Colocó su mano sobre la de ella y la presionó aún más fuerte contra él. Cristo, la sensación de su mano sobre él, no una mano inocente sobre su brazo como cuando caminaban por la calle, sino una palma caliente contra su muslo, tan cerca de su polla, que en esos momentos estaba dolorosamente dura, era como estar en el cielo.

—Creo que eso es un sí —la voz de Anne tenía un temblor necesitado, desesperado que hizo que Brett rechinase sus dientes por el deseo en empujarla contra el sofá, subirle la falda de un tirón y empujar su polla dentro de ella.

—Anne —susurró, alarmado por la debilidad de su voz. Su cuerpo traidor clamaba por que dijese sí. Sí a todo lo que ella necesitase, todo lo que quisiese, aquí y ahora.

Como si leyese sus pensamientos Anne se deslizó desde el sofá a su regazo, levantando ligeramente sus faldas para sentarse a horcajadas sobre su muslo bueno. Ella sintió un pequeño estremecimiento cuando su sexo lo tocó, se rozó contra su pierna hasta que encontró un punto que la hizo gemir. Era un momento inoportuno, pero a Anne no parecía preocuparle. Se mordió el labio inferior con fuerza y Brett sujetó su cintura para estabilizarla mientras ella le rodeaba el cuello con sus brazos.

Giró su cara para acercar sus labios a su oído.

—Te sientes tan bien, Brett. He deseado esto durante tanto tiempo.

Brett respiraba pesadamente, sujetó sus caderas y desesperado intentó mantener sus manos allí en lugar de dejarlas vagar sobre el cuerpo con el que había estado soñando toda la noche.

—Anne, no podemos —gimió. Tenía problemas recordando por que no podían, pero sabía que había alguna razón.

—¿Por qué? —preguntó, su aliento caliente rozó su cuello.

En ese mismo momento Brett escuchó voces y pasos en la escalera.

—Porque Freddy y tu madre están regresando —susurró. Anne gimió e intentó ponerse en pie, pero su falda se enganchó y ella no pudo mantener el equilibrio. Brett la estabilizó con las manos sobre sus caderas e intentó que ella se mantuviese en pie sola, aún más cerca de lo que la propiedad dictaba.

—Puedo recoger el resto más tarde —le decía Freddy a la Señora Goode que tenía la cabeza vuelta hacia él cuando entró en el cuarto. Pero Brett pudo ver como los ojos de Freddy se abrían sorprendidos cuando vio la escena. Sin pérdida de tiempo Freddy dejo caer uno de los libros de sus manos que golpeó el suelo ruidosamente —. Oh, querido, ¿Va todo bien? —le preguntó la Señora Goode que no tuvo otra opción que darse la vuelta para inspeccionarlo mientras Freddy lo recogía.

Aprovechando la estratagema de Freddy. Anne se empujó hacia atrás cayendo sobre el sofá con un golpe que hizo que la Señora Goode se girase asustada.

—¿Anne, que ha sido eso?

Anne miró a su madre con los ojos muy abiertos e inocentes.

—¿Qué fue el que?

Su madre la miró perpleja.

—Eso, ya sabes, el golpe.

Anne sacudió la cabeza y miró a Brett con aspecto confuso y un centelleo en sus ojos.

—No escuche nada, ¿Y tú?

Brett no sabía si reír o llorar. Así que simplemente sacudió su cabeza, incapaz de mirar a la Señora Goode y Freddy en la entrada.

—Hmm, el señor Haversham tampoco ha escuchado nada —ella miró a Freddy con la misma inocencia—. ¿Y usted, su gracia?

—Bueno, sí, señorita Goode —dijo Freddy seriamente. Brett hecho una mirada y vio un brillo similar al de Anne en los ojos de Freddy—. Realmente creo que escuché algo que sonaba como un objeto que se caía al suelo.

—¿Al suelo? —preguntó la señora Goode—. ¿Qué quiere decir? ¿Algo se ha roto?

Yo, pensó Brett con desesperación. *Mi amor propio, mis intenciones honorables, mis nobles decisiones que se encuentran hechas pedazos a mis pies. Porque con un roce ella me ha roto.*

Brett todavía miraba a Freddy y vio como el brillo desaparecía de sus ojos. Anne se ocupó a sí misma con la bandeja de té y se perdió el cambio. Eso estaba bien. Ya que él no le había dado la verdadera razón de porque no podían tenerse el uno al otro. En cambio le había dado una excusa temporal, y una esperanza. Brett sabía que le iba a resultar mucho más difícil decirle que no ahora.

Freddy se había sentido divertido cuando volvió al salón para encontrar que Anne claramente acababa de soltarse del abrazo de Brett. Había sentido la punzada de los celos. Era lo bastante hombre para admitirlo. Había querido a Brett durante tanto tiempo, que había sido inevitable, pero principalmente estaba feliz de que su plan pareciese estar funcionando. Porque después de la noche anterior, y

del saludo de Anne de esa mañana, todavía tenía esperanzas que pudiese caber en sus vidas de algún modo. No quedó sorprendido por el disparo de deseo puro que había sentido al ver las manos de Brett sobre las caderas de Anne. Ya sabía lo que quería, verlos juntos. Estar con ellos juntos.

Entonces Freddy había mirado a Brett y la triste desesperación en la cara de Brett había sido demasiado familiar. Dios no. Iba a negarse a ella también. Brett iba a dejar a Anne escapar. ¿Por qué? ¿Por qué si ella era lo que él quería? ¿Lo que él había querido desde hacía tanto tiempo?

—Aquí —Anne interrumpió sus pensamientos y él apartó su mirada fija en la de Brett. Anne había limpiado la mesa—. Pon los libros aquí Freddy, y les echaremos un vistazo —se detuvo y puso sus manos en las caderas con un puchero—. Es decir, si nos dices que es lo que esperas encontrar.

Freddy suspiró y se giró hacia Anne con resolución.

—Espero encontrar algunas descripciones de Ashton Park antes de que la duquesa lo remodelara —Freddy avanzó y dejó los libros sobre la mesa, luego se sentó cerca de Anne. Anne inconscientemente se acercó más a él y Freddy sintió como una emoción lo atravesaba, una emoción que había sentido muchas veces en compañía de Brett y le dio la bienvenida por sentirla con Anne. Hizo una pausa antes de que sus manos alcanzasen un libro. En realidad, la primera vez que había sentido eso había sido en compañía de Anne. Ella, Bertie y Freddy habían estado caminando juntos y Anne había pillado a Freddy mirándola con adoración. Ella no se había reído. En cambio le había sonreído alegremente y había tomado su brazo, tal como hacía con el de Bertie al otro lado, y lo había atraído lo suficiente cerca como para que pudiese sentir su

exuberante y joven pecho apretado contra su brazo. Fue la primera vez que había sentido deseo por una mujer.

La mano de Anne tocó su brazo.

—Freddy, ¿estás bien?

Él volvió a la realidad sobresaltado y le sonrió antes de coger un libro y reclinarse hacia atrás.

—En realidad estaba pensando en una vez que estuve paseando contigo y con Bertie cuando tenía trece años —le dijo francamente—. Tú tomaste mi brazo como si yo fuese un hombre —miró a Brett—. Caminamos de la misma forma que lo hicimos ayer —vio que Brett palidecía y de repente hizo la conexión. La renuencia de Brett tenía que ver con Bertie. Pero eso era absurdo. Bertie estaba muerto y no iba a regresar. Seguramente Brett entendía eso.

Anne se rió.

—Eras muy alto con trece años, más alto que yo. Pero tan delgado, con aquel brillante pelo rojo —apretó su brazo cariñosamente—. ¿Sabías lo feliz que estaba Bertie de tenerte aquí de visita? No te había visto en casi un año y no se podía creer lo mucho que habías crecido.

La señora Goode se sentó al otro lado de Anne.

—Por supuesto —estuvo de acuerdo afectuosamente—. Ashland no podía dejar de presumir de sus muchachos y no dejaba de hablar de lo alto que te habías puesto, Su Gracia, y de que seguías creciendo.

Freddy sintió como el pecho se le encogía, lo que se había vuelto tan familiar durante esos pocos días pasados.

—No lo sabía —sacudió su cabeza—. No estuve aquí durante mucho tiempo, recuerdo. Madre me devolvía a la ciudad por una u otra razón.

La Señora Goode se puso de pie otra vez, alisando su pelo. Freddy apostaba que era algo que hacía cuando estaba alterada.

—Esa fue la última vez que te vimos antes del accidente —dijo con voz inestable—. La última vez que usted vio a su padre.

Los dedos de Freddy se apretaron alrededor del libro que tenía en sus manos.

—Sí —¿Qué más podía decir?

—Mamá —Anne comenzó a hablar pero su madre la cortó antes de que pudiese terminar lo que iba a decir.

—Bueno, otra vez la mitad del día se ha ido y no he logrado hacer nada —dijo la Señora Goode con alegría forzada. Sonrió rígidamente a Freddy y luego a Brett—. Me alegro de haberles visto otra vez, caballeros. Por favor, Su Gracia, tómese su tiempo con los libros. Incluso puede quedárselos si le gustan. Son su herencia después de todo —un temblor en el labio inferior que ella se mordió inmediatamente fue la única indicación de que seguía alterada—. Anne, debo escaparme hasta Ferstons con una cesta o esos niños pasarán hambre hoy —con eso abandonó el cuarto, dejando a los otros tres incómodos tras su salida.

—Lo siento —dijo Anne con aspecto perplejo—. No estoy segura de qué es lo que pasa. Hacía ya mucho tiempo que la mención del accidente no la alteraba tanto.

Freddy podía entender a la Señora Goode. Estaba pensando en los entierros a los que había asistido por su padre y el Vicario Goode. El señor Goode había sido enterrado en el cementerio de aquí y todo el mundo en muchos kilómetros había asistido, y bastantes de Londres también. Había sido una ceremonia agradable, si es que un entierro puede ser tal cosa. Muchas cosas buenas fueron dichas del Vicario y su vida fue celebrada. Pero Freddy recordaba lo devastadas que Anne y su madre habían estado. Bertie había sido el hombro

fuerte en el que se habían apoyado en aquellos momentos difíciles. Jerome no había sido capaz de asistir debido a asuntos concernientes al título, pero había anulado las objeciones de su madre y había insistido en que Freddy asistiese. Por quizás primera vez en su vida, Freddy había viajado a Ashton Park sin su madre. Su visita había sido breve. Él y Bertie se habían visto obligados a regresar a Londres para el entierro de su padre.

Las Goode no habían estado en el entierro del duque, su madre no las había querido allí. Hubo una pelea enorme entre Bertie y su madre por eso, pero finalmente Jerome, como nuevo duque, había accedido a los deseos de su madre. Bertie había estado tieso y formal y echando humo durante la larga lista de compromisos relacionados con el funeral de Londres. Freddy recordó haber pensado cuanto habría odiado su padre eso y como le habría gustado tener un funeral como el del Señor Goode. Bertie había salido rápidamente hacia Ashton Park justo después del entierro. Esa fue la última vez que Freddy lo vio.

—¿Freddy? —la voz de Brett lo trajo a la realidad. Cuando Freddy lo miró con una sonrisa vaga, Brett extendió su mano y tocó su brazo—. ¿En qué piensas?

Freddy sacudió la cabeza.

—Pensaba en que la última vez que vi a Bertie fue en el entierro de mi padre —la mano de Brett apretó su brazo. Freddy se sacudió la melancolía y sonrió a Anne y a Brett—. ¿Echamos un vistazo a la historia de mi padre?

Anne apoyó su cabeza durante un momento en el hombro de Freddy, el gesto fue tan dulce e íntimo que Freddy sintió que se le atascaba la garganta.

—Adoraba Ashton Park —se inclinó y miró el lomo de otro libro—. Mira, están numerados. Este es el tercero. ¿Cuál es el que tienes tú?

Freddy parpadeó y Brett retiró su brazo para coger también un libro. Freddy miró hacia abajo.

—Tengo el quinto.

—Este es el segundo —dijo Brett mientras ojeaba varias páginas—. Hay ilustraciones dibujadas a lápiz en él.

Freddy se inclinó y giró todos los libros para poder leer sus lomos.

—Ah, aquí está el número uno —lo recogió y sonrió abiertamente a Anne—. Vamos a oír lo que a Padre le gustaba de Ashton Park. Quizá termine por repintar en rosa brillante y violeta, y poner cortinas naranjas.

Anne se rió.

—Nunca, tu padre era el epitome del estilo y la gracia, Freddy. Era tan hermoso que hasta hizo que mamá se desmayase en una ocasión.

Freddy sonrió lascivamente.

—Sí, nosotros los hombres Thorne tenemos ese efecto sobre las mujeres.

Anne golpeó juguetona su hombro.

—Tú seguramente lo haces —acordó. Freddy continuó sonriendo abiertamente hacia ella. Pero eso no evitó que notase que Brett se estaba poniendo más triste que nunca.

Durante los siguientes días Brett y Freddy pudieron ser encontrados bastante a menudo en el salón de las Goode, estudiando minuciosamente la historia de Ashton Park. Varios días después de empezar a investigar en la historia, Freddy alzó la vista del libro que leía. Anne y su madre servían el té. Brett se sentaba al otro lado de

cuarto en un escritorio, tomando algunas notas del libro cinco. Le había dicho a Freddy que había encontrado algunas ideas excelentes para la casa en ese libro.

—Mira, he encontrado el nombre del pintor que hizo el trampantojo[8] de la puerta de la sala de música.

—Por supuesto, eso debe de ser preservado, Su Gracia —contestó la Señora Goode—. Es bastante único. En los tiempos de su padre hubo varios eruditos y pintores que vinieron para verlo.

—¿Es esa pintura del violín? —preguntó Brett, marcando el lugar por donde iba con el dedo.

—Mmmm —murmuró Freddy, mirando hacia abajo—. Jan vanderHeert. Un conocido pintor Danés —alzó la vista con una sonrisa burlona—. Conocido por todos menos por mí, supongo.

Ana se rió y Freddy sintió aquella pequeña emoción otra vez. Adoraba hacerla reír. No le había llevado mucho tiempo comprender que Anne quería risa. Quería disfrutar de la vida y es lo que hacía, era una maravillosa filosofía. Con cada día que pasaba entendía más porque tanto Bertie como Brett la amaban, y recordó porque él se había creído enamorado de ella hacía tantos años.

—Esa pintura es especial —dijo Anne mientras colocaba algunas galletas en un plato y se las ofrecía a Freddy.

—El violín parece real —dijo Brett apreciativamente—, como si pudieses tocarlo donde está sobre la puerta y hacer sonar sus cuerdas. Eso es bastante extraordinario.

[8] (Un **trampantojo** (o «trampa ante el ojo», también llamado *trompe l'œil* , expresión francesa que significa «engañar al ojo») es una técnica pictórica que intenta engañar a la vista jugando con la perspectiva y otros efectos ópticos. Los trampantojos suelen ser pinturas murales realistas creadas deliberadamente para ofrecer una perspectiva falsa. Pueden ser interiores (representando muebles, ventanas, puertas o escenas más complejas o exteriores, en muros de edificios.)

—¿Trampantojo? ¿Es así como se llama? Crea ilusión de profundidad, ¿Verdad? Y eso hace que el objeto parezca verdadero —preguntó Anne con interés mientras revolvía su té. Freddy había enviado un té excelente desde Ashton Park además de un pedido de azúcar entregado por el Señor Howard. Si él iba a ir allí cada día, había explicado a una irónicamente divertida Señora Goode, entonces necesitaba su té fuerte con azúcar. Para placer suyo, Anne casi no podía ser encontrada sin una taza en su mano. Disfrutaba dándole cosas, pero había muy poco que ella pudiese aceptar. El té era una de ellas.

—Sí. He visto algunos ejemplos en casas de Londres, pero ninguno tan bueno como el violín del cuarto de música —Freddy escuchó sorprendido el orgullo en su propia voz. Nunca se había sentido posesivo con Ashton Park antes. Era la casa de su padre o de Jerome, e incluso de su madre. Ella había adquirido un gran interés en la casa y en el pueblo después de la muerte de su padre. Pero esos días pasados leyendo la historia de su padre habían hecho que su apreciación por ella creciese, así como las ideas para las mejoras en la casa que lo bombardeaban—. Definitivamente conservaré el violín.

La Señora Goode tomó un sorbo de té y tarareó con apreciación antes de hablar.

—Realmente debe de hacer más que eso, Su Gracia. Debería hacer que alguien viniese a estudiarlo y quizá retocarlo.

Brett frunció el ceño.

—Pido perdón, Señora Goode, pero discrepo. Creo que lo mejor que se puede hacer por la pintura es dejarla como está. La puerta puede ser limpiada, desde luego, pero creo que lo mejor es asegurarse que sea tratada correctamente de ahora en adelante.

Después de todo, para retocarlo habría que poner en peligro la integridad del trabajo original.

Freddy miró a Anne de manera inquisitiva. Anne lo miró fijamente antes de comprender que Freddy pedía su opinión.

—¿Yo? ¿Quieres saber qué pienso? —ella pareció sinceramente sorprendida. Freddy también quedó un poco sorprendido él mismo. Pero realmente quería conocer la opinión de Anne. No quería pensar demasiado a fondo los motivos. Simplemente reconocer que esos motivos existían era suficiente por ahora.

Anne pensó en ello durante un minuto mientras mordía su labio inferior. Era un gesto inconscientemente sensual y Freddy se lamió su labio inferior cuando la vio.

—Estoy de acuerdo con Brett —Anne miró a su madre excusándose—. Lo siento, madre, pero debo convenir que para conservar el trabajo original del artista, es preferible no arriesgarse a arruinarlo.

La Señora Goode sonrió.

—No hay necesidad de sentirlo, querida. Estoy segura que la gente joven sabe más de esto que yo. Cualquier cosa que decidan estará bien.

Freddy se relajó contento contra el respaldo del sofá. Sí, eso sonaba bien. Brett y Anne decidiendo que hacer. Sin importar lo unido que estuviese a ellos cuando se casasen, sabía que siempre valoraría sus opiniones. Quería que pensasen en Ashton Park como suyo, si ellos le ayudaban a decorarlo a su gusto. Entonces quizás se sentirían libres de visitarlo o mejor, de vivir allí con él.

—Deberías venir a la casa y verlo, Anne. ¿Hace cuánto que no vas? —Freddy cogió un trozo de galleta y lo mordisqueó. Nunca pensó que lo diría, pero en realidad estaba empezando a cansarse un poco de las galletas. Pero no podía decírselo a la Señora Tilton, o no

comerlas. Eso dañaría sus sentimientos. ¿Quizá debería decírselo a Anne? Así ella, de alguna forma, podía encontrar el modo de decírselo a la anciana señora sin perjudicar su orgullo.

—¿Pasa algo Anne?

La pregunta de Brett sacó a Freddy de sus pensamientos sobre galletas. Anne tenía una mirada extraña en su cara, al igual que su madre. Freddy se incorporó en su asiento y elevó sus cejas.

Anne aclaró su garganta.

—Yo realmente no voy a la casa, bueno… yo…

Freddy esperó que continuase hablando, pero no dijo nada más.

—Ya veo. ¿Y por qué no? —preguntó razonablemente.

—Um —Anne miró desvalidamente a su madre, que parpadeó hacia Anne con inocencia mientras tomaba un sorbo de té. Anne mordió su labio una vez más—. Bueno, tu madre y yo nunca nos hemos llevado demasiado bien.

Freddy la miró fijamente con incredulidad.

—Querida, esa es realmente la noticia del día.

Anne se ruborizó e hizo una mueca y Freddy pudo ver por el rabillo del ojo que Brett luchaba por ocultar una sonrisa.

—No quiero faltar al respeto a la duquesa, Anne, pero esa es una situación habitual y raras veces mantiene a la gente alejada de la casa —el tono de Brett era tranquilo, pero no menos sarcástico por eso.

Freddy le dirigió una mirada sardónica.

—No puedo discutirlo, Brett. Es un hecho conocido que la única persona que mi madre tolera, lamentablemente, soy yo.

Brett se rió y Freddy se alegró por ello. Eso ayudó a disipar el silencio incómodo de las otras ocupantes del cuarto.

—La duquesa siempre ha tenido un carácter propio —dijo la Señora Goode de forma definitiva—. Un carácter fuerte y firmes

opiniones. Raras veces podía ser convencida para cambiarlas cuando era más joven, y eso aumenta con la edad —se encogió de hombros—. Nosotras hemos encontrado más fácil ir por nuestro camino y dejar que ella vaya por el suyo. Eso es lo que pasa.

Anne se veía un poco demasiado aliviada para que eso fuese todo lo que pasase.

—Sí, eso es exactamente, madre —estuvo de acuerdo—. Yo no podría haberlo dicho mejor.

Freddy y Brett intercambiaron una mirada y Freddy comprendió que Brett tampoco había sido engañado.

—Bueno —observó Freddy casualmente—, mi madre no está en la residencia ahora. Así que no hay ninguna razón para que no visitar la casa ¿No?

Anne quedó claramente desconcertada y Freddy por dentro se rió en silencio. Ah, ella finalmente aprendería que Freddy conseguía lo que quería. No esperó por una respuesta. Pero Anne le sorprendió cuando pensándolo más tarde se vio obligado a admitir que podía haber ganado el juego pero ella le había dado lo que había querido según sus propias reglas.

—Desde luego, Freddy. Solo pensaba lo encantador que sería hacer un picnic mañana. Podríamos hacerlo en los terrenos de la casa —se giró hacia su madre—. ¿No te parece que estaría bien, mama?

La Señora Goode levantó sus cejas.

—Por supuesto querida, pero tendrás que ir sin mí. He prometido al Señor Matthews que lo ayudaré en su ronda por el vecindario mañana. Realmente no puedo dejarlo, Anne. Sabes que cuenta conmigo.

Anne pidió disculpas.

—Desde luego, madre, lo olvidé. Entonces iremos en otro momento.

Freddy se sintió decepcionado. Le había parecido encantador. Acababa de comprender que habían pasado los tres últimos días encerrados en la casa de los Goodes. El tiempo estaba precioso en esa época del año. Le encantaría ver la luz del sol brillar sobre los rizos oscuros de Anne. Sus pensamientos viajaron desde los rizos de su cabeza hacia los rizos de sus muslos. Si, le encantaría verlos brillar al sol también.

—Desde luego que no iremos en otro momento —dijo la Señora Goode con impaciencia mientras se levantaba—. No hay absolutamente ninguna razón por la que no puedas ir con Su Gracia y el Señor Haversham. Podrás pasar un día soleado en Ashton Park, que siempre está repleto de actividad. No hay nada malo en ello.

Freddy podía ver varias cosas malas en ello, pero si la Señora Goode decidía pasarlas por alto, ¿por qué iba él a discutir?

—Estupendo, Señora Goode. Entonces está decidido. ¡Qué maravillosa idea, Anne! Un picnic será perfecto. ¿No estás de acuerdo, Brett?

Brett lo miró con recelo.

—Si ese es tu deseo y el de Anne, entonces yo disfrutaré con el picnic.

—Entonces está acordado, Anne —no estaba sorprendido del recelo de Brett. El apoyo de la señora Goode era sorprendente.

Anne suspiró contenta.

—Bueno, no tengo mucho que decir, después de todo fue idea mía ¿No?

Freddy se rió. Si, Anne sabía lo que hacía.

—Parecemos compartir los mismos gustos, ¿No estás de acuerdo Brett?

—¿Lo hacemos? —preguntó Brett evasivo mientras volvía a su libro—. Yo simplemente me limito a seguir lo que ustedes dos marcan.

Dios, si solamente eso fuese verdad, deseó Freddy fervientemente.

CAPÍTULO SIETE

Enero de 1811

Mi muy querida Anne,

Hoy he estado pensando en el estanque. ¿Recuerdas el modo en que los sauces se arrastraban sobre el agua? ¿Y la madreselva salvaje que crecía a lo largo del puente? Claro que lo haces. Tú estás todavía allí. La hierba era tupida y suave y olía a verano y a ti. O eras tú la que olías a hierba. De algún modo esto no suena romántico. Lo intento, Anne. No te rías tan fuerte.

La última vez que estuvimos a solas fue en el estanque, ¿sabías cuanto te deseaba de nuevo? Intento en vano recordar por qué pensé que era una buena idea negarme, pero no puedo pensar en una buena razón. Me voy a dormir cada noche pensando cuan dulce sonaba mi nombre cuando lo pronunciaste mientras estaba sobre ti. De acuerdo, más bien lo gritaste, en realidad, pero era dulce en todo caso. (Espero que no leas mis cartas en voz alta a tu familia, si no tendré a algún pariente lejano llamándome en el minuto en que ponga un pie sobre suelo inglés otra vez).

Me gustaría ir a la charca contigo otra vez cuando vuelva. Para posarte en la hierba caliente de verano y ver tu hermoso pelo extendido alrededor de ti bajo la luz del sol. Hay muchas otras cosas que quiero hacer también, pero conservaré tu modestia no poniéndolas en esta carta. Pero te aseguró, sin embargo, que te diré todo detalladamente cuando te vea.

Tu Fiel Servidor,

Bertie

Anne giró sobre la espalda en la manta extendida en la hierba. Había bebido más que un poco de vino y se sentía extraordinariamente feliz. Observó, una nube dar un paseo perezosamente a través de un cielo extremadamente azul con una sonrisa.

—Me gusta estar aquí —se sentía tan perezosa como la nube, con el estómago lleno y el calor del día fluyendo por ella. Cuando habían llegado al estanque, descubrió que Freddy tenía listo un verdadero banquete servido por el personal de Ashton Park. Habían comido en una vajilla de porcelana y con cubiertos de plata, el viento era una apacible y fresca caricia sobre su espalda. El vino había sido chispeante y refrescante, la comida deliciosa, y el personal desapareció en cuanto todo estuvo a punto. Freddy había sacado una suave manta, la extendió sobre la hierba y se habían dedicado a holgazanear durante un ratito. En general, había sido un picnic perfecto, y con deferencia, el mejor que Anne hubiese disfrutado antes.

Brett descansaba apoyado sobre las manos, las piernas estiradas y los tobillos cruzados mientras Freddy holgazaneaba de lado a sus pies, con un brazo sobre la rodilla doblada.

—Puedo ver esto —rió Freddy lánguidamente—, las cartas de Bertie mencionan el estanque.

Anne levantó a Freddy de delante y lo vio ruborizándose.

—¿En serio? ¡Um!, me olvidé de eso. Vale, me salté esas partes.

Brett se rió.

—Creo que me gustaría leer esas partes.

Anne lo miró, pero Brett observaba fijamente el estanque con una mirada pensativa en su cara. Al menos no estaba serio. Había estado alarmantemente caprichoso alrededor de ella hoy, y eso no era lo que ella había esperado ni querido. Después de su cambio de ayer esperaba ser casi violada cuando llegaron aquí. Pero no había tenido ninguna suerte. Bien, si una mujer quería ser violada, Anne supuso que tenía que tomar cartas en el asunto. Devolvió su atención a la conversación.

Suspiró teatralmente.

—Bien, supongo que el hecho de que Bertie me liberó de mi modesta inocencia justo aquí bajo el puente —señaló—, no es ningún secreto para los dos.

Brett tosió a su lado casi ahogándose, pero Freddy sonrió abiertamente con malicia y deslizó una mano alrededor de su pie y hasta su tobillo.

—No, no es una sorpresa —estuvo de acuerdo Freddy—. Lo había deducido de sus cartas, aunque él nunca me lo mencionara. ¿Brett, te dijo algo sobre eso?

Freddy con cuidado retiró la zapatilla de Anne y presionó su pulgar profundamente en el arco de su pie. Anne gimió del placer y la cabeza de Brett giró para mirar fijamente lo que Freddy hacía.

—¿Brett? —incitó Freddy.

—Yo… —Brett limpió su garganta—. No estoy seguro yo debería… esto no es…, no pienso que sea apropiado hablar de esto delante de Anne.

Anne le dio una mirada incrédula.

—¿Por qué no? Soy yo quien ha comenzado.

Brett en realidad se ruborizó. ¡Por Dios!, era un hombre. ¿Seguramente habían hablado sobre sexo? Ella había pensado que él y Freddy eran amantes, como el Sr. Westridge y Sr. Schillig. Rápidamente reconsideró aquella conclusión.

—Ahora sé honesto, Brett. ¿Seguramente Bertie te contó sobre nosotros dos?

Brett suspiró y le envió una mirada molesta.

—Sí, él me lo contó. ¿Ya estás feliz?

Anne rió endemoniadamente.

—¿Qué te contó? —en este mismo momento Freddy frotó su pie de la manera correcta.

—Ah Dios —gimió—. Freddy, es una sensación divina.

Freddy rió en silencio.

—Según mi experiencia, las mujeres siempre necesitan un buen masaje de pies. Siempre llevan zapatos muy incómodos. No entiendo por qué no puedes conseguir un buen par de botas de Hoby.

Anne se rió mientras se tumbaba de nuevo y miró fijamente al hermoso cielo azul.

—Ante todo, yo no podría permitirme un par de botas de Hoby aun cuando él las hiciese para mí. En segundo lugar, las botas apenas permiten ver los bonitos pies de una mujer. Pero no quiero hablar sobre botas. Quiero saber lo que Bertie dijo sobre mí.

Ella cerró sus ojos mientras Freddy le quitaba el otro zapato.

—Bien, Brett, intenté distraerla. No hay manera, viejo. Tienes que hablarle de lo que Bertie te dijo.

Anne abrió sus ojos ligeramente y vio a Brett sentarse. Dobló una rodilla y descansó un antebrazo sobre ella. Había arrancado una lámina de hierba y la movía entre los dedos agitadamente.

—Simplemente lo mencionó, esto es todo —respondió secamente.

Anne se rió.

—Bueno, yo sé que Bertie decía que esto era una historia, Brett Haversham. Él hablaba más que nadie que yo haya conocido en mi vida. Nunca simplemente mencionó algo. Él podría hablar y hablar en mi oído sobre las cosas más cotidianas —ella se sentó bruscamente, apoyando atrás con ambas manos—. ¿Me estás diciendo que él pensaba que nuestro tiempo juntos era menos que memorable?

Brett estaba por igual asombrado y horrorizado a juzgar por su expresión.

—¡No! No, significa eso en absoluto. Tienes razón, Anne. Habló de ello sin parar, en particular cuando él estaba bebido o inmediatamente después de recibir una carta tuya. Era su recuerdo favorito de casa.

Anne sonrió abiertamente satisfecha mientras se recostaba.

—Bueno. Eso pensaba —esperó un momento. Con un suspiro, lo incitó otra vez —. ¿Y?

—¿Y? — respondió Brett desvalidamente.

—¿Y qué más? ¿Qué te contó?

Brett miró claramente afligido.

—No puedes querer que te cuente los detalles, Anne, seguro.

Anne se rindió. No deseaba incomodar a Brett. Quería lo contrario, en realidad. Suspiró otra vez.

—De acuerdo, Brett. No tienes que contármelo.

Él reconoció el desencanto en su tono.

—¿No te dijo cómo se sentía antes de marcharse? —Brett parecía esperanzado.

Anne agitó una mano con desdén.

—Ah, él dijo todo lo que se supone que los hombres deben decir. ¿Pero cómo sé, de verdad, lo que sentía?

Freddy le habló mientras subía la mano por la parte superior de su pie y luego alrededor del tobillo para acariciar su piel. La sensación era tan buena que Anne gimió.

—Él lo sentía, Anne. Puedo oírlo en sus cartas. Estoy seguro de que se preocupaba por ti profundamente.

De nuevo Anne se agitó con desdén. Ellos simplemente no entendían.

—Por supuesto que se preocupaba por mí. Nunca me he cuestionado eso. Pero veras, creo que Bertie sentía por mí, lo mismo que yo por él. Y quiero saber si tengo razón.

Brett sacudió su cabeza, obviamente confuso.

—¿Qué piensas?

Anne estiró los brazos sobre su cabeza y la arqueó hacia atrás. Se sintió bien. A pesar de la suave y espesa hierba, la tierra era dura. Además sabía que el movimiento empujaba sus pechos sobre el bajo escote del vestido hasta que estuvieron cerca de escaparse. Esta conversación era importante, pero no había olvidado que estaba decidida a seducirlo a los dos hoy. La mano de Freddy hizo una pausa sobre su piel y su apretón se intensificó. A su lado oyó a Brett inspirar. Ella despacio relajó la extensión, bajando las manos a través de su vientre. Levantó la rodilla de la pierna que Freddy no sujetaba, esperando que su falda subiese lo suficiente para darle una vista de sus tobillos y piernas inferiores, quizás incluso más. El pensamiento hizo agitar su respiración y su sexo apretarse una vez, antes de que ella lo sintiera hincharse e inundarse. En ese mismo instante la mano de Freddy viajó hasta su rodilla, haciendo subir la falda con el movimiento. Se paró cuando alcanzó su liga. Anne arriesgó un vistazo abajo y lo vio mirarla con ojos agudos, intensos. Cuando ella no hizo ninguna protesta él deslizó sus dedos bajo la liga y comenzó a

bajarla. Anne se lamió el labio, luego lo mordió y el rubor se extendió a través de las mejillas de Freddy.

—Quise muchísimo a Bertie —dijo Anne suavemente—. Él era mi mejor amigo. Pero nunca estuve enamorada de él.

La declaración de Anne impresionó a ambos hombres. Podía verlo en sus caras.

—¡Anne! — jadeó Brett.

Anne sacudió la cabeza.

—Es justo así como fue. Creo que nos dejamos llevar en nuestro compromiso porque era lo más fácil. Yo… yo tuve sexo con Bertie porque era curiosa y joven, y él era seguro. Y cuando insistió en el matrimonio, acepté, por los mismos motivos. Creo que Bertie no sólo estaba influido por su comportamiento, sino por el hecho de que se marchaba. Estaba asustado y quería asegurarse de que alguien de aquí lo echaba de menos, que alguien lo esperaría.

Anne suspiró. Tuvo miedo de haber arruinado el día, pero algo dentro de ella le decía que era importante hablarles de eso antes de que las cosas fueran más lejos.

Se elevó sobre sus manos otra vez. Freddy no había dejado de tocar su pierna. Eso era una buena señal. Pero al lado podía sentir la tensión que irradiaba de Brett.

—Cuando regresara, yo iba a decirle a Bertie que no podía casarme con él. Pero no quise decírselo mientras estuvo allí. Creo que yo intuía cuán importante era nuestra relación mientras él estaba en la península. Pero también sabía que si me casaba con él, ambos lo lamentaríamos en algún momento. Ya había visto demasiados matrimonios establecidos sin amor que más tarde se disolvían en el odio. No quería eso para nosotros —Anne sacudió su cabeza—. No, yo nunca iba a casarme con Bertie. Y en el fondo, él lo sabía.

Freddy reanudó lo que había estado haciendo, bajándole la liga completamente y luego retirando su media. Brett se puso rígido al lado de ella cuando lo notó, pero no dio ninguna indicación de que lo había visto.

—¿Por qué supones que él lo sabía? —preguntó Freddy mientras alcanzaba la otra pierna.

Anne levantó la pierna y se lo acercó, mientras inclinaba la cabeza. Él sacó la media de aquella pierna también.

—En sus últimas cartas él lo sugería. Me dijo que quería que yo fuera feliz, costase lo que costase. Que él siempre pensaría en mí como su mejor amiga, lo mismo que pensaba de Brett.

Brett se acercó a ella, como asustado.

—¿Te habló de mí en sus cartas?

Anne no pudo evitarlo. Se rió.

—¡Desde luego! Sus cartas estaban llenas de Brett esto y Brett lo otro. ¿Por qué crees que siento como si te conociera? —Anne extendió la mano y la puso sobre Brett—. Tú eras bueno para él, Brett. Tú eras su roca. Yo me habría preocupado más por él si no hubieras estado allí para cuidarle.

Brett se estremeció y Anne arrugó la frente consternada. ¿Por qué le molestaba? Con un suspiro interior Anne recordó su conversación del primer día, cuando Brett le había dicho que debería haber sido él.

—No te culpo, Brett —le dijo suavemente, apretando su mano—. Te lo dije. Realmente no lo hago. Las cosas pasan. La gente buena, maravillosa muere. Así es la vida. No podemos culparnos. No te culpes.

Brett sacudió su cabeza, no diciendo nada mientras miraba fijamente al hacia el estanque. Su mandíbula estaba tensa, pero le dio la mano y apretó con fuerza la de Anne.

—¿Y ya que túy Bertie no estaban enamorados, crees que el sexo fue bueno? —preguntó Freddy con curiosidad.

Ella rió en silencio misteriosamente manteniendo a Brett agarrado. Él inmediatamente la soltó como si quemase. Anne decidió que estaba interesado, pero necesitaba algo de persuasión antes de dejarse ir. Freddy parecía más a la altura.

—Para nada —ronroneó Anne. Tuvo ganas de rodar sobre ellos, frotando su esencia por toda ella. Le gustó esa sensación. Le gustaba todo acerca del sexo, y ella sabía que con estos dos hombres sería mejor que cualquier cosa que alguna vez hubiese experimentado—. He tenido suficiente sexo para saber que el que Bertie y yo tuvimos era muy bueno.

—¿Qué? —ladró Brett, escandalizado.

Anne frunció el ceño.

—¿Has olvidado cómo nos conocimos? Prácticamente pedí que me follaras, Brett, incluso sin saber quién eras —se la veía un poco molesta—. ¿Pensabas que las mujeres no se lo hacen a solas? ¿Pensabas que yo tendría sexo con Bertie, buen sexo, y luego estaría contenta de marchitarme a distancia sin el toque de un hombre nunca más? —sacudió la cabeza—. No soy así. Lo ansío. Disfruto del sexo. Vaya, lo he dicho. Sólo lo he hecho con extraños, además de Bertie. Quizás es por eso que el sexo con Bertie era mejor que todo lo que he tenido desde entonces. Quizás el sexo con los hombres a los que conozco y por los que me siento atraída siempre será mejor —ella lo miró—. ¿Cuál es tu experiencia?

—Yo… Yo no lo sé —susurró Brett. Parecía fascinado con la conversación aunque de mala gana.

Anne cabeceó.

—¿Entonces sólo has tenido sexo con desconocidos también?

Brett asintió, sin molestarse en hablar. El corazón de Anne sufrió por él. Ansió ser quien le mostrase la diferencia, enseñarle lo que el sexo podía ser entre personas que se preocupan por el otro.

—Yo lo he hecho con alguien que conozco, un amigo —dijo Freddy suavemente. Él movía la mano arriba y abajo sobre la pierna desnuda de Anne. Hizo subir su vestido por encima de su rodilla y lo colocó en su regazo, exponiendo los muslos. Freddy con cuidado elevó la mano sobre su rodilla y acarició la cima de su muslo. Anne no intentó contener su pequeño quejido. Dios, sus manos eran buenas. Ella se ha imaginado sus manos sobre ella justo así. Sus dedos largos, elegantes y la palma lisa deslizándose a lo largo de su pierna. Tembló por la sensación y él se detuvo un momento en reconocimiento, para después continuar con sus caricias—. El sexo fue el mejor. Más dulce, más lento. Significó algo.

Eso atrapó la atención de Brett.

—¿Quien? —explotó preguntando, e inmediatamente miró como si quisiera echarse atrás.

—Simon —murmuró Freddy, moviendo el índice junto al pliegue donde la pierna de Anne se encontraba con su cadera. Ella tembló otra vez, por la implicación de sus palabras y por su toque. Freddy había tenido el sexo con un hombre. Al menos, ella asumió que Simon era un hombre.

—¿Simon? —exclamó Brett—. ¿Has follado con Simon? ¿Cuándo? —estaba enfadado, lo cual Anne encontró interesante. *¿Eran amantes entonces?* El siguiente comentario de Freddy contestó a su pregunta.

—Hace varios meses. Cuando comencé a comprender que sin importar cuánto te quisiera, tú no ibas a llevarme a la cama.

Brett comenzó a levantarse, pero Anne instintivamente extendió una mano para pararlo. Sabía que al igual que hablarles

sobre sus verdaderos sentimientos por Bertie, esta conversación era sumamente importante.

El cuerpo de Brett estaba rígido de ira.

—Solo porque respeté tu juventud e inexperiencia, saltaste a la cama de un hombre que ha jodido con la mitad de Londres.

Freddy suspiró y dejó de frotar el muslo de Anne. Ella añoró su toque, pero no dijo nada. Este cambio era demasiado fascinante.

—Apenas saltado. Dijiste que era demasiado joven y no querías corromperme. Entonces pensé que debía ver de qué exactamente tenías miedo —Freddy miró a Brett con impaciencia—. Y Simon es un amigo. No hables mal de él —los labios de Freddy estaban tirantes—. Aunque si hablamos de la verdad, él probablemente ha tenido a más que la mitad de Londres, ya que él no discrimina entre hombres y mujeres cuando se trata de amantes.

Brett todavía estaba alterado.

—Y claramente tú no lo haces tampoco. Porque esperas follar a Anne, ¿Verdad? ¿No es a lo que esto conduce?

Anne quedó encantada con su arrebato. Ahora que él se había abierto, quiso tomar la delantera y correr. Antes de que pudiese decir algo, sin embargo, Freddy contestó a Brett.

—Sí, lo quiero, tanto como tú, si no tienes miedo de admitirlo.

Anne se giró para mirar a Brett. Él los miraba fijamente a ambos, su boca moviéndose, pero sin conseguir que ninguna palabra saliese de ella. A Anne eso le pareció un sí. Sonrió.

Freddy se levantó de pronto. Anne no estaba segura de que iba a hacer, pero confiaba en que fuese lo adecuado para conseguir lo que querían.

—¿No quieres saber? —preguntó suavemente son una sonrisa conocedora en su cara—. ¿No quieres saber cómo fue con Simon?

Dios, sí, Anne quería saber. Nunca había pensado mucho en hombres teniendo sexo. No estaba completamente segura de lo que eso implicaba, en realidad. ¿Ellos simplemente se tomaban el uno al otro en sus bocas? Anne había hecho eso una o dos veces, y no había sido especialmente inolvidable. Pero de nuevo, ellos eran extraños. ¿Le habría gustado con Bertie? ¿Cómo sería con Freddy y Brett? El pensamiento de saborearlos en su boca la humedeció.

—Yo quiero saber —le dijo a Freddy francamente. La mirada que él le dirigió fue aprobatoria tanto como divertida.

—Dios —refunfuñó Brett mientras apoyaba la frente en su palma.

—Creo que eso significa que él quiere saberlo también —le dijo Anne a Freddy con una pequeña sonrisa burlona.

Freddy se rió.

—Como decía, fue estupendo, dulce. Yo sabía que Simon estaba preocupado por mi placer. Y se aseguró de que realmente disfrutara. Muchísimo. Fue poderoso y excitante —miró fijamente a Brett—. Por todo eso solo lo hice una vez. Porque Simon no era el hombre con el que quería tener sexo.

—Cristo —Brett miraba fijamente a Freddy.

Anne empezó a preocuparse.

—¿Eso significa que un solo encuentro en la vida está bien? Porque yo he tenido bastantes de esos y estoy lista para más —con sorpresa comprendió que eso era verdad. Quería más con Freddy y Brett. Hoy era solo el principio. Por primera vez en su vida quería más que la emoción de un encuentro rápido, ilícito. Era lo suficiente realista para comprender que no podía haber ningún futuro verdadero con esos dos hombres, pero seguramente podían tener más que una

sola tarde. Podían estar juntos mientras Freddy y Brett estuviesen allí. Por primera vez Anne quería un amante, o amantes, y no simplemente follar.

—No Anne —Freddy le habló gentilmente, poniendo una mano sobre su mejilla—. Incluso aunque quisiera yo no podría tenerte una sola vez y alejarme. Tú eres una mujer para saborear una y otra vez. Y voy a hacerlo, si tú me dejas.

Anne se sintió débil ante su alabanza. Sonrió tímidamente.

—Eres un sinvergüenza, Freddy. Sabes justo lo que decir para volver mis rodillas débiles.

Anne miró hacia Brett que miraba sus reacciones atentamente. Ella no podía leer su humor. ¿Todavía estaba enfadado con Freddy y ese Simon? ¿Cómo se sentía acerca de lo que se proponían? ¿Entendía lo que querían? Claro que lo hacía, ¿Cómo no podía saber lo que tanto Freddy como Anne querían? Antes de que ella pudiese decir nada más, Freddy sonrió alegremente.

—Realmente creo que estoy de humor para un baño. Esto se ha puesto bastante caliente —Freddy comenzó a desabotonarse la chaqueta—. ¿Anne? ¿Te apetecería un baño? —su sonrisa se volvió malévola.

Anne ya había aprendido que cuando Freddy reía así, por lo general significaba que tramaba algo. Ella rió en voz alta. Se levantó y se giró, presentando a Freddy la fila de botones de la espalda de su vestido.

—Me gustaría un baño. Como ambos saben, soy aficionada a darme un chapuzón aquí de vez en cuando.

Freddy comenzó a desabrochar su vestido mientras soltaba una carcajada.

—¿Un chapuzón? ¡Mm! Creo que eso se puede arreglar.

—¿Realmente? —bromeó Anne—. Porque he oído que el Duque es bastante estricto con ese tipo de cosas.

—Yo he oído lo mismo —respondió Freddy con seriedad. Terminó de desabotonar el vestido y lo empujó hacia abajo por sus hombros mientras se inclinaba para susurrar fuerte contra su oído—. Él insiste en nadar aquí con mujeres hermosas desnudas tan a menudo como sea posible.

Anne se rió tontamente como una chiquilla.

—Bien, puedo complacerlo hoy, pero mi lista está llena para mañana.

En su interior los nervios bailaban con excitación. Deseaba a Freddy y sabía sin duda que lo tendría hoy. Pero quería que Brett fuese parte de ello, que esa primera vez participase en la diversión. Toda esa conversación sobre Bertie, esto debía de parecerle algún tipo de traición al pobre Brett… ella quería hacerle olvidar todo eso. Quería que él se perdiera en su cuerpo, en la alegría de un hombre y una mujer… y, bueno, otro hombre juntos. Casi se rió tontamente otra vez.

Estaba demasiado nerviosa para mirar hacia Brett. Él no se había levantado para alejarse. Tomó eso como una buena señal.

Detrás de ella escuchó el chapoteo de Freddy cuando entró en la laguna. Un escalofrío corrió por su espalda hasta terminar en un latido entre sus piernas. Estaba desnudo. *Desnudo.* Solamente el pensamiento hizo que su aliento se detuviese y que se apretase su estomago. Se dio cuenta de que se había quedado allí de pie sujetando el vestido contra su pecho. Obligó a sus dedos a moverse y a soltarlo. El vestido se deslizó hacia abajo hasta chocar contra sus caderas. Se sacudió un poco para permitir que cayese hasta el suelo alrededor de sus pies. Su corazón palpitaba. Nunca había estado completamente desnuda delante de un hombre antes, no desde

Bertie. No, espera. Había estado desnuda delante de Brett y Freddy hacía una semana, ahí mismo en la laguna. Por alguna razón eso la hizo sentir nerviosa. ¿Qué pasaba si no era como ellos recordaban?

Anne se reprochó sus pensamientos. Un hombre no olvida tan pronto a una mujer que había salido de una laguna mojada llamándolo imbécil. Ambos hombres le habían demostrado durante la semana pasada que la deseaban. En el caso de Brett de mala gana. Pero ella era lo suficientemente mayor para reconocer el deseo cuando lo veía. La deseaban. Así que tenía que dejar de ser tan tonta y desnudarse. Ahora mismo. Anne suspiró y desató su camisa, se inclinó para cogerla antes de sacarla por su cabeza, dejándola colgar de sus dedos antes de soltarla.

A su lado escuchó la ronca respiración de Brett tomando aliento. No llevaba nada más que su camisa. No se había molestado con las enaguas hoy ya que había estado planeando esto todo el tiempo. Segura de sí misma, despacio se inclinó y deslizó sus manos desde sus tobillos hasta sus caderas. Escuchó a Freddy murmurar algo detrás de ella que sonó como:

—Buen Dios.

Sosteniendo la cabeza en alto, Anne se giró hacia la charca. Todavía no era capaz de mirar directamente a Brett, pero pudo tener un vislumbre de una mirada fija, caliente e intensa que la hizo ruborizarse de la cabeza a los pies. Su mirada chocó con la de Freddy que se encontraba de pie en la laguna con el agua hasta sus caderas.

Freddy parecía listo para saltar del agua y devorarla. Sintió una alarmante euforia correr por sus venas, sintiéndose un poco como un ratón ante dos halcones. Se tomó un momento para coger aliento y mirarlo, realmente mirar a Freddy. Iba a ser su amante. Dios, el pensamiento hizo que se tambalease un poco. Él era alto, su pecho y sus brazos poco musculasos, delgado pero no infantil. No, era un

hombre ahora, en todas sus formas. Recordó lo que había dicho, que se había acostado con un hombre. En lugar de repelerla, eso excitó a Anne de manera inexplicable. Vio los picos de los pezones de Freddy sobre su pecho. Estaban rodeados por una fina capa de pelo castaño, pálidas monedas rosadas en medio de sus pectorales bien definidos, deseó lamerlos y mordisquearlos para ver si sabían tan bien como parecía. Jadeó ante sus caprichosos pensamientos y su mirada voló hasta encontrar la mirada divertida de Freddy.

—Vamos, Anne —la urgió, ofreciendo su mano de manera incitante—. Ven y únete a mí.

¿Cómo podía ella negarse? Se adentró despacio en la laguna, el cálido tacto del agua contra sus pantorrillas, muslos y estomago fue una caricia licenciosa que insinuaba lo que estaba por venir.

Brett contuvo su aliento mientras miraba a Anne caminar hacia Freddy en el agua. Ella era tan hermosa. Su blanca piel nacarada, cremosa y exquisita, cada centímetro de ella. Su pelo negro todavía estaba sujeto en lo alto de su cabeza, él también había podido vislumbrar el parche de oscuros rizos entre sus piernas cuando ella se había girado para dirigirse hasta el agua. Ella se había ruborizado con su exhibición. Anne podía pensar que era experimentada, pero ese rubor decía más que las palabras. Brett deseó sostenerla fuertemente y tranquilizarla antes de llevar su polla dentro de ella y ver como se corría entre sus brazos.

Brett dejó que su mirada vagase hasta Freddy. Había visto a Freddy desnudo antes, pero por alguna razón hoy era distinto. Brett lo veía de forma diferente. ¿Qué estaba pasando? Brett pasó la mano por su pelo y se enfadó cuando la sintió temblar. Esto era lo que querían ¿Verdad? Freddy y Anne juntos. Brett giró sobre sus pies intentando irse y dejarlos con su juego. Volvió sus ojos hacia ellos para una última mirada y entonces comprendió porque Freddy se veía

diferente. Freddy ya no era el muchacho inexperto que él había imaginado. Había follado con Simon y le había gustado. Deseaba a Brett y sabía exactamente qué era lo que deseaba. Brett tembló de nuevo. Todo lo que pasase entre él y Freddy ahora, sería culpa de Brett.

Freddy lo miró con aquellos ojos demasiado perspicaces, unos magníficos ojos azules. Brett nunca le había dicho cuanto le gustaban sus ojos. Brett nunca le había dicho demasiadas cosas. Y ahora nunca lo haría. Anne seguía caminando hacia Freddy, hacia la mano que se extendía para ella, y en la imaginación de Brett la mano se extendió también para él. Con el corazón pesado él se giró para alejarse.

—Brett —la voz de Anne lo detuvo. Ella tenía una voz gutural, seductora. Su risa era embriagadora, mejor que el mejor de los brandy. Con aquella palabra ella lo sostuvo tan fuerte como una cuerda—. Brett por favor, mírame.

Él no podía negarse. Se giró. Ella estaba en el agua, a unos centímetros de Freddy. El agua lamía la curva inferior de sus pechos, pechos de los que solo había obtenido un pequeño vislumbre el otro día. Se veían llenos, pero no pesados. Solamente lo justo para hacerlos exuberantes. Perfectos. Sus pequeños pezones rosado oscuro estaban duros, gruesos y deliciosos. Ella estaba enmarcada por el contorno del cuerpo de Freddy que estaba detrás de ella.

—Quédate, quédate con nosotros —dijo Anne suavemente, cada palabra reverberó dentro de él. Tenía que alejarse ahora, antes de que fuese demasiado tarde. Antes de que olvidase como decir otra cosa que no fuese sí, olvidase todos los motivos para decir no. En ese momento Freddy dio un paso adelante y puso su mano sobre el hombro de Anne, luego deslizó su palma sobre la firme curva hasta agarrar su brazo suavemente. La visión de Freddy tocándola rompió todo control en Brett. En ese instante entendió más sobre él de lo que

había aprendido en los treinta años pasados. Él los quería a ambos por separado, pero juntos lo llenaban de un modo que no había comprendido que necesitaba. Y era lo suficiente débil como para necesitarlo más que su deseo de hacer lo correcto. Sin una palabra Brett comenzó a desnudarse.

Anne sonrió, una sonrisa enorme, feliz. Luego se rió y Brett supo que atesoraría ese momento, ese día. Claramente ellos lo querían ahora. Lo necesitaban para juntarlos. Pero cuando Freddy y Anne estuviesen irrevocablemente unidos el uno al otro, profundamente enamorados, porque cómo podrían no enamorarse el uno del otro, entonces él se marcharía. No hizo caso de una pequeña parte de su conciencia que le decía que se estaba mintiendo. Quizás lo estuviese haciendo, pero hoy no pensaría en ello. Hoy se permitiría tener esto.

Cuando estuvo desnudo no sintió la cohibición que había esperado sentir. Tanto Anne como Freddy lo miraban ávidamente. Ellos no veían sus cicatrices, su pierna dañada. Tal vez cuando la emoción pasase verían cuanto más viejo que ellos era, sus muchas imperfecciones. Pero ahora mismo estaban cautivados por lo que estaba sucediendo. Brett caminó hacia el agua.

De pronto Freddy se rió y sujetó a Anne bajo los brazos para elevarla sobre el agua. Ella chilló y Freddy la dejó ir, haciendo que se hundiese más en el agua. Una carcajada provino de Brett ante el grito ultrajado de Anne. Ella se sacudió el agua e inmediatamente salpicó a Freddy en la cara.

—¡Tú, sinvergüenza! —gritó. Brett podía ver que no estaba enfadada. No pensó que lo hiciese. Ella parecía el tipo de mujer que podía dar tanto como tomar. La clase de mujer que vería la acción de Freddy como una diversión en lugar de preocuparse por su pelo. Ella continuó salpicando a Freddy mientras él intentaba acercarse a ella.

—Rodéala, Brett, —gritó Freddy mientras intentaba agarrar a Anne y ella lo esquivaba con una risa. Brett se rió antes de zambullirse en el agua y nadar hacia Anne. Ella gritó cuando ellos intentaron rodearla, pero se reía con tal fuerza que apenas podía moverse.

—¡No se atrevan! —gritó, intentando valientemente salpicarlos a ambos mientras se deslizaba en el agua. Brett buceó alrededor de ella y salió del agua justo en su camino, sorprendiéndola. Sacudió su cabeza y las gotitas de su pelo volaron alrededor de Anne. Anne cubrió su cara con sus brazos y chilló. Freddy apareció detrás de ella en ese momento y la sujetó por la cintura, provocando otro sorprendido chillido.

—Te tengo —gritó Freddy con una risa—. No puedes escaparte.

Brett se acercó a ella por el frente, empujándola contra Freddy hasta que su pecho se apretó contra los pechos de ella, aplastándolos. Anne se retorció entre ellos.

—¿Qué te hace pensar que quiero? —preguntó jadeando.

Brett respiraba ásperamente, sus juegos rápidamente convertidos en un juego de otra clase. Estaba excitado, más de lo que nunca antes había estado. Iba a hacerlo. Iba a tener a Anne. Y a Freddy, o al menos iba a tener a Anne con Freddy.

Anne lo miró a través de las gruesas y oscuras pestañas húmedas por el agua.

—Di algo —susurró—. Dime.

Brett comprendió que no había hablado en voz alta. No había dicho nada de lo que sentía. Era su forma de ser, suponía. Pero quería compartir eso con Anne.

—Te quiero —dijo suavemente, mientras enrollaba uno de los rizos húmedos que habían caído contra su cuello en su dedo—. ¿Puedo, Anne? ¿Puedo tenerte? —eso no era suficiente, pero no podía

encontrar las palabras. Nunca podía encontrar las palabras cuando era importante. A cambio intentó trasladar todo lo que sentía a su mirada, a la caricia de su mano hacia abajo por el brazo de ella, en la unión de su mano con la de ella debajo del agua.

—Oh, Brett —susurró ella con voz temblorosa. Se mordió el labio inferior y él no estuvo seguro de si fue el agua o las lágrimas las que brillaron sobre sus pestañas—. Sí y mil veces sí.

Anne ahuecó su mejilla con su mano libre. Se puso de puntillas, pero aún así no era lo bastante alta. Antes de que Brett pudiese inclinarse para besarla, Freddy la levantó con el brazo alrededor de su cintura. Sus ojos se elevaron y Brett miró más allá de su hombro hacia Freddy. Freddy encontró sus ojos a la vez que besaba el hombro de Anne y lamía el agua de su piel cremosa. La piel del hombro de Brett zumbó como si Freddy lo hubiese besado a él. Sin vacilación se giró hacia Anne y la besó.

Sus calientes, suaves y receptivos labios y el camino lento de sus brazos mojados alrededor de su cuello le hicieron sentir como borracho. Se hundió en el beso, presionando sus labios contra los de ella hasta que ella abrió sus labios y su lengua pudo recorrer su boca. Dios, ella estaba tan caliente, tan mojada, tan ávida. Sabía como el vino dulce que había bebido en el desayuno y a las fresas de verano que ella había comido de postre. La forma en que ella las había metido en la boca, con la punta de la lengua rodeándolas para probarlas antes de morderlas con sus bonitos dientes blancos le había hecho ponerse dolorosamente duro, hasta que pensó que era imposible ponerse más duro. Su beso demostraba que se había equivocado.

Fue a deslizar un brazo alrededor de su cintura y se encontró unos calientes y suaves músculos que temblaron ante su toque. Se separó con un jadeo. Freddy.

Brett abrió los ojos para encontrar dos pares de ojos azules mirándolo fijamente, unos velados con la pasión, los otros calientes, intensos y un poco inseguros.

—Freddy —jadeó—, levanta sus piernas y colócalas alrededor de mi cintura.

Brett deslizó su brazo mas allá alrededor de Anne, acariciando deliberadamente el estomago de Freddy con su antebrazo. Sintió más que escuchó que Freddy tomaba un rápido y profundo aliento, su estomago apretándose cuando él lo rozaba. Entonces Freddy dio un paso más cerca, frotándose contra el brazo de Brett mientras se inclinaba y sujetaba los muslos de Anne. Él levantó sus piernas y Brett sintió como las manos de Freddy se deslizaban por sus costados mientras colocaba las piernas de Anne, rodeando con ellas la cintura de Brett. Freddy terminó con sus brazos rodeando a ambos, sus manos sujetando los tobillos de Anne.

Anne tembló en su abrazo, gimiendo con fuerza.

—A sí, querida —murmuró Brett mientras acariciaba su mejilla con la nariz—. Cuéntanos lo bien que se siente.

Anne se rió jadeante.

—Escucharas más cuando trabajes sobre mí —le dijo—. No soy una amante muy silenciosa.

Freddy rió en silencio y Brett vio su pelo oscuro, mojado más allá del perfil de ella cuando Freddy se inclinó para besar su cuello en el lado contrario al de Brett. Ellos literalmente la rodeaban y ella adoraba eso, diablos, Brett adoraba eso. ¿Por qué él y Freddy nunca habían tomado a una mujer juntos antes? ¿Freddy habría hecho eso también con otro hombre? Brett se negó a dejar que los celos lo alcanzaran. Freddy movió sus manos sobre los tobillos de Anne y sus muñecas se deslizaron mojadas a lo largo de la curva superior del

culo de Brett. Brett gimió y empujó las caderas contra Anne mientras su brazo apretaba más fuerte alrededor de su cintura.

Anne se rió de nuevo.

—Oh querido. Parece que Brett no es muy silencioso tampoco.

Freddy se rió entre dientes de nuevo, pero esta vez Brett notó una dificultad para respirar que no había estado antes. Freddy empujó contra el trasero de Anne, empujando sus caderas contra Brett y los tres gimieron en armonía.

—Es una cosa buena que estemos aquí fuera —jadeó Anne—, o no seríamos capaces de ocultar que los tres somos muy traviesos.

—¿Muy traviesos? —dijo Freddy arrastrando las palabras—. Usted, señorita Goode, y podría decir que su nombre es deliciosamente irónico en este momento está a punto de ser follada por dos hombres. Esto va de lejos más allá de la banal definición de travieso.

La respiración de Anne se había reducido a jadeos.

—¿Lo estoy? —su voz sonaba baja, débil, excitada y excitante—. Lo esperaba, pero no quise asumirlo.

Brett no pudo contener su risa.

—Bueno, Freddy, en realidad, ella dijo muy traviesos.

—Oh —dijo Freddy—. Bueno, entonces eso marca una diferencia.

—¿Vamos a hablar todo el día? —dijo Anne un poco impaciente—. Mis pechos se sienten muy solos.

Brett se rió otra vez. No podía recordar que el sexo alguna otra vez hubiese sido tan divertido. Un extraño pensamiento entró en su cabeza. Supuso que si alguna vez se hubiese acostado con Bertie habría habido risas. Que idea más extraña, pero entonces se dio cuenta de lo parecidos que eran Bertie y Anne, y en muchos aspectos, Freddy también.

—Bueno, no podemos permitir eso —murmuró Freddy y deslizó una mano hasta sostener uno de los pechos, como si se lo estuviese ofreciendo a Brett. Anne apoyó su cabeza hacia atrás, sobre el hombro de Freddy. Freddy pasó su pulgar sobre el pezón dilatado de Anne y ella jadeó.

—Hola, pezón solitario —dijo Freddy, la risa sonando en su voz.

—¿Cómo está usted? —contestó Anne—. Encantado de conocerle.

Brett se reía cuando bajó su cabeza para aspirar el “educado” pezón de Anne en su boca.

—Oh, Dios —gimió Anne—. Chúpalo con fuerza, Brett. Me gusta así.

Brett gimió e hizo lo que ella pedía. Su brazo subió más alto sobre su cintura. Freddy dio un paso más cerca y Brett pudo sentir como su otra mano se deslizaba para sostener el trasero de Anne, sujetándola para él.

—Sí Freddy, justo así —murmuró Brett. Jugó con el pezón de Anne con la punta de su lengua, rodeándolo, sintiendo los abultamientos de su aureola, la perfección cremosa del globo lleno que era su pecho. Las manos de Anne se movieron desde los hombros de Brett hasta agarrar su pelo, atrayéndolo más hacia ella.

—Brett, Brett —gimió—, dios, como he deseado tu boca en mí. Hazlo otra vez, otra vez.

Él lo hizo, una y otra vez, jugando y lamiendo alrededor de su pecho y pezón, rápidos movimientos de su lengua alrededor de la dura punta, luego chupándolo profundamente durante largos minutos. Ella era tan suave, como seda contra sus ásperas manos y su lengua, pero al mismo tiempo firme, sólida. Ella era una mujer a la que él podría tener sin preocuparse de lastimarla.

Cuando Anne empezó a gemir sin cesar, desvalidamente, Brett se trasladó al otro pecho.

—No dejes que éste se quede solo, Freddy —murmuró. Empujó la mano de Freddy hasta que su palma estuvo sobre el pezón que él había estado atormentando.

—No lo haré, Brett —dijo Freddy en un susurro—. Lo prometo.

Brett vio como Freddy pellizcaba la punta brillante y rosada, fuertemente excitada y tiraba de ella. Anne sollozó y cuando Brett echo un vistazo la vio morderse su labio mientras miraba hacia sus pechos. Sosteniendo su mirada, Brett abrió su boca sobre el otro pezón y tragó tanto de su pecho como pudo, el pezón, la aureola y un poco del montículo cremoso. Anne se rió jadeante, terminando la carcajada con gemido cuando Brett chupó con fuerza y por el rabillo de su ojo pudo ver que Freddy todavía pellizcaba y tiraba provocando.

Brett hizo el amor a los pechos de Anne tocándolos, deslizando las yemas de sus dedos sobre ellos, acunándolos entre sus manos, besándolos, lamiéndolos, chupándolos. Y en todo momento Freddy estuvo allí con ellos, sus manos siguiendo a las de Brett, otras veces marcándole el camino, siempre ofreciendo sus hermosos y cada vez más sensibles pechos a las tiernas atenciones de Brett. Finalmente él moderó su juego, cuando Anne se retorció y gimió en sus brazos.

—¿Y qué hay de esto, Anne? —susurró Freddy sugestivamente—. ¿Esto está solo también? —Anne soltó un débil grito cuando la mano de Freddy se deslizó a lo largo de su trasero, y luego dio un leve respingo—. Ah —suspiró Freddy—, desesperadamente solo. Tan caliente, tan apretado, tan mojado. Desesperado por un poco de compañía.

El corazón de Brett corrió cuando comprendió que Freddy tenía su dedo o dedos dentro del coño de Anne. Inmediatamente todo lo

que pudo pensar fue en lo desesperadamente que tenía que entrar allí. Su polla saltó y en el agua fresca, la humedad que se escapó de ella parecía excesivamente caliente.

Anne sacudió su cabeza, mordiendo su labio.

—No puedo, Freddy —gimió—. No puedo continuar el juego. Sí, estoy desesperada. Tengo que ser follada. Por favor, por favor fóllame.

—Oh Dios —susurró Freddy. Enterrando sus labios en los rizos del lado de su cabeza. Besó su oído, Brett se disponía a ayudar a levantar a Anne para que Freddy pudiese entrar en ella. De pronto Ana gimió y Brett sintió una mano deslizarse hacia abajo y ahuecar sus pelotas.

—Cristo —exclamó, eso se sentía tan bien—. ¿Freddy? ¿Qué estás haciendo?

—Te ayudo a follar a Anne, Brett —dijo Freddy tranquilamente. Él sonó tan razonable mientras que su palma se deslizaba por la longitud de Brett, haciendo que Brett jadease y temblase mientras sus caderas involuntariamente bombeaban su polla en el puño de Freddy.

—Tenemos que movernos a una zona menos profunda —murmuró Freddy. Miró a Brett y Brett comprendió que Freddy estaba tan desesperado como él y Anne, desesperado porque ellos dos follasen para él. Sus ojos estaban desenfocados, entrecerrados e intensos. Dejó ir a Brett y empezó a arrastrar a Brett y Anne hacia el agua poco profunda.

—Freddy, más despacio —le dijo Brett mientras se movía perezosamente a través del agua.

—No, no —jadeó Anne—. Rápido, muévete rápido.

Brett se rió jadeante.

—Te prometo ir tan rápido como pueda.

—Oh, Dios, Brett, lo siento —gritó Freddy, y Brett supo que él estaba al límite porque había perdido aquella actitud tranquila, hastiada que había adoptado durante los últimos años pasados.

Brett agarró el brazo de Freddy para calmarlo.

—Freddy, está bien. Pero vamos a ver si conseguimos llegar allí sin caernos al agua. Me gusta esta posición.

—Oh Dios, entonces somos dos —dijo Anne con un gemido, moviéndose contra Brett y frotando su mojado pubis y su caliente raja contra el estomago de Brett.

—Bien —jadeó Brett, apretando el paso—, me moveré más rápido.

Freddy se rió jadeante y se detuvo cuando el agua le llegaba a medio muslo a Brett.

—Aquí está bien.

Pareció que Freddy había recuperado un poco de control, o eso pensó Brett antes de que Freddy se apretase de golpe contra la espalda de Anne y se estirase para alcanzar la polla de Brett otra vez, apretando sin piedad cuando deslizó su mano por toda su longitud.

—Aquí está perfecto —acordó Anne con voz ronca—. Ahora haz que Brett me folle.

Brett no pudo hacer otra cosa que gemir su consentimiento.

—Oh, sí, perfecto —murmuró Freddy—. Levántala un poco más alto, Brett, y luego bájala cuando tenga tu polla en posición.

—Oh, Dios mío —gritó Anne—. ¿Estás sosteniendo su polla? Freddy, Freddy, ponla dentro de mí, por favor —su súplica fue acompañada por una tensión en sus piernas cuando ella se impulsó más alto, retorciéndose en sus brazos intentando encontrar la polla de Brett con su sexo.

Brett y Anne gritaron en armonía cuando la cabeza de su polla se deslizó en su caliente y mojado canal. Eso fue casi demasiado. La

mano de Freddy estaba todavía sobre él, apretada con fuerza contra la base de su polla y sus pelotas. Era un placer delicioso, prohibido que combinado con el paso apretado y ardiente de Anne, que abrazaba su polla, fue casi suficiente para hacerle correrse en ese momento. Había pasado tanto tiempo deseando a estas dos personas, y ahora los tenía. *Míos, míos, míos*. Se empujó en Anne al ritmo del cántico en su cabeza hasta que finalmente estuvo asentado en ese glorioso coño.

—Sí, sí, Brett —gritó Anne—, tuyos.

Brett no tuvo tiempo para lamentar el haber hablado en voz alta. Ana comenzó a moverse desesperadamente, arriba y abajo, apretando y gritando y Brett no pudo hablar en absoluto. La palma de la mano de Freddy se frotaba contra él y Brett sintió como la caliente y hábil mano de Freddy extendía la humedad que se filtraba de Anne alrededor de la polla de Brett.

—Freddy —gritó Anne.

Su grito devolvió algo de sentido a Brett y comprendió que Freddy empujaba contra Anne detrás de ella. Brett deslizó su mano por la parte baja de la espalda de Anne. Freddy gritó cuando su mano encontró la cabeza de su polla que golpeaba contra las redondeadas mejillas del culo de Anne. Brett apretó su mandíbula y controló su ritmo hasta que él y Freddy empujaron juntos.

—Más duro, más rápido —jadeó Anne—. ¡Dios, Brett! Te sientes tan bien, tan bien.

Se mordió su labio inferior, un hábito en ella que Brett adoraba. Pero no aquí, no ahora. Se inclinó y lamió el torturado labio, chupándolo hasta que ella lo liberó.

—No lo hagas —gruñó—. Quiero oírte. Háblame.

Anne comenzó a hablar sin control, diciendo alabanzas, suplicando más. Dios, adoraba lo ruidosa que ella era. Sabía lo que

quería y no tenía miedo de pedirlo. Él se lo dio lo mejor que pudo. Pero es que era Anne. Anne. ¿Cuántas veces él había soñado con esto? Su control fue roto por la realidad de Anne y Freddy aquí con él.

—Anne —susurró roncamente, presionando su mejilla contra la de ella y luego la besó, tan suave, tan caliente. Movió los dedos hasta el trasero de Anne y luego rozó la suave, húmeda cabeza de la polla de Freddy. Podía haber sido por accidente, pero Brett sabía que no lo era.

La mano de Freddy estuvo de pronto sobre la nuca de Brett. Era más que una caricia, era un gesto posesivo y maravilloso y Brett arqueó su cuello contra aquella mano con un gruñido, descansando su frente contra el hombro de Anne. Freddy intensificó la presión y con sus labios besó la cabeza de Brett.

Los brazos de Anne rodeaban su cuello. Sus dedos estaban enterrados en el pelo de su nuca y tiraban de él sin piedad. No le preocupó porque eso le ayudaba a mantenerse concentrado. Ella gemía y jadeaba y gritaba en su oído mientras el aliento de Freddy se sentía caliente y pesado contra su cuero cabelludo. Brett sonrió con satisfacción.

La mano de Freddy se apretó sobre sus pelotas y Brett transformó su sonrisa en un jadeo.

—Freddy —su voz convertida en un gruñido peligroso.

Incluso sin aliento, la voz de Freddy sonaba divertida.

—¿Si Brett?

Anne se rió, un sonido pleno y salvaje y Brett echó su cabeza hacia atrás, gimiendo en respuesta. Nunca se había sentido tan libre, tan abierto, tan increíblemente conectado a alguien como a Anne y a Freddy en ese momento, y no había palabras para describirlo, solamente su grito salvaje y feliz.

Freddy se rió también, sin reservas, una risa que Brett no había escuchado durante meses.

—Nunca imaginé que serías así —jadeó Freddy maravillado—. Dios, Brett, eres increíble. Fóllala, Brett, fóllala duro. Quiero ver como ambos se corren, sentir como te corres sobre la palma de mi mano.

—Sí, sí —dijo Anne, y Brett quedó encantado por el modo en que ella siempre se repetía, como si cuanto más lo dijera más se lo creerían ellos. Perdió el tren de sus pensamientos cuando sintió como los músculos interiores de ella empezaban a temblar sobre su polla.

—Sí, quiero correrme —dijo ella fuertemente, con audacia, tirando de su pelo—. Hazlo, hazlo.

Ella lo follaba tan profundamente, tan desesperadamente. Freddy amasó sus pelotas y pasó un dedo a lo largo de la sensible costura de detrás de ellas y Brett sintió un fuerte y delicioso tirón que empezaba en sus pelotas y se extendía a lo largo de su columna, robándole el aliento.

—Me voy a correr —dijo a través de los dientes apretados—. Sujétate. Sujétate a mí.

No estaba seguro de a quien se dirigía y no le preocupó. No quería que ninguno de los dos se alejara. El calor de su liberación se liberó de sus pelotas para correr a través de su polla y permitir que su orgasmo lo recorriese, enviando escalofríos a través de sus hombros hacia abajo por sus brazos mientras él se estremecía y su polla se sacudía, enterrada profundamente en Anne.

—Brett —gimió ella, luego se inclinó y mordió su hombro mientras sus piernas se apretaban alrededor de su cintura y su sexo lo agarraba fuertemente en rítmicas convulsiones.

—Sí —silbó Freddy. Su brazo rodeando con fuerza la cintura de Brett, empujando tanto a Anne como a Brett contra él. Brett pudo sentir como sus caderas se sacudían. Una caliente humedad chocó

contra los dedos de Brett y éste maravillado, comprendió que era la liberación de Freddy. Convirtió su mano en un puño, sosteniendo la humedad en él, frotando sus dedos, saboreando la prueba del orgasmo de Freddy contra su piel.

Cuando todo terminó, cuando estuvieron temblorosos, con Anne floja y pesada en los brazos de Brett, un peso glorioso, con los brazos de Freddy rodeándolos. Brett supo que nunca había tenido un momento más feliz, nunca se había sentido tan completo como en ese instante y nunca se sentiría.

CAPÍTULO OCHO

13 de Mazo de 1811

Anne,

Me acaricié la polla pensando en ti anoche. Quizá no debería escribir esto sobre el papel, ¿pero quién lo va a leer después de todo? Seguramente tú no. Estaba acostado en mi cama, echando en falta el calor al sentir la frialdad de la noche, de brazos cruzados preguntándome lo que podría hacer para mantener el calor. Y allí estaban, los pensamientos de ti llenando mi cabeza y mi polla.

Bertie dice que eres hermosa, con el pelo negro rizado y los ojos azules. Aparte de eso, sé muy poco. Bertie no es el mejor con las descripciones. Según él todo sobre ti es "típico" o "normal" para una mujer. ¿Qué significa eso? ¿Cómo algo en ti puede ser normal o típico? Tú eres extraordinaria en tus cartas, en mi cabeza, en mi corazón.

Me imaginaba tu boca sobre mí. En realidad no lo he hecho con frecuencia, una o dos veces con las putas aquí. Era bueno, pero cuando me imaginé que era tu boca todo lo que pude hacer fue no dar un grito agudo de placer. ¿Tú harías esto, Anne? ¿Tú te arrodillarías a mis pies y succionarías mi polla en tu ingeniosa, simpática y hermosa boca? ¿Chuparías hasta que yo me liberara profundamente en tu garganta? ¿Tragarías lo que te diese? Por alguna razón, este acto parece más personal e intimo que incluso el acto sexual. ¿Por qué? No lo sé. Solo sé que soñé con tu boca. Cuando me corrí casi me hago una herida en los labios al morderme para impedirme gritar tu nombre.

Sueño con otras cosas también. Pero anoche… anoche fue tu boca.

Brett

—Estoy absolutamente estupefacto por el hecho de estar aquí tumbado desnudo con los dos, con una suave brisa de verano que cosquillea mi polla —Freddy hizo el comentario lánguidamente porque era como se sentía.

Los tres yacían sobre la manta otra vez, todavía desnudos, pero sobre todo secándose de su aventura acuosa. Brett se sentó con la espalda en el borde, los ojos cerrados, las manos entrelazadas sobre el estómago y los tobillos cruzados. Anne se puso entre ellos en casi la misma posición excepto que tenía las piernas dobladas, extendidas abiertas licenciosamente para capturar la brisa. Freddy se sentó a su lado con una rodilla doblada hacia arriba, descansado sobre un codo, la mejilla descansando sobre su puño mientras jugaba con un mechón del pelo húmedo de Anne.

Anne entreabrió un ojo para mirarlo.

—Estupefacto. Qué buena palabra para esto. Aunque la brisa juegue con algo bastante diferente entre mis piernas.

Brett rió en silencio sin abrir sus ojos.

—Vive la diferencia —dijo Freddy con una lujuriosa pequeña sonrisa burlona. Brett se rió otra vez.

—¡Oh, adoro las bromas ingeniosas de después! —suspiró Anne—. No he tenido esto desde Bertie.

Brett a tientas alcanzó y acarició el muslo de Anne.

Anne levantó una ceja incrédula.

—¿Eso es todo? ¿Una palmadita en la pierna? ¿Este es tu forma de hacer bromas ingeniosas?

—Ese es el fuerte de Freddy —murmuró Brett—. Yo follo sin sentido, él hace bromas ingeniosas.

Freddy se rió. Dios, no se había sentido tan bien en años. Brett en realidad había follado a Anne. Con él. Habían dejado que Freddy fuera una parte de ellos, no habían querido que se fuera. Brett era aún mejor de lo que él alguna vez había soñado. Era tan grande, tan fuerte, tan tierno a la vez que poderoso. Él había dado a Anne todo lo que había pedido, pero no había olvidado que Freddy estaba allí. Freddy tembló al recordar como los dedos de Brett habían acariciado su sensible polla cuando él se había clavado en el suave y regordete montículo de Anne. Habían resultado tan asombrosos juntos, tan adecuados. Freddy estaba contento solo con ser capaz de mirarlos, tocarlos.

Anne se rió con ese ronroneo gutural que disparaba los sentidos de Freddy. Oh, ella no lo hizo, no en absoluto. Freddy sonrió y tiró con cuidado del pelo que estaba enrollado alrededor de su dedo.

—¡Ay! —Anne juguetonamente movió su mano distanciándolo. Ella rió y alcanzó su mano otra vez, acercándola para besar sus dedos. Algo capturó la garganta de Freddy ante el sensible gesto.

—Nunca imaginé que tú y yo alguna vez estuviésemos juntos, Anne —la declaración salió antes de que Freddy pudiese detenerla.

Anne se encogió de hombros.

—Para ser honestos, Freddy, yo tampoco. Pero cuando té vi aquí en el estanque todo en mí fue, no sé, alertarme, despertarme —ella lo miró un poco perpleja—. En realidad no lo sentí bien al principio, después me excitó. Después de todo tú eres más joven que yo.

Freddy resopló.

—Tres años. Que parecían insuperables a los trece y dieciséis, pero apenas perceptibles a los veintitrés y veintiséis.

Anne cerró sus ojos, con malvada sonrisa en su cara.

—No, ahora no son insuperables. Son sumamente montables. [9]

Brett se ahogó con la risa.

—Me corrijo. Tú y Freddy hacen las bromas ingeniosas.

—Ahhh —Anne ronroneó—, hablas —ella se dio la vuelta sobre su estómago y descansó la barbilla en su mano mientras arrastraba su índice sobre el pecho de Brett—. ¿Y tú cuántos años tienes, Brett?

Freddy vio a Brett tensarse. Oh señor. Anne había logrado hacer una pregunta que seguro que arruinaba su perfecta tarde. Brett sintió que era anciano comparado con Freddy.

—Uh, uh, uh —amonestó Anna, capturando el pelo del pecho de Brett. Ella rozó sobre el punto cuando Brett se estremeció.

Freddy no podía culparla por acariciar su pecho. Brett tenía un pecho glorioso, con grandes músculos, sus pectorales cubiertos por una gruesa alfombra de oscuro pelo rizado, sus pezones marrones oscuros asomando a través de ellos. Freddy quería desde hacía mucho tiempo frotar su rostro por todo su pecho y morder aquellos tentadores pezones. Se contentaría con mirar lo que Anne hacía.

—No hagas eso —siguió Anne con una voz severa.

—¿Qué? —preguntó Brett defensivamente.

—No te vuelvas introvertido otra vez —le dijo Anne—. Haces eso todo el tiempo. Por lo tanto, sé que hay todo tipo de cosas que dan vueltas aquí —chasqueó un dedo contra su cráneo y Brett rápidamente levantó una mano para cubrir el punto—, pero tú te haces el Lord estoico y cortas todo por encima de nosotros.

—No lo hago.

[9] Es un juego de palabras, en ingles aparece como: No, hardly insurmountable now. I am eminently mountable. Vendría a ser algo así como: No, apenas inmontable ahora. Yo soy sumamente montable. Pero creo que queda mejor con esa interpretación.

Freddy tosió para ocultar su risa por el tono y la expresión de Brett. Sonaba como un alumno recalcitrante.

—Sí lo haces. Freddy, díselo —Anne giró y le ofreció su mano a Freddy que la sostuvo más cerca y besó sus dedos.

Freddy asintió.

—Sí, viejo, lo haces —Brett frunció el ceño hacia él. Freddy suspiró—. Me temó que golpeaste uno de los puntos débiles de Brett, querida. Él piensa que es infinitamente demasiado viejo para mí. Esa ha sido su excusa todo el tiempo.

Anne se rió, claramente pensando que era una broma. Cuando se dio cuenta de que Freddy estaba serio, ella volvió los ojos incrédulos a Brett.

—¿Seguramente no es en serio, Brett? ¿Es por eso que ustedes dos no son amantes? Tengo la impresión de que esta ha sido la primera vez que comparten a una mujer también ¿por qué? ¿A causa de tu edad?

Brett bloqueó su expresión. Agarró la mano de Anne, lentamente las pasó por su pecho.

—Intentaré no meterme dentro de mí, como dijiste Anne, pero no voy a hablar de mi relación con Freddy.

Anne se retiró como si le hubiese quemado y Freddy pudo ver el daño en su cara. Ella tiró de la mano que tenía Brett y comenzó a levantarse.

—Veo que he sobrepasado mis límites. Pensé que todos éramos amigos, pero al parecer soy solo una conveniencia. Ven a verme cuando necesites sexo de nuevo.

Freddy tiró de su brazo y ella calló sobre la manta. Brett se frotó la cara y, a continuación, él la atrajo hacia su pecho.

—Lo siento —suspiró él e inclinó la cabeza hacia atrás para mirar al cielo—. Esto no salió bien —se mordió los labios un momento

y luego miró a Anne de nuevo—. Lo que quise decir es que yo… no puedo hablar de ello —él sacudió la cabeza—. Tienes razón hay muchas cosas dando vueltas aquí —él señaló su cabeza—. La mayor parte de ello no quiero pensarlo ahora mismo, sí alguna vez —él levantó su cabeza y besó la mejilla de Anne—. Tienes que admitir que soy más viejo que ustedes dos. Cualquiera que me mire lo puede ver.

Anne se echó hacia atrás y echó una mirada lenta del cuerpo de Brett presentado ante ellos como un picnic sexual. Se demoró aquí y allí, Freddy pudo ver cambiar la polla de Brett de semidura a tiesa. Anne pasó un dedo por su floreciente longitud y Brett contuvo el aliento.

—Veo un hombre —Anne habló normalmente pero su voz había tomado un tono ronco que tenía el corazón de Freddy desbocado—. Tienes una cicatriz, o dos —continuó Anne. Pasó su índice sobre una cicatriz larga sobre su brazo que él ya tenía cuando Freddy lo encontró. Anne besó suavemente la cicatriz, y Freddy vio como se produjo un escalofrío sobre la piel de Brett. Luego se dio la vuelta hacia Freddy y encontró la reciente cicatriz de su herida de bala. Se inclinó y la besó con ternura y fue el turno de Freddy para temblar—pero Freddy también las tiene.

Anne volvió a Brett. Ella miró hacia abajo y recorrió sus dedos sobre la horrible cicatriz que desfiguraba el muslo de Brett. Ella se inclinó hacia abajo y pasó sus labios sobre la cicatriz, y Freddy vio la punta de su lengua salir y arrastrarse por la línea roja de la misma. El cuerpo entero de Brett se tensó, llegó y se apoderó de Anne rodeándole la parte de atrás del cuello.

Ella sonrió, una secreta sonrisa de mujer, mientras giraba e intentaba conseguir que su polla aumentase. Pasó un dedo a lo largo de su polla, Freddy tembló con Brett. La polla de Brett estaba pálida con una cabeza oscura que coincidía con el color de sus pezones. El

contraste era fascinante con una gruesa vena que palpitaba a lo largo del eje.

—Con cicatrices o sin cicatrices, todas tus partes pertinentes parecen trabajar, viejo —se burló ella. Puso una expresión seria y de preocupación en su cara, y el corazón de Freddy dejó de palpitar—. Pero quizás debería de examinarlo más de cerca, solo para estar seguros.

Anne se inclinó y con delicadeza insinuó su nariz en el oscuro y espeso nido de rizos alrededor de su polla y lo olió apreciativamente.

—Hueles delicioso —ella rozó su mejilla contra su tiesa polla y Brett gimió—. Esto parece estar bien —giró y frotó su nariz sobre el mismo punto y Brett brincó. Anne se rió suavemente—. ¡Hmm, buenos reflejos!

En ese momento Freddy no podía controlar su propia diversión. Dejó de luchar contra la sonrisa que intentaba evitar y se rió. Brett giró los ojos con una mirada ausente.

—Freddy —gimió él.

Freddy tragó de forma audible por la necesidad de esa palabra.

—¿Qué quieres Brett? —preguntó Freddy—. Dínoslo. Cuéntanos lo que necesitas.

Brett sacudió la cabeza y Anne con cuidado pellizcó suavemente el lateral de su polla y luego le lamió.

—Ahhh —gritó Brett, pero no de dolor. La vista de los pequeños dientes blancos de Anne contra aquella firmeza, hizo que la polla se endureciese y Freddy jadease y apretase el estómago.

—Dinos —susurró Anne, sus labios revoloteando sobre la polla de Brett.

—Tú —Brett se elevó— te necesito.

Freddy sintió un dolor que le embargaba el estómago y comenzó a rodar lejos. Las siguientes palabras de Brett le detuvieron.

—Te necesito para que me tomes en tu boca, Anne, mientras Freddy te folla.

Freddy sacudió su cabeza y miró de golpe a Brett. Vio la verdad allí. Brett no mentía. Esto era lo que realmente él necesitaba. Freddy sentía la cabeza confusa, como si hubiera estado bebiendo todo el día. Él estaba borracho de deseo por Brett.

—Oh Dios, Brett —gimió Anne—. Dices las cosas más dulces.

El comentario de Anne rompió el momento entre Freddy y Brett, pero a ningún hombre le importó. Ambos se rieron un poco jadeando y Brett pasó su mano por el pelo de Anne.

—¿Eso quiere decir que lo haremos? —preguntó Brett, su voz temblorosa como su mano.

Anne giró los ojos burlonamente sobresaltados.

—¿En realidad tienes que preguntar? Pensé que me conocías mejor que hasta ahora.

Corrió la punta de la lengua desde la raíz de su polla hasta la acampanada cabeza y Brett dio un grito mientras arqueaba su espalda. Freddy no podía coger aliento. Brett estaba tan increíblemente hermoso, tan desesperado y despertando en sus necesidades. Y Anne, Dios ella era magnífica, las piernas dobladas debajo de ella, su parte inferior levantada en una curva mientras se inclinaba hacia la polla de Brett, bebiéndolo a lengüetadas como un gato con la nata.

—Creo que fue un sí —le dijo Freddy a Brett, y se sorprendió por el timbre tan bajo de voz, el temblor que tenía por sus propias necesidades. Brett se giró hacia él pero no podía hablar. Él sólo podía morderse el labio y arquear su cuello cuando Anne le lamió una vez más y luego asintió.

Freddy pasó la palma de su mano por la espalda de Anne, desde la nuca hasta su rabadilla. Sintió cada saliente de su columna,

sus dedos se extendieron. Ella era tan pequeña que su mano abarcaba casi la anchura entera de su espalda. Volvió a la nuca y pasó solo un dedo despacio hacia debajo por su columna otra vez, montando cada salto como un carro sobre la tierra montañosa. Anne tembló y gimió, su piel se puso de gallina aunque el día era bastante caliente. Freddy no podía dejar de sonreír por la forma que respondía a un simple toque.

—Haz lo que pidió, Anne —le mandó Freddy suavemente—. Tómalo en tu boca.

—Dios, sí —gimió Brett.

La respiración de Anne era desigual cuando hizo una pausa con su boca sobre la cabeza de la polla de Brett, sus labios apenas separados. Ella se quedó allí por lo que parecían eones y Freddy pudo sentir la tensión en él y Brett se alzó más alto con cada tembloroso aliento que ella tomaba.

—Anne —gimió Brett, su voz profunda, desesperada y necesitada. Freddy vio la ligera curva en los labios de Anne y su polla saltó. Sintió lentamente deslizarse la caliente humedad que se filtraba de su punta y corría por su cabeza, y fue su turno de temblar.

Él pasó su mano por su columna vertebral y ella dobló su espalda con su toque. Él metió su mano entre su pelo y agarró la parte de atrás de su cabeza. Luego, lentamente empujó su cabeza hacia abajo y vio como la polla de Brett presionaba sus labios separados, extendiéndolos muy amplios cuando ella lo tragó.

—Dios mío, Anne —dijo Freddy jadeando. Nunca había visto un acto sexual tan excitante como ver a Anne tomando la polla de Brett en su boca. Sus ojos revolotearon cerrados y ella respiró profundamente por su nariz. Su expresión era eufórica. Freddy podía ver el movimiento de los músculos de su cuello y se dio cuenta de que estaba arremolinando su lengua alrededor de la polla de Brett.

—Anne —gimió Brett, su mano apoyándose en la parte de atrás de la cabeza sobre la mano de Freddy. Los callos en la palma de la mano de Brett rasparon los nudillos de la mano de Freddy y fue como despertar a una caricia. Juntos movieron la cabeza de Anne arriba y abajo, viendo como sus labios se estiraban, las esquinas blancas por la presión del eje grueso de la polla de Brett. Ella ronroneó profundamente en su garganta y Brett gritó arqueando su espalda.

—Hazlo —jadeó Brett—, fóllala, Freddy. Ahora. No puedo durar. No puedo.

Freddy miró el hueco de las mejillas de Anne mientras ella se introducía profundamente la polla de Brett y el otro hombre gruñó como si le doliese. Al mismo tiempo, la mano de Brett agarró apretando más, forzando hacia abajo su cabeza, haciéndola tomar otra pulgada en su boca.

Freddy separó su mano, se inclinó y miró hacia abajo de nuevo. Agarró las caderas de Anne y tiró de ellas hacia arriba.

Ella hizo una pausa sobre la polla de Brett. Extendió sus rodillas abiertas y dejó su abertura al aire, manteniendo baja su cabeza dándole el ángulo perfecto.

—Eso es todo —canturreó Freddy suavemente—. Esto es perfecto, querida Anne. Tú sabes qué hacer, cómo te gusta.

Freddy pasó un dedo por su raja y ella era toda suave humedad cremosa, goteando por sus rizos y aterciopelados labios. Él sintió su agitación, oyó el pequeño gemido que se escapó cuando su dedo encontró su entrada y se deslizó profundamente en su interior con un movimiento suave.

—Estás más que preparada, dulzura. ¿Estás desesperada de nuevo, verdad? Eres asombrosa, tan excitante.

Freddy murmuró la alabanza distraídamente, las palabras salían por su propia voluntad, sin pensamiento. Retiró el dedo y agarró sus

caderas otra vez. Se arrodilló entre sus rodillas y tomó la polla con la mano, frotando la cabeza de arriba abajo mojándola.

—Cristo —refunfuñó, echando la cabeza hacia atrás mientras disfrutaba al sentir la seda de su suave interior sobre su sensible cabeza, su vello púbico áspero contrastando la caricia.

La sangre palpitaba con tanta fuerza en sus oídos que apenas podía oír los gemidos de Brett y los sonidos húmedos de la hermosa boca de Anne trabajando la polla de Brett. El mundo se había reducido a su polla contra el dulce, líquido y caliente sexo de Anne y el placer que le esperaba dentro. Él iba a joder a Anne. Joderla para Brett.

Con un pequeño salto en sus caderas Freddy resbaló su polla en Anne.

—Oh Dios —gimió él. Vagamente escuchó la débil risa de Brett.

—Ella se siente malditamente bien —gruñó Brett—. ¿Entonces joder es bueno, verdad, Freddy?

Freddy no contestó. Simplemente se sumergió dentro de ella, llenándola, dándole todo lo que tenía. Se ajustaba a él como si su coño hubiese sido adaptado por encargo para su polla.

La boca de Anne dejó a Brett y dio un alto y breve chillido en su inicio que degeneró en un sollozo.

—Freddy —gritó ella—. Dios sí.

—Chupa a Brett, Anne —gruñó Freddy—. Quiero tu boca en él mientras te follo.

Anne no necesitó que se lo dijesen dos veces. Tomó a Brett y lo tragó, toda su longitud enterrada en su dulce boca. Ella tosió un poco y Brett empujó su espalda.

—¿Estás… —él hizo una pausa y lamió sus labios—. ¿Estás bien? No tan profundo, cariño.

Anne se rió un poco con timidez alrededor de la polla de Brett y por alguna razón Freddy lo encontró tan atractivo como excitante. No podía dejar de empujar un poco dentro de ella y Anne gimió.

—¿Cuántas veces has hecho esto, Anne? —preguntó Freddy, apretando sus dientes mientras se obligaba a no moverse.

Ella lo dejó otra vez y Brett gimió.

—Un par de veces —contestó ella, su voz un poco áspera—. Nunca me gustó esto antes.

Brett comenzó a sentarse maldiciendo.

—¿Por qué no dijiste nada? No quiero hacerte hacer algo que no te gusta.

Anne se rió y lo empujó hacia abajo de nuevo.

—He dicho antes. Me gusta esto, está bien.

Brett se apoyó sobre un codo.

—¿Qué quieres decir?

Anne suspiró teatralmente.

—Quiero decir que me gusta hacértelo. Tú sabes bien, hueles bien y me gusta. Así que tranquilo y déjame disfrutar —Freddy lentamente salió de ella y luego empujó igual de despacio. Anne echó la cabeza hacia atrás entre sus hombros—. Oh dios, Freddy, sí. Tú tienes tu diversión también.

Freddy se rió con oscura diversión.

—La tengo, Anne, la tengo —él miró a Brett—. Acuéstate y deja que Anne te chupe la polla.

Brett hizo como se le dijo con una malvada sonrisa.

—Sí, Su Gracia.

—Así es —gruñó Freddy— y no lo olvides.

La risa de Brett se cortó cuando Anne deslizó la boca alrededor de su polla. Comenzaron una danza que Freddy nunca había hecho antes. Cuando él empujaba en Anne, ella metía la polla de Brett en su

boca y cuando él salía ella la sacaba. Parecía difícil de creer que no hubiesen hecho esto mil veces, su ritmo era tan perfecto. Brett se había recluido en el incoherente deseo mientras alternaba entre mirar la boca de Anne sobre él y la polla de Freddy en Anne. Sus ojos estaban vidriosos, sus pupilas dilatas, sus pómulos dejando agudas marcas de tensión a través de su hermosa cara. Continuó mordiéndose los labios para no gritar, pero repetidamente daba gritos bajos, salvajes, mudos por la estimulación de Anne y Freddy.

Brett comenzó a temblar y sus caderas conducían su polla a la boca de Anne. Freddy sentía calor en sus pelotas cuando se pusieron grandes y apretadas, era un placer demasiado insoportable como para detener su clímax. Sintió el temblor del coño de Anne alrededor de él, y sabía que ella estaba pendiente de un hilo también. Ninguno de ellos quería que esto terminara. Pero Freddy sabía que no ocurriría. Ellos tendrían a Anne una y otra vez, tanto como quisieran y eso le gustaba. Ella los quería. Y Freddy llevaría a Brett y Anne juntos. Todo calculado. Lo tenía que hacer.

—Córrete, Brett. Vente para nosotros, y luego míranos correrno s para ti —la voz de Freddy era baja, oscura, exigente. Se sorprendió a sí mismo con esa voz. Le gustaba, le gustaba mucho.

Brett gritó y arqueó su trasero, empujando profundamente en la garganta de Anne mientras ella jadeaba. Brett enterró sus manos en su pelo y la sostuvo fuerte cuando tiró y brincó.

Freddy podía ver los espasmos con los que Brett se derramaba en la boca de Anne. Anne se ahogó un poco cuando se le escapó un poco de la liberación de Brett y bajó por su eje para acumularse en su pelo pubiano.

—Trágalo, Anne —dijo Freddy—. Trágalo alrededor de él, tanto como puedas. No puedes dejarte nada.

Anne pareció tomar su consejo, y ella dejó de ahogarse. Vio que su garganta trabajaba mientras lo tragaba, y Freddy tragó con ella, casi probando a Brett con su lengua. Anne gimió. Brett había caído de nuevo en la manta, jadeando atrajo a Anne con sus manos en el pelo. Cuando ella se soltó, elevándose en sus manos y rodillas, Brett se inclinó, cogiendo su mandíbula con la palma de la mano, la besó tiernamente. Freddy sintió un chorro de oscuros celos, queriendo probar a Brett en su boca, queriendo lamer ávidamente el semen de Brett de los labios de Anne. Brett rompió el beso despacio, y Freddy sintió a Anne apretar su polla.

—Fóllala Freddy —le dijo Brett suavemente—, jódela para mí, córrete para mí.

Anne miró a Freddy por encima de su hombro. Sus mejillas se enrojecieron, sus labios magullados por la polla, de un rojo brillante y liso con la semilla de Brett. Freddy empujó su polla dentro y ella cerró sus ojos y empujó hacia atrás contra él.

—Jódeme —gimió ella—. Fóllame con fuerza, Freddy.

Freddy le dio lo que quería. Se introdujo una y otra vez en ella, la fuerza de sus empujes hacía que sus rodillas se levantasen de la tierra. Brett se inclinó en un codo y sostuvo sus manos firmemente en el suelo, una acción que pareció conducir a Anne hacia el frenesí. Ella gruñó y jodió hacia atrás contra Freddy duro y rápido. Freddy se inclinó sobre ella y puso sus manos sobre las de Brett. El cambio del ángulo hizo que Anne diese un grito, entonces Freddy comenzó a empujar alto y fuerte. Ella sollozó su nombre y luego comenzó a correrse.

Sus paredes interiores agarraron a Freddy con tanta fuerza que era difícil salir y volver a entrar, pero lo hizo.

—No, no —gimió Anne, dando un tirón a su mano para a ciegas agarrarle detrás de ella.

—Permanece profundo, Freddy —le instó Brett—, aprieta con fuerza dentro de ella.

Freddy vio a Brett alcanzarse hacia abajo y adivinó que Brett frotaba o pellizcaba su clítoris. Anne gritó en voz alta y larga cuando su fuerte clímax se intensificó. Presionando tan profundo y con tanta fuerza dentro de ella, Freddy sintió cada temblor hasta que él no pudo tomar más. Con un grito él se retiró y se empujó duro y luego explotó. Oyó gritar a Anne, oía a Brett decir su nombre, pero Freddy perdió su agarre, desgarrado por el clímax más intenso de su vida. Él sintió su polla pulsar y pulsar y pulsar, llenando a Anne, llenándola para Brett.

Cuando esto terminó, Freddy apenas logró moverse hacia un lado antes de derrumbarse contra la manta. Él sintió una mano cepillando tiernamente su pelo. ¿Era Anne o Brett? No le importaba. Él ronroneó por la caricia. Oyó a Anne jadear cerca de él pero la respiración de Brett casi había vuelto a la normalidad.

—Gracias —dijo Brett silenciosamente, y Freddy se dio cuenta de que la mano sobre su pelo era de Brett. Abrió los ojos para ver a Brett pasando sus dedos también por el pelo de Anne, que tenía su mejilla apoyada sobre su estómago. Brett les miraba a ambos.

—Sí, bueno —dijo Anne con voz áspera. Ella limpió su garganta—. No esperen que yo soporte mucha de esta tortura. Más de tres o cuatro veces al día y tendré que quejarme, creo.

—Oh Dios, Anne —dijo Freddy, y se encontró riendo débilmente con felicidad. ¿Cómo alguna vez ellos habían sobrevivido antes de Anne? Un escalofrío le robó el aliento. ¿Cómo sobreviviría si ellos le dejaban?



Aquella tarde Freddy y Brett disfrutaron de una cena tranquila en Ashton Park después de dejar a Anne en casa. Hablaron de cosas intrascendentes delante de Reeves y los lacayos.

Después de que el último plato fuese retirado, Freddy y Brett se dirigieron a la biblioteca para tomar una copa, oporto para Freddy y whisky para Brett. Brett se decidió por un canapé bastante incómodo en la orilla de las ventanas que estaban enfrente de la enorme chimenea en el lado opuesto de la larga y estrecha habitación. Freddy a menudo se preguntaba porque su madre había elegido ese incómodo mobiliario para la biblioteca. Parecía perverso. Al igual que las gigantescas puertas parecidas a las de las jaulas delante de cada estantería, como si disfrutar de un libro aquí fuese criminal.

—¿Qué vas a hacer respecto a Anne? —preguntó Brett de repente.

Freddy se sorprendió e hizo una pausa en el proceso de sentarse en una pequeña silla de patas frente a Brett. Parpadeó varias veces y luego siguió sentándose en el asiento. Los pensamientos corrieron por su cabeza acerca de las posibles cosas que él podría hacer sobre Anne. No dejó que ninguno de ellos se mostrase en su rostro, sin embargo. Después de sentarse, cruzó las piernas despreocupadamente y dejó su oporto sobre la pequeña mesa al lado de su silla. La mesa era también larga y delgada, demasiado pequeña para apoyar el peso de la mitad de los tomos de la biblioteca.

—¿Y qué exactamente es lo que tengo que hacer al respecto? —pensar en voz alta sonaba diferente, quizás menos interesado.

Brett lo miró exasperado.

—Claramente las Goode están lejos de las circunstancias ideales. ¿Por qué? Sé que viste la reacción de los comerciantes en el pueblo. Hubo varias conversaciones furtivas, en la mayor parte de los cuales, Anne trataba de darles dinero y lo rechazaban. Y, sin embargo, no dudan en hacer negocios con ella, mientras que estuvimos allí.

Freddy respiró un suspiro inestable. Por un momento había pensado en que Brett iba a terminar las cosas con Anne después de su encuentro de hoy. Él recogió su oporto y tomó un sorbo mientras juntaba sus pensamientos.

—Cada una de esas transacciones se hicieron conmigo, sin embargo, contra las protestas de Anne y con el estímulo de los comerciantes. Curioso. Ellos no parecen despreciar su negocio, o a ella. Y, sin embargo, tuve la clara impresión de que había algo que faltaba.

Brett se inclinó hacia atrás con una cabezada.

—Exactamente. Cuando llegamos no había azúcar en la casa, muebles raídos, la ropa pasada de moda. En muchos aspectos, son el retrato de ajustarse a las circunstancias. Sin embargo, Anne estaba tratando de pagarles y ella era rechazada.

Freddy miró a Brett y levantó su ceja de forma inquisidora.

—¿Stephen?

Brett cabeceó.

—Yo lo creo también. Estoy seguro de que Stephen sabrá lo que está sucediendo. Trabaja estrechamente con la Sra. Goode, o así lo dijo Anne —Brett removió su whisky en el vaso y luego tomó un saludable trago—. Además, es hora de que nosotros le presentemos nuestros respetos. No hemos ido a verlo desde que llegamos. Es probable que nos escribiese para que fuéramos.

Freddy se rió.

—Apenas. Estoy seguro de que Stephen es el que está haciendo las excusas para nosotros.

Brett removió el líquido en el vaso otra vez y rió distraídamente antes de tomarse de un trago el resto del Whisky. Lo bebía de tal forma, que parecía que fuese agua. Freddy miró incrédulo cuando Brett se levantó y dejó su vaso terminado indicando que su noche había terminado.

—Pues bien, me voy a la cama —comenzó a marcharse, pero Freddy se apresuró a levantarse y agarrarlo del brazo.

—¿Eso es todo? ¿Tú realmente vas a salir de esta sala sin hablar de lo que pasó esta tarde?

Brett centró los ojos en el agarre de Freddy hasta que esté lo quitó. Entonces él habló sobre el hombro hacia Freddy sin mirarlo a los ojos.

—Esta tarde era sobre Anne.

Freddy levantó sus manos en el aire.

—¡Desde luego que era sobre Anne! Pero tú y yo estábamos también allí, Brett, y tú lo sabes muy bien.

La fachada tranquila de Brett se rompió, y se dio la vuelta con ira hacia Freddy.

—Yo sabía que intentarías hacer que esto pareciese más de lo que era. ¿No puedes dejarnos, tan solo disfrutar de ello? ¿Por qué debemos examinarlo hasta la muerte?

—¿Examinarlo? —exclamó Freddy frustrado por el asombro—. Yo solo quiero hablar de eso. Me parece bastante irónico que tú siempre estés lleno de sabio asesoramiento para otros, pero sin querer hablar de tus propias emociones. Por ejemplo, has evitado cualquier clase de implicación sexual conmigo durante casi cinco

años, y hoy follamos juntos a Anne. Yo estaba desnudo, tú estabas desnudo. Juntos. ¿Tú no tienes nada que decir sobre eso?

Los labios de Brett se apretaron.

—No.

—¿No? —Freddy estaba gritando ahora, y al infierno con las consecuencias. Se sentía bien al soltarlo finalmente—. ¿No, tú no tienes nada que decir? ¿O no, tú no dices nada? Porque tú nunca dices nada. Me apartas y me apartas, dices no como si fuese la única palabra que alguna vez aprendiste, pero nunca das ninguna explicación. ¿No crees que merezco una explicación? O ¿es que yo soy simplemente Freddy? ¿Voy a quedarme tranquilo y fingir que tú no solo acariciaste mi polla hoy y que te pedí que follases a Anne para mí, porque eso es lo que quieres?

—¡Maldita sea! —gritó Brett hacia atrás.

Freddy se sobresaltó dando un paso atrás y todo lo que había estado a punto de decir, se le olvidó. Brett nunca había perdido la calma, nunca.

—Diré esto una sola vez, y sólo una vez, Freddy. Lo que ocurrió hoy es la forma en que van a ir las cosas entre tú y yo. Seré una parte de… de lo que está sucediendo entre Anna y tú, pero no voy a ser manipulado por ti. Seré tu amigo, y te apoyaré. Me gustaría hacer casi cualquier cosa por ti, pero no voy a ser tu amante. No puedo.

—¿Lo que está ocurriendo entre Anne y yo? —preguntó Freddy con confusión—. ¿Qué crees que está pasando entre Anne y yo? Porque lo que sea, parece que pasa entre tú y Anne también.

—No puedo darle a Anne lo que ella quiere pero puedo darle lo que tú quieres, Freddy —dijo Brett con voz cansada.

—Creo que diste a Anne exactamente lo que ella quería hoy, y tú hiciste un maldito buen trabajo al encontrar mis necesidades también —Freddy trató de encontrar que decir. Si él no lo hacía, Brett

iba a salir por esa puerta y esa discusión seguiría sin resolverse eternamente.

—Ambos se merecen más de lo que puedo daros.

Brett comenzó a caminar hacia la puerta.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Freddy— ¿Cómo sabes lo que necesitamos, lo que nos merecemos? Me parece que deberíamos de ser los que tomásemos esa decisión. Y los dos te queremos a ti.

Brett se paró con la mano en la puerta, sacudiendo su cabeza.

—Tú perdiste el derecho a tomar esa decisión cuando te convertiste en duque, Freddy.

—¿Y Anne? —Freddy todavía estaba determinado a unirlos. Brett no había dicho que no la quisiese. Sí Freddy al menos pudiese unirlos, entonces quizás Brett le dejaría ser una parte de ello.

Brett solamente sacudió la cabeza.

—No puedo —susurró. Entonces salió por la puerta y la cerró silenciosamente detrás de él. Brett anduvo despacio por el pasillo alejándose de la biblioteca. Fingió que no oía romperse el vaso cuando este golpeó los pesados paneles de la puerta detrás de él. Iba a tener que llegar a ser muy bueno fingiendo.

CAPÍTULO NUEVE

23 de junio de 1811

Mi muy querida Anne,

Te extraño. Pero sobre todo extraño tu sentido del humor. Nunca te pusiste furiosa conmigo ni cuándo me complacías con mis pequeñas bromas, ¿verdad? ¿O estoy recordando cosas como desearía que fueran, y no como realmente sucedieron? Ya ves, Brett está furioso conmigo. Todo comenzó con una mujer. Ella se parecía un poquito a ti, Anne. Maldito sea, ¿No debería contarte esto, verdad? Sigo olvidando que debo tratarte como a una dama ahora y no como a Anne. Aunque todavía seas Anne. *Lo siento. La falta de sueño me hace estar confuso. Han pasado casi dos meses desde nuestra última gran batalla y todavía no puedo dormir. De todos modos, Brett está furioso conmigo. Él despidió a la muchacha. Comienzo a preocuparme por él. Tendré que tomar medidas drásticas para asegurarme su perdón.*

He perdido algunas de tus cartas, Anne. He mirado por todas partes. Están a mi lado. Lo siento. Las mantendré todas juntas ahora y las llevaré conmigo. Algún pobre idiota probablemente las ha robado y piensa aparecer en Ashton sobre el pasto y lanzarlas a tus pies cuando esta sangrienta guerra termine. ¿Se llevarás una sorpresa, verdad? Porque sé que eres demasiado inteligente como para eso.

Tu Fiel Criado,

Bertie

—Anda y ve con Anne esta mañana, Brett —dijo Freddy mientras tomaba un sorbo de su café la mañana siguiente.

Brett había tenido miedo de bajar al desayuno, temeroso de afrontar a Freddy. Odiaba eso porque ansiaba la compañía de Freddy. Necesitaba su compañía tanto como necesitaba el café y las salchichas por la mañana. Temía que Freddy no hubiese abandonado la discusión de la noche anterior. Temía que por culpa de haber cedido frente a sus egoístas deseos una tarde, hubiese arruinado todo entre ellos. ¿Y entonces qué haría él? No estaba listo para enfrentar la vida sin Freddy aún. Pronto tendría que hacerlo, pero no todavía.

Pero Freddy había sido tan agradable como siempre lo era, agradable y preocupado por el bienestar de Brett. Eso no había evitado que Brett notara durante los pocos años pasados que la primera preocupación de Freddy siempre era Brett. Se aseguraba que el desayuno de Brett fuera servido puntualmente, que su ropa estuviera ordenada, que su deseo o necesidad más pequeños fueran satisfechas. Brett se había vuelto complaciente. Había dejado que Freddy hiciera lo que quisiera con su vida hasta que Freddy estuvo tan firmemente enredado en la tela de la vida de Brett que había llegado a pensar que la vida sin Freddy era inconcebible. Brett había estado en su cama la noche pasada durante horas preguntándose como había dejado que eso sucediera.

—Hola, ¿Está Brett en casa esta mañana? —Freddy chasqueó sus dedos delante de la nariz de Brett y Brett saltó hacia atrás.

—Yo... —Brett sacudió su cabeza—, lo siento. Estaba perdido en mis pensamientos.

—Eso parecía —le dijo Freddy con voz divertida—. Te dije que deberías ir y ver a Anne esta mañana.

—¿Por qué? —Brett se estremeció al sentir la sospecha de su voz. Freddy sólo levantó una ceja divertida.

—Porque voy a ver a Stephen, y no quiero que Anne aparezca inoportunamente mientras interrogo al buen vicario sobre sus secretos.

Brett sintió que la tensión de sus hombros aumentaba.

—Yo puedo ir a ver a Stephen —ofreció. Era un sacrificio. A Brett no le gustaría nada más que ir y ver a Anne, pasar la mañana en su compañía. Y no estaba listo para ver a Stephen. No aún.

—Mmm..... —Freddy tarareó mientras tomaba un sorbo del café. Sacudió su cabeza—. No. Realmente tengo que hacerlo. Necesito que los aldeanos me vean con Stephen. No he pasado tiempo suficiente aquí estableciendo su posición. Quiero que todos vean que él tiene mi aprobación y amistad. Pienso que es importante si va a ser aceptado aquí.

Brett pensó en eso un momento. Era plausible.

—Stephen ha estado aquí durante más de dos años, Freddy. ¿No crees que ellos lo aceptaron ya?

Freddy apareció considerar la declaración de Brett.

—Quizás. Pero ambos sabemos cómo es la gente de campo, Brett. Probablemente hay bastantes personas en la parroquia que todavía se contienen, que no le ha dado su completa confianza porque no saben que tiene mi aprobación. Y seamos honestos, estoy seguro que mi madre no ha ayudado en esta materia.

Brett suspiró.

—Tienes razón, desde luego. Yo sería feliz de ver a Anne, ya lo sabes. Pero no deseo privarte de su compañía.

Freddy extendió su mano y acarició la mano de Brett, haciendo que Brett se tensara otra vez. Se sintió como un idiota cuando Freddy inmediatamente se apartó con una sonrisa distraída.

—No temas —dijo Freddy con alegría—. Me uniré a ustedes en el cuarto de Anne en cuanto pueda.

Brett llegó donde Anne a la misma hora de la mañana en que él y Freddy habían estado yendo durante la semana anterior. Y como siempre después de ese primer día, encontró a Anne y su madre tomando su té de la mañana en el salón de espera.

—¿El duque no está con usted? —inquirió la señora Goode luego que fueron intercambiados los saludos—. ¿Él está bien, supongo?

—Por supuesto, bastante bien —dijo Brett mientras extendía las colas de su chaqueta verde oscura para sentarse en su silla habitual. Había tomado bastante cariño a esta vieja y raída silla, en realidad—. Él quería venir, pero tenía algunos negocios ducales que atender esta mañana. Se nos unirá en cuanto pueda —Brett frotó sus manos haciendo un espectáculo de entusiasmo que no sentía—. Ahora, ¿en qué volumen estábamos nosotros? —extendió la mano para tomar el libro más cercano sobre la mesa.

La Señora Goode se rió.

—No tengo la más mínima idea. Todos avanzan juntos para mí. Ash siempre hablaba del parque, de alguna pequeña exquisitez o algún hecho interesante. Él encontraba todo fascinante, y yo no tenía corazón para decirle que eso me aburría hasta las lágrimas.

Anne sofocó una risa.

—¡Madre! El pobre Tío Ash y Padre deben estar horrorizados ahora mismo. Enviarán una bola de relámpagos en cualquier segundo.

La Señora Goode simplemente rió de nuevo.

—Querida Anne, si yo fuera la receptora de un relámpago divino, tengo la certeza de tener transgresiones mucho mayores que merecen tal honor.

Brett frotaba su labio superior para ocultar su sonrisa, y Anne le frunció el ceño en broma, como si sintiera su diversión.

—Bien —dijo la Señora Goode defensivamente—, estoy segura de que el Señor Haversham siente de la misma manera. Si el duque no estuviera interesado en averiguar más sobre la historia del parque para redecorarlo y restaurarlo, no se dignaría leer ninguno de estos volúmenes.

—Debo discrepar, señora —Brett era sincero—. Mientras que está usted en lo correcto acerca de que el parque en sí mismo me es de poco interés, encuentro bastante agradable estudiar sobre el último duque a través de su historia del Parque. Su voz es bastante distintiva en estos volúmenes —Brett puso su mano sobre la cima de uno de los libros—. ¿Él era todo un carácter, verdad? —Brett sonrió de diversión y la Señora Goode compartió la sonrisa—. Yo veo mucho de ambos, de Bertie y de Freddy en él.

—Sí —la Sra. Goode suspiró—. Bertie ciertamente tenía el lado juguetón de Ash, y Jerome su sentido de responsabilidad. Frederick, pienso, tiene un mejor equilibrio entre los dos.

Brett sacudió su cabeza con pesar.

—Nunca conocí a Jerome, siento decirlo, señora. Pero de acuerdo a lo que he oído, eso parece correcto.

—Bien, Bertie claramente no sacó su lado juguetón de la duquesa, estoy segura —el tono de Anne era sardónico. Era la primera vez que Brett había oído que hablara así.

—Anne —la regañó la Señora Goode, y Anne se ruborizó como una virgen castigada.

Brett fue en su rescate.

—Yo tendría que estar de acuerdo, Anne.

Anne lo señaló mientras miraba con aire de suficiencia a su madre.

—¿Lo ves? Brett está de acuerdo conmigo.

La Señora Goode se puso de pie con el largo y sufrido suspiro de una madre.

—No dije que te equivocaras. Pero uno simplemente no dice esas cosas en voz alta en compañía de otros, querida mía.

—¿Compañía? —Anne arrugó la nariz hacia Brett—. Bueno, Madre, es sólo Brett. ¿Él no dirá una palabra, lo harás, Brett?

La Señora Goode meneó un dedo juguetón hacia Anne.

—Y así es como las damas jóvenes se meten en problemas, señorita Anne Goode. El creer en la discreción de los hermosos forasteros que prometen la luna.

Brett se rió.

—No hago tales promesas. La luna es un pedazo muy lejano, señora, y estoy demasiado viejo y cansado para perseguirlo para alguien —él se inclinó y besó las yemas de los dedos de Anne con una floritura, como un galante caballero de los antiguos—. Aunque si yo fuera un hombre más joven y sano de cuerpo y mente, con mucho gusto le traería la luna, señorita Goode.

—Ahí está, ese es mi punto, Anne —la Señora. Goode se levantó con una sonrisa—. No le permitas volver de revés tu cabeza, querida mía, con sus bonitas palabras.

—Estoy más preocupada por su discreción —murmuró Anne ahogadamente, y Brett se tragó la risa que intentaba liberarse.

—¿Qué fue eso? —la Señora Goode frunció el ceño como si no lo hubiese oído.

—Nada, Madre —dijo Anne con voz de sonsonete que usaba la Señora Goode, poniendo los ojos en blanco.

—Quizás yo debería estar advirtiendo al Señor Haversham que no te dejara arrastrarlo a alguna discusión como solías hacerlo con el pobre Bertie.

—La guiaré con mi sabiduría y sensatez, Señora —dijo Brett solemnemente.

La Sra. Goode se despidió mientras se dirigía a la puerta.

—No seré encandilada por palabras bonitas tampoco.

Brett de repente se dio cuenta que ella se marchaba, y rápidamente se puso de pie.

—¿Dónde va usted? —preguntó con pánico. ¿Seguramente no iba a dejarlo solo con Anne?

La Señora Goode pareció sorprendida.

—Debo ir y visitar a los Ferstons otra vez. La última vez que estuve allí la Señora Ferston parecía estar mejor, pero he estado preocupada por ellos durante uno o dos días más o menos. Realmente debo ver si está mejor o me preocuparé hasta la muerte.

Brett avanzó deliberadamente hacia la puerta.

—La acompañaré, Sra. Goode.

La mujer más vieja pareció poco complacida un momento, pero se recuperó rápidamente.

—Tonterías. La Señora Ferston nunca me perdonaría si apareciera sin avisar con un caballero extraño. Mal que mal la pobre ha estado últimamente en su casa y con personas con las que no debería estar. La ayudaré a limpiar hoy, y en unos días usted y el duque deben hacer las rondas entonces él podrá presentarse a todos sus arrendatarios.

Brett comenzó a discutir, pero Anne se alió con su madre.

—Ella tiene toda la razón, Brett. La Señora Ferston se avergonzaría mucho si fueras a su casa y no estuviera ordenada. ¿No querrías hacerle eso a la pobre mujer, verdad?

Brett entrecerró sus ojos hacia Anne.

—Entonces usted debería acompañar a su madre.

Anne revoloteó sus pestañas con inocencia.

—¿Yo? ¿Por qué? Esos niños Ferston son unos demonios —Anne se estremeció con delicadeza—. Cinco de ellos —agregó, sosteniendo su mano abierta para acentuar el número.

—Anne —su madre luchaba con la risa—. Es tu propia culpa que te quieran así. Si no les enseñaras juegos salvajes y los persiguieras hasta que todos gritan, te dejarían sola.

Brett soltó un suspiro de alivio.

—Entonces está organizado. Usted acompañará a su madre y el duque y yo nos presentaremos más tarde hoy.

La Señora Goode sacudía su cabeza antes de que él terminara.

—No, Anne no debe venir. Ella tuvo una inflamación en los pulmones el invierno pasado, y no deseo que caiga enferma con lo que enfermó a los Ferstons.

Brett miró con desconfianza a Anne.

—Ella parece tener una salud excelente ahora.

Anne tosió con delicadeza en su mano. Los labios de Brett se afinaron.

—Absolutamente no —La Señora Goode retrocedió y besó a Anne encima de la cabeza—. No tendré un susto como el del invierno pasado. Anne se quedará aquí y tendré mi mente tranquila.

Anne sonrió angelicalmente, lo que hizo a Brett apretar los dientes. Él se inclinó hacia la Señora. Goode y luego hacia Anne.

—Entonces les pido permiso. Cuando el duque esté libre más tarde y usted haya vuelto, Señora Goode, las visitaremos.

La Señora Goode lo miró horrorizada.

—¡No piense que lo quiero ahuyentar, Sr. Haversham! Como le dije que la primera vez que usted llamó, no usamos formalidades

aquí. Por favor quédese y haga compañía a Anne y examine los libros de Ash. Cuando el duque llegue me atrevo a decir que le interrogará sobre lo que usted ha aprendido.

La elección de palabras de la Señora Goode le recordó a Brett el por qué estaba allí. Debía mantener ocupada a Anne mientras Freddy interrogaba a Stephen. Con un suspiro comprendió que apretaba los dientes otra vez. A ese ritmo, no tendría ninguno para el próximo domingo. Se inclinó bruscamente.

—Como usted desee, Señora —él ofreció su brazo, luchando por encontrar cualquier excusa para posponer el quedarse a solas con Anne—. Déjeme al menos llevarle hasta su carruaje.

La Señora. Goode unió su brazo con el de él y rió.

—Usted le hace un gran honor al llamarlo así, Sr. Haversham, pero no me avergüenzo de llamarlo un simple carro de poni.

Brett arriesgó un vistazo atrás hacia Anne para encontrarla mirándola con una divertida mueca en sus labios. Él deseó no encontrar que hasta su diversión a costa de él era excitable.

Freddy montó a caballo hasta la casa parroquial, no preparado para los recuerdos que lo asaltaron. No había pasado mucho tiempo aquí. Nada en absoluto, de hecho, no como Bertie. Pero que los recuerdos que tenía eran agradables. No, eran más que agradables. Eran el vislumbre de la vida que él había deseado fuera suya. El Sr. y la Sra. Goode se amaban, algo que él encontraba infinitamente extraño. Sus padres apenas podían estar juntos en la misma habitación durante cinco minutos. Él recordó haberse preguntarse cómo sería vivir en una casa tan feliz. Ashton Park era hermoso, pero eso no sonaba con risa como la casa del Vicario Goode. Y cuando el

padre de Freddy estaba en la casa parroquial, él era feliz. Nunca fue feliz en Ashton Park. Habían pasado años para que Freddy entendiera que su tristeza no era culpa de Freddy.

—¡Yujuu, Freddy!

Freddy volteó hacia la derecha, al enorme jardín adyacente a la casa parroquial. Vio a Stephen parado allí sonriendo y agitando su mano y riendo y agitando la mano de nuevo. Atando rápidamente su caballo, Freddy avanzó por delante de la pequeña puerta y entró en el jardín. Stephen lo saludó con un apretón de manos.

—Me preguntaba cuándo podría verte —dijo Stephen. No había ningún rencor en su tono, sólo el placer de ver a Freddy. Era una de las cosas que a Freddy le agradaba de Stephen. Él aceptaba a la gente tal como era. Él parecía no tener ninguna expectativa que pudieran ser decepcionadas. Bastante raro en un vicario. Pero con su aceptación de la gente con todos sus defectos, él llevaba paz consigo a cualquier parte donde iba. Freddy esperaba encontrar un poco de eso allí hoy.

—Siento que no nos hayamos visto antes, Stephen —Freddy se preguntó un momento por qué no lo habían hecho. Parecía como si una vez que habían encontrado a Anne todo lo demás había palidecido en importancia, incluso los viejos amigos.

Stephen sonrió y le guiñó un ojo.

—Bien, he oído que tienes otras cosas en mente.

Freddy levantó una ceja.

—¿En serio? ¿Y qué podría ser, rezar?

Stephen se rió. Tenía una risa agradable, rica y plena. Cuando Stephen reía, él reía contigo, no de ti, y no por ser cortés.

—Bien, una de esas posiblemente podría ser la hija muy bonita de un vicario que vive hacia abajo por la calle —Stephen habló por

encima de su hombro mientras se giraba para andar de vuelta a la hilera de plantas en las que había estado trabajando.

—¿No tienes a alguien que cuide esto por ti? —preguntó Freddy curiosamente—. Seguramente puedo enviar a alguien desde Park.

Stephen sacudió su cabeza mientras se arrodillaba otra vez.

—No te molestes. No ahora, por lo menos. Quizás en tiempo de cosecha —dirigió a Freddy una sonrisa burlona—. ¿Es una tentativa muy pobre para cambiar de tema?

—En realidad, no —Freddy miró alrededor, y con nada más que hacer, finalmente se sentó en la tierra cerca de Stephen. Stephen le sonrió abiertamente. Freddy miró fijamente, temiendo que Stephen comentara sus deseos de sentarse ahí mientras doblaba las piernas y descansaba sus brazos sobre sus rodillas, su mano derecha tomando su muñeca izquierda para sostenerlos en su lugar.

Stephen se encogió.

—Lamentablemente, hoy dejé los muebles elegantes en la sala.

Freddy estaba asustado.

—¿Me parezco tanto, entonces?

Dios, Freddy no quería pensar que se parecía a su madre. Ella era tan consciente de su posición social. Freddy se había cansado de intentar obedecer todos los dictados y requerimientos, que según ella, debía mantener aquella temporada. Miró la casa parroquial y se le ocurrió que su padre no había obedecido aquellos dictados en absoluto. No había nada de asombroso entonces en el hecho de que él y la duquesa nunca se pusieron de acuerdo.

Stephen dejó de cavar y se reajustó el gran sombrero de granjero que llevaba. Freddy se sorprendió al descubrir que encontraba a Stephen atrayente con aquel sombrero. Stephen tenía el cabello rubio, los ojos azules, la belleza rubicunda de un hacendado del campo, firmemente construido con una mandíbula delicada,

amplios pómulos y un pecho profundo. El sombrero le hacía aparecer más joven, de un modo extraño casi coqueto. Ese no era realmente un término que Freddy hubiese aplicado a Stephen alguna vez antes de hoy.

Stephen tenía las mangas de la chaqueta enrolladas. Sus antebrazos eran musculosos y bronceados, el pelo dorado por el sol. Freddy estaba bloqueado por el calor y la solidez de aquel brazo, una ligera mancha de suciedad sobre la piel pecosa atrapó su mirada.

—Para nada Freddy —contestó Stephen, añadiendo más suciedad a su brazo al subir más arriba la manga—. Eres el duque más democrático que alguna vez haya encontrado.

Freddy inclinó su cabeza mientras movía la mirada del brazo de Stephen hasta su cara divertida.

—¿Lo soy? ¿Y cuántos duques conoces?

Stephen lo miró pensativo durante un momento.

—¿hasta hoy? Uno.

Freddy se rió.

—Tomaré el elogio por lo que vale.

Stephen extendió la mano y se acarició el brazo para más tarde apoyar las manos sobre las rodillas y levantarse. Fue un gesto muy normal, mientras Stephen miraba alrededor. *¿Cómo sería eso*, pensó Freddy, *de sentirse tan cómodo con uno mismo, con tu propia vida?*

—Entremos, tengo sed —dijo Stephen andando hacia la casa parroquial, sacándose los guantes—, y quiero sentarme.

—Hay un montón de espacio aquí —dijo Freddy, y Stephen se dio la vuelta para verlo extender los brazos, indicando la suciedad que los rodeaba.

Stephen se rió otra vez.

—Esto podría no ser lo suficientemente elegante para un Duque, pero necesito una silla.

Pronto estuvieron sentados a la sombra de un gran árbol detrás de la casa, con una jarra de cerveza, vasos y una fuente de bizcochos sobre la mesa entre ellos, servido por el ama de llaves de Stephen.

Stephen tomó un sorbo y alcanzó un bizcocho.

—¿Qué te ronda por la cabeza, Freddy?

Freddy se quitó el guante y se inclinó por otro bizcocho.

—¿Cómo sabes que algo ronda mi cabeza?

—Has estado excepcionalmente tranquilo —Stephen dio un mordisco, claramente sin ninguna prisa por precipitar la conversación. Cuando terminó de masticar, se rió excusándose—. Lo siento. Estoy famélico.

Freddy agitó su bizcocho.

—Por favor, termínalo. No tengo prisa.

—Vale —Stephen se comió dos bizcochos más en rápida sucesión antes de recostarse en la silla y dirigirse a Freddy—. Bueno. Continúa. Soy todo tuyo.

—Brett y yo...

—¿Cómo está Brett?

Freddy se sobresaltó por la interrupción.

—Está bien. ¿Por qué lo preguntas?

—No está contigo —Stephen declaró tal obviedad como si Freddy debiese entender las implicaciones.

—No estamos atados como en una atracción de circo —dijo Freddy irritado.

—De acuerdo. Entonces, ¿dónde está? Asumo que hice la pregunta inadecuada —Stephen se quitó el sombrero y lo puso al lado de su silla. Freddy lamentó que se lo quitase.

—Está con Anne ahora, supongo —a Freddy no le gustó continuar sonando tan irritado.

—Ah —dijo Stephen.

—¿Qué significa “Ah”? —Freddy puso su bizcocho a medio comer sobre la mesa.

Stephen se encogió de hombros mientras se pasaba una mano por el pelo, que había quedado aplastado por el sombrero y el sudor. Freddy pensó, más bien desapasionadamente, que si no estuviese enamorado de alguien más, podría haber sido apasionante seducir a Stephen. Le sorprendió ese pensamiento caprichoso.

—Significa, que ahora entiendo el mal humor que tienes —dijo Stephen mientras se relajaba contra el respaldo de su silla y le miraba. A Freddy no le agradó la compasión en sus ojos.

—¿Tú? —saltó—. ¿Y tú qué entiendes?

—Qué estas alterado porque Brett parece hacer la corte a Anne Goode. Ella es bastante popular estos días.

Freddy se irguió y caminó una corta distancia, parando junto al árbol. Se giró afrontando a Stephen y le señaló con un dedo.

—Pues te equivocas —le dijo con aire de suficiencia—. En realidad, lo estoy alentando. El único obstáculo es la renuencia de Brett.

—¿Perdón? —Stephen lo miró, impresionado.

—Brett está enamorado de ella. Lo ha estado desde la guerra.

—¿Qué?

Freddy encontró la incredulidad de Stephen satisfactoria por alguna razón.

—No era consciente de que supieran el uno del otro.

Freddy regresó a su silla y se sentó con un ademán.

—No sabían, no realmente. Sólo a través de las cartas Bertie —extendió la mano y agarró el brazo de Stephen—. Brett no sabe que lo sé, así que no se lo digas.

Ahora le tocó a Stephen mirar confuso.

—¿No sabe que tú sabes qué?

—Pues que él está enamorado de ella.

—¿Entonces cómo lo sabes tú?

Freddy estaba poco dispuesto a revelar más. Agitó su mano con desdén.

—Esto no importa. Pero el caso es que lo sé y estoy decidido a verles juntos.

Stephen sacudió la cabeza.

—Creo que si importa y mucho —suspiró y se inclinó adelante, descansando los antebrazos sobre sus rodillas—. Freddy, no me gusta cómo suena esto ¿Han cambiado tus sentimientos por Brett?

Freddy se hundió en su silla, de repente desinflado. No podía mirar a Stephen.

—No. Mis sentimientos por Brett nunca cambiarán, Stephen.

Los brazos de Freddy estaban apoyados en los brazos de la silla, con las manos colgando mientras miraba fijamente su regazo.

—Por eso que quiero que él sea feliz —suspiró y se giró hacia Stephen—. Anne lo hará feliz. Él quiere a Anne.

—Sé que él corresponde tus sentimientos, Freddy. No estoy seguro como se siente sobre Anne, pero realmente sé que él se preocupa por ti.

—¿Él te dijo eso? —la pregunta de Freddy era aguda.

Stephen contestó de mala gana.

—No. Pero Freddy, él solamente necesita más tiempo.

Ese fue el pie para el retorno de la incredulidad de Freddy.

—¿Más tiempo? Le he dado cinco años, Stephen. ¿Cuánto tiempo más necesita para comprender que no me ama?

Stephen anudó sus manos juntas entre las rodillas y las miró fijamente.

—¿Tú sabes cómo murió Bertie?

El cambio repentino de tema hizo que Freddy se volviese cauteloso.

—No —contestó lentamente—. Sé que fue en Salamanca, que estaba junto a Brett cuando la bala de cañón cayó cerca de ellos. Eso es todo que sé. Brett no hablará sobre ello. Nadie lo hará, de hecho.

Stephen frotó su pulgar derecho y el índice sobre sus ojos, apretando tan fuerte que Freddy pensó que debía doler.

—Bertie empujó a Brett fuera del camino, Freddy. Le salvó la vida a Brett —la voz de Stephen dudó—. La bala cayó sobre un carro de municiones. Yo estaba allí. Lo vi. Bertie estaba hecho pedazos. Y Brett se arrastró a través de la tierra con su pierna destrozada intentando recoger los pedazos y unirlos.

Freddy sintió el estómago revuelto y las lágrimas llenaron sus ojos. Él no lo sabía. ¿Cristo, por qué alguien alguna vez no se lo había contado?

Stephen frotó sus ojos con más fuerza y Freddy comprendió que era un gesto inconsciente, como si Stephen intentaba borrar la imagen de su memoria.

—Cuando llegué a su lado intentamos arrastrar a Bertie de los brazos. Brett trataba de sujetar sus intestinos y mantener su cabeza —la voz de Stephen era inestable—. A Dios gracias Bertie estaba muerto ya. Murió al instante. Pero Brett… —Stephen hizo una pausa para tragar—. No escuchaba. No se lo podía creer. Gritaba cuando ellos se lo llevaron. Gritaba que íbamos a matar a Bertie. Creo que me culpa.

Stephen se levantó súbitamente.

—Cristo, fue un día horriblemente sangriento —se quedó parado allí silenciosamente un momento, con las manos sobre las caderas mirando fijamente a lo lejos—. Un hombre no olvida esa

clase de cosas fácilmente, Freddy —dijo quedamente, sin girarse—. Uno no olvida un sacrificio así.

Freddy sentía que estaba enfermo. Cerró los ojos un momento. Había sido mejor no saber, mejor imaginar una muerte limpia para su hermano. Pero ahora entendía a Brett mucho mejor. Aquel pensamiento lo hizo sentarse y suspirar.

—Esa es la razón por la que se controla.

Stephen se giró y desvergonzadamente se limpió las lágrimas de sus mejillas. Freddy comprendió algo más en aquel momento. Comprendió que Stephen tampoco podía olvidar fácilmente. Sus lágrimas por Bertie y Brett lo hicieron más querido ante los ojos de Freddy.

—¿Se controla? —Stephen preguntó—. ¿Qué significa eso?

—Anne era la prometida de Bertie. Ese idiota equivocado debe pensar que traiciona a Bertie con cualquier sentimiento que pueda abrigar hacia ella.

Stephen cabeceó pensativamente.

—Y hacia ti. Es una posibilidad. Sí, tienes razón, ve con cuidado, Freddy. Bertie y Brett eran inseparables durante la guerra, más cercanos que hermanos. Si Brett cree que sus sentimientos hacia ti o Anne son una traición a Bertie… —Stephen solamente sacudió su cabeza—. Tan solo sé cuidadoso. Brett no es tan fuerte como nos gusta pensar que es.

Stephen se sentó otra vez, habiendo recuperado la calma. —¿EY en cuanto a ti? ¿Cuáles son tus sentimientos por Anne?

Freddy se rió.

—Caminaba con ella y Brett por el pueblo el otro día y recordé un tiempo en el que Anne y Bertie y yo hacíamos lo mismo. Ella es la primera mujer que alguna vez me gustó —se dio vuelta para mirar a Stephen—. Un hombre no olvida eso fácilmente tampoco.

Stephen reía.

—No, no lo hace —Stephen tomó el brazo de su silla un momento—. ¿Qué vas a hacer con tu madre?

La pregunta era tan similar a la de Brett sobre Anne la noche anterior que Freddy casi se rió.

—¿Esa es la cuestión, verdad? La gente ha estado intentando hacer algo con ella durante años. Y ella todavía prospera.

Stephen frunció el ceño.

—Quiero decir sobre lo que ella hace a Anne y su madre.

Aquel comentario consiguió toda la atención de Freddy.

—¿De qué hablas? ¿Qué les hace?

—Seguramente has notado sus circunstancias —era una declaración, no una pregunta—. La duquesa ha prohibido a todos los comerciantes en Ashton Green concederles crédito. Ella gobierna con puño de hierro aquí, Freddy. Obedecen porque todos son sus arrendatarios y la duquesa es propietaria de sus alquileres. Ah, intentan soslayar sus ordenes —dijo Stephen mientras cruzaba las piernas—, pero Anne y la Señora Goode rechazan permitir que cualquiera arriesgue su sustento por ellas. Por ese motivo viven solo un poquito mejor que el menor de los arrendatarios.

Freddy se enfureció tanto que por un momento no pudo hablar. Por supuesto que era la duquesa. Eso era lo que él y Brett habían estado buscando. Desde hacía diez años, no sucedía nada en Ashton on the Green que su madre no hubiese orquestado. Y sin duda, la pobreza de las Goode era una de aquellas cosas.

—¿Por qué? —Se enardeció—, ¿Por qué ella haría eso?

Stephen se encogió.

—Hay rumores, pero de verdad creo que tendrás que preguntarle. El tema es, ¿vas a tomar el mando o vas a dejar que la duquesa siga gobernando?

—Ya he tomado el mando —la voz de Freddy era fría y cortante—. No era consciente de que tuviera que hacer un aviso público —se incorporó—. Por favor hazlo por mí, Stephen. Desde hace varios meses tanto mi gerente como mi abogado han estado informándome exclusivamente a mí —suspiró para calmarse y se puso los guantes—. Recibir un disparo, cambio mi perspectiva sobre un gran número de cosas, Stephen. Una de esas cosas es la responsabilidad que he estado esquivando como Duque de Ashland.

Stephen se puso de pie también.

—Lo siento, Freddy. No pretendía ofender.

Freddy extendió la mano y Stephen automáticamente se la estrechó. Freddy mantuvo el apretón de manos más tiempo del requerido.

—No me has ofendido, Stephen. Aprecio tu amabilidad. Y tu amistad —dejándose llevar por un impulso atrajo al otro hombre a un rápido abrazo—. Gracias por hablarme sobre Bertie. Y Brett.

Stephen le palmeó la espalda antes de soltarle.

—Utiliza sabiamente mi carencia de discreción —bromeó con una risa leve.

—Lo haré —prometió Freddy—. Lo haré.

Anne esperó el regreso de Brett con emociones entremezcladas. Estaba feliz por verlo. Tan sólo su visión hacía cantar su corazón y otras partes de su cuerpo canturreaban en armonía. Cerró los ojos y recordó vívidamente la sensación de su gruesa polla dentro de ella ayer. Había sido glorioso. La había llenado tan completamente. Había hecho el amor con ella tan perfectamente. Nunca había sentido de la misma manera que había sentido ayer. Y no solo con Brett, sino con

Freddy, que la había sorprendido. Ellos eran muy diferentes en temperamento, pero también físicamente. Donde Brett era grueso y pesado, sus hombros, su pecho, su polla, Freddy era delgado, largo y elegante. Y con ambos hombres había sentido un placer físico y una liberación delirante distinta de cualquier cosa que hubiese conocido con anterioridad.

Anne se golpeó la cabeza con la palma de la mano. *No pienses así,* se reprendió. Sí, esto era maravilloso. Pero no iba a durar. Esta… relación, a falta de un término mejor, con Brett y Freddy no tenía ningún futuro. *Acéptalo Anne*, se dijo sonriendo. Al lanzarse sobre ellos y pedirles a ambos que la follasen se había asegurado de que esto fuese temporal. ¿Qué hombre querría casarse con una mujer tan licenciosa como para hacer eso? ¿Y por qué estaba pensando en el matrimonio? No, no, no. Eso nunca iba a pasar. Disfruta de ello ahora, pero no pierdas la cabeza. No pierdas el corazón. Anne miró a ciegas a la ventana. Estaba segura de que había alguna pequeña parte de aquel delicado órgano que no había sido reclamado aún por ningún hombre. Tenía que asegurarse de que permaneciese así. Porque cuando ellos se marcharan, y se marcharían, tenía que mantener algo que pudiese llamar propio. Si no tuviera corazón, ¿cómo continuaría?

No, disfrutaría de lo que ellos tenían justo ahora. No pensaría en el futuro o en las consecuencias. Podías tenerlos ahora mismo y nada más.

—Tú planeaste esto —el tono de Brett acusaba suavemente, pero no parecía enfadado. Sin embargo, Anne se asustó. No lo había oído volver.

Le tomó un momento entender de lo que él estaba hablando, y sus ojos se estrecharon cuando ella no lo negó. Ella resopló con desdén.

—No hice nada de eso. Mamá realmente tiene que ir a lo de Fearstons. Lo mencionó ayer por la noche. Lo digo en serio, Brett, no estoy tan lejos de la redención como para planear una seducción en el salón cuando mi madre se ha ido. Además, la señora Tilton aún está aquí.

Brett se enderezó de donde se había estado apoyando con tanta negligencia contra la puerta frunciéndole el ceño. El ceño no desapareció inmediatamente.

—Eso dices ahora. Pero creo recordar que el otro día no estaba más allá de ti.

Anne se sentó con recato en el sofá, sus manos apretadas en su regazo.

—¿Te asusto Señor Haversham? Lo siento. Intentaré no ser tan alarmante. Por favor, siéntate y haré todo lo posible por refrenarme —ella no intentó ocultar el sarcasmo en su voz.

Brett se paró en medio del cuarto y la fulminó con la mirada. Entonces, él pasó una mano por su pelo, causando que sus ya rebeldes rizos fuesen cada uno por su lado. Él echó una ojeada hacia arriba desde la parte de abajo de sus pestañas, haciendo aparecer el hoyuelo en su mejilla cuando sonrió abiertamente.

—Ahora sé que no es cierto —bromeó él. Suspiró y anduvo despacio hacia el sofá donde él se sentó a su lado—. Y sin embargo, aquí estoy.

—Hmm —tarareó Anne evasivamente. Ella se posó en los cojines profundos sofá y puso su cabeza en el respaldar, girándose para mirar a Brett. Dios, se veía tan guapo hoy con su pantalón de gamuza y el abrigo verde oscuro. Pero cansado. Había círculos oscuros bajo sus ojos marrón claro. No estaba durmiendo lo suficiente.

—¿Cómo está tu pierna? —preguntó ella de repente. Brett la miró sorprendida.

—Bien. ¿Por qué lo preguntas?

—Pareces cansado. Pensé que quizás, después de… del día de ayer, te dolería y no pudiste dormir anoche —Anne sintió ponerse sus mejillas calientes cuando se sonrojó. Interiormente hizo rodar sus ojos. Pensaría que ella era una niña sin experiencia por la forma en que se sonrojaba.

Brett sonrió abiertamente mostrando su hoyuelo, pero él se ruborizó también.

—No, está bien.

Anne se rió suavemente por su consternación. Él estaba tan avergonzado como ella, que tontería. Ambos eran adultos. Ella había estado más que dispuesta en su juego amoroso en la charca. En realidad, ella estaba más que dispuesta ahora.

—¿Ayer no me encontraste… más allá de toda opción de redención? —preguntó ella silenciosamente, deliberadamente usando sus palabras de momentos antes.

Brett giró su cuerpo para afrontarla.

—No.

Su respuesta era suscinta, como siempre, pero el modo en que él la miró, la forma de su cuerpo moviéndose hacia el suyo, le dijeron mucho más.

Anne se quitó su zapatilla y se dio la vuelta para afrontarlo también. Ella deslizó seductoramente el pie hasta la parte alta de la pierna de Brett, sintiendo el cuero fresco de la bota contra los dedos de los pies.

—Eso es tan malo —ella puso sugestivamente mala cara—. ¿Te importaría ayudarme a trabajar en ello?

Brett se distrajo. Su atención se centró en el pie de Anne.

—¿Ayudarte a trabajar en ello? —él parecía confuso, y se estremeció cuando sus dedos de los pies pasaron por encima de la bota y acariciaron su pantorrilla.

Los ojos de Brett se ensancharon como si él acabase de comprender lo que ella hacía, y él se alejó de ella.

—Anne no podemos —su respuesta se cortó por el sonido de los pasos. Anne casi se cayó al piso cuando ella rápidamente agarró su zapatilla y la puso sobre su pie. Brett voló del sofá y cuando la señorita Tilton llegó a la puerta ellos estaban a una distancia respetable de varios pies y al menos con dos muebles entre medias. Brett se giró para mirar por la ventana y Anne se preguntó si ella notaría el gran bulto que presionaba la parte delantera de sus pantalones.

—Me voy, queridos. Solo quería dejaros saber que acabo de hacer una jarra de té frio y que también hay algunas galletas en la bandeja de allí —la Señora Tilton rió amablemente hacia ellos.

Anne estaba un poco sorprendida.

—¿Se va? —preguntó, con evidente impacto en su voz.

La Señora Tilton frunció el ceño.

—Bien, la semana pasada la Señora Goode dijo que hoy sería un buen día para ir a visitar a mi hermana. Como usted sabe, la Señora Darden vive justo al otro lado del pueblo. Desde que perdió a su marido no ha sido ella misma —le confió la Señora Tilton a Brett. Ella gesticuló hacia Anne—. La señorita Anne se lo contará. No me gusta dejarla sola muchos días. Trato de ir al menos una vez a la semana, sino dos veces.

Anne cerró sus ojos con consternación.

—Desde luego, Señora Tilton. Lo siento, pero lo había olvidado. ¿Le gustaría que la acompañásemos andando hasta casa de la Señora Darden? No me importaría ir a la aldea en el día de hoy —se dio la

vuelta hacia Brett—. Nosotros podríamos visitar al Señor Matthews. Él podría haber ido a Ferstons. Me pregunto si mamá no pensaría hacer esto primero.

Brett la miró alarmada y sacudió la cabeza. Anne no entendió. ¿Él no había estado intentando evitar quedarse a solas con ella hacía solo unos momentos? Ahora ella le daba la oportunidad y él era infeliz. Aunque contenta, Anne también estaba confundida.

—Oh no, señorita Anne, pero se lo agradezco. La Señora Vessey me espera al lado del camino en la puerta. Ella tiene bastantes ganas de ir a visitar a mi hermana conmigo hoy —la Señora Tilton giró y fue hacia la puerta—. Buenos días, Señorita Anne, Señor Haversham —dijo ella, y escucharon la puerta de la entrada abrirse y cerrarse.

Brett la miró fijamente como si él no supiese si correr o permanecer en el terreno.

—Nosotros podríamos haber ido al pueblo —sugirió Anne despacio, pero él sacudió la cabeza.

—No. Nos quedaremos aquí —él pareció decidirse y fue hacia su silla favorita y se sentó—. Me gustaría examinar otro libro hoy, y Freddy llegará pronto.

—¿Vendrá? —Anne no podía resistirse a burlarse de él. Se inclinó hacia él con complicidad—. ¿Y cuando llegue veremos cosas nuevas y emocionantes posiciones que se pueden explorar?

Brett casi se ahogó.

—Anne —tosió él, sacudiendo la cabeza otra vez.

Anne suspiró y se acercó la taza de té. Ella la llevó hacia su cara con una sonrisa ladeada en su cara.

—No te preocupes, solo bromeaba.

Brett tomó un largo trago de su taza, sin ni siquiera notar que era té. Cuando él lo hizo se veía un poco mejor.

—Anne sobre ayer… —él comenzó pero no parecía saber cómo terminarlo.

—¿Fue maravilloso? ¿Excitante? ¿Quieres hacerlo otra vez? ¿Estás horrorizado por mi falta de pudor y decoro y te gustaría castigar mis malos modos? —dijo Anne amablemente.

—Yo ¿qué…? —preguntó Brett, impresionado y ligeramente confundido—. Yo… no. No, no estoy horrorizado.

—¿Pero te gustaría castigarme, de todos modos? —dijo Anne con esperanza.

—¿Castigarte? ¿De qué hablas? —la miró Brett alarmada.

Anne suspiró.

—Nada. No estoy segura de que una buena azotaina pueda hacer algo para refrenar mi comportamiento rebelde de todos modos, dijese lo que dijese Bertie.

—¿Quieres que te azote?

Brett sonaba tan desconcertado que Anne se rió. Ella más bien estaba emocionada por haber sido capaz de hacerle perder el equilibrio.

—No realmente, aunque he oído rumores de que esto puede ser bastante excitante. O eso es lo que me aseguraron uno o dos caballeros. ¿Qué piensas tú?

Brett sacudió despacio la cabeza, incapaz de mirar hacia ella. Ella notó que el bulto de sus pantalones que había comenzado a disminuir aumentaba de nuevo.

—No lo sé. Nunca me han azotado.

Ahora que la idea tenía mérito. El pensar en Brett azotándola, hizo que el corazón de Anne palpitase. Debía haber mostrado su emoción en su cara porque la mirada de Brett había cambiado de la asombrada incredulidad al intenso deseo cuando él la miró.

—No —dijo él suavemente, cuando las aletas de su nariz llamearon.

Anne se lamió los labios de repente secos.

—No hice una pregunta —contestó ella jadeando.

—No —Brett la miró con los ojos entrecerrados. Ella estaba segura de que podía ver como su rechazo la había excitado, y la hizo imaginar dándole azotes hasta que le suplicase, hasta que gritase con la misma voz que él la había llamado ayer.

Brett se puso de pie, y Anne se sorprendió al descubrir que ella se había acercado a su silla. Ella estaba casi de pie entre sus piernas y Brett la empequeñeció, la falda de su vestido estaba capturada con una de sus botas cuando él se puso de pie. Él se inclinó a su alrededor y dejó su taza sobre la mesa. Cuando se enderezó pasó un brazo a través de los pechos de Anne, su chaqueta extrafina capturó el encaje de su vestido y lo arrastró a través de sus pezones. Anne jadeó.

La cara de Brett era severa, su boca la rechazaba. Él estaba enfadado. ¿Con Anne?

—Dije no —gruñó él.

Anne sacudió la cabeza, segura de no poder hablar.

De repente Brett la agarró y la arrastró hacia su pecho. Él puso sus brazos alrededor de sus hombros fuertemente y enterró su cara en el pelo.

—Dije no —susurró con voz rasgada—. Juré que no.

Anne envolvió sus brazos alrededor de su cintura y lo abrazó. Él se sentía tan bien. Él olía tan bien. En ese momento Anne se obligó a admitir que esto no era solo sexo. Ah, ella lo quería. Pero él era Brett. El Brett que era de Bertie, y que había convertido en suyo. Él era todo lo que Bertie había dicho y más. Su pecho contra su mejilla era tan sólido, tan seguro, y el olor a sándalo picante que ella amaba. Las

manos de Anne se apretaron contra la espalda de Brett cuando ella levantó su cabeza y presionó su nariz contra su cuello. Toda la broma se había ido. No había nada de luz sobre esa sensación que aplastaba su pecho y le robaba el aliento.

—Por favor di sí —susurró ella—, por favor, Brett.

—Anne —le gritó suavemente, y luego él enterró su mano en su pelo y tiró de su cabeza aproximándola. Sus labios chocaron contra los suyos, empujando sus labios contra sus dientes, y ella jadeó. Su lengua se levantó de su boca y Anne lo sostuvo tan fuerte que pensó que podía avanzar lentamente dentro de él. Él la saqueaba, la devastaba. No había nada suave en su beso. Anne no lo quería suave. Ella quería un beso parejo a las emociones que asolaban dentro de ella. Ella lo necesitaba.

Él sabía como a café y menta. Sus labios eran firmes y suaves como el satén. Su boca era un infierno, tan caliente que ella gimió por la intensidad. Él pasó su lengua por la esquina de su boca, hizo cosquillas en su paladar, lamió sus mejillas interiores y deslizó la punta de su lengua por los picos de sus dientes. Gimiendo todo el rato, la agarró y Anne se deleitó devorándolo.

Finalmente, él separó su boca de la de ella. Anne estaba débil por el deseo, colgando de sus brazos, disfrutando de cómo él la complacía.

—Te necesito —gruñó él, su voz reacia—. Lo siento. Pero yo… —su voz se calmó y él con cuidado la empujó hacia atrás. Ella tropezó varias veces mientras que Brett la dirigía, sus brazos todavía alrededor de sus hombros. Sus piernas golpearon contra el borde del sofá y Brett la deslizó hacia abajo.

—Anne.

Ella sabía lo que él quería. Él parecía casi triste y Anne presionó un dedo contra sus labios.

—Shh —le dijo ella—, lo sé.

Ella se quitó los zapatos y levantó sus piernas para estirarse sobre el sofá, con las rodillas levantadas. Brett se puso de rodillas delante suyo con un pie todavía en el suelo.

—Tú no…

Anne le cortó.

—Oh sí —le dijo ella suave y seriamente—. Te necesito Brett. Por favor, di que sí.

—Anne.

Ella le conocía ahora, sabía que su nombre en sus labios significaba que sí. Ella sonrió y se sentó comenzando a desabotonar su chaqueta. Ella no lo consiguió antes de que él la besara otra vez. Anne agarró los bordes del abrigo y lo tiró hacia abajo mientras se tumbaba. Ella puso las manos a su lado y siguió hacia abajo.

El peso de él era glorioso. Ella no sabía lo que se perdía ayer. No sabía como de bueno se sentiría estando presionada contra los cojines, ajustando su cuerpo para no aplastarla aún incapaz de parar de empujar contra ella.

—Brett —gritó ella—. Sí, querido.

Anne alcanzó entre ellos para deshacer la parte de delante de su pantalón al mismo tiempo que bajó y agarró sus faldas, quitándolas de encima. Él se quitó de encima de ella lo suficiente como para dejar la falda alrededor de la cintura de Anne. Anne echó desesperadamente de menos su calidez, su peso. Ella se sentó y desesperadamente comenzó a desabotonar su pantalón. Sus torpes manos se estorbaban entre sí, pero no les importaba.

Cuando los pantalones de Brett estuvieron fuera, Brett empujó su ropa interior hasta que estuvo lo suficientemente abajo como para que su polla quedara libre. Cuando esta saltó libre Anne la agarró con gula. Era tan apasionante como había sido ayer. Tan gruesa como su

muñeca, pulsando con vida, la cabeza marrón oscura, brillante con la humedad que se filtraba entre sus manos.

—Dios sí, Anne, tócame —jadeó Brett cuando ella bombeó su puño hacia abajo de su longitud y volvía a subirla de nuevo, la piel caliente y tan suave como sus labios con un núcleo sorprendentemente duro.

—Soñé con esto —confesó Anne. Las palabras salieron antes de que ella intentase pararlas—. Soñé contigo. Me imaginé como sería —ella alzó la vista hacia su cara roja, sus ojos con mirada ausente, sus labios separados cuando él jadeó con desesperación—. Quería que te gustara —susurró ella—. Desde el primer momento que te vi, quería que te gustara esto.

—Tómame entonces —le dijo Brett aproximándose, obligándola a echarse hacia atrás. El agarró ambas piernas por detrás de sus rodillas y las levantó, hasta que Anne estuvo totalmente expuesta, vulnerable. Anne giró su cabeza y gimió por el placer. Brett se empujó entre sus piernas, sus caderas la sostuvieron abierta de par en par, y ella sintió su polla durante una fracción de segundo contra su apertura antes de que él empujara dentro.

—Ahhh —chilló ella tanto por el dolor como por el placer que la atravesaba. Él era tan grande, estaba tan llena. Ella mordió su labio con fuerza y jadeó por la quemazón de su abrupta entrada hasta que ella sintió como su sexo se ondulaba alrededor de él con el placer insoportable de estar lleno otra vez. Brett se congeló encima de ella, y ella comprendió que se estaba concentrando con fuerza para estar quieto. Su cara estaba áspera y con dolor cuando él respiró profundamente por su nariz, el pecho subía y bajaba rápidamente.

—Muévete, maldición —susurró ella—. Tómame.

Brett salió y se cerró de golpe montando a Anne duramente.

—Sí, sí —jadeó ella—. Más.

—Más, más —dijo Brett severamente, puntuando cada palabra con un profundo y fuerte empuje—. Tú siempre quieres más. Me gusta eso de ti.

Sus manos fueron hacia sus caderas y él las movió hacia arriba, el ángulo de penetración se hizo más agudo, más profundo y Anne sofocó otro chillido de placer.

—Es cierto. Tengo más para darte —las palabras susurradas de Brett apenas le llegaban al cerebro empañado de lujuria a Anne.

—Te sientes tan bien —gimió ella—. ¿Sabes lo bueno que te sientes? Dios. Eres tan grueso, Brett, amplio y maravilloso. Más duro, fóllame más duro.

Unos brazos fuertes de repente la arrastraron hacia arriba, por lo que se sentó a horcajadas, su polla enterrada profundamente dentro de ella cuando sus labios se cerraron de golpe de nuevo sobre ella. Brett la besó como si él no pudiese obtener suficiente. Comió su boca como si fuera pan y agua, el sustento de su vida. Anne sintió la desesperación a su alrededor. Ella le dejó apoyar todo su peso, moliéndose sobre él, sus brazos envueltos alrededor de su cuello, una mano enterrada en su pelo, enredada en su puño, sosteniéndola. Finalmente, ellos tuvieron que respirar. Con un jadeo ellos rompieron su beso.

Brett la miró fijamente, y ella estaba confundida por lo que vio en su rostro. Él la miraba triste, enfadado, desesperado. Pero cuando él la puso sobre su espalda, él fue infinitamente sensible. De repente, la urgencia de su acoplamiento se había ido, dejando ternura y una profunda necesidad detrás.

—Ámame, Brett —susurró Anne.

—Yo... —Brett nunca terminó el pensamiento. En cambio con cuidado levantó sus caderas otra vez y se movió profundamente y despacio dentro de ella, avanzando lentamente arrastrando sus

empujes contra el lugar sensible de su interior, un lugar que explotó con la sensación de cada movimiento, hasta que ella vio las estrellas y sus manos temblaron contra sus hombros.

Anne vio un movimiento en la puerta y volvió su cabeza, sintiendo como si intentase moverse debajo del agua cuando Brett siguió con su exquisita tortura. Freddy se inclinó de nuevo contra la puerta cerrada, dejó su sombrero sobre la mesa cercana, su mano enguantada acarició su dura polla a través del pantalón. Cuando la mirada fija de Anne se encontró con él se separó de la puerta y comenzó a quitarse los guantes.

—Déjatelos —jadeó Anne—. Déjate los guantes.

CAPÍTULO DIEZ

El 10 de agosto de 1811

Anne,

Nos sentamos sin hacer nada. Si sólo mi mente fuera tan amable como Wellington. Todo este tiempo sobre mis manos me tiene pensando en ti casi constantemente. ¿Qué estás haciendo? ¿Estás ayudando a la Sra. Tilton con sus compras? ¿Estás reparando el lino de la casa parroquial? ¿Estás sonriendo, riendo y besando a algún hombre bajo los sauces en la charca?

No, sé que lo último no es verdad. Ni siquiera si sabes que Bertie ha sido infiel. Y tú lo sabes, ¿verdad? Pero le perdonarás, o así me lo asegura él. No puedo ser tan incoherente, Anne. Ninguna cara o forma me aparece más. Debo ver tu cara. Debo sostener tu forma. No puedo imaginar a otra moviéndose como tú lo haces. Si tal persona aparece, entonces les daré lo que he dejado de mi corazón. Porque he guardado un poco, creo. Si estuvieras aquí con nosotros ahora, si pudiera realmente oler tu pelo y oír tu voz, entonces creo que incluso si la otra viniera no las vería o las reconocería. Esto es todo discutible, desde luego. No he olvidado que tu corazón pertenece a otro, y a pesar de todo, su corazón te pertenece.

¿Parezco santurrón? ¡Nada de eso, querida Anne! Pero supongo que soy la clase de hombre que siempre intenta hacer lo que es correcto. No puedo cambiar quien soy. Nunca dejaré que esta guerra cambie quien soy.

Hay aquí algunos que se han convertido en más cercanos que hermanos. Me he preguntado, ¿Si no fuera por ti, Bertie y yo

habríamos hecho lo mismo? La respuesta es sin lugar a dudas no. Él es el hermano que nunca tuve. Pero he comenzado a esperar, Anne, que pueda haber una manera. Durante cada momento de esperanza, sin embargo, hay dos de desesperación de que nunca te veré. ¡Si sólo esta maldita ociosidad terminara! Pero esto es un deseo tonto. Porque aquí o allí está sólo la ociosidad o la batalla. Aburrimiento o muerte. Con esperanza, escojo el aburrimiento.

Brett

Brett balanceó su cabeza hacia la puerta ante las palabras de Anne y vio a Freddy allí. Era alto, elegante, excitante. Y Brett le deseaba. Enterrado hasta las pelotas en Anne, quería a Freddy también. Era un bastardo avaricioso, egoísta. Entonces las palabras de Anne se registraron. Su mirada voló para ver los guantes de montar de cuero marrón que Freddy llevaba. Cada músculo en su cuerpo se tensó ante el pensamiento de Freddy tocándole con esos guantes. Dios, Anne quería lo mismo. Sabía que quería lo mismo.

Freddy le miró y Brett no tuvo que decir ni una palabra. Freddy sonrió con esa sonrisa lenta y seductora que Brett había visto por primera vez ayer, y un disparo de caliente excitación le bajó por los hombros, directamente por su espina hasta el culo y su polla saltó dentro de Anne.

—¡Brett! —gritó ella y él comprendió que estaba sosteniendo sus caderas con tanta fuerza que tendría contusiones mañana. Obligó a sus manos a relajarse, dejó caer la cabeza sobre sus hombros, cerraron sus ojos y tomó varios alientos profundos.

—¿Te gustan los guantes? —ronroneó Freddy, y Brett abrió los ojos de golpe. Freddy había cruzado el cuarto y estaba de pie al lado

de ellos. Dio un paso más cerca y de repente Brett pudo sentir el calor de su cuerpo, pudo oler el sudor y el caballo sobre él, y casi gimió de placer. Lo habría hecho si no se hubiera mordido el interior de la mejilla.

—Sí —ronroneó a su vez Anne—. Tócame, Freddy.

Brett comenzó a apartarse, pero Anne envolvió las piernas alrededor de su cintura y lo sostuvo con fuerza.

—Oh no —le dijo jadeando—. Tú no vas a ninguna parte —él sintió que los músculos interiores apretaban deliberadamente su polla y un gemido se le escapó. Anne sonrió como la zorra que era—. Sé cuánto te gustamos juntos, Brett. ¿Te gustaría ver a Freddy tocarme ahora? ¿Mientras estás dentro de mí? ¿Te gustaría ver esos guantes contra mi piel?

—Cristo —Brett croó con una voz áspera.

—Creo que eso quiere decir que sí —dijo Freddy con diversión— Brett.

Solo su nombre. Esto fue todo lo que tomó para atraer la mirada fija de Brett a Freddy. La mirada que Freddy le dio era caliente, intensa, divertida. Freddy miró abajo y los ojos de Brett le siguieron. Vio la mano enguantada de Freddy deslizarse a lo largo de la pierna de Anne, desde encima de la media hasta el muslo desnudo, tan cerca de Brett que éste podía sentir el calor que irradiaba del cuero. La mano de Freddy se quedó en la parte baja de su estómago, justo por el oscuro vello púbico de Brett y Anne enredado junto, que ocultaba la unión de sus cuerpos.

Brett respiraba con tanta fuerza y tan rápido que sintió la cabeza muy ligera. Miró los músculos del estómago de Anne temblar bajo el toque de Freddy y él no pudo controlar el empuje áspero de sus caderas.

—Deshazte de tu pantalón —se ahogó Anne—. Quiero ver esos guantes contra tu polla, Freddy.

Los dedos que frotaban se pararon sobre el estómago de Anne.

—¿Y tú? —dijo suavemente—. ¿Brett?

Brett no podía hablar. Apenas podría pensar. ¿Si decía que sí, le hacía amante de Freddy? ¿O de Anne? Estaba confundido, apenas en la mejor posición para solucionar la situación. Dejó que el instinto le guiara. Cerró los ojos y asintió.

Cuando abrió los ojos vio a Freddy arrastrar despacio su mano por el estómago de Anne. Brett sabía que iba a liberar su polla. Justo ahí, prácticamente delante de la nariz de Brett. Dios, él era la tentación en sí mismo. Y lo sabía. Debía saber que estaba empujando a Brett. Pero Brett tenía que mantener su control. Esto era sobre Anne. No sobre Brett. Era lo que Anne quería. Pero Dios, Brett lo ansiaba. Anhelaba la vista de aquel guante brillante de cuero envuelto alrededor de la polla de Freddy.

—¿Es esto lo qué quieres? —preguntó Freddy rudamente y aunque intentó negarlo, Brett no pudo impedir que su cabeza girara. Y allí estaba. Brett gimió. Simplemente no pudo evitarlo. El puño enfundado en cuero de Freddy estaba envuelto alrededor de su erguida polla, que estaba enrojecida con la excitación. Mientras Brett y Anne miraban, bombeó su puño varias veces arriba y abajo por toda su longitud, hasta que una gota de humedad se escapó de la rosada punta.

—Mira lo que has hecho —susurró Freddy—. ¿Tienes alguna idea de cuan erótico ha sido entrar y encontrarlos a los dos follando? Anne extendida, tomando tu polla, Brett, tan maravillosamente. Y sabía lo que estabas sintiendo. Sé cuan apretado está, cuan caliente y mojada. Como le gusta esto. Y tú, Brett, estabas perdido. Perdido en su magnífico coñito, ¿verdad? Ni siquiera me has oído entrar.

Pensaba que iba a correrme en aquel instante, solamente con veros.

Mientras hablaba Freddy pasó el pulgar sobre la punta y se estremeció. Entonces frotó la humedad sobre la cabeza, poniéndola brillante y más tentadora que el bocado más dulce. La boca de Brett se hizo agua. Pero la vista del cuero brillante y la creciente oscuridad mientras la humedad empapaba el guante marrón, Cristo, le estaba volviendo loco. Quería que el guante mojado le rozara por todas partes.

Anne tomó la mano libre de Freddy y la devolvió a su estómago. La sostuvo allí, ambas manos presionando la piel blanca, impecable de aquel vientre perfecto. Entonces la deslizó abajo a su vello púbico.

—¿Qué quieres, Anne? —preguntó Freddy, su voz tan dulce, tan tierna. Esa voz que hacía que a Brett le doliera.

—Tócame, Freddy —pidió Anne, su cabeza contra los cojines. Se retorció bajo Brett—. Tócame mientras Brett me folla. Por favor.

—¿Brett? —preguntó Freddy con aquella voz. Brett podía contestar, debería contestar, porque esto no era sobre él. Era sobre Anne. No confiaba en sí mismo para hablar. Asintió otra vez.

De repente Brett no sabía dónde mirar. La mano enguantada de Freddy rozaba el pelo púbico de Anne, su pulgar se hundía entre sus labios, el nudillo del pulgar se doblaba y estiraba una y otra vez mientras le frotaba el clítoris, mientras Anne gritaba y empujaba contra la polla de Brett. La otra mano de Freddy todavía agarraba su polla, todavía moviéndose a lo largo de ella.

—Muévete, Brett —dijo Freddy suavemente—. Jode su bonito coño, Brett.

Brett no podía negar ahora a Freddy más de lo que podía dejar de respirar. Comenzó a empujar, refrenando sus movimientos, no

queriendo trastornar el delicado equilibrio de los tres, no queriendo desalojar la mano de Freddy.

—Más duro —rogó Anne—. Oh Brett, por favor. Más duro —él la miró y ella sonrió tímidamente—. Más.

Brett sonrió, y pudo sentir la anticipación en su sonrisa.

—Me gusta que siempre quieras más —susurró, repitiendo las palabras de antes.

Anne se rió jadeando.

La levantó por las caderas, salió y entró de golpe en ella. Anne chilló y se agarró a sus muñecas, esperando.

—Dios sí —gimió Freddy y Brett echó un vistazo para ver el puño de Freddy bombear más rápido y más duro sobre su polla. Brett tenía una necesidad aplastante de ver el guante marrón oscuro cubierto con la semilla de Freddy. Resbaladizo y mojado por la liberación de Freddy.

—Más duro, Freddy —susurró Brett.

Freddy gimió y su puño se apretó sobre su polla, Brett pudo ver la tensión en el cuero estirado a través de sus nudillos. Se imaginó el calor del cuero mientras se frotaba a través de su culo, acariciando su polla y pelotas. De repente tuvo una visión de ser azotado por Freddy y Anne, ambos llevando sus finos guantes.

Comenzó a joder a Anne en serio mientras miraba a Freddy con su polla. Anne gemía y se sacudía bajo él, su vaina tan mojada y caliente que el aire era sorprendentemente frío sobre su polla cada vez que la sacaba. Era un alivio cuando golpeaba dentro de ella. Se dio la vuelta para ver su cara encantadora, llena de placer y vio que ella estaba tan hipnotizada como él con la mano de Freddy sobre su polla. Estaba ruborizada y jadeaba, tan hermosa en su excitación.

—¿Te gusta lo que él hace? —le preguntó Brett rudamente. Se deslizó fuera y sostuvo su polla allí mientras a Anne luchaba contra

su asidero, luchaba por traerlo de vuelta dentro de ella.

Ella apartó su mirada de Freddy.

—Sí —gritó—. Sí. Como a ti, Brett, por favor.

Brett se deslizó dentro y fue profundo, con fuerza. En aquel momento la mano de Freddy sobre Anne se movió. De repente extendió los dedos alrededor de la polla de Brett, sintiendo a Brett dentro de Anne, mientras su pulgar todavía trabajaba el centro del placer de ella. La sensación del cuero en su polla hizo que Brett gritara en voz alta.

—¿Te gusta, Brett? —dijo Freddy jadeando—. ¿Te gusta lo que estoy haciendo?

—Maldito —Brett empujó mientras rotaba las caderas y frotaba la polla entre los dedos enguantados en cuero.

—Dilo —exigió Freddy.

Brett balanceó su mirada enfurecida a Freddy.

—Sí, maldición. Sí —la última palabra terminó en un silbido cuando Brett salió y volvió a follar en el calor de Anne, su polla arrastrándose a lo largo de aquellos dedos. Era demasiado. Nunca duraría.

—Córrete, Freddy —suplicó Anne—. Por favor. Córrete.

El puño de Freddy se movió rudamente sobre su polla tensando la piel mientras arrastraba su mano a la cabeza y luego atrás a la raíz otra vez. Freddy se dobló y echó la cabeza atrás, su puño se movió más rápido y Brett contuvo la respiración. Anne y él estaban congelados, mirando a Freddy.

De repente, Freddy dio un grito agudo y su cabeza cayó adelante, chorros de semen se dispararon de su polla para aterrizar sobre el estómago de Anne y luego salió más para cubrir los dedos de su guante.

Anne gritó con Freddy y apretó la polla de Brett. Brett no podía respirar. Freddy era magnífico mientras se corría, justo como ayer. Sus mejillas tenían puntos rojos brillantes, los ojos estaban fuertemente cerrados, el sudor le humedecía la frente, el pelo sobre su nuca, su labio superior. Brett podía olerlo, oler su sexo y su sudor y era tan embriagador como el escocés que había bebido tan rápidamente anoche.

Cuando terminó Freddy jadeaba, el pecho pesado, los ojos con párpados pesados. Levantó la mano enguantada, brillante con la nata de su liberación.

—Ahora mira lo que han hecho —dijo jadeando. Freddy miró fijamente de forma significativa a su otra mano, todavía enterrada en el montículo de Anne, rodeando la polla de Brett—. Tu turno.

Freddy separó la mano y un quejido apenado escapó de Anne. El quejido se transformó en gemido cuando Freddy pasó la mano por el residuo blanco sobre su estómago. Cuando los dedos estuvieron cubiertos de ello, el cuero brillando de forma opaca, devolvió la mano a su anterior posición.

Brett se estremeció y gimió ante la sensación mojada de los dedos enguantados a su alrededor, ante el pensamiento del semen de Freddy sobre su polla. Sin que se lo pidieran, Brett comenzó a moverse.

Brett les jodía a ambos. Follaba el calor mojado de Anne por entre el túnel resbaladizo de los dedos de Freddy. Era el cielo y era el infierno. Porque era mejor que cualquier sexo que Brett hubiera tenido alguna vez. Era mejor que algo que hubiera soñado alguna vez.

—Freddy, Freddy —gritó Anne, y en su mente Brett repetía el grito, mordiéndose el labio para mantenerlo dentro.

—Anne, te necesito —gritó finalmente Brett—. Necesito que te corras, cariño, por favor —por alguna razón que no podía explicar miró a Freddy—. Freddy —no sabía que quería decir. Pero Freddy sí.

—Sí —contestó Freddy densamente, mirando fijamente a los ojos de Brett—. Sí, Anne —se giró para mirar a Anne, y la mirada de Brett le siguió. Anne era salvaje, licenciosa, desesperada. La mirada que ella les dio incineraba. El intercambio entre Brett y Freddy obviamente la había complacido—. Vamos Anne —susurró Freddy, y Brett golpeó en ella mientras se arqueaba y chillaba. Brett se quedó profundamente dentro de ella, sintiendo cada ondulación de músculos, cada convulsión mientras ella rodaba a su orgasmo.

—Dios, Anne —dijo Freddy con temor mientras la miraba. Luego Brett sintió los dedos de Freddy apretarse alrededor de él, exprimiéndolo en el contrapunto al modo en que la vagina de Anne se apretaba y se relaja a su alrededor y Brett tiró la cabeza atrás y rugió cuando se corrió más duramente que nunca antes. Su polla dolorida, pulsaba una y otra vez y Brett sintió el calor y la humedad de la vaina de Anne incrementarse cuando su semen la llenó.

Cuando acabó, Brett cayó sobre sus caderas, rompiendo el asimiento de las piernas de Anne, las manos sobre las rodillas, y el trasero sobre los talones. Jadeaba mientras unas manchas bailaban ante de sus ojos. Después de un minuto su visión volvió a ser normal y miró a Anne. Ella sonreía suavemente con satisfacción. Sus piernas estaban dobladas y él todavía estaba entre ellas, todavía sosteniéndolas abiertas con sus rodillas. Y la mano de Freddy estaba todavía sobre ella. Su guante estaba empapado, los dedos ahora de un marrón oscuro, con la humedad rezumando entre ellos. Brett comprendió que no era sólo la humedad de Anne. Era la propia liberación de Brett filtrándose por Anne a la mano de Freddy. Se quedó sin respiración.

Freddy sostuvo despacio ambas manos con una sonrisa burlona y miró a Anne y Brett. Giró las manos, examinándolas.

—Bien, parece que hemos arruinado otro par de guantes.

Anne se rió débilmente.

—Puedo equivocarme, pero no creo que sean los últimos.

Freddy se rió con ella mientras Brett se miraba las rodillas y sacudía la cabeza, sonriendo.

Freddy deliberadamente volvió a la biblioteca después de la cena de aquella tarde. Rechazó evocar el interludio erótico de esta tarde en el salón de los Goode, pero simplemente retirándose a la biblioteca. Freddy esperaba que Brett pensara en ello, entendería que no discutir lo que pasaba entre los dos, con Anne, era tonto. Se sentó silenciosamente en la misma silla incómoda, larga y delgada que había ocupado la noche antes. Brett se paseaba delante de la chimenea fría. Freddy acababa de terminar de decirle a Brett que había sabido por Stephen sobre su madre y su papel en la situación de Goode.

—Debes casarte con ella, Freddy.

Las palabras tranquilas de Brett asustaron a Freddy tanto que casi dejó caer su oporto.

—¿Qué? —su tono era indefenso e incrédulo. Brett estaba enamorada de ella. Esta era su oportunidad. ¿Y se la estaba entregando a Freddy? Una oleada de cólera le atravesó. Anne mereció un mejor tratamiento. No era alguna ropa usada para pasar cuando Brett terminara con ella. Era Anne, maldita sea. Y Brett la amaba.

—¿De qué demonios estás hablando? —las palabras eran agudas y enfadadas, y Brett le miró con sorpresa. Entonces la cólera nubló sus rasgos también.

—¿No es lo bastante buena para ti, Duque? —el tono de Brett era más frío de los que Freddy le había oído alguna vez.

—No seas idiota —respondió Freddy mordazmente—. ¿No es lo bastante buena para ti?

Brett pareció asombrado.

—Ahora tú estás siendo un idiota. Te lo dije anoche.

—Al diablo con lo que dijiste anoche. Repito, no seas idiota. Anne te quiere, Brett. Puedes tenerla. Cásate con ella.

Brett pareció afligida. Dejó su copa sobre una vitrina alta hasta la cintura llena de los oscuros artefactos que bordeaban su capa.

—No puedo.

Freddy esperó más. Sabía que era en vano. Nunca había más. ¿Por qué estaba tan enamorado de este hombre que no compartiría nada de él? Vio el dolor, la incertidumbre, la desesperación en su mirada, pero Brett no revelaría nada voluntariamente. Se cerraba a Freddy en cada vuelta. Y aún así Freddy le amaba más cada día. Freddy no sería dejado fuera nunca más.

—Lo harás.

La postura de Brett se tensó, se hizo agresiva. Freddy ganó la esperanza de su cólera. Durante años Brett había permanecido imperturbable. Pero en los pocos días pasados su cólera ya no podía ser contenida. Si había cólera, había otras emociones cociéndose a fuego lento bajo la superficie. Si Freddy pudiera conseguir que Brett liberara la cólera quizás aquellas emociones tendrían la posibilidad de surgir.

—Ella merece estar casada, Brett. ¿No la respetas lo bastante para hacer las cosas bien?

Brett resopló con incredulidad y agito violentamente su mano por el aire, como quitando importancia a las palabras de Freddy.

—La respeto más que tú, lo sabes. Siempre. Estuve lejos porque la respeto. Como respeto sus sentimientos.

—¿Estuviste lejos? —preguntó Freddy silenciosamente.

Brett solamente sacudió su cabeza, con sus labios fruncidos.

—Entonces cásate.

—Es por eso que quiero que tú te cases con ella, Freddy. Ella merece ser la duquesa. Ella debería haberlo sido. Lo sabes.

El aire escapaba de los pulmones de Freddy. ¿Él no había estado pensando en otra cosa, la otra noche? Que Anne y Bertie deberían estar aquí, dirigiendo Ashton Park. Él se dio vuelta hacia Brett, pero era demasiado tarde.

—Tú realmente lo sabías —dijo Brett con satisfacción—. Si Bertie no hubiera muerto, entonces él sería el duque, y Anne su duquesa. Tú puedes hacer las cosas correctamente, Freddy. Cásate con ella. Dale lo que debería haber sido suyo hace tiempo.

Freddy giró sacudiendo su cabeza.

—Ella no me ama.

Detrás de él, Brett estuvo silencioso durante un minuto.

—Ella lo hace. Ella te quiere.

Freddy se dio la vuelta hacia Brett, modificando sus rasgos para ocultar el dolor que rasgaba su pecho.

—No es lo mismo, Brett. Ella te ama.

Brett pareció sinceramente sorprendido.

—¿Estás loco? Ella solamente me encontró. Ella puede confundir la lujuria con el amor ahora, pero entrará en razón cuando tenga la oportunidad de ser la duquesa.

Freddy se mofó tristemente.

—Sí, hay algo de eso, ¿no es así? Ella no puede amarme, pero le gustará ser la duquesa.

Brett suspiró y pasó a tomar asiento al lado de Freddy. Él se vio tan fuera de lugar en esa silla pequeña, larga y delgada que Freddy rió en silencio. Brett vio a Freddy mirar la silla y echar un vistazo hacia abajo también. Entonces él se rió suavemente.

—No quepo aquí —dijo, torciéndose torpemente y finalmente cruzando sus piernas al lado.

El pecho de Freddy se contrajo ante la brusca observación de Brett. ¿Realmente él se sentía así? ¿Si Anne y Freddy se casaban Brett se sentiría más cómodo aquí con ellos? ¿Si Anne fuera la duquesa de Freddy y Brett ya no tuviera que preocuparse debido al título, felizmente Brett podría quedarse aquí como su compañero, como su amante? ¿Si no lo forzaba a enfrentar sus sentimientos y hacer un compromiso con cualquiera de ellos, se quedaría Brett con ambos?

Freddy dejó caer su cabeza hacia atrás y cerró sus ojos, en la confusión. Él estaba tan confundido. ¿El casamiento con Anne era en realidad hacer lo apropiado? Le pareció a Freddy que Brett estaba en el pozo de un camino a la preparación de un error monumental que no podía ser rectificado. Él iba a apartar a Anne. Pero si Freddy se casaba con ella, Brett podría tenerla. Él la vería cada día, y Freddy no lo negaría. Brett podría amarla siempre y nunca perderla, una vez que él terminara con su culpa.

Freddy tampoco podía negar sus propios motivos egoístas para casarse con Anne. Si ellos se casaban él la tendría siempre. Reconocía el amor, costara lo que costara que Brett le creyera. Y Freddy supo que él estaba bien encaminado en el cariño de Anne. Quizás él ya lo hacía. Quizás no era amor juvenil, pero al principio de la verdadera cosa sólo había necesitado tiempo para crecer, como él

tenía. Levantó su cabeza y abrió sus ojos para ver que Brett lo miraba fijamente, su cara estoica, pero el fondo de sus ojos triste de expectativa.

Si él se casaba con Anne, él tendría a Brett, una voz le susurraba en su cabeza. Porque Brett nunca la abandonaría. Él podría tener miedo de casarse con ella, pero nunca la abandonaría. Y si ella era de Freddy entonces Brett nunca lo abandonaría.

—Tú sabes que Anne no se parece a esto —dijo Brett suavemente, respondiendo a la observación más temprana de Freddy. Él tocó ligeramente, con las yemas de los dedos de su mano, la espalda de Freddy. Se propuso que el toque fuera calmante, pero Freddy estaba hipersensible al toque de Brett después de los dos días anteriores. El hormigueo de conciencia vibró encima de su brazo, hecho que lo hizo temblar. Brett separó su mano.

—¿Es esto lo que quieres, Brett? —preguntó Freddy silenciosamente. Él se sintió desvalido. La felicidad de Brett era suprema para Freddy. ¿Pero qué había de Anne? Ella amaba a Brett. Freddy sabía que ella lo hacía. ¿Cómo no podría? Él no veía como ella podría conformarse con Freddy cuando estaba enamorada de Brett.

Brett cabeceó.

—Sí, Freddy —dijo él con un revelador tono de voz. Aclaró su garganta y cuando habló de nuevo su voz era firme—. Eso es lo que yo quiero.

Anne se había despertado esta mañana todavía flotando por las relaciones sexuales de ayer, con Freddy y Brett. Había estado esperando otro día su compañía, quizás otra oportunidad de hacer el amor. Había abierto su puerta para encontrar a un Freddy y Brett

resueltos, antes de que ella hubiera tomado su primera taza de té. Era demasiado temprano por la mañana para esta conversación, no obstante.

—¡Absolutamente no! —Anne estaba horrorizada—. Frederick Thorne, ¿Qué es lo que estas pensando? No puedes casarte con una mujer como yo.

—Anne, escucha la razón —dijo Freddy con tono condescendiente como hacían los hombres tan bien.

—No, Freddy, escucha tú a la razón. No sólo soy más vieja que tú —se dio la vuelta hacia la derecha mofándose de su resoplido—, sino que mi reputación está más que manchada. No es demasiado buena en un punto, es negra. Estropeada más allá del rescate —Anne se encogió cuando usó las mismas palabras que ayer seductoramente había empleado con Brett—. ¿Tú entiendes lo que yo estoy diciendo, Freddy?

—Entiendo que me preocupo profundamente por ti, Anne, y que tu situación actual es el resultado directo de mi descuidada negligencia —él intentó tomar su mano, pero Anne lo dio un tirón, fuera de su alcance—. Yo quiero cuidar de ti, Anne. Tú deberías haber sido la duquesa. Si Bertie no hubiera muerto, tú lo serias. Yo quiero darte eso.

Anne sólo podía mirarlo fijamente con escepticismo. ¿Honestamente él pensaba que ella se casaría con él por esas razones?

—Si te casas conmigo, Anne, serás la duquesa. Nunca tendrás que preocuparte de nuevo. Las personas aquí te respetarán. Tu pasado no significará nada.

Anne agitó su cabeza. Él realmente no tenía ninguna idea que con cada palabra estaba justificando su negativa. Él empezó a hablar

de nuevo y Anne levantó una mano imperiosa para detenerlo independientemente de la tontería que él iba a arrojar.

—Eres un idiota —ella habló despacio y claramente para que él entendiera cada palabra.

Freddy giró hacia atrás como si ella le hubiera pegado con la mano.

—¿Perdón?

Anne marcó sus refutaciones con sus dedos.

—Número uno, yo no me casaré con un hombre que me tiene lástima, por cualquier razón. Número dos, tú no tienes nada que ver con mi situación actual. Número tres, no tengo ningún deseo de ser la duquesa. ¿Crees honestamente que yo quiero seguir los pasos de aquella mujer? —Anne se estremeció de horror—. Número cuatro, Bertie murió. Cuando yo me comprometí con él nosotros nunca pensamos que él sería el duque. Él temía esa posibilidad, comolo hacía yo. Y número cinco, mí pasado siempre significará algo.

Freddy atisbo su mano fuera de dónde ella había cruzado sus brazos. Ella cerró su puño, pero también él lo vio aflojarse, hasta que él pudo sostener su mano.

—Yo quiero casarme contigo, Anne. ¿Tú no quieres ser la duquesa? ¿Mi duquesa?

El corazón de Anne se estrujó, y cerró sus ojos. Dios, sí, ella quería ser de Freddy. Pero no le gustaba esto. No porque él se sintiera obligado. No porque él pensara que hacerla duquesa arreglaría la muerte de Bertie o su reciente pobreza. Ella quería ser de Freddy porque él la amaba. Pero él no lo hacía. No de la manera que ella quería, simplemente estaba comprendiendo que ella lo amaba.

Freddy posiblemente todavía podía encontrar su camino como duque, pero como hombre, conocía quién era él. Era inteligente,

determinado, con un sentido profundo de responsabilidad y una sensualidad juguetona. Era sincero y afectuoso, fuerte y sensible. Sí, ella quería ser suya, no sólo su duquesa, sino en todos los sentidos.

Anne agitó su cabeza.

—No —susurró ella—. No, Freddy, yo no quiero ser tu duquesa.

Freddy aclaró su garganta y se elevó del sofá, soltando la mano de Anne. Él caminó por el cuarto y estando de pie delante del manto, controlando con su dedo largo el borde de madera tallada.

—Yo pensé que era el sueño de cada mujer, ser una duquesa. Hay muchas mujeres que estarían orgullosas de ser la Duquesa de Ashland.

Anne no se dejo pisotear por él y puso su mano en su brazo con cuidado.

—Freddy, si fuera solamente entre tú y yo, y tú fueras un mero Señor, entonces mi respuesta sería diferente.

La mano de Freddy se congeló, y se volvió para mirarla, con confusión genuina en su cara. Sus cejas fueron bajando, un surco entre ellas.

—¿Lo estás diciendo porque yo soy un duque?

—Sí —Anne pasó su mano amorosamente a lo largo de la solapa de su chaqueta, enderezándola aunque no lo necesitaba. Quería tener el derecho de hacerlo todos los días. Pero ella no era la mujer para Freddy—. Tú mereces a una mujer de tu propio nivel, Freddy, una muchacha noble, criada para ser una mujer a tu altura. Quién te haga sentir orgulloso de tenerla a tu lado. No la hija de un pobre vicario con una reputación arruinada.

Freddy con cuidado tomó sus hombros y cuando ella no alzó la vista hacia él, dobló sus rodillas para encontrarse con sus ojos.

—Yo merezco ser feliz con la mujer de mi elección. Yo lo decido.

Anne tristemente agito su cabeza.

—Tú te siente responsable de mí, Freddy. Oh, puedes quererme ahora mismo, físicamente, pero eso no será bastante en corto plazo. Te cansarás de mí, y yo no podría afrontar tu desdén y amargura por el resto de nuestras vidas.

Freddy la sacudió suavemente.

—¿Es lo que piensas de mí? ¿Ése es el tipo de hombre que crees que soy? Yo te amo, Anne. A pesar de lo que todos piensan al parecer de mí, soy bastante viejo para conocer mi propio corazón. Pero incluso si tu no lo crees ahora, tómame porque soy el duque, porque puedo hacer tu vida mucho mejor, Anne.

—Tú haces mi vida mejor ahora, Freddy —dijo ella, mientras lanzaba sus brazos alrededor de su cuello. Él envolvió sus brazos alrededor de ella y la sostuvo fuerte—. Tú eres tan maravilloso, Freddy. Los últimos días han sido tan maravillosos. Por favor, no te los lleves.

Anne volteó su cara en su cuello, mientras inhalaba el caro olor de su lino y su colonia, y derritiéndose un poco dentro de la querida familiaridad de él.

—Te adoro, Freddy, adoro todo sobre ti. Yo quiero ser tuya durante algún tiempo. Pero sólo durante algún tiempo. Y entonces nosotros tendremos ese tiempo para recordar cuando sigas con tu vida.

—Entonces cásate conmigo, Anne —suplicó él con seriedad, sus labios se apretaron contra su pelo—. No tiene que ser solamente durante algún tiempo. Podría ser para siempre.

Anne se separó y fue la ventana a ciegas a mirar fijamente.

—Lo siento, Freddy, pero la respuesta todavía es no —ella miraba hacia abajo al suelo, demasiado vencida para mirar a Freddy,

tan asustada que podía comenzar a llorar en cualquier momento—. Pero yo te agradezco que hayas preguntado.

—¿Te casarías con Brett?

La cabeza de Anne se agitó por el susto.

—¿Qué?

Freddy marchó hacia la puerta del salón y la abrió.

—¡Brett!

Anne se apresuró hacia él y agarró su brazo.

—¿Freddy, qué estás haciendo?

Brett vino cojeando alrededor de la esquina de la cocina, dónde él había ido a encontrarlos probablemente por un poco de té. La señora Goode estaba fuera en el jardín.

—¿Qué es esto, Freddy? —preguntó Brett. Él miraba a Anne, y su cara era tan solemne, sus ojos tan tristes que el corazón de Anne tartamudeó.

—Ella dijo no.

—Ella no puede decir no —dijo Brett confundido—. Ella va a ser la duquesa.

Anne se volvió y furtivamente se acercó a atrás en el salón de dibujo.

—¿Por qué todos se preocupan con la idea de que sea la duquesa? ¿Qué consiguen hacer con ello? —ella lanzó sus brazos en el aire al decir la última palabra.

—Ella quiere un Señor —Freddy le dijo a Brett.

—¿Qué? —Brett parecía como si él no entendiera realmente las palabras que Freddy estaba usando.

—Yo no quiero un Señor —les informó Anne— o un duque. Simplemente yo quiero a alguien que me ame.

—Freddy te ama —la informó Brett rotundamente—. Aquí. Ahora tú puedes casarte con él.

—Brett está enamorado de ti.

Anne estaba a punto de mofarse a la declaración de Freddy cuando ella vio la cara de Brett. Él había girado los aterrados ojos sobre Freddy.

—¿Qué estás diciendo, Freddy? —exigió Anne, mientras miraba a Brett.

—Yo nunca dije eso —negó Brett, y Anne rechazó el dolor que floreció en su pecho.

—Yo leí tus cartas, Brett. Yo leí las cartas que tú escribiste a Anne —la voz de Freddy era tranquila, pero firme. Despacio Anne se dio la vuelta.

—Brett nunca me escribió ninguna carta —el corazón de Anne estaba palpitando.

Freddy estaba de pie delante de la puerta que él obviamente había cerrado. Agitó su cabeza.

—No, Anne. Él nunca te las envió. Pero él te escribió por lo menos veinte. Todavía lo hace, envueltas con una cinta en su escritorio.

—Freddy —Brett se ahogó. Anne lo miraba finalmente. Él estaba vibrando de enojo y escepticismo.

—Dile, Brett —Freddy le suplicó suavemente—. Dile cómo te sientes. Dile sobre las cartas.

Brett estaba respirando pesadamente y sus puños estaban apretados. Él arrastró sus ojos hacia Anne que estaba de pie allí helada.

—Yo… —Brett cerró sus ojos fuerte—. Es verdad —susurró.

—Y él quiere casarse contigo —dijo Freddy, como si ayudara a Brett con sus líneas fuera del escenario.

Brett giró enfadado, con ojos aterrados hacia Freddy. Él parecía, Anne imaginó, como esas pobres almas habían considerado

su camino a la guillotina. Su mirada giró despacio hacia Anne. Él tragó visiblemente y entonces cabeceó rápidamente.

Anne giró lejos, mientras pestañeaban atrás sus lágrimas. Ella caminó encima el sofá y se sentó, tomando una cantidad excesiva de tiempo para arreglar sus faldas. Finalmente, cuando estuvo compuesta, alzó la vista hacia los dos.

—Sí, puedo ver que él positivamente irradia la alegría por la perspectiva de matrimonio —intentó parecer simplemente divertida, pero un poco de su amargura se le escapó.

—Anne, tú debes…

Freddy se detuvo cuando ella levantó una mano imperiosa una vez más.

—Tú —ella apuntó a Brett, su mano temblorosa—, habla.

Parecía que Brett se había tragado la lengua.

—Ya veo —y Anne realmente vio. Brett podría albergar algunos sentimientos por ella, pero el amor no estaba en la raíz de ninguna de las propuestas. Ella se inclinó hacia atrás, el enojo comenzó a hervir lentamente dentro de ella—. ¿Cualquiera de ustedes podría explicarme el repentino deseo por la beatitud matrimonial?

—Nosotros estamos enamorados de ti —dijo Freddy con exasperación.

Anne resopló sin elegancia.

—Ése es un ardiente enamoramiento y lo sabes. Oh, no digo que tú no tengas sentimientos por mí, yo estoy segura que sí, pero estás apenas enamorado de mí, anoche fuiste a casa y extrajiste las pajas como quien hecha la suerte.

—Mereces ser la duquesa —Brett habló tranquilamente, y Anne se sobresaltó realmente al oír su voz, él había estado callado mucho tiempo—. Si Bertie no se hubiera muerto, tú serías la duquesa.

Era como si un gran relámpago se extendiera en el cielo y golpeara a Anne en la cabeza.

—Esto es sobre Bertie —susurró ella comenzando a entender. Su voz se hizo más fuerte—. Esto no es sobre mí. Esto es sobre Bertie.

De repente, Brett no podría dejar de hablar.

—Yo escribí esas cartas, Anne. He estado enamorado de ti desde la primera carta que le escribiste a Bertie. Él leyó cada uno de ellas ante mí. Y yo te quise. Yo te codicié, detrás de él. Nunca le dije lo que yo sentía —Brett parecía lejano. Él estaba claramente avergonzado de sus sentimientos—. Hasta tomé algunas de sus cartas. Incluso cuando él estuvo a punto de perderlas, no las devolví —Brett volvió sus tristes ojos, devastados—. Pensé que era todo lo que yo tendría en la vida de ti —por un momento él soportó estar de pie allí, mientras luchaba una batalla interna—. Yo quiero casarme contigo, Anne. Estoy enamorado de ti.

Anne no supo qué decir. Ella se sentía como si estuviera en un sueño. Respiró profundamente. Más bien era una pesadilla. Porque no importaba lo que ellos dijeran, no querían casarse con ella, al menos no por las razones correctas*. Oh Bertie,* pensó ella. *Creo que lamento tu muerte más ahora mismo que antes en tu vida.*

—¿Qué pasó entre tú y Bertie, Brett? —preguntó ella calladamente. Ambos hombres parecían sobresaltados. Pero sólo Brett parecía culpable. Ella suspiró—. No soy tonta, Brett. Sé que esto tiene que ver con la muerte de Bertie —ella agitó su cabeza cuando Freddy empezó a decir algo—. No, Freddy. Hazme el favor de ser honrado conmigo, especialmente ahora. Los dos dicen que merezco ser la duquesa. ¿Por qué? ¿Debido a Bertie? ¿Tú te sacrificarías para satisfacer algún sentido interno de justicia? —se

volvió a Brett—. Y tú. Casándote no me harás duquesa, Brett. ¿Por qué? ¿Por qué repentinamente están dispuestos a casarse conmigo?

—Tus circunstancias… —la voz de Brett arrastró con calma la mirada hacia Anne.

—Ya veo. Como soy pobre, tú deseas remediar esto casándote conmigo. Entonces, dime ¿eres tan adinerado? ¿Tan adinerado como Freddy?

Una sonrisa breve encendió la cara de Brett.

—No. Yo no estoy seguro que alguien en toda Inglaterra sea tan adinerado como Freddy. Pero soy bastante rico, Anne. Yo puedo cuidar de ti.

Anne estaba curiosa.

—¿Realmente? ¿Cómo? Yo recuerdo que Bertie escribió algo sobre tu destreza con el Cambio. ¿Es con esto dónde has ganado tu dinero?

Brett cabeceó tiesamente.

—¿Esto es un problema? ¿Que yo sea simplemente el hijo de un abogado que ha tenido que ganar su dinero?

Anne se rió amargamente.

—Ahora yo debería pensar que tú me conoces mejor que esto, Brett.

Brett parecía mortificado y suspiró cuando pasó su mano por su pelo. Anne recordó cuando él había hecho eso ayer, aunque ahora parecía hacia una vida.

—Lo siento, Anne. No quise decir eso.

Anne se inclinó hacia adelante, sus manos se plegaron en su regazo.

—Yo sé que no, Brett. Pero esto subraya lo incongruente de tu propuesta —Anne estaba empezando a sentir frío, el hielo se filtró en

el exterior de su sección—. Creo que el contenido de tu propuesta nace de comprender la deuda que sientes debes a Bertie.

La culpa de Brett estaba escrita de lleno en su cara.

—Tú no nos debes nada a Bertie o a mí, Brett. Tus sentimientos durante la guerra… ellos eran productos de tu soledad, tu miedo. No eran reales. Simplemente todo lo contrario. Pero tú no puedes hacer la restitución de Bertie casándote conmigo. Bertie está muerto. Y como dije ayer, en su última carta Bertie me dijo que él quería que yo fuera feliz, como él quería que tú fueras feliz. No creo que casarte conmigo te haría feliz, Brett.

Cuando ella había estado hablando, los rasgos de Brett se retorcieron con el dolor, la vergüenza y la culpa. Estaba asustado. Y de todos modos la torturada voz que rasgó era espantosa.

—Me haría muy feliz —lloró él y se giró lejos—. Yo no lo merezco, Anne. No te merezco. Bertie se murió, salvando mi vida. Él me echo fuera del camino —él se arrastró hacia la pared y su espalda cayó contra ella, como si no pudiera soportar más su propio peso.

—Brett, no —dijo Freddy con urgencia. Brett lo ignoró cuando miró fijamente a Anne con los ojos torturados. Ella no estaba segura si él la estaba viendo.

—Yo no sé cómo él lo sabía. Pero él corrió hacia mí, su caballo se encontró literalmente con el mío, empujándonos hacia atrás. Mi caballo… — Brett agitó su cabeza—. Erasmus, tropezó hacia atrás, él no podía mantener el equilibrio. Alrededor había cuerpos y ruinas. Y de repente el mundo explotó —las manos de Brett volaron y cubrieron su cara—. Yo volé por el aire, oí los gritos —él agitó su cabeza—. ¿Míos? ¿Erasmus? ¿Bertie? No sé —sus manos cayeron y él volvió a mirar fijamente hacia la ventana—. La siguiente cosa que recuerdo, es que estaba bajo Erasmus. Mi pierna estaba entumecida, se había quebrado. Empujé su cabeza, estaba muerto —Brett se

enderezó contra la pared y pasó sus manos bajo su chaqueta como si se limpiara algo—. Era un maldito caballo. Él había sufrido el impacto de la metralla en la explosión. Él salvó mi vida, él y Bertie —finalmente Brett miró a Anne—. Pero Bertie no tuvo esa suerte, Anne. Él murió cuando la bala de cañón pegó en el carro de la munición. Él se hizo pedazos. ¿Para qué? ¿Por mí? ¿Maldición, qué infiernos hizo? ¿Por mí?

Anne vio a Brett como a través de un largo túnel. Como aquel primer día en el estanque. Ella apenas lo oyó. *Bertie, oh mi Dios, Bertie.*

—Pensé que él había recibido un disparado —susurró ella. Tropezó con sus pies—. Yo pensé… una bala. Nadie me dijo… —estaba sintiéndose enferma. Lo sabía. Ella estaba sintiéndose enferma. Corrió para la puerta.

—¡Anne! —Freddy la llamó, mientras intentaba tomar su brazo. Ella lo agitó fuera de su alcance, su mano se sujetó encima de su boca. Fuera. Ella tenía que conseguir salir fuera.

Ella escuchó un sollozo. Ella sabía que era ella, pero no podía controlarlo. Una parte de ella estaba completamente entumecida. Era como si estuviera mirando a alguien más hurgando en el pestillo de puerta del jardín, su mano tembló tan mal que no podría asirlo, o girarlo. Ambas manos se agarraron desesperadamente a él, con un rugido todo regresó. Ella oyó a Freddy y a Brett que la llamaban por su nombre, ella oyó sus sollozos, tragando aire y sintió calambres en su estómago.

La puerta voló abierta al fin y golpeó la pared con un golpe detrás de ella. Ella ni siquiera movió sus pasos hacia atrás. Se apoyó en la baranda y vomitó. Ella temblaba a gritos, quiso detenerse pero cuando lo intentó oyó la voz de Brett de nuevo. *Él se hizo pedazos.*

—¿Anne? —la voz de su madre la llamó, angustiada—. ¡Anne! —de repente el olor de su madre la rodeó, los calurosos brazos la sostuvieron, y Anne dejó de intentar contenerse. Ella se movió con esfuerzo inútilmente, sentía su estómago vacío. Ella se derrumbó en los brazos de su madre.

—Bertie —sollozó ella—. Bertie —no podía decir el resto. Ella no podía decir las palabras.

—Anne —su madre la calmó, su mano rozó el pelo de Anne hacia atrás—. Querida —ella ayudó a Anne a ponerse de pies—. Freddy, aquí, ayúdame con ella.

Cuándo el olor de Freddy y sus brazos la rodearon, recogiéndola, llevándola a la casa, todo lo que ella podía pensar era quién estaba con Brett? ¿Quién consuela a Brett?

CAPÍTULO ONCE

7 de octubre de 1811

Mi Muy Querida Anne,

Brett está escribiendo. No sé qué. Nunca recibe ningún correo, y nunca he sabido que enviase alguno. Quizás está escribiendo un libro. Como Chaucer, o aquel tipo Byron. Con mi suerte será La República *de Platón. Me estremezo al pensarlo. Pronto me tendrá leyéndolo y discutiendo sus virtudes. Te permito, querida Anne, decirle que yo era un completo fracaso en la universidad. Yo no tengo corazón para desilusionarlo.*

El señor Matthews es un visitante regular. Con mucho gusto él se sentaría y discutiría el tomo épico de Brett, estoy seguro. Los dos siempre están perdidos en conversaciones sobre el valor del oro o el Método Socrático. Esto me ha llevado a beber. Nada de eso ahora, Anne. Esta es la excusa que utilizo.

Creo que me gustaría que mencionaras al señor Matthews a Jerome. Sé que es una cosa difícil, Anne, pero finalmente tendremos que llenar la vida en Ashton Green. Creo que el señor Matthews encajaría la situación bastante bien. Como le he contado, querida Anne, me recuerda al Vicario Goode. Me gustaría encontrar un lugar para él allí.

Debemos hacer un lugar para Brett también, Anne. Sinceramente, no puedo imaginarme la vida sin él. Es como otro hermano para mí. Hablando de eso, Anne, en respuesta a tu pregunta, no, no he recibido ningún correo de Freddy. He recibido muy poco de Jerome. Supongo que todos ellos están felices de

tenerme lejos de la vista y de la mente.

De más está decir que no he tenido noticias de la duquesa. Por esto estoy sinceramente agradecido. Intenta quedarte fuera de su camino, Anne. Puede ser bastante poco caritativa en lo que respecta a los Goode. No la he perdonado, Anne. No lo he hecho.

Tu Fiel Servidor,

Bertie

Freddy estaba de pie muy quieto junto a la ventana en el salón Goode. Él no quería trastornar a Brett. La última vez que habían estado aquí había sido ayer cuando Brett se había derrumbado y le contó a Anne sobre Bertie, y después Anne se había desmayado. Freddy no quería empujar a Brett a una crisis nerviosa similar hoy.

Dios, solo el pensamiento de Anne y Brett ayer y lo que ellos habían atravesado hacía que Freddy se sintiese enfermo. Brett apenas había hablado a Freddy desde entonces. Cuando se marcharon ayer, Brett se había parado justo después de montar en su caballo.

—¿Cómo lo averiguaste? —la voz y el comportamiento de Brett habían sido normales, aunque si un poco apagados. La pregunta había sido sencilla, pero Brett no tuvo que explicarse. Freddy sabía de qué hablaba.

—Stephen me lo contó —había contestado Freddy, respondiendo tan sencillo como la pregunta de Brett. Brett simplemente asintió y después se marchó a caballo, en la dirección opuesta a Ashton Park. Freddy le dejó ir. Era evidente que necesitaba algún tiempo para pensar.

Freddy no había vuelo a verlo hasta esta mañana. Brett había aparecido en la puerta de la sala de desayuno mientras Freddy estaba allí sentado bebiendo a sorbos su café, incapaz de comer algo. A la llegada de Brett dejó su taza despacio y esperó, dejando a Brett tomar la delantera.

—Me gustaría ir a comprobar cómo está Anne.

Freddy asintió y sin otra palabra se levantó de la mesa. Y aquí estaban ahora.

Brett miraba un paisaje bastante bueno sobre la pared. No era lo suficientemente bueno para garantizar su atención no dividida, sin embargo. Freddy lo observó durante unos minutos hasta de repente Brett dio vueltas alrededor con un gruñido frustrado y empujó su mano en su pelo. Anduvo con paso majestuoso hasta el sofá y se lanzó sobre él. Freddy se quedó congelado. Este comportamiento era tan distinto al de Brett. Siempre estaba tan tranquilo, tan controlado. Pero la semana pasada había estado perdiendo lentamente su dominio sobre aquel control. Era lo que Freddy había esperado, y aún ahora que estaba pasando no estaba tan seguro de que fuese una cosa buena.

—¿Dónde está ella? —exigió Brett, su frustración evidente en su tono.

—La señora Goode dijo que estaría en un momento. Ella estará aquí, Brett —Freddy intentó mantener su tono calmado. Estaba perdido en cuanto a qué hacer. Brett no había pedido su ayuda o consuelo. Pero el refrenamiento de aquellos impulsos naturales estaba matando a Freddy. Sentía como si su corazón fuera una herida abierta. Brett se había cerrado a él otra vez. Y Freddy tenía que dejarle. Tenía que dejar a Brett encontrar su propio camino ahora.

Freddy oyó los pasos primero. Inmediatamente supo que eran de Anne. Él había llegado a reconocer su paso, tal como reconocía su

olor, el sonido de su voz, su risa. Supo el momento en que Brett la oyó. Cada músculo en el cuerpo de Brett se tensó. Era como si se hubiese vuelto de piedra.

Anne apareció en la entrada. Freddy tuvo que morderse la mejilla para sofocar la exclamación sobre su lengua. Ella estaba ojerosa. Parecía como si hubiera llorado la mayor parte de la noche y, por consiguiente, hubiese dormido muy poco. Ella parecía una muñeca de porcelana rota, sostenida solo por pura fuerza.

Ella estuvo allí de pie mirando fijamente a Brett por lo que pareció una eternidad. Brett no se movió. Ni siquiera se puso de pie. Anne anduvo despacio a través del cuarto hasta que quedó de pie delante de Brett.

Brett miró fijamente la parte delantera de su vestido, parpadeando y tragando, incapaz de encontrarse con sus ojos. Finalmente, Anne extendió la mano e inclinó su barbilla hacia arriba con un dedo. Entonces ella ahuecó la mejilla de él en su mano. Sin una sola palabra dicha entre ellos Freddy sintió disminuir la tensión. Entonces Anne simplemente subió en el regazo de Brett. Él la envolvió en sus brazos y la sostuvo como a una niña, acariciando su pelo. Y luego él comenzó a temblar. Anne se incorporó y él bajó su cabeza al pecho de ella y puso su mejilla contra ellos con los ojos cerrados, su rostro pálido. Anne lo calmó con mudos susurros, un brazo apretado alrededor de sus hombros, frotando su brazo. Freddy estuvo a punto de dejarlos solos cuando Anne le ofreció su mano a ciegas.

Hubo un alivio estrellándose en su interior. Ella le necesitaba. Ellos le necesitaban. Él se deslizó hacia abajo en el sofá al lado de Brett, quien no alzó la mirada. La espalda de Anne estaba hacia Freddy y ella se hechó para atrás, evidentemente intentando sentarse parcialmente sobre él. Él tuvo que meterse apretadamente al lado de

Brett para agarrar su nalga sobre su muslo. Brett se acurrucó más cerca y aflojó sus brazos ligeramente así Anne pudo apoyar la cabeza en el hombro de Freddy. La cabeza de Brett permaneció sobre el pecho de Anne, y Freddy no tenía ninguna otro opción, sólo envolver su brazo alrededor de ellos. Él deslizó su brazo por debajo de los de Anne alrededor de los hombros de Brett y sintió el temblor de Brett. Entonces Brett hurgó en Anne que lo sostuvo cerca y se inclinó en Freddy. Freddy los sostuvo a ambos.

Permanecieron así durante un rato muy largo.

—Me quedaré contigo mientras tú me tengas —susurró finalmente Anne, y Freddy entendió que el tema del matrimonio estaba cerrado.

—No creo que esto vaya a funcionar, Freddy —dijo Brett por la cuarta o quinta vez mientras Freddy se quedaba quieto y dejaba que Havers, su ayuda de cámara, atase su pañuelo.

Había pasado casi un día desde la última vez que vieron a Anne. Cuando dejaron a las Goode ayer, Anne le prometió a Freddy que vendría a cenar a Ashton Park esta noche. Freddy y Brett habían pasado el día en el pueblo, comprando regalos para Anne y charlando con bastantes personas. Cada uno de ellos le había enviado un regalo esa tarde, junto con una nota diciéndole que el carruaje de Freddy llegaría a las siete para transportarla a Ashton Park.

Freddy estaba contento de ver que Ashton Green tenía un mercado viable. Tantos pueblos pequeños se desvanecían estos días cuando la fabricación y los recintos secaban su sustento. Freddy estaba decidido a no ver eso suceder aquí. Los cambios necesitaban ser hechos, pero tenía toda la intención de ver que se hacían

despacio y de tal modo que beneficiara a todos sus arrendatarios.

Brett se sentó en el sofá delante de una de las largas ventanas en el salón privado de Freddy. Cuando bajó la mirada hacia sus manos vio que las tenía abiertas sobre sus muslos. Era una postura con la que Freddy estaba dolorosamente familiarizado. Brett se sentaba así cuando estaba disgustado y trataba de ocultarlo. El sofá estaba cubierto de seda azul clara, almohadas suaves echadas en los brazos de cada extremo. El pantalón negro de tarde de Brett y la chaqueta eran un marcado contraste contra ellas. Freddy solía entrar a hurtadillas en esta habitación cuando su padre era el Duque y se enroscaba sobre ese sofá en el sol, como un gato. Esta era una habitación que su madre no había cambiado. Tampoco lo hizo Jerome. Ni lo haría Freddy.

Freddy dejó la carta de su abogado que había estado leyendo detenidamente por encima del hombro de Havers mientras el ayuda de cámara trabajaba en algún otro complicado nudo. Freddy odiaba estos malditos pañuelos. Andaría por ahí con la camisa abierta y la garganta desnuda si eso no causara bulla entre el personal. Suspiró. Havers se detuvo y simplemente se quedó allí de pie agarrando los extremos de su pañuelo, esperando para Dios sabía qué.

—Por supuesto que funcionará, Brett. Ten fe —Freddy miró con recelo a Havers y el ayuda de cámara inmediatamente comenzó a trabajar en el maldito pañuelo otra vez. Parecía como si estuviese casi hecho, pero Freddy no podría decirlo. No estaba de pie delante de un espejo. Tanto como intentar realizar dos cosas a la vez. Había esperado atender su correspondencia antes de la cena.

—Anne ha dejado muy claro que no desea el matrimonio, Freddy —Brett se sentó en medio del sofá, y alcanzó y agarró la almohada con el brazo izquierdo. Lo puso en su regazo y empezó a alisar su mano sobre la suave seda de la almohada, después llevando

sus dedos por los flecos sobre los bordes. La tripa de Freddy se revolvió y su polla salto.

Freddy suspiró y alzó la vista al techo. No mostraría a Havers una polla rampante.

—Eso es simplemente porque ella nunca ha sido una amante. Nació para ser una señora, Brett, y, a pesar de sus negativas, probablemente se vio como la duquesa un día. No le gustará el papel de amante.

Havers terminó con una pelusilla del pañuelo de Freddy y retrocedió. Distraídamente Freddy tocó la tela suavemente, y el movimiento le divirtió. ¿Exactamente qué pensaba que estaba haciendo? ¿Comprobar el trabajo de Havers? Como si supiera lo que el maldito hombre había hecho a la maldita cosa.

—Gracias, Havers. No le necesitaré durante la tarde. Llamaré cuando le necesite otra vez.

—Muy bien, Su Gracia —dijo Havers. Se inclinó ligeramente—. Buenas noches, sir —se volvió hacia Brett y se inclinó otra vez—. Buenas noches, señor Haversham.

—Buenas noches, Havers —dijo Brett distraídamente. Freddy dudaba que ni siquiera notase la salida de Havers de la habitación.

—Creo que subestimas su determinación de no casarse con uno de nosotros, Freddy —Brett parecía divertido, pero bajo la superficie había una inseguridad a la que Freddy sólo ahora comenzaba a reconocer y entender. Todos estos años Freddy creyó que la tranquila valentía de Brett era la visible manifestación de la confianza y hasta el temperamento de Brett. Ahora comprendía que con frecuencia disfrazaba su inseguridad e incertidumbre. Mientras él había proporcionado a cada uno a su alrededor con una roca en la que apoyarse, Brett había estado luchando solo en mares sacudidos por la tempestad. Freddy estaba afligido por lo inmaduro y tonto que había

sido hasta hacía poco tiempo. No había estado ahí para Brett, y Brett lo sabía, sabía que Freddy no estaba preparado para él, y entonces se había alejado. Bien, ahora Freddy era más viejo, más sabio y estaba preparado, maldición.

—Sus motivos para no casarse con uno de nosotros son débiles y fácilmente revocables —le aseguró Freddy cuando fue a sentarse al lado de él en el sofá—. Está asustada, Brett. Tiene miedo de nosotros, de su pasado, del futuro —Freddy extendió la mano y distraídamente dirigió sus dedos por los flecos de la almohada cuando se sentó sobre los muslos de Brett. Era una sensación maravillosa, la suavidad de los flecos a través de las yemas de los dedos, dejando una ligera brisa en su estela. No le sorprendía que a Brett le gustase jugar con él—. Viendo lo que podría tener como Duquesa al mismo tiempo que experimenta lo que significa ser una amante hará que cambie de idea. Las comparaciones serán inevitables, sobre todo aquí —Freddy cruzó las piernas y puso el brazo derecho detrás del sofá. Ladeó la cabeza al lado y miró alrededor del salón—. Ashton Park podría ser suyo, Brett, para hacer con él lo que quiera. Seguramente este es un potente señuelo para una mujer.

Brett negó con la cabeza mientras apretaba la almohada bruscamente entre sus manos.

—Anne no es una mujer corriente, Freddy. Ella sabe lo que supone Ashton Park, la responsabilidad con la que viene, la historia. Quizás es más de lo que ella negoció cuando se hizo nuestra amante.

Freddy resopló.

—Tonterías. Anne no es una muchacha verde, Brett. Sabía exactamente qué continuaba cuando se hizo nuestra amante. Sabía lo que llevamos con nosotros. Ashton Park da vueltas por mi cuello como el albatros alrededor del cuello del anciano marinero de

Coleridge[10]. Anne ha estado alrededor de Ashton Park toda su vida. Soy el tercer duque que ella conoce aquí. Las responsabilidades con el título y la tierra están casi tan marcadas en su sangre como lo están en la mía —Freddy acarició la rodilla de Brett—. Y tú, querido mío, no tienes tal ave marina muerta dando vueltas por tu cuello. Sus excusas de que es demasiado vieja y su reputación demasiado empañada para el matrimonio son sólo eso, excusas.

—Las excusas que disfrazan sus verdaderos motivos —Brett suspiró y se puso de pie lentamente, arrojando la almohada de cualquier modo al final del sofá—. Esos motivos serían que no está enamorada de ninguno de nosotros, y en mi caso, debido a mi historia con Bertie —se acercó y apoyó una mano en el marco de la alta ventana a la derecha del sofá—. No estoy seguro de que sea una buena idea para mí casarme con ella, Freddy.

Freddy se puso de pie y afrontó a Brett. No intentó ocultar su preocupación.

—¿Qué quieres decir, Brett?

Brett reemplazó la mano con el hombro y se quedó de pie mirando fijamente hacia fuera por la ventana. Extendió la mano y distraídamente rozó la pesada cortina azul damasco entre sus dedos. Otra vez Freddy sentía esa conciencia hormigueando a través de él. Nunca había visto a Brett tan inconscientemente táctil antes. Era como si sus manos tuviesen una mente propia, sintiendo su camino por este mundo nuevo de emoción y riesgo en el que Brett había entrado.

—No hemos hablado mucho de nada de esto —dijo Brett tímidamente. Suspiró—. Y ahora no es el momento.

[10] Se refiere a una obra de Samuel Taylor Coleridge “La canción del viejo marinero” Se dice que matar a un albatros trae mala suerte, el viejo capitán lo hace y ahí comienza el albatros a vengarse acompañando al marinero viajando durante muchísimo tiempo, para poder regresar a su casa. Uno de su versos dice; *En lugar de la cruz, el Albatros / Alrededor de mi cuello colgaba.*

—Me permito discrepar. Creo que es un momento excelente —Freddy moduló con mucho cuidado su tono. No quería asustar a Brett con su impaciencia para discutir las emociones hasta ahora no expresadas de Brett.

Brett negó con la cabeza e indicó la ventana.

—No, Anne está aquí.

Freddy se acercó y retiró la cortina para mirar a Anne descender del carruaje. Frunció el ceño.

—¿No le compré hoy un vestido azul? ¿A juego con sus ojos?

La respuesta de Brett fue divertida.

—Sí.

—Pero el vestido que lleva es lavanda. De hecho, ¿no he visto antes ese vestido?

—Sí —Brett todavía estaba divertido.

—¿Qué es tan divertido? —preguntó Freddy con irritación mientras miraba a Anne dirigirse al lacayo que la ayudaba desde el carruaje. El lacayo se inclinó y sacó dos cajas del carruaje, y luego siguió los pasos de Anne hacia la entrada. Freddy la perdió de vista a mitad de camino subiendo los escalones. Se giró hacia Brett—. Está devolviendo los regalos —su voz era plana, pero por dentro estaba enfadado.

Brett se enderezó y alisó la parte delantera de su chaqueta antes de ajustar sus puños.

—Te dije que habías subestimado su determinación.

Freddy le levantó una ceja en una pregunta silenciosa.

Brett rió suavemente.

—Creo que Anne no tiene ninguna intención de ser una amante en nuestros términos, Freddy. Más bien creo que estamos a punto de averiguar cuáles son sus términos.

—Buenas noches, Reeves —dijo Anne con una ligera sonrisa

mientras entraba al magnífico vestíbulo de Ashton Park. El vestíbulo era muy impresionante, de forma ovalada y rodeado por dieciséis columnas Corintias, hecha de alabastro Derbyshire. El mismo mármol perfiló el piso mostrando un diseño de líneas estilo griego a lo largo de las paredes. El alabastro brillaba con vibrantes matices rosados, marfil, púrpuras y verdes. Era hermoso y terriblemente intimidante. O lo había sido cuando Anne había venido con el tío Ash siendo una niña pequeña. Quizás hasta hace unas semanas ella podría haber temblado ante su esplendor.

—Buenas noches, señorita Anne —dijo Reeves suavemente. Anne lo miró ¿Era afecto el que vio en su rostro, quizás lo había oído en su voz? Él siempre había sido amable con ella, incluso cuando la había encontrado a ella y Bertie haciendo travesuras en Park House. Él había sido muy indulgente con Bertie. Por lo que Anne sabía, Bertie era la única persona por la que Reeves había mentido para protegerlo de la duquesa.

—Esto es aún encantador, Reeves ¿no es así? —Anne preguntó, señalando el vestíbulo—. Me transporta a otros tiempos.

—Sí, señorita Anee —asintió Reeves. Regresando a su reserva acostumbrada, como correspondía al mayordomo de una gran casa.

El estómago de Anne revoloteó un poco. Bien, si ella era honesta admitiría un ligero nerviosismo al traspasar los muros de Ashton Park después tan mucho tiempo.

—Anne querida, llegaste —la voz de Freddy llegó bajando desde la escalera central. Ésta dominaba la entrada, ocupando totalmente tres cuartos de la pared trasera. Estrechándose gradualmente, la escalera se elevaba, hasta finalizar en una puerta enmarcada en alabastro y cortinas de terciopelo verde oscuro. Había un intrigante contraste entre la formal elegancia y la informal bienvenida.

Freddy se encontraba en medio de la escalera extendiendo su

mano hacia ella, mientras Brett aguardaba arriba, frente a la puerta. Freddy era todo sonrisas y bienvenidas, pero Brett lucía reservado, con el rostro ensombrecido.

—Envió el coche, Su Gracia, y estamos sólo a dos millas de Ashton Park. No creo que mi llegada sea un gran acontecimiento —Anne no sabía por qué se sentía de repente disgustada.

Freddy simplemente se rió de su sarcasmo.

—Ya que no has estado en Ashton Park en más de una década, Anee, a pesar del hecho de estar a sólo dos millas de distancia, este en verdad es un gran acontecimiento.

Anne se quitó sus guantes nuevos con rápidos y precisos movimientos. De repente sintió que un rubor cubría sus pechos y luego sus mejillas, ya que había recordaba la sensación del guante de Freedy sobre ella el otro día.

—Puedes dar a Reeves los guantes, Anne —Freddy le dijo suavemente. Un temblor estremeció la columna vertebral de Anne sin poder evitarlo, miró sobre el hombro de Freddy hacia Brett en lo alto de la escalera. Él aun se encontraba ahí, sin revelar nada.

Con tranquilidad, Freddy bajo las escaleras. Era la elegancia personificada, lucía resplandeciente en un traje negro de tarde, con un chaleco de seda color azul cielo, y Anne sintió el deseo de que fuese suyo, aunque fuese por un momento. Ella podría arrastrarlo escaleras arriba, coger a Brett en el camino, y violarlos en la primera habitación disponible y ellos no protestarían en lo absoluto. Cualquier temor que sintiera al estar nuevamente en Ashton Park desapareció ante su confianza en el poder que ejercía sobre ellos.

Ella entregó sus guantes a Reeves, junto con su chal y retículo. Con una reverencia él los tomó. Anne caminó hacia Freddy con la misma despreocupación con la que él se había movido.

—No tenía ninguna intención de conservar los guantes conmigo,

Su Gracia. Me gustan demasiado para arriesgarlos.

Freddy se rió y en lo alto de las escaleras, Anne vio a Brett frotar su labio superior con un dedo. Ah, ella lo había hecho sonreír. Esto la hizo feliz otra vez.

—Estoy hambrienta —dijo a Freddy cuando tomó su brazo. Ambos voltearon hacia la escalera, y el brazo de Freddy se tensó bajo su mano. Anne sintió un estremecimiento de excitación atravesarla y alojarse en su sexo. Éste comenzó a palpitar, lo que pensaba era una constante reacción estando en presencia de Brett y Freddy. Anne jadeó quedamente sintiendo los hinchados pliegues de su sexo frotarse en una sublime caricia, mientras subía los escalones.

Con un ligero tirón, Freddy la ciñó más cerca colocando su mano sobre la de ella.

—¿Lo estás? Encuentro que yo mismo estoy muy hambriento.

Como adoró la insinuación de Freddy. Sin mirarlo, sonrió abiertamente.

—¡Um! ¿Y cómo encontraré el menú de Ashton Park esta tarde, Su Gracia? ¿Abundante? ¿Incomparable?

—Abundante, seguramente —ronroneó Freddy —, pero tú eres la incomparable aquí, Anne.

Con cada paso, ellos se acercaban más y más a Brett. Más se acercaban, más aprisa latía su corazón Parecía que una tensa cuerda tiraba a Freddy y Anne hacia Brett, como si los jalara hasta tenerlos en sus manos Cuando alcanzaron la cima de la escalera, Anne tenía problemas para respirar normalmente y se sentía tensada tan firmemente como un arco

Brett tomó su mano y ella contuvo el aliento. Freddy rígido y tenso, tomó su otra mano, irradiando calor a su lado, y Anne estaba de repente desesperada por quemarse en el calor de Freddy mientras Brett la tocaba con aquellas grandes, firmes y callosas manos.

Cuando deslizó la palma sobre la suya, su aliento se entrecortó perceptiblemente. Freddy deslizó la mano a través de su espalda imitando lo que la palma de Brett hacia sobre la de Anne. Cuando Brett asió su mano, Freddy tomó su cadera y la ciñó a él. Brett se inclinó sobre su mano y dándole la vuelta la besó mientras la mano de Freddy se deslizada desde su cadera a su estómago y él se colocaba detrás de ella. Los labios de Brett acariciaron su mano, y luego la punta de su lengua trazó la vena que ahí latía. Anne jadeó. Freddy se inclinó y besó su hombro desnudo. Esto era demasiado. Anne rió débilmente.

—Quizás yo debería salir y entrar otra vez.

Brett se retiró de su mano, su frente fruncida por la turbación, mientras ella podía sentir a Freddy riéndose contra su hombro.

—Creo que me gustaría ser saludada otra vez —contestó en respuesta a la turbación de Brett—. Y otra vez —su frente se despejó y sonrió abiertamente—. Y quizás otra vez. ¿Cuántas veces serías capaz de saludarme de este modo, antes que se vuelva tedioso?

El aliento de Freddy resolló contra su piel cuando rió suavemente, erizando su piel. Esta vez Brett también rió.

—Esto nunca se pondrá aburrido, Anne —le aseguró Brett mientras moría su risa, poniéndose serio nuevamente.

Anne dio un ligero tirón y él liberó su mano. Freddy lo tomó como una señal y se alejó, ofreciendo su brazo otra vez. Anne alisó su vestido y colocó su mano sobre el brazo de Freddy.

—Yo sería cuidadoso con tal declaración, Sr. Haversham —le dijo con fingida preocupación—. O alguien menos caritativo que yo lo retaría a probarlo.

Brett los siguió a través de la puerta, y Anne volteó para verlo sonreír.

—Yo no haría la misma declaración a nadie más, Anne —le

aseguró Brett—. Pero siempre te daría la misma respuesta.

El corazón de Anne golpeó rápidamente en su pecho ante sus palabras. Él quiso decir eso. Brett no mentiría. Esa no era su forma de ser. Ella entendió eso sobre él. Anne parpadeó rápidamente, maldiciendo sus inestables emociones de los pasados dos días—. Entonces no tengo que preguntar otra vez —murmuró y se dio vuelta para dejar a Freddy conducirla al interior de la casa.

Brett siguió a Freddy y Anne con un cierto sentido de inevitabilidad que prestó animación a su paso. O al menos su cojera. Él se rió de sus pensamientos. Anne ni siquiera notaba su cojera. Ella no hizo ningún esfuerzo consciente por acortar sus movimientos, o disculparla. Aún inconscientemente ella hizo exactamente esto. Brett podía decir que ella no tenía ninguna idea de ahora que caminaba más despacio que cuando la conoció. O que lo esperaba en la puerta antes de entrar. Tal como Freddy hacía. Ningún de ellos reconocería lo que hacían. Pero Brett lo hacía. Sólo que él no sabía que hacer con ello.

—¿Quieres recorrer la casa ahora, Anne, o después de la cena? — Freddy preguntó cortésmente cuando se detuvieron a unos pasos de la casa.

—¿Podemos recorrer la Galería Larga al comedor, Freddy? — Brett podría oír la anticipación en la voz de Anne—. Solía gustarme correr por ahí cuando era niña.

Freddy sonrió con indulgencia y Brett se estremeció al ver en el rostro de Freddy el deseo de complacerla. Los recuerdos lo abrumaron. Recuerdos de todas las veces que Freddy lo había complacido, o a sus amigos, y a desconocidos. Freddy vivía para dar a otros, para hacer a otros felices. ¿Pero quién hizo feliz a Freddy? ¿Quien dio algo a Freddy? Seguramente no Brett. Brett sólo se había negado una y otra vez. Él había tomado todo lo que Freddy tenía que

dar excepto su cuerpo. En un momento de claridad intensa Brett comprendió que había sido extraordinariamente egoísta en su esfuerzo por ser desinteresado. Freddy había pedido sólo una cosa de él, que Brett fuera su amante, y Brett se había rehusado. Y aún continuaba tomando el amor de Freddy, su lealtad, su apoyo, sus tiernos cuidados cuando fue herido. Él había disfrutado gracias a Freddy de lujosos alojamientos, deliciosas comidas, en realidad las más deliciosas. Había conducido los coches de Freddy, se había quedado en la mansión de Freddy, montaba los caballos de Freddy, usaba al sastre de Freddy. Y había hecho a Freddy miserable. Brett cerró los ojos avergonzado. Nunca en su vida se había sentido tan mal en su vida, como el peor de los bastardos.

—¿Brett? —él abrió sus ojos para ver a Anne mirarlo con preocupación—. ¿Estás bien? ¿Te duele la pierna? Podemos ir directo al comedor si lo deseas.

Y Anne, la hermosa Anne, generosa, dispuesta a perdonar, la apasionada Anne, quien no le guardaba ningún rencor por causar la muerte de Bertie. Él no tenía nada para dar, solamente a si mismo, y en aquel momento él lo dio libremente, en recompensa por todo lo que había tomado de ellos. Extendió la mano y tomó la de ella, miró sobre su hombro a Freddy, cuya frente se arrugaba con preocupación.

—No, estoy bien. Vamos por la Gran Galería. Admito que también estoy disfrutando de esto —aclaró su garganta, avergonzado por el nudo de emoción que ahogó su voz. Intentando distraerlos dijo—: me gustaría verte correr por la Galería otra vez, Anne. ¿Harías eso por mí?

Anne rió y Freddy le sonrió, y Brett sintió como si el sol hubiera aparecido después de cuarenta días de lluvia.

—Sí, también me gustaría ver esto. ¿Levantarás tus faldas y

correrás como solías hacerlo? —dijo Freddy juguetonamente, pero tras ello estaba la conciencia sexual omnipresente que remontaba el aire como un vendaval siempre que los tres estaban juntos. Brett soportó allí y permitió a ese sentimiento inundarlo. Por primera vez sintió su polla palpitar y endurecerse sin avergonzarse. Dio la bienvenida a esa sensación, y la abrazó.

Anne se alejó de Freddy, girando para alejarse de ellos. Levantó sus faldas coquetamente y a sabiendas sonrió de forma seductora. Brett sintió la emoción de la cacería. Nunca se había sentido tan vivo, tan lleno de anticipación.

—¿Oh muchachos le gustaría eso, verdad? ¿Que levantara mis faldas para ustedes? —su voz era un ronroneo gutural.

—Muchísimo —gruño Brett, siguiendo el juego. Tanto Freddy como Anne lo miraron con los ojos abiertos, sorprendidos, y Brett sonrió lobunamente—. ¿Las levantará para nosotros, no es verdad, Anne? —preguntó quedamente, acechándola. Por cada paso que ella retrocedía él avanzaba uno. Ella lo miró excitada, lista para saltar, para correr.

—Tal vez lo haga —dijo respirando lentamente, dando un paso atrás. Brett la siguió—. O tal vez no —Anne comenzó a moverse más rápido.

—Puedes correr, pequeña niña —advirtió Brett de manera amenazante— pero no escaparás.

Él trató de agarrarla y Anne chilló, volviéndose y corriendo a través del vestíbulo.

Freddy lo miró, su sonrisa burlona coincidía con la que Brett lucía.

—Te encontraré allí, anciano —dijo con una sonrisa, entonces dio vuelta y salió tras de Anne.

Brett no se apresuró. Sabía que ellos lo esperarían.

Freddy irrumpió en la Gran Galería desde el salón dibujo, patinando sobre el piso de madera. Respiraba pesadamente y miró ambos lados para ver donde se encontraba Anne. Boquiabierto la vio sentada en una silla a solo unos pasos de la entrada, leyendo tranquilamente un libro que había tomado del anaquel cercano. Mirándola atentamente, pudo ver que también respiraba con dificultad. Un rizo suelto colgaba de su cuello, y sus mejillas estaban enrojecidas. Claramente se acabada de sentar en la silla

—Bueno, me preguntaba cuando llegarías —dijo con calma, sin un pequeño jadeo, enfrentándolo.

Freddy alisó su chaqueta con sus manos. Tiró de sus puños y pasó una mano por su cabeza, arreglando su despeinado cabello.

—¿Estás aquí? ¿Había aquí alguna emergencia? —él oyó su propia dificultad al respirar con deleite. Disfrutaba de este juego, esta búsqueda. Y Brett lo había comenzado. Freddy no podía asimilar aun el cambio de Brett. En un momento había sido el Reservado Brett, callado, un observador más que un participante. Al siguiente había estado devorando a Anne con sus ojos, seduciéndola con sus palabras, seduciendo a Freddy con su sexualidad y deseos ostensibles. Dios, ésta iba a ser una gran noche. Freddy apenas podía contener su entusiasmo.

El sol poniente se reflejó en la Galería dando la impresión de estar en llamas. El cuarto era realmente un largo vestíbulo que corría a lo largo del ala oeste de la casa. Interrumpido cada cincuenta pies por enormes arcos que evocaban palacios orientales, las paredes eran de un pálido tono amarillo. El piso era de brillante roble, los amplios tablones destellaban bajo el resplandor del ocaso. Ventanas de seis pies de altura se alineaban a lo largo de la pared oeste, cubiertas por cortinas de rojo oscuro, con diseños de fleur-de-lis. Entre ventana y ventana había estanterías llenas de libros. Los elaborados

candelabros de 18 velas aún no estaban iluminados. En la pared opuesta a las ventanas había retratos colgados y bustos sobre pedestales. Era un pasillo impresionante, pero debido a los colores y la calidez del sol era acogedora. Freddy a menudo jugaba aquí cuando era niño, las veces que estaba en Ashton Park.

Anne encajaba aquí. Bajo los rayos del sol, se veía gloriosa, con un brillo casi etéreo. Las líneas de su vestido lavanda favorecían su figura. El escote cuadrado sobre su pecho, las mangas cortas y abullonadas sobre sus deliciosamente redondeados brazos. A la luz, la muselina se ceñía sobre sus curvas y caía desde sus generosas y femeninas caderas. Lucía como una mujer que follaría bien, tomando y dando placer sin reservas. Freddy comprendió que su opinión podía estar un poco influenciada. Él de hecho sabía que era tal mujer.

—Estás mirando fijamente —dijo Anne calladamente. Dejó el libro de lado y lo miró fijamente con una ligera y misteriosa sonrisa que jugueteaba en sus labios.

—¿Por qué no llevas el vestido azul que compré para ti? —Freddy preguntó curioso. Sintió el regresó de su cólera por el regalo devuelto. Comprendió que ella debía tener una buena razón.

—Era hermoso —murmuró, nerviosamente deslizó una mano sobre su cadera, como asegurándose que el vestido lavanda estaba bien. Estaba más que bien para preocupación de Freddy.

—¿Entonces por qué lo rechazaste? ¿Era el vestido, todavía en su caja, lo que hiciste sacar al lacayo del carruaje, no es cierto? —Freddy se movió de la entrada, caminando ociosamente unos pasos por la Galería, deslizando su mano a lo largo de la calva del busto de algún antiguo orador.

—Sí —Anne pareció insegura. Freddy no quiso trastornarla. Él solamente quería conocer cuál era el motivo. Se dio vuelta para calmar su inquietud, y encontró a Brett de pie en la puerta del pasillo,

apoyando su hombro contra el marco.

—No estamos enfadados, Anne —dijo Brett quedamente—. Simplemente no entendemos.

Anne giró y comenzó a andar despacio por la Galería en dirección del comedor, sus manos agarradas a su espalda. Freddy no se sorprendió porque ella recordara el camino. Él y Brett caminaron a su lado.

—Cuando me propusieron matrimonio Freddy, te encargaste de decir lo mucho que merecía ser duquesa —ella los miró—. Y estuviste de acuerdo, Brett —su tono era neutro, coloquial.

— Sí —Freddy mantuvo su tono ligero—. Todavía lo creo.

Anne le brindó una sonrisa.

—Dijiste que aun si no lo creyese, ustedes me amaban, y que yo debía casarme contigo por que eras Duque, y podías hacer mi vida mejor —hizo una pausa para mirar por una de las ventanas. El horizonte estaba en llamas en tonos rosas y brillantes rojos y naranjas de una puesta de sol en pleno verano. Freddy y Brett se detuvieron también—. ¿Recuerdas cual fue mi respuesta, Freddy?

Freddy sonrió con pesadumbre.

—Dijiste no.

Anne sacudió su cabeza y volteó hacia él con una sonrisa pesarosa.

—No. Dije que ustedes ya hicieron mi vida mejor —ella se acercó y tomó sus manos entre las suyas. Inclinando su cabeza, frotó el dorso de su mano izquierda contra su suave mejilla—. Estas pasadas dos semanas han sido las más felices de mi vida, Freddy —miró a Brett tiernamente cuando bajó la mano de Freddy—. Y no porque me hayan comprado vestidos hermosos y finos mantones indios. Aunque esté agradecida por los regalos —ella se movió entre los dos hombres y deslizó sus manos por sus brazos, con un tirón

consiguió moverlos a través de la Galería otra vez—. Han sido maravillosos simplemente porque los he compartido con ustedes. Les quiero a ambos, no por lo que puedan darme, sino por lo que ustedes traen a mi vida.

El corazón de Freddy se sacudió en su pecho. Él nunca había tenido a nadie que lo quisiera simplemente porque era Freddy. Anne no se casaría con él. No aceptaría sus regalos. Lo que quería, lo que aceptaría, era el regalo de él mismo, su cuerpo y su amor.

—Anne —susurró, atrayendo su mano a sus labios. Con cuidado besó las yemas de sus dedos—. Eres maravillosa.

—Te dije que aprenderíamos una lección con la idea que tiene Anne de lo que es una amante, Freddy —dijo Brett sin disimular la emoción—. Tenía razón.

Anne sacudía su cabeza.

—No. No amante, amantes. Esto es como yo nos veo a nosotros tres. Somos amantes.

—¿Y cuál es la diferencia? —preguntó Freddy, guiando a Anne hacia la puerta que conducía al comedor.

—Bueno, el amor, desde luego —contestó Anne.

—¿Quieren sentarse aquí? ¿Por qué? —Anne miró alrededor de la biblioteca con disgusto. La cena había sido encantadora. La comida estuvo extravagantemente deliciosa. Freddy y Brett la habían entretenido con historias sobre sus amigos y sus vidas en Londres. Freddy era tremendamente divertido, imitando gestos y discursos, y Brett tenía un sentido del humor más reservado pero que complementaba el atrevido humor de Freddy. Fueron atendidos por cuatro lacayos y Reeves. Anne casi había esperado que alguien cortara su carne y sostuviera el tenedor para ella. Fue desconcertante.

—¿No te gusta? —preguntó incierto Freddy señalando la

biblioteca.

—¿Gustarme? La aborrezco. Es la habitación más desagradable que he visto en mi vida. El tío Ash debe estar llorando su descontento ante las puertas del Cielo al ver sus libros tan maltratados.

Brett se sentó en una silla pequeña, que lucía tan frágil como si fuera a gemir en agonía bajo su peso.

—Anne, ¿qué sugieres que debe hacer Freddy aquí? —dijo, dejando su whisky sobre una mesa cercana que parecía igual de frágil.

Anne consideró seriamente su pregunta.

—Bueno, lo primero que haría, quitar el enrejado de los estantes —caminó alrededor de la habitación, examinando los libros de las estanterías—. Aunque, si recuerdo muy bien, tienes algunos libros valiosos aquí, Freddy —señaló las estanterías que habían al final de la habitación, un lugar oscuro convertido en un área para exhibir una colección de diversos objetos—. Deberías mantener aquellos estantes cerrados y poner los libros más valiosos en ellos, para protegerlos de la exposición de la luz.

Ella permaneció de pie en medio de la habitación, moviendo la cabeza mientras observaba la biblioteca. ¡Cómo había amado el tío Ash sus libros! Y como Bertie había lamentado tener que leerlos. No podía menos que reírse recordando todas las veces él había maldecido a su tutor por obligarlo a estudiarlos. Anne no podía recordar haber estado en la biblioteca de Ashton Park cuando vivían ambos, por lo que no sabía cómo había lucido antes. Seguramente, no como ahora.

—¿La duquesa redecoró esta habitación?

Freddy asintió sentándose al lado de Brett. En una silla, que no parecía tan incomoda como la de su amigo, pero en similar estado de precariedad.

—Sí, aunque no puedo imaginarme por que la convirtió en la habitación más incomoda de la casa.

Anne rió burlonamente.

—Yo si puedo. Porque tío Ash amaba desesperadamente sus libros. Difícilmente lo encontrabas sin un libro en la mano.

—Ahhh —exclamó Brett, alzando su copa y tomando un sorbo mientras miraba alrededor—. Eso lo explica.

El pobre Freddy suspiró.

—Me temo que así es. Una cosa es creer que tu madre odia a tu padre. Pero otra es tener una prueba tangible que este odio supera la tumba.

Anne caminó hacia él y tocando su hombro, estrechó su mano compasivamente. Luego la soltó, subiendo sus manos a su cintura mientras miraba alrededor.

—Bien —dijo ella con energía—, simplemente quitando las rejas y colocando muebles más cómodos aquí, haremos maravillas —ella agitó un dedo hacia Freddy—. Debes hacer que pulan los muebles, Freddy. Esta habitación es muy lóbrega con tanta madera oscura. Algo brillante y floral quizás, para suavizar el ambiente y hacerlo más acogedor —anduvo delante de las ventanas y extendió sus manos—. Pienso que aquí podrían ir unos sofás y canapés —dio la vuelta e inclinándose hacia delante dijo—. Con muchas mesas para colocar libros sobre ellas —Anne se irguió y señaló directamente delante de ella—. Con sillas distribuidas alrededor, para facilitar la conversación.

Súbitamente y con una repentina inspiración, se giró para mirar a Freddy.

—Ah, ¿todavía tienes la colección de jarrones de porcelana? Había algunas piezas holandesas y orientales realmente excepcionales —Anne señaló las vitrinas de ambos lados de la chimenea—. Deberías pintar la chimenea y las vitrinas, Freddy —le

dijo—, y llenarlas con aquellos jarrones. El contraste con la oscura madera del piso sería extraordinario —dando un ligero toque a su labio inferior con el dedo índice—. Quizás un papel tapiz dorado con diseños orientales estaría bien para las paredes —dijo pensativamente.

Por el rabillo del ojo vio a Brett comenzar a frotar su labio superior. Girando, los miró a ambos con ojos entrecerrados.

—¿Qué es tan gracioso?

Freddy levantó una ceja divertido.

—Para una mujer que no quiere ser la duquesa, tienes ideas muy claras sobre cómo redecorar mi casa. Y debo admitir que sabes más de ello que yo mismo ¿Qué colección de jarrones?

Anne sintió el rubor encendía sus mejillas.

—Preguntaste mi opinión.

Freddy se levantó inmediatamente y fue a tomar sus manos.

—Así fue, y estoy muy agradecido, Anne. No dejes que mis bromas arruinen tu diversión. Me gustan tus ideas.

Anne sonrió.

—¿Creo que me dejé llevar un poco, verdad?

Brett se enderezó en la silla y esta crujió amenazadoramente cuando apoyó su peso en el brazo. Freddy y Anne lo miraron especulativamente.

—Teniendo en cuenta mi aversión por esta habitación, mi querida Anne, tus ideas para su resurrección suenan perfectas.

Freddy asió la mano de Anne y ella a su vez cogió la de Brett cuando Freddy los llevó hacia la puerta.

—Dado que a nadie le gusta esta sala, salgamos de aquí.

—¿Qué es lo que sigue? —preguntó Brett sonriendo ligeramente a Anne y su bebida pendía negligentemente de los dedos de su mano libre. Se veía tremendamente hermoso, oscuro, peligroso y seductor cuando la miró con lascivia. A Anne le gustó esto. Ella lo quería así.

—Tú eliges —le dijo Freddy.

Brett contestó con un encogimiento.

—No tengo la menor idea.

Anne se rió.

—Bien entonces, Freddy, tu escoges.

La opción de Freddy resultó ser su salón privado. Anne mantuvo la cabeza en alto mientras subía las escaleras a los apartamentos privados de la familia, pero ella se sentía apenada por que sabía que los criados notarían que se dirigía a las habitaciones del duque, acompañaba por Freddy y Brett. La noticia correría por todo el pueblo antes de mañana.

Anne olvidó su aprehensión cuando entró en la habitación de Freddy. Esta era posiblemente la habitación más extraordinaria en la que estuvo alguna vez.

—¡Ah Freddy, esto es maravilloso! —gritó mientras giraba en medio de la habitación. Anne se apresuró a deslizar sus dedos sobre la superficie del piano que brillaba en la esquina. Presionando una tecla, no se sorprendió de encontrarlo perfectamente afinado. Señalando el retrato sobre la chimenea, ella preguntó—. ¿Quién es?

Freddy se encogió.

—Creo que es el octavo duque cuando era un niño —él bizqueó hacia la pintura—. No iba a cambiar nada aquí, pero estoy pensando remover el retrato.

Anne jadeó indignada.

—¡No lo harás! Es un hermoso retrato. Pienso que es encantador que esté en las habitaciones del duque.

Freddy miró a Brett aturdido. Brett solamente se encogió de hombros.

—Mujeres —dijo, y Freddy cabeceó asintiendo. Anne resoplando les dio la espalda para deambular por la habitación.

Freddy miró a Anne recostarse en el sofá de seda azul que estaba frente a la ventana, apoyada sobre un brazo con las piernas levantadas. Anne se quitó las zapatillas y tomó unos sorbos de su copa de vino. Le pareció que habían estado hablando durante horas. Había cubierto diversos libros, teatro, política, carreras de caballos, el vino y el anfitrión entre otros temas. Anne tenía infinidad de preguntas para ellos.

—Entonces, ¿eres brillante cuando se trata de asuntos financieros? —preguntó Anne a Brett, cogiendo una gota de vino con el dedo cuando esta se deslizó por su copa. Lamió el dedo mientras Brett la mirada con avidez desde una cómoda butaca que había acercado al lado de ella. La silla estaba cubierta con un tapiz naranja con grandes y cremosas flores. Cuando Brett se acomodó sobre ella, la naturaleza delicada de la silla acentuó su manifiesta virilidad. Cruzó las piernas extendidas sobre una otomana amarilla, su corbata de fantasía estaba deshecha y colgaba descuidada de su cuello, su chaqueta y chaleco estaban desabotonados. Su codo descansado en el brazo de la silla, y apoyando la mejilla contra su mano, sonrió hacia ella. Anne esbozando una sonrisa, chupó su dedo sugestivamente, durante un tiempo más largo de lo necesario. La ligera sonrisa de Brett remarcaba la lujuria de sus ojos. La hendidura en su barbilla pareció más oscura, más profunda, peligrosa, misteriosa. Freddy quiso hundir su lengua en ella y probar el calor y

saciar su hambre de él.

Brett se encogió modestamente ante la pregunta de Anne. Tomó un trago de su propio vino y lamió el borde limpio cuando terminó. Freddy vio los ojos de Anne oscurecerse mientras miraba la boca de Brett. Freddy deseó lamer sus bocas de la misma forma que ellos lo hacían excitándolo.

—Querida, él es más que brillante —aseguró Freddy mientras se inclinaba para dejar su copa en la mesa cercana. Tomó asiento al otro lado del sofá de Anne. Podía sentir el calor de sus pies descalzos rozando su muslo. Él no estaba seguro de que pasaba con los pies de Anne. Deseaba tocarlos, darles un masaje, para luego dejar a Anne acariciarlo por todas partes con aquellos pies. El pensamiento tenía a su polla latiendo con interés. Bien, eso podía esperar para otra ocasión. Él tenía otros proyectos para esta tarde. Forzó su mente a retomar la conversación.

—Brett se ha hecho una considerable fortuna él mismo, querida. El otro día fue bastante modesto al respecto. Brett también ha hecho fortunas para varios de nuestros amigos. Él juega a la bolsa como si se tratara de un juego de ajedrez. Esto es algo que le ha interesado desde que volvió de la guerra.

—No es la única cosa —murmuró Brett. Freddy le echó un vistazo y se congeló ante la intensidad con que Brett lo observaba. Freddy de repente encontró difícil pensar y respirar al mismo tiempo. ¿Realmente Brett quiso decir lo que él creía? ¿Que había estado interesado en Freddy? Pero él no lo había estado, aunque quizás las cosas estuvieran cambiando.

Anne gimió con fingida desesperación.

—Puf, odio el ajedrez. No puedo entender los movimientos. Mi padre se desesperaba. Él y tío Ash solían pasar horas jugando, ¿lo recuerdas, Freddy? Aunque tío Ash juraba que nunca habría ganado

si mi madre, compadecida, no hubiera venido de vez en cuando para susúrrale los movimientos al oído.

Brett río, su hoyuelo resaltó nuevamente, sus dientes blancos brillaban a la luz de las velas, las pequeñas líneas en las esquinas de sus ojos se arrugaban atractivamente. Freddy se sintió hipnotizado. ¿Él alguna vez había visto a Brett reír así?

—Bien, esto es similar al ajedrez, en realidad. Hay mucha estrategia complicada, previendo ciertos movimientos, jugando a inversiones de la misma forma que juegas intentando conseguir la reina de tu oponente.

Brett sonó como si fuera a comenzar una larga explicación. Se inclinó sobre el brazo de su silla y puso su copa en el suelo.

Anne levantó una mano haciendo rodar sus ojos.

—Detente ahí. Ya estoy perdida.

Freddy se rió al ver el gesto de consternación en la cara de Brett.

—Lo siento, Anne. No quise sonar como un sabelotodo —Brett la miraba avergonzado.

—Ni siquiera te di la oportunidad para sonar como uno —dijo Anne con una sonrisa burlona—. Por lo que ninguna disculpa es necesaria.

—¿Entonces, no te gusta el ajedrez? —preguntó Freddy con inocencia. Estaba encantado por que Anne y Brett hubiesen seguido tan bien su ejemplo.

Anne bebía a sorbos su vino y sacudió la cabeza cuando ella tragó.

—Mmm, me temo que no. ¿Por qué? ¿Pensabas en una partida de ajedrez para esta tarde? —su sonrisa burlona, lo desafiaba.

Freddy respondió a su desafío.

—No. Yo tenía en mente otro juego.

Anne comenzó a beber otro trago, pero Brett inclinándose le arrebató la copa de la mano. La dejó junto a la suya.

—Anne tengo la sensación de que ninguno de nosotros puede permitirse beber más si vamos a jugar los juegos de Freddy.

Anne lo miró sorprendida.

—¿En serio? ¿Por qué? ¿Qué tipo de juegos le gustan a Freddy?

Brett rió nuevamente.

—La clase que requiere de destreza y sensibilidad, así como una mente despejada —Brett le hablaba, pero miraba a Freddy. Su ardiente mirada quemó a Freddy hasta la punta de sus botas Hessians. Oh sí, Freddy tenía planeado jugar con Brett también—. Aunque yo realmente no puedo estar seguro. Sólo he jugado con Freddy dos veces.

—¿Sólo has jugado con él dos veces? ¿De qué estás hablando, Brett? —preguntó Anne turbada—. Lo conoces desde hace más de cinco años. ¿Seguramente han compartido juegos juntos?

—No esta clase —Freddy habló desde el otro extremo del sofá, donde estaba sentado, con un brazo extendido sobre el respaldo y el otro descansando sobre un costado. Tenía las piernas cruzadas y aun llevaba la maldita corbata anudada. No tenía la suficiente confianza para desnudarse como Brett lo había hecho. Freddy había tenido miedo de no ser capaz de detenerse, y no quería apresurar las cosas esta tarde. Estaba complacido por que habían hablado durante horas, aprendiendo más de cada uno. Esto había reafirmado sus objetivos. Que estaban destinados a estar juntos, Brett, Anne y Freddy. Ahora sólo tenía que convencer a estos dos.

Anne parpadeó varias veces cuando entendió el significado.

—¡Ah! esa clase de juegos. Me gustaría jugar esa clase de juegos —ella parecía tan emocionada como un niño ante un regalo hermosamente envuelto, y Freddy sabía que esta era la clase de

regalo que ella ansiaba con entusiasmo, este aire embriagador de expectativa y el deseo.

—Estoy muy contento de oír que estás de humor juguetón —dijo Freddy con una sonrisa burlona. Bajando la mano la puso alrededor del pie de Anne. Mantuvo la sonrisa amistosa sobre su cara—. La primera regla es: Anne debe estar desnuda.

CAPÍTULO DOCE

27 de Diciembre de 1811

Anne,

Llegaron tus regalos. Me sorprendió que te hayas acordado de mí. Tengo el pañuelo en la mano y apenas puedo creer que la última mano que lo sostuvo fuese la tuya. El bordado es hermoso, Anne. Bertie estaba muy impresionado. Dijo que tú nunca te habías sentado a hacer costura por mucho tiempo porque era aburrido. Y aún así lo hiciste para nosotros. Para mí. Trazo las iníciales delicadamente bordadas, el patrón de la hiedra y las flores, tan pequeño y perfecto. Lo hiciste para mí. Algún día te lo devolveré, Anne. Reembolsaré tu bondad.

El mayor milagro de todos en esta estación de milagros fue tu carta, Anne. Cuando Bertie la leyó en voz alta, y oí mi nombre en aquel saludo, no sabía que decir o hacer. Pero no puedo evitarlo. Todas mis esperanzas, todos mis sueños, residen contigo ahora, Anne. Bertie se ríe por tus saludos, tu comentario humorístico sobre el estudio en que compartimos alojamiento en tu corazón, que es más grande que nuestra tienda, no puedo respirar por la esperanza que me ahoga. Es demasiado. Quiero demasiado.

Brett

—¿Desnuda? —Anne rió—. ¿Quién hizo esas reglas?

Ella se levantó y Freddy lamentó la pérdida de su pie, pero no por mucho tiempo. Ella le dio la espalda girándose hacia Brett.

—¿Me ayudas? —preguntó juguetonamente.

Brett comenzó a ponerse de pie.

—No —dijo Freddy, sus dedos jugaban con la costura del cojín del sofá. Él se emocionó cuando Brett paró a mitad de levantarse de la silla y luego despacio se volvió a sentar.

—Parece que Freddy está haciendo las reglas —miró a Freddy entrecerrando los ojos—. Por ahora.

Freddy sonrió a los dos. Dios, él los quería, y él los quería en sus términos. Había jugado sus juegos, él lo había hecho a su manera, les había dado lo que pidieron. Era su turno.

—La segunda regla es que Brett no toque a Anne hasta que Freddy diga que puede —Freddy esperó con mayor entusiasmo la respuesta de Brett.

Anne respondió en primer lugar. Se reía en voz alta y aplaudía alegremente con sus manos.

—¡Oh, me encanta, Freddy! ¿Este es el juego llamado “torturar a Brett”?

Brett estrechó sus ojos aún más. Su rostro se endureció, sus pómulos se hicieron más prominentes, la nariz un poco más angulosa a través del puente cuando sus ventanas llamearon, incluso sus labios se estrecharon cuando escuchó su risa.

—No estoy seguro de que me guste este juego.

Anne se rió más fuerte y Freddy dejó escapar una sonrisa muy satisfecha.

—Freddy —Brett habló arrastrando las palabras. Freddy no le hizo caso.

—Vamos todos a disfrutar de este juego —dijo Freddy a Anne—. Ahora ven aquí y déjame verte desnuda.

Él gesticuló lánguidamente con una mano mientras descruzaba las piernas e indicaba a Anne que se pusiese de pie entre sus rodillas. Ella fue con una presteza encantadora y se puso entre sus piernas dócilmente mientras él la ayudaba a quietarse el vestido. Él deslizó el vestido de sus hombros y lo siguió hacia abajo por sus brazos, empujando las mangas fuera de sus manos. Con una persistente caricia pasó sus manos sobre sus brazos y hombros, haciendo temblar a Anne.

Muy suavemente, Freddy se inclinó hacia adelante y besó el hueco de su columna vertebral justo por encima de la enagua. Empujó el vestido hacia abajo hasta que se reunió a sus pies y la ayudó a salir y luego le quitó las zapatillas. Se paró detrás de ella de nuevo.

—¿Nunca? —pasó los dedos hacia abajo por su espalda otra vez hasta que encontraron los cordones de su enagua—. Solo han sido dos días, Anne. Seguramente no ha sido tanto tiempo.

—Ha sido toda una vida —Anne se movió agitadamente—. Quiero que los dos me toquen todo el tiempo.

—No puedo —dijo Brett con verdadero pesar en su voz—. Freddy no me deja.

Freddy apartó la vista de las vertebras y la delicada piel de seda de Anne para mirar las manos de Brett apretadas contra el apoyabrazos de su silla. Su postura era todavía negligente, pero Freddy podía ver la tensión en las esquinas de sus ojos. Freddy dirigió de nuevo su atención hacia Anne. Se inclinó hacia adelante y lamió el mismo hueco que había besado hacía un momento. La respiración de Anne se aceleraba con cada caricia. Dejó que su lengua viajase a lo largo de su columna, y hacia abajo por cada vértebra. Anne dejó escapar un pequeño quejido.

—Te va a encantar este juego, Brett —dijo Freddy suavemente, tirando de los cordones de la floja enagua de Anne. Anne levantó sus brazos y Freddy le quitó la prenda. Él la puso sobre el sofá e inmediatamente cogió y sacó fuera también su camisa.

Brett gimió cuando el torso de Anne estuvo desnudo. Ella estaba de pie nada más que con las medias y las ligas, y Freddy se puso duro mirándola. Él no podía ver sus pechos, sin embargo, Brett podía. Freddy estaba cautivado con su espalda. Era larga y escultural, su cintura era curva, sus caderas llenas que aumentaban hacia el exterior como si se tratara de la ladera de una colina, hasta que llegó a los globos redondeados de su trasero, plenos, altos y deliciosos. Él se sentó de nuevo y ahuecó el glúteo derecho con cuidado y amasándolo suavemente, a continuación, dirigió su pulgar ligeramente hacia abajo por el pliegue sombreado. Su cuerpo entero tembló.

—Haz eso otra vez —susurró Brett.

Freddy lo hizo y Ann gimió cuando ella se estremeció.

—Cristo —dijo Brett aproximándose—. Sus pechos se agitan cuando lo hace, cuando tú lo haces. Sus pezones están tan duros que parece doloroso.

—Están doloridos —dijo Anne débilmente—. Me gustaría que alguien los calmara.

—¿Freddy?

La voz de Brett era esperanzadora. Freddy sonrió malvadamente.

—No —quitó su mano de la espalda de Anne y la colocó sobre su vientre desnudo—. Anne pellizca tus pezones. Muéstrale a Brett como te gusta que lo hagan.

—Oh Dios —gimió Anne.

Brett respondió maldiciendo a Freddy mientras Anne hacía lo que le habían dicho. Freddy pasó ambas manos por los costados de Anne, comenzando por los hombros, y luego siguiendo las curvas y pendientes de sus caderas.

—Freddy —se escuchaba tan débil, desvalida, por lo que Freddy se controló para no dejar el plan original y no tirarla abajo y joderla entonces.

—Extiende las piernas, Anne —Freddy levantó su mano y Anne lo agarró para apoyarse cuando hizo lo que le habían dicho.

—Jesús, Freddy —jadeó Brett cuando Freddy empujó una mano entre sus piernas.

Anne gimió y movió su mano.

—Creo que a Anne le gusta este juego, Brett —Freddy aflojó su sujeción sobre su montículo, retrocediendo con su mano despacio. Él remontó su índice a lo largo del pliegue oscuro y caliente que separaba los glúteos de su espalda otra vez.

—Freddy —pidió ella—, por favor.

—¿Ves como le gusta que le toquen los pezones, Brett? —preguntó Freddy. Freddy esperaba ver al otro hombre tocarla, negándose el derecho de tocarla él mismo, llevaría a Brett a sus sentidos. Pero en el calor del momento, Freddy perdió de vista su intención original. Él se encontró disfrutando de su tormento demasiado. Le gustaba ser el que tocaba, volverlos locos, despertarlos, dictar su papel.

Brett escogió ese momento para cambiar las reglas.

—¿Así? —la voz de Brett era ronca. Anne nunca lo había oído de esa manera. Era un sonido decadente, despierto y poderoso. Lo había

oído desesperado pero esto no sonaba desesperado. Esto era deliberado, y envió un escalofrío por su piel. Detrás de ella Freddy se congeló por un momento. Ella miró hacia Brett y lo que vio la hizo gemir en voz alta. Su sexo se sentía como si su corazón se hubiese deslizado hacia abajo para descansar justo allí entre sus piernas, palpitando despiadadamente.

Brett todavía estaba tumbado en la silla, pero su chaqueta y chaleco estaban extendidos abiertos, igual que el cuello de su camisa. Su camisa estaba abierta para exponer el lado derecho de su pecho. Pellizcaba su pezón. Él dejó ir el pequeño punto marrón duro, rodeado de un círculo de color marrón oscuro casi perdido en el remolino del pelo oscuro de su pecho. Pasó su índice alrededor del pezón, por el pelo y luego lo pellizcó otra vez, entre su pulgar y su dedo medio, pellizcando y rodeando. Tiró y el placer le hizo gemir mientras su cabeza caía contra el respaldo de la silla.

—Puedo ver porque le gusta esto —dijo él con la misma voz oscura, ronca.

—Brett, oh mi Dios, Brett —dijo Anne, y se rió jadeando—. Esto es asombroso. Hazlo otra vez. Más.

Era el turno de Brett de burlarse, y lo hizo. Se pellizcó y recorrió su pezón, pero se paró de repente, y Anne miró su rostro. Él sonreía, claramente disfrutando de su atención.

—Hazlo, Anne —la impulsó—. Hazlo conmigo.

Anne siguió cada uno de los movimientos de Brett. Cuando él apretó, ella apretó, cuando él tiró y arrancó, ella también. Esto era un juego erótico de seguir al líder, y Anne estaba delirante con la decadencia de esto. Las manos de Freddy agarraron sus caderas, sus dedos se enterraron deliciosamente. Él se agachó y besó la curva de su cintura directamente encima de su mano, y luego descansó su cabeza contra su costado, mirando a Brett con ella.

—¿Te gusta lo que él hace, Freddy? —preguntó ella. Por alguna loca razón ella quería que estos hombres se quisieran el uno al otro esta noche. ¿Por qué? Ella los quería a ambos, pero también quería mirarlos entre ellos. Ella quería que Freddy disfrutara de la nueva libertad de Brett tanto como ella lo hacía, y ella quería que Brett jugara con Freddy, tal como él jugaba con ella. Tenía miedo de seguir sus pensamientos al siguiente paso lógico, con miedo de imaginarse a Freddy y Brett en un lujurioso abrazo que la llevase al clímax cuando ella estaba de pie allí sin hacer nada, pero jugando con sus propios pechos.

—Sí —respondió con calma Freddy—. Sabes que lo hace —él movió su mano un poco y Anne gimió y jadeó—. Voy a hacer todo lo que me gusta esta noche.

La declaración de Freddy era normal, pero Anne oyó el deseo apenas marcado en su baja voz amaderada. Ella solo había escuchado esa voz cuando hacían el amor.

De repente Freddy se levantó y agarró la mano de Anne, tirando de ella por la habitación.

—¡Freddy! ¿A dónde vamos? —Anne estaba sin aliento, siguiendo a Freddy voluntariamente, aunque miró hacia Brett. Él estaba sentado allí mirando hacia ellos, su cabeza echada hacia un lado, distraído pasando un dedo alrededor de su pezón. Dios, él era sangrientamente magnífico. ¿Podría decirlo? Supuso que podía decir o hacer cualquier cosa que quisiese esa noche. Así que lo hizo.

—Brett, eres sangrientamente magnífico.

Brett le sonrió abiertamente y Freddy se rió.

—¿Y yo? —preguntó coquetamente Freddy—. ¿Qué pasa conmigo?

Él la había dejado y Anne se giró para mirarlo, de pronto más consciente de su desnudez, sus pies desnudos en las medias, las ligas

pellizcando sus piernas, la ligera brisa que entraba por la ventana que acariciaba sus pechos expuestos y entre sus piernas, la mano de Freddy apretando la suya con fuerza. Todas las sensaciones la bombardearon hasta que ella se tambaleó. Extendió la otra mano y Freddy la apretó contra él, sus brazos abrigándose tiernamente a su alrededor.

Anne echó hacia atrás su cabeza y le miró con adoración. Ella no ocultó sus sentimientos. ¿Por qué debería? Él tenía que saber que ella estaba enamorada de él.

—Tú eres hermoso, Freddy. ¿No lo sabes? Cuando te vi en mi sala de desayuno ¿no fue eso hace solo dos semanas? Pensé que eres casi demasiado bonito, pero eres demasiado poderoso para ser guapo —Anne se puso sobre los dedos de los pies y envolvió sus brazos alrededor de su cuello, los dedos de su mano derecha jugando con el pelo más largo de la nuca. Ella frotó la nariz en su cuello y, luego besó su obstinada mandíbula. Él miró hacia abajo a sus increíbles ojos azules, sus largas y espesas pestañas ocultando su color, pero no las emociones que se arrebolaban en ellos—. Tú eres uno de las personas más bellas que he conocido, Freddy.

—Anne, creo que me das demasiado crédito —él habló suavemente cuando pasó su mano arriba y abajo por su espalda cuidadosamente.

Sentía como el pelo de sus brazos y la parte de atrás de su cuello se erizaba con la emoción de la caricia.

—No Freddy —Brett habló desde más allá en la habitación, y Anne bajó sus talones al suelo y giró su cabeza con su mejilla descansando sobre el ricamente vestido pecho de Freddy mientras miraba hacia Brett. Brett frotó su mano sobre su pecho, retiró la camisa hacia un lado y dejó expuestos sus pectorales y los pezones. Este era un gesto tan masculino que Anne quedó sobrecogida.

—Ella tiene razón. Eres hermoso. Es una de las razones por las que las personas acuden a ti. Estar cerca de tal belleza es embriagador.

Anne se rió suavemente y levantó su cara hacia Freddy.

—¿Es eso lo que es? ¿Es por eso por lo que me siento mareada esta noche? ¿Por qué estoy bajo el resplandor de su magnificencia?

—Me gustaría que fuese así, Anne, pero creo que es el vino —respondió Freddy humildemente.

Ellos se habían parado justo al lado del piano, y Freddy se tomó su tiempo para ajustar el banco en frente del teclado.

—No tengo ninguna excusa —dijo Brett, desde atrás de ellos, y Freddy dejó caer el banco con un fuerte ruido sordo. Se volvió a mirar a Brett y Anne sintió que la tensión en el aire tenía expectativas positivas. Ella disfrutó directamente con ello.

Freddy se volvió con una última mirada sobre el hombro hacia Brett, quien tan solo estaba allí sentado mirando fijamente con una sonrisa enigmática sobre su cara.

Freddy colocó sus manos sobre su cintura y levantó a Anne en el aire, balanceándola hacia el piano.

—¿Freddy que estás haciendo? —chilló ella, pateando inútilmente el aire.

—Deja de dar patadas, Anne —dijo él con una sonrisa—. Te estoy poniendo encima del piano.

Anne dejó de dar patadas, más por el estado de shock que porque Freddy se lo dijese.

—¿Para qué?

Freddy la sentó sobre la tapa cerrada del piano y luego aprovechó para hacer una mueca con la nariz.

—Porque, tonta, vamos a tocar algo de música —tocó el lado de su pierna—. Vamos arriba.

Anne balanceó sus piernas y con la ayuda de Freddy, ella se colocó en el centro de la tapa. Freddy anduvo alrededor y se sentó sobre el banco ante las teclas del piano, que estaban delante de Anne. Él levantó la tapa abatible de las teclas y con cuidado la mantuvo levantada, dejando las teclas expuestas. Anne se compadeció de ellos. Freddy la miró con una sonrisa maliciosa que hizo correr a su corazón.

—Ven aquí, querida —le dijo él. Ella comenzó a ponerse de rodillas, pero Freddy sacudió su cabeza—. No, no. Solo túmbate y dame tus pies.

Anne hizo lo que le había dicho con cierto temor. Freddy notó su inquietud y levantó su pie izquierdo en sus manos hasta que pudo besar el alto arco de su empeine. Él la miró sobre su pie levantado.

—No te preocupes, gatita, no te haré daño. Estamos jugando ¿recuerdas? ¿Tú no quieres tocar música conmigo?

—Quiero hacer el amor contigo —declaró Anne sin rodeos. Fue recompensada con un verdadero placer en la cara de Freddy.

—Lo haremos ambos —la aseguró él. Apoyó su mano e inclinó la lengua sobre su sensibilizado pezón y Anne echada gimió cuando él pellizcó el turgente punto y lo chupó en la boca.

Sonaba como si se estuviese amamantando y cuando Anne fue a deslizar sus manos por su grueso cabello él cambió de lado. Sus manos quedaron colgando cuando chupó el otro pezón, más áspero que el primero, tirando más duro y mordiéndolo, sosteniéndolo entre sus dientes. Entonces él se puso de pie y tocó directamente las teclas. Había un ruido sordo de las notas discordantes. Freddy dejó ir su pezón con un movimiento rápido de su lengua.

—Hermoso —suspiró Freddy.

Él cogió su pie derecho y lo dejó donde él tenía su mano izquierda. Él se inclinó y la contempló como si mirase una pintura o

una estatua. Sus pezones fruncidos casi dolorosamente, el aire fresco de la ventana enfriaba los picos mojados. Después de un momento, él cogió ambos pies otra vez y extendió sus piernas amplias antes de dejarlos debajo de nuevo. No podía dejar de sonreír abiertamente.

—Perfecto —gruñó él.

Anne se sentía maravillosamente expuesta allí sobre la parte de arriba del piano. Sus piernas estaban ampliamente extendidas directamente delante de Freddy, quien no podía dejar de ver cada pliegue y grieta de su lloroso sexo. Anne se inclinó sobre los codos, con la esperanza de darle una vista mejor. Cuando lo hizo su pie derecho comenzó a deslizarse fuera de las teclas.

Freddy lo atrapó.

—Fuera las medias —dijo. Levantó su pierna y puso el pie contra su hombro hasta que alcanzó y sacó la primera liga, después las medias. Lanzando ambas por encima de su hombro.

—No tengo muchos pares de medias buenas —le regañó Anne.

Freddy no parpadeó.

—Cualquier prenda de vestir que arruine mi insaciable deseo te la sustituiré. ¿De acuerdo? —él alzó la vista con sus cejas levantadas como preguntando.

Anne sabía que era una treta, pero había perdido la energía por lo que significaban sus regalos. Ella suspiró.

—De acuerdo.

Freddy la recompensó con un beso en el tobillo y poniendo su pie en las teclas.

—Los criados van a pensar que uno de nosotros no tiene absolutamente ningún talento con el piano —comentó ella con diversión.

Brett se rió y Anne giró su cabeza para verle levantarse y caminar hacia ellos mientras Freddy terminaba el trabajo de quitarle la liga colocando su otra pierna.

—Asumiré la culpa —dijo Brett magnánimamente, colocando una mano sobre su corazón con una fingida sinceridad.

Freddy pasó sus manos por encima de las espinillas de Anne, sobre sus rodillas hacia sus muslos. Anne gimió y cerró los ojos, un pie frotándose en las teclas causando un pequeño zumbido de dos o tres notas.

—Me gusta esa canción que tocan los dos —reflexionó Brett cuando se acercó y se inclinó con los brazos cruzados sobre el piano por encima de su cabeza—. ¿Cómo se llama?

Freddy deslizó la silla más cerca del piano y tiró de las piernas de Anne hasta que colgaban la mitad sobre las teclas.

—Yo la llamo: “Freddy está a punto de probar a Anne y se le hace la boca agua”. ¿Demasiado largo?

Burlándose Freddy se inclinó y suspiró directamente en el vértice de sus muslos. Anne podía sentir su aliento caliente sobre los hinchados labios cuando él exhaló.

—Oh Dios —gimió Anne, echando hacia atrás la cabeza. Ella ya tuvo un hombre intentando hacer eso, pero simplemente había estado avergonzada la mayor parte del tiempo. Se había tranquilizado cuando él finalmente se había rendido y solo la folló. Pero ella quería la boca de Freddy sobre ella, devorándola. Empujó sus caderas hacia su cara y él rió en silencio.

Brett dejó salir una risa suave y luego sintió sus dedos pasándolos por su mejilla y metiendo un rizo detrás de su oreja.

—A Anne le gusta ese título, Freddy. Personalmente, yo lo habría llamado: “Voy a joder a Anne con mi boca”, pero eso es realmente una elección artística, creo.

Anne se tumbó totalmente sobre la tapa del piano con un quejido.

—¿Van a burlarse de mi toda la noche? Por favor, Dios, hazlo. Pon tu boca sobre mí.

Freddy frotó su cara sobre el interior de su muslo, la incipiente barba la quemó de una forma agradable.

—No toques, Brett. Regla número dos.

Brett inmediatamente separó su mano.

—Lo siento mucho, Freddy. Juego nuevo y todo esto. Lo intentaré.

Anne escuchó la diversión de su tono y se maravilló de ello. Estaba tan relajado esta noche, tan dispuesto a jugar con ella y Freddy. No estaba segura de lo que había pasado. ¿Era porque finalmente le había contado lo que había pasado en Salamanca? Anne cerró ese tren de pensamiento. Ella no quería pensar en Bertie ahora, al menos no en la muerte de Bertie. Ella no podía dejar de sonreír mientras se preguntaba si esta sería una de las cosas que Bertie había aludido querer hacer con ella en sus cartas. Conociendo a Bertie, ella estaba segura de esto.

Anne sintió a Freddy tocando su sexo, apenas un aleteo a lo largo de sus rizos húmedos, y ella se estremeció, sus pies aplastando las teclas otra vez. Ella cerró sus ojos y se ruborizó por la vergüenza.

—Freddy, no puedo… la música. Todo el mundo escuchará.

Había un calor a lo largo de su hombro, un aliento húmedo, caliente. Anne abrió sus ojos y vio a Brett, su boca solo a unas pulgadas de distancia de su piel.

—No te avergüences, querida Anne. Eres un hermoso instrumento que se creó para ser tocado —él deslizó su mano por su brazo, sin tocarla, pero lo bastante cerca como para causar que sus pelos se erizasen por la sensación de pasar por encima de sus

nervios. Brett se rió cuando vio la carne de gallina de su brazo—. Quiero oírte cantar cuando Freddy te ame —Brett descansó su mejilla en su antebrazo, que estaba puesto sobre la tapa del piano. Su rostro estaba junto al suyo cuando ella lo miró—. Canta para nosotros, Anne.

Las palabras eran tan suaves que tuvo que esforzarse para oírlas.

Freddy lamió sus rizos pubianos otra vez y Anne gimió.

—Me gusta el pelo aquí, Anne —dijo Freddy, y ella podía sentirle jugando con sus dedos. Ella sentía sus dedos con cuidado separar sus pliegues—. Me gusta el misterio de esto, la forma en que oculta tu sexo, como si esto fuese un regalo para ser desempaquetado.

Freddy se sentó y miró fijamente a su revelado sexo durante al menos un minuto. Con cada segundo Anne se sentía más vulnerable. El aire era fresco, glaciar en su acalorada raja. Sin moverse, sin tocarla, Freddy la llevó a una excitación superior hasta que arqueó su espalda, en la agonía de la espera. Las teclas tocaron una canción de necesidad y a su lado Brett calló silenciosamente.

Freddy ligeramente pasó su dedo por el lado izquierdo de sus pliegues interiores y Anne gritó. Intentó mantener sus pies estables, intentó parar la música, pero todavía había un zumbido casi inaudible sobre las cuerdas.

—Tus labios son aquí de un hermoso rosa oscuro, Anne —pasó un dedo a lo largo de ella otra vez, con más firmeza, y Anne se retorció—. Esto tiene una curva, un aleteo, como las alas de una mariposa —Freddy sopló sobre el mismo punto y el sexo de Anne dolió por la necesidad—. Ahora vuela, Anne —susurró Freddy—. Vuela para mí.

Y de repente, su boca estaba allí, sobre ella, y Anne gritaba por la maravillosa sensación. Él besó su sexo tal y como besaba su boca, con labios, lengua y dientes, y ella voló.

Las manos de Anne se agarraron sobre la madera lisa del piano, intentando encontrar algo. Ella finalmente agarró el borde cerca de sus caderas y lo mantuvo apretado. No se preocupó más por la música. Sus pies bailaban a través de las teclas, sin la inhibición de la lengua de Freddy torturando su hinchada carne blanda con suaves lametones. Ella quería, necesitaba.

—Más —gritó ella.

A su lado podía oír la respiración desigual de Brett, podía sentir el calor que irradiaba de él. De repente, aquel calor se movió de su hombro a sus pechos y sus ojos abiertos volaron a la mano de Brett que se apretaba sobre su pecho. Ella se arqueó, intentando presionar sus doloridos pezones contra su palma, pero Brett se retiró, justo fuera de su alcance.

—No, no, Anne —susurró él y se volvió para ver donde estaba su mano—. Ningún toque —susurró casi para sí mismo. Su mano flotaba justo por encima de su piel ardiente, y en su estela sintió erizarse el vello. Sintió los temblores de sensación a lo largo de sus pechos y estómago. Su mano temblaba. Anne estaba cruelmente satisfecha. Ella quería que él ansiara tocarla tanto como ella necesitaba su toque.

La lengua de Freddy se condujo por su vaina, profunda y mojada, chorreó sobre su boca y ella no pudo parar un chillido de placer. Él la jodió con su lengua dentro y fuera.

—Oh Dios —gimió ella.

Brett rió en silencio.

—Sí, eso es todo. Me gusta tu canción de amor, Anne.

La mano derecha de Anne buscó a ciegas entre sus piernas y ella con impaciencia agarró el pelo de Freddy, presionando su cara contra ella. Ella lo sintió temblar con la risa, el sonido viajó dentro de ella y tomó vuelo. Las teclas del piano bailaron y sonaron cuando su clímax comenzó con un gemido y terminó con un grito de pura alegría.

El orgasmo de Anne mantuvo a Brett hechizado. Él pasó sus manos sobre su tembloroso estómago cuando ella se arqueó sobre el piano, sus pies golpeando las teclas cuando ella apretó la cara de Freddy contra su coño y gritó por el placer. Cristo, era asombrosa, deliciosa, y él tenía que tenerla.

Brett se puso de pie, tropezando con sus propios pies cuando él comenzó a quitarse su chaqueta. Sobre el piano, Anne gemía y temblaba bajando de su clímax. Freddy siguió lamiendo y chupando de ella, los sonidos mojados volvieron loco a Brett. Su polla era como una bestia enjaulada, desesperada por estar libre de la ropa.

Cuando se rasgó la camisa y la lanzó fuera, revoloteó al suelo cerca de los pies de Freddy, que finalmente notó lo que él estaba haciendo.

—¿Brett? —preguntó. Su voz áspera, con hambre, y la polla de Brett tiraba en reconocimiento de esa hambre.

Dios, Brett quería empujar su polla en la boca de Freddy, todavía caliente con la liberación de Anne. Él quería calmar la garganta de Freddy con su propia culminación, bañándola con su semen y luego besar el dolor de la distancia.

—Nueva regla. Brett tiene que estar desnudo también —la voz de Anne le asustó, y su mirada voló para verla inclinarse sobre un

codo, mirándolo. Su pecho subía y bajaba todavía con los ojos ligeramente desenfocados.

—Sí —raspó él—, nueva regla —no podía manejar más palabras.

Sin delicadeza bajó hacia el suelo y tiró despiadadamente de una de sus botas.

—Malditas botas —refunfuñó desesperadamente. Finalmente, quedó libre y la tiró con todas sus fuerzas y la lanzó a través de la habitación. Rebotó contra la pared con un ruido sordo y Brett oyó risas tanto de Anne como de Freddy.

—¿Tenemos algo de prisa? —preguntó Freddy lánguidamente, con esa voz, malditamente deliciosa, profunda voz que Brett acababa de descubrir.

—Sí —gruñó Brett cuando se liberó de la otra bota. Levantándose, Brett rasgó la parte delantera de su ropa interior. Tiró de los pantalones, ropa interior y medias de repente. Cuando lo hizo, su piel pudo respirar y su polla era libre, durante un momento respiró pesadamente.

—Buen Dios —murmuró Freddy.

Brett alzó la vista hacia el piano, su visión extrañamente aguda. Anne y Freddy estaban nítidos a la tenue luz de las velas. Lo deseaban. No podían apartar sus ojos de él. Su deseo hizo que Brett se sintiese completo, invencible, salvaje. Sonrió abiertamente y vio los ojos de Anne ensancharse.

—No tocar —murmuró Freddy.

—No, Freddy —lloró Anne—. Por favor. Él es tan perfecto. Por favor.

Brett sonrió más ampliamente. Cojeó y puso las manos sobre el piano. Se inclinó hacia abajo como si fuese a besar a Anne y luego,

se separó en el último segundo y se levantó hacia la cima del piano, donde descansó de rodillas a su lado.

—Oh Dios, oh Dios, oh Dios —cantó Anna cuando ella miró fijamente su erección justo encima de ella.

Brett se puso encima de su estómago y se inclinó hacia abajo, descansando sus antebrazos a lo largo de la tapa del piano al lado de la cabeza de Anne. Ella tenía que inclinar su cabeza un poco hacia atrás para mirarle a la cara. Estaba hermosa, sus mejillas rojas, sus ojos brillantes, unos pequeños dientes blancos que mordían el jugoso labio inferior. Cristo, él hasta pensó que era pequeña, delicada con sus definidas volutas, estaba hermosa. Él se apoyó hacia abajo y sopló muy suavemente en aquellas volutas.

—Brett —gimoteó ella, temblando. Ella comenzó a alcanzarle, pero paró a una escasa pulgada de su pecho, sus manos se movieron ligeramente cuando ella apretó sus puños para impedirse tocarle.

—No toques —susurró él en su oído.

—Lo deseo tanto, tanto —susurró ella hacia atrás.

De rodillas sobre Anne, en la tapa de madera dura que estaba afectando el muslo de Brett. Tenía que poner la mayor parte de su peso sobre la pierna sana y parcialmente enderezó su pierna coja. Él movimiento obligó a su pecho a bajar y su pelo del pechó cepilló los pezones hinchados de Anne.

—Sí —suspiró ella, arqueándose ligeramente.

—Dame tu mano, Brett —dijo Freddy silenciosamente—. Aquí.

Brett sintió el tacto suave del interior del muslo y no pudo controlar el tirón del choque y la toma de conciencia. Él miró hacia abajo y vio a Freddy alcanzándole entre sus piernas, tan condenadamente cerca de su dura polla que Brett sintió el calor de su mano sobre su piel ya recalentada. Sus caderas se movieron involuntariamente otra vez, directamente hacia aquella mano, y Brett

tuvo que retirarse en el último segundo. Le tomó un momento respirar profundamente y volver a tener el control, miró hacia abajo y Freddy envolvió su mano alrededor de Brett.

Durante un breve momento, Brett pensó que sintió los labios de Freddy al dorso de su muslo, pero era un beso fantasma, incluso aunque hubiese sido verdadero. Podría haber sido su imaginación sobre su cuerpo, pero el cuerpo de Brett reaccionó y una gota de humedad se escapó de su raja. Él miró como caía despacio hacia el estómago de Anne, una delgada línea que unió su polla con su piel. La línea se rompió y Anne silbó, los músculos de su estómago temblando. Brett podía ver la gota brillante, justo encima del ombligo, y quería lamerla. Antes de que pudiera Freddy la alcanzó con la mano y pasó el pulgar sobre ella, untándola y frotándola.

El aliento de Freddy estaba caliente y rápido sobre su trasero, y Brett se congeló. ¿Pondría la boca sobre él? ¿Lo quería Brett? Freddy se retiró y Brett no supo si estaba decepcionado o aliviado. Él había pensado que estaba listo para ser el amante de Freddy. ¿No lo estaba él?

De repente, la mano de Freddy empujó hacia abajo, y Brett sintió los rizos húmedos de Anne contra sus dedos. Su cabeza cayó hacia adelante, casi tocando la frente de ella.

—Oh Dios, sí —gritó Anne—. Tócame.

Brett no movió sus dedos. No hizo ningún movimiento para tocar a Anne el solo. Dejó a Freddy dirigir sus movimientos. Freddy presionó el dedo índice de la mano de Brett y lo pasó hacia abajo por el coño de Anne, los calientes pliegues descansando contra su hinchada entrada.

Con un suave empujón resbaló dentro, solo pasando el borde. Anne gimió profundamente y se empujó, tomando el segundo nudillo.

Freddy empujó y se enterraron en ella. Estaba tan apretada y caliente.

—Jesús —susurró Brett.

Esta vez sabía que Freddy estaba contra su muslo. Podía sentir las cosquillas de los rizos de Freddy sobre su piel cuando Freddy descansó la cabeza contra el interior de su muslo. Freddy frotó su cabeza allí y Brett tomó un aliento. Su dedo en Anne, la cabeza de Freddy sobre su muslo desnudo. Él se iba a correr muy pronto si seguían así.

Freddy sacó sus dedos, y a continuación, los deslizó de nuevo lento y profundo. Anne golpeó contra ellos, y Brett la hizo calar, la boca en su oído de nuevo. Cuando Freddy sacó sus dedos otra vez, él vaciló justo delante de su vaina. Masajeó allí y Anne gritó y brincó.

—¿Lo sientes?

Brett sólo podía cabecear. Freddy empujó profundo y sus cómodas paredes se hincharon.

—¿Es cómo si estuvieses siendo aspirado, no? —Freddy presionó un poco más contra su paso y esto se abrió un poco más—. Tú solo tienes que empujar un poco más y hacerla tomarlo ¿no? —cuando sus dedos salieron esta vez parecían húmedos como si ella intentara aspirarlos de nuevo—. Ella tiene tanta hambre —susurró Freddy—. Ella siempre está tan hambrienta, Brett.

—Sí —gritó Anne debajo de ellos descaradamente.

Freddy se rió en silencio, su boca contra el muslo de Brett, y Brett se estremeció. Freddy empujó el dedo de Brett contra la entrada de Anne.

—Aquí es donde vas a estar, Brett —entonces él deslizó sus dedos unidos hacia abajo, a lo largo de la piel sensible entre su coño y acarició la entrada trasera con los dedos libres—. Y aquí es donde yo estaré.

Anne se congeló debajo de ellos.

—¿Qué? —preguntó ella, su voz un tanto aguada.

Brett apenas la oyó. Freddy quería que la jodieran juntos. Y Dios, Brett lo quería también. Él quería estirarla llenándola con sus dos pollas y joderla hasta que ella gritase, y luego joderla un poco más hasta que ellos se corriesen. Él intentó calmarse, para ir despacio.

—Nunca he follado a una mujer con otro hombre —le dijo a Freddy, sin avergonzarse de su voz sacudida por la pasión—. Nunca he jodido a nadie ahí.

Freddy frotó su cabeza a lo largo del muslo de Brett otra vez, y Brett pensó que se suponía que era para calmarlo. Todo lo que hizo fue hacerle perder un poco más su control cuando sus dedos del pie se rizaron y sus músculos se apretaron.

—Lo sé —murmuró Freddy—. Pero yo sí lo he hecho. Es por eso que voy a joderla por detrás, Brett.

Brett no podía sentirse celoso ahora. Solo estaba aliviado al darse cuenta de que Freddy sabía lo que estaban haciendo.

—Brett —la voz de Anne sonaba asustada. Eso devolvió a Brett a la realidad. Pero antes de que pudiese decirle algo para tranquilizarla, antes de que pudiera separar su mano de ella, Freddy presionó su dedo dentro de su apretado pasaje trasero. Solo él dedo de Brett, que estaba mojado con la humedad de Anne. Anne jadeó, tiró y luego se quedó quieta.

Los tres estaban inmóviles, jadeando de repente por el aire. Anne no lo apartaba. Él no podría haber sacado el dedo si ella lo hubiese hecho. Él estaba fuera de control.

—¿Quieres que él pare, Anne? —preguntó Freddy, su voz baja, seductora. Freddy intentó sacar el dedo, pero Brett se resistió y él sintió a Anne apretando debajo de él.

—No te atrevas —jadeó Anne—. Más.

Brett se rió débilmente.

—Esto es todo —murmuró. Él apretó más profundo, yendo despacio, su parte inferior estaba apretada, caliente e insegura. Le gustaba esto, le gustaron los temblores vírgenes que la sacudieron cuando su dedo la penetró por primera vez. Anne jadeó y arqueó el trasero, sus manos agarraron el antebrazo de Brett más fuerte, hasta que le clavó sus dedos. El aguijón de sus uñas en su carne le despertaba, pero también le dio claridad cuando ella abrazó su dedo y empujó contra él.

—Dios sí, mi amor —murmuró Freddy detrás. Brett estaba celoso de la vista que Freddy debía de tener, mirando el dedo de Brett hundirse contra su pequeña entrada.

—¿Quieres esto, Anne? —gruñó Brett cuando su dedo se movió todo lo posible y tuvo que parar. Él con cuidado frotó la almohadilla de su dedo contra su pared interior y Anne se estremeció y gimió.

—Sí, sí —la cabeza de Anne se echó hacia atrás por lo que él no pudo ver su cara.

—Di las palabras, Anne, entonces sabré que lo has entendido —Freddy habló bruscamente, y Anne los miró desenfocados, enrojecida y lista.

—Los quiero a ambos follándome. ¿Es lo suficientemente claro? —su voz tembló pero no de miedo, ya no. Ella alcanzó hacia abajo y ahuecó una mano alrededor de su codo y se movió hacia abajo a su muñeca, donde su mano desapareció entre sus piernas—. Pero no sobre el piano.

Freddy soltó la mano de Brett y se levantó. Recorrió un sendero con sus manos hasta los muslos de Brett donde descansaron un momento sobre su mejilla antes de levantarse. Freddy le dio una ligera caricia y luego se había ido. Había sucedido tan rápido, que

Brett no había tenido tiempo para reaccionar. Pero su cuerpo naturalmente reaccionó, su polla se estiró aún más, otra gota se escapó de la punta.

—Vamos —dijo Freddy. Su voz era tranquila, baja, resonando en la cabeza de Brett, bailando a lo largo de su piel como la anterior canción de deseo de Anne.

Brett se retiró despacio de Anne, esperando hasta el último segundo para tirar lentamente de su dedo. Ella hizo un sonido entre un gemido y un lamento, y esto excitó tanto a Brett que tuvo que besarla. Cuando sus labios se tocaron, Anne se incendió. Ella arrojó sus brazos alrededor de su cuello y Brett devoró su boca. Él no tuvo otra opción que agarrarse y dejarla hacer. Su lengua entraba en su boca, lamiendo sus dientes y su paladar. Ella chupó su lengua con la suficiente fuerza como para hacerle recordar el día que ella había chupado su polla. Brett gimió y ahuecó la parte superior de su cabeza, inclinándola hacia atrás solo un poco para que ella tuviese un mejor acceso. Ella chupó sus labios, y mordió el de abajo con un evidente placer, si su gemido era una indicación. Brett le deslizó la otra mano sobre las costillas hasta que alcanzó su pecho, presionando contra el guijarro duro de su pezón, y Anne se estremeció y gimió arqueándose en su mano. Anne se separó del beso.

—Lo siento —jadeó ella—. Ruidosa, demasiado ruidosa. Pero no puedo evitarlo —ella gimió otra vez cuando Brett chasqueó su pezón con su uña.

—No importa Anne —le dijo él con una baja sonrisita—. Me gusta eso. Me gusta el sonido de tu pasión. No pares.

—Anne. Entra al dormitorio y déjanos amarte —la voz de Freddy era baja todavía, pero esto les llegó desde donde él estaba de pie detrás de ellos, cerca de la puerta del dormitorio.

Los brazos de Anne se deslizaron de sus hombros y Brett se sentó erguido, girando hacia Freddy. Él se inclinó contra el marco de la puerta del dormitorio, se había quitado la corbata, y la chaqueta, su chaleco de seda desabotonado y su camisa estaba floja sobre su pantalón. Sus piernas estaban cruzadas despreocupadamente, su postura entera negligente, pero Brett podía sentir la tensión que irradiaba de él. Estaba agitado, ansioso de pasar al siguiente paso del apasionante juego al que estaban jugando. Pero esto no era más que un juego ¿verdad? Jugar, sí, un juego sensual, pero serio y emocional, y todas esas cosas que Brett había jurado no experimentar nunca con estos dos. Freddy cerró su mirada sobre él y Brett sabía que esta noche tenía razón. Esta noche tenía razón.

Brett se deslizó y bajó de nuevo las piernas por el lateral del piano. Él oyó a Freddy dar un paso detrás de él.

—Brett, ten cuidado —advirtió Freddy, tal como había hecho mil veces en los últimos años.

Brett respondió como siempre lo hacía.

—No me he caído aún.

Anne se dio la vuelta hacia su lado.

—Los tengo —dijo suavemente, mirando a los dos hombres.

Brett estaba de pie ya, y sin contemplaciones arrastró a Anne al borde de la tapa del piano y la ayudó a sentarse. Él dio un paso entre sus piernas y la recogió, levantándola. Anne automáticamente abrigó las piernas alrededor de su cintura y sus brazos alrededor de su cuello.

—¡Brett! ¿Puedes llevarme? Seguro que soy demasiado pesada para tu pierna —la protesta de Anne se disolvió en un chillido cuando Brett la empujó en sus brazos.

—Desde luego que puedo llevarte —le dijo Brett, con un rastro de orgullo masculino ofendido—. Tú pesas menos que mi silla.

Anne se instaló en sus brazos mientras el cojeaba a través del cuarto. Ella pasó una mano apreciativa sobre los músculos de su hombro y la parte de arriba de su espalda.

—¿Te gusta mi forma de mirarte, Anne? —Brett sabía que le estaba pidiendo elogios, pero estaba nervioso sobre lo que estaban a punto de hacer. No tenía idea de lo que esperar. Tan solo esperaba que pudiese desempeñar bien su parte. Temía desesperadamente decepcionar a Anne y Freddy.

Anne se inclinó y lamió un camino a lo largo de los fuertes y bien definidos músculos de su hombro.

—Oh sí —ronroneó ella—, mucho.

Bien, aquello al menos hizo que Brett se sintiese mejor.

Brett se detuvo junto a la cama y miró alrededor buscando a Freddy. Lo encontró de pie en las profundas sombras en la esquina del cuarto, justo fuera del alcance de la luz de la vela. Cuando Anne siguió su mirada fija, Freddy dio un paso hacia la luz. Estaba desnudo, y Brett quedó hechizado por la visión de su cuerpo excitado. La polla de Freddy era larga y dura, se torcía hacia arriba en su nido oscuro de sus espesos rizos. Cristo, era magnífico, excitante. Freddy tenía una polla larga, a pesar de que su circunferencia era sólo la mitad que la de Brett. La polla de Freddy estaba oscura de excitación, mostrando las venas a lo largo de su longitud. Brett oyó a Anne coger aliento cuando Freddy se puso a la vista.

—¿Te gusta la forma en que Freddy te mira también, Anne? —susurró Brett cálidamente. No podía mantener alejada de su voz su propia admiración, y Freddy lo miró de una manera extraña.

—Sí, sí —le dijo Anne, tan excitada por la vista de Freddy como él lo estaba.

Brett se rió, no pudo evitarlo. Se sentía malditamente bien. ¿Por qué había estado preocupado solo hacía un momento? Eran

Freddy y Anne. Estando con él nunca los decepcionaría, tal como él nunca podría sentirse decepcionado cuando tenía la posibilidad de amarlos.

Brett sentó en la cama a Anne y subió después de ella. Se sentó y luego extendió la mano hacia Freddy.

—Ven Freddy. Ven aquí con nosotros.

Freddy se apartó de su camino hacia la cama para agarrar una botella de una pequeña mesa. Tenía la forma de un perfume. Brett nunca la había visto antes. Cuando Freddy llegó al lado de la cama, abrió la botella y se la enseñó.

—Huele.

Brett se sentó mientras que Anne se inclinó e inhaló con delicadeza.

—¡Oh Freddy! Es divino. Huele como tú solo que más fuerte. ¿Eso es clavo?

Freddy se rió y movió la botella un poco para que Brett pudiese olerlo.

—Sí, clavo y miel y otras cosas misteriosas sobre las que no pregunté.

Él tenía razón. Brett podía oler todas aquellas cosas, algo de cítrico y alguna evasiva flor.

—¿Perfume? —preguntó.

Freddy sacudió la cabeza.

—Aceite.

Tomó la mano de Brett con la que tenía libre y puso la punta de la botella sobre los dedos de Brett. Solo salieron unas gotas, pero el olor fue más intenso y se extendió alrededor de ellos, haciendo que la alcoba pareciese exótica y sensual. Brett frotó sus dedos juntos y lo extendió, recubriéndolos de pesado aceite, haciéndolos deslizarse

juntos suavemente. De repente, Brett entendió para qué era el aceite.

—Oh.

Freddy se rió y el sonido fue puro sexo.

—Sí, oh.

Anne giró su cabeza hacia un lado y los miró confundida.

—¿Oh?

Brett y Freddy compartieron una mirada, y Brett no tuvo que decirle que hacer. Él se puso hacia atrás y tiró de Anne sobre él sentándola a horcajadas. Entonces él la abrazó y la besó. Cuando ella intentó enderezar sus piernas, Brett agarró la parte de atrás de sus rodillas y la sostuvo donde estaba. El beso era húmedo y lento, su desesperación se había ido. Deliberadamente, Brett empujó su lengua dentro y fuera, moviendo sus caderas lentamente al mismo ritmo. Solo tomó un momento para que Anne pusiese las piernas más abiertas para poder encontrar sus empujes con los suyos, frotando su montículo contra su duro eje. Ambos gimieron y Brett deslizó su mano a su trasero. Él no perdió tiempo. Simplemente presionó su dedo contra su apretada entrada y empujó. Este se deslizó suavemente, y en sí mismo fue una erótica emoción. Anne tiró y gimió en su boca y Brett bebió sus sonidos de amor como si fueran el mejor vino.

La cama se hundió cuando Freddy subió y Brett levantó la cabeza suavemente y con cuidado mordió el hombro de Anne mientras él miraba a Freddy sentarse a horcajas sobre sus piernas detrás de Anne. Sentirse cerca de Freddy desnudo, quien estaba listo claramente para joder, causó estragos en el equilibrio de Brett. Su pecho se apretó y su respiración se hizo desigual mientras anticipaba lo que estaban a punto de hacer. Intentó imaginarse la sensación de

la polla de Freddy dentro de Anne, rozándose contra la suya, y no pudo. Una repentina urgencia se apoderó de él.

Anne mordió el lóbulo de su oreja lo bastante fuerte como para doler y Brett se dio cuenta de que todavía estaba mordiendo su hombro. Y la soltó.

—Gracias —Anne estaba sin aliento, pero divertida—. ¿Está justo detrás de mí?

Brett asintió y la vio cerrar los ojos y tragar.

—Dile que se dé prisa.

—Apresúrate —gruñó Brett.

Freddy se inclinó y puso la botella de aceite sobre la mesa al lado de la cama y Brett comprendió que él debía de haberlo vertido ya en su mano. Freddy se elevó sobre las rodillas detrás de Anne, y Brett no pudo detener su respiración acelerada. La mano de Freddy, reluciente por el aceite, se abrigó alrededor de su polla brillante, acariciándola. La lisa mano hizo el mismo húmedo sonido de succión que su boca sobre Anne había hecho antes y los músculos del estómago de Brett se apretaron.

La polla de Freddy se había oscurecido hasta llegar a un color rojizo púrpura curvándose hacia arriba contra su pálido torso.

—Me doy prisa —dijo Freddy con risa en la voz. Él miraba fijamente el dedo de Brett que jodía dentro y fuera el trasero de Anne.

Brett levantó las caderas, recolocando a Anne que se dobló en un ángulo más agudo, y extendió las piernas solo un poco más abiertas. Anne enterró su cabeza en la curva del hombro de Brett con un gemido, y Freddy levantó sus ojos despacio hacia Brett.

Freddy soltó su polla y dio un ligero apretón a la mano de Brett. A Brett le tembló la mano. Freddy deslizó un dedo hacia abajo hasta que descansó al lado de la entrada de Anne, junto al nudillo de Brett.

Tras la mirada de Freddy, Brett cabeceó. Anne se sentía lisa, abierta y relajada, pero él quería que Freddy la probara. Comenzó a sacar su dedo.

—Para —le dijo Freddy, por lo que se congeló con la punta de su dedo todavía en ella—. Juntos.

Y de repente el dedo de Freddy se deslizo junto al suyo, empujando y pasando el borde de Anne. El dedo de Freddy se deslizó capturando el dedo de Brett, y juntos se deslizaron a casa dentro de aquel espacio apretado y caliente.

Anne gritó y arqueó el trasero. La mano de Brett presionaba contra la parte baja de su espalda, sosteniéndola en su lugar para la penetración.

—¿Puedes tomarlo, Anne? —susurró él, la emoción oscura de lo que ellos iban a hacer hizo que su voz sonase áspera.

Anne asintió contra su hombro con un pequeño quejido.

Freddy masajeó la regordeta y blanca mejilla del trasero Anne con su mano libre.

—Sí ¿pero no se siente bueno? Quiero que lo sientas bueno, Anne, cuando ponga mi polla aquí.

Anne mordió el hombro de Brett cuando él y Freddy sacaron y empujaron sus dedos despacio.

—A mí me gustó —dijo Freddy, su voz tan baja que Brett tenía que esforzarse para oírlo—. Me gustó ser follado por aquí. Me han dicho que se siente diferente para un hombre y una mujer, pero esto puede ser agradable para ambos.

Brett tuvo que cerrar sus ojos y mordió su labio pensando en Freddy siendo follado. Él no vio a Simon haciéndolo en su mente, u otro anónimo hombre. Brett se imaginó arrodillado detrás de Freddy con su polla embutida contra el blanco y hermoso trasero de Freddy.

—Sí, bueno —jadeó Anne. Sus caderas dieron un pequeño empuje, y Freddy cerró sus ojos, sus mejillas enrojecidas.

—No puedo esperar más, Anne. Tengo que estar dentro de ti.

Con mucho cuidado, Freddy y Brett sacaron sus dedos y Anne tembló y gimió. Brett ahuecó su regordete trasero con cuidado, amasándola, calmándola. Freddy no esperó. Antes de que Brett pudiese mover la mano, Freddy presionó su polla contra la entrada. Él puso ambas manos en su parte inferior, un poco a la derecha de Brett, y la extendió abierta y luego empujó.

—¡Freddy! —gritó Anne desvalidamente, y Brett pudo sentir la pequeña explosión cuando la cabeza redonda de Freddy violó su entrada.

Él gimió con Freddy. Freddy echó hacia atrás la cabeza, levantando el pecho, y por primera vez en la noche Brett lo vio fuera de control. Sus manos agarraron el trasero de Anne tan fuerte que la mano de Brett quedó aplastada en su suave montículo, y él supo que tendría marcas. El cuerpo entero de Freddy se sacudió de pies a cabeza mientras intentaba frenarse.

—Más —la voz de Anne era tan baja, contra su hombro, que Brett casi no la escuchó.

—¿Qué, cariño? —preguntó él, no estando seguro de haber escuchado correctamente.

Anne levantó la cabeza y miró por encima de su hombro hacia Freddy. Brett vislumbró fuego y desenfreno en su cara.

—Dije más.

Freddy sonrió abiertamente y Brett vio mover sus caderas mientras resbalaba dentro de Anne.

Anne intentó respirar, pero no podía. Freddy se sentía enorme cuando se introdujo en su trasero. ¡Por Dios! ¿Quién hubiese pensado alguna vez que tener un hombre ahí sería tan malditamente delicioso? Anne se mordió el labio, pero soltó un gemido de todos modos. Los brazos de Brett se apretaron alrededor de ella, la mano en la parte inferior de su espalda frotando suavemente. Querido, cariñoso, precioso, emocionante, delicioso Brett. Verse así desnuda, extendida, mientras que Freddy la tomaba por detrás y Brett miraba, era posiblemente la cosa más emocionante que Anne había experimentado en toda su vida. Probablemente, la cosa más emocionante que nunca experimentaría. Por lo que, instó a su mente a disfrutarlo.

Freddy se deslizó más profundo, y la plenitud se convirtió en una ligera quemazón. Ella jadeó un poco, y los labios de Brett se pusieron en su oído.

—Solo respira, cariño. Freddy lo hará mejor, te lo prometo.

Anne giró la cabeza y le besó el cuello. El calor de su piel sobre sus labios la puso hambrienta, y ella lamió el mismo punto, despacio pasando su lengua por encima, en el inicio de su barba, y luego mordió su mandíbula. Brett arqueó el cuello, dándole un mayor acceso mientras su mano apretaba más fuerte en su espalda. Él y Freddy la presionaban hacia abajo, abriéndola, haciéndola más salvaje. Ella pasó su nariz a través del cuello de Brett. El olor fuerte de su sudor, su colonia y la mezcla de puro hombre, con el olor exótico del aceite de Freddy empañaban su mente. Freddy empujó un poco más y ella mordió el lóbulo de la oreja de Brett.

—Cristo —gruñó Brett, empujando sus caderas hacia arriba, empujándola hacia Freddy.

—Maldición sí —gruñó Freddy en su espalda, y la cama bajó cuando él se inclinó contra ella y se cayó sobre ellos, sus manos se

cerraron de golpe en el colchón a los lados de los hombros de Brett. Al mismo tiempo que él empujaba profundamente dentro de ella y Anne no pudo parar su grito.

Ella nunca había estado tan llena en su vida. Se sentía follada, poseída, reclamada de una manera que nunca antes había sentido. Esto era aplastante, y ella simplemente moría por el aire, sus manos apretadas contra Brett, una sobre su hombro y otra entre su pelo.

—Oh sí —gruñó Freddy mientras se retiraba y empujaba con un poco más de cuidado en ella. La sensación de arrastre fue exquisita en su interior. Él estaba caliente, duro y largo, y apretó contra él cuando él empujó.

—Aceite —ordenó Freddy, y Anne sintió el brazo de Brett doblarse cuando él se estiró más hacia su trasero detrás de ella. De repente, Anne sintió unas gotas frías deslizándose por su piel justo por encima de donde Freddy estaba enterrado dentro de ella. Las gotas se convirtieron en riachuelos y la recorrió una sensación de hormigueo, hasta que Freddy se retiró y ella lo sintió pasando por aquel paso de manera perfecta. Él empujó de nuevo en su entrada y era suave, resbaladiza, más agradable que nunca, y Anne apretó sus músculos a su alrededor.

—Joder —gimió Freddy. Presionó profundamente y Anne pudo sentir el roce de su vello púbico contra el culo cuando se enterró dentro de ella, rodeando sus caderas. Anne jadeó y arqueó la espalda para tomarlo mejor. Se sentía desenfrenada y deseable, en extremo una zorra, y no le preocupó. Le gustaba esto.

—Freddy —gritó ella, dejando que cada onza de deseo y placer llenase su voz—. Freddy.

—¿Te gusta esto, verdad? —Susurró Brett en su oído—. Te gusta que Freddy folle ese culito delicioso y regordete. ¿Estás llena, Anne? ¿Estás llena de su larga y dura polla?

—Sí —gritó, sin preocuparse de quien la oyese, sin preocuparse de cuál era la pregunta. Cuando estos dos hombres le preguntaran, la respuesta siempre sería sí.

Freddy se quedó enterrado en ella, moviendo sus caderas en círculos una y otra vez, mientras besaba su espalda. Arrastró la lengua por su columna vertebral, remontando cada salto, lamiendo el espacio entre cada vértebra. Lamió el camino de regreso y luego la mordió en la nuca, sosteniéndola como un semental a una yegua y Anne pensó que iba a culminar debido a la emoción que sintió por ese gesto. El aliento de Brett cortaba el aire al lado de su oído, y ella comprendió que estaba lo bastante cerca de Freddy como para besarlo. Ella giró la cabeza, con lo que ellos se acercaron.

—Freddy —susurró Brett, detrás suyo Freddy vaciló solo un momento, perdiendo el ritmo dentro de ella, y con un estremecimiento atravesándole. Sus parejas sexuales tomando conciencia el uno del otro eran insoportablemente eróticas. Anne gimoteó.

—Freddy, tengo que joderla —susurró Brett. Sonó tan desesperado, tan lascivo que Anne tembló.

—Sí —ella susurró, su sexo inmediatamente palpitó con un doloroso vacío, como si se acordase de su presencia, celoso de la polla dentro de su interior.

Los dientes de Freddy la liberaron y hubo un escozor, una sensación de hormigueó que él inmediatamente calmó con su lengua. Ella comenzaba a entender que Brett la calmaba y excitaba con sus manos, y Freddy con su lengua y su boca.

—La señora dijo sí —murmuró Freddy.

Freddy se sentó detrás de ella, manteniendo su polla enterrada, y Anne perdió su calor, la intimidad de los tres abrazados. Sus manos con cuidado la agarraron bajo los brazos y tiró de ella hacia él. Ahora

sus pechos y vientre perdieron el calor de Brett, y el suave cosquilleo de su abundante pelo del pecho. Ella se inclinó hacia abajo, necesitando sentir los pezones duros y oscuros de Brett en su lengua. Freddy se sorprendió de su movimiento y la dejó ir.

Arrastró su lengua por el primer pezón, Brett gimió y arqueó su espalda, deslizando su mano por su pelo. Varias horquillas se soltaron y su pelo cayó. Ella mordió el pequeño pezón duro y gimió otra vez de placer. Pudo sentir que la humedad de sus pliegues aumentaba caliente y espesa mientras ella lo complacía. Sintió las manos en su pelo y los mechones comenzaron a caer a su alrededor, un salvaje enredo de rizos oscuros.

Ella dejó ir el pezón de Brett, llevando una mano automáticamente hacia el pelo para colocarlo. En ese instante, las manos de Brett empuñaron el pelo, retirando la suya de los mechones, y empujando se boca hacia su pecho.

—Más —retumbó él, masajeando su cuero cabelludo. Anne se inclinó hacia él, echándose hacia abajo mientras chupaba el pezón. Freddy jadeó detrás de ella y empujó moviendo la cabeza de Anne, tirando del pezón de Brett. Embistió a su espalda, inundándola con la sensación. El sabor de Brett, salado de sudor, el pelo en el pecho y el estómago frotando sus pechos y labios, la polla de Freddy entrando suavemente dentro de ella mientras giraba sus caderas de nuevo. Las manos de Brett se apretaron tan fuertes de su pelo que tiraba, su lujuria y desesperación como un sabor picante sobre su lengua.

Brett la soltó y la empujó hacia atrás, hacia los brazos de Freddy. Sus miradas atrapadas por un electrizante momento y, a continuación, Freddy la movió y Brett se agarró la polla, alineándola con el sexo de Anne. Anne miró como él frotaba la gruesa cabeza de su polla contra su clítoris. Ella gimió por el latido de placer que pasó disparándose a través de ella. Su polla era dos veces más gruesa que

la Freddy pero más corta. Lo quería otra vez, lo quería llenándola como lo había tenido dos veces antes. Lo alcanzó, acomodando su mano alrededor de la de Brett y empujando las manos, obligando a su polla a pasar a través de sus puños. Él gimió y echó la cabeza sobre la cama.

—Soy tan egoísta —susurró Anne, frotando la cabeza oscura, contra su mojado montículo—. Quiero estas dos pollas dentro de mí. Jódeme, Brett, jódeme con Freddy. Por favor.

—Cristo —Freddy gimió detrás de ella, sus manos agarrando sus caderas—. Tómala. Por Dios, llénala, Brett.

Anne colocó la polla en su entrada e hizo presión. Ah Dios, esto estaba apretado. Ella se quemó con su penetración, estirándose alrededor de esta polla mientras la polla de Freddy en su culo tomó dimensiones gigantescas.

—Para, para, para —gritó ella, jadeando. Brett se congeló, pero las manos de Freddy sobre sus caderas se hicieron cargo, obligándola a tomarlo. Anne sacudió su cabeza una y otra vez, pero ella no podía hablar, sólo podía gemir con la realidad de las dos pollas llenándola, por delante y por detrás, tomando el control de todos sus sentidos. Ella cayó hacia adelante, sus manos apoyaron su peso sobre los hombros de Brett. Él podría sostenerla. Sabía que él podría sostenerla. Sus manos se agarraron a sus lados, los pulgares directamente debajo de sus pechos, y ella se relajó. Fue entonces cuando Freddy les movió a los dos el resto del camino hacia abajo, asentando la gruesa polla de Brett entera en su interior.

Anne gritó por el dolor y el placer al hacerlo. Se sentía a punto de reventar, pero eran Freddy y Brett y ella no quería que esto terminara nunca, no quería que la abandonasen nunca. Sabía que estaba pensando tonterías, pero no podía dejar de pensarlo. Había perdido el control. Sus paredes pulsaron alrededor de las pollas,

tirando de ellas, abrazándolas. Quería moverse, quería joderlos profundamente y con fuerza, quería presionar su clítoris contra Brett con cada empuje y correrse una y otra vez.

Brett deslizó sus manos encima de sus pechos y pellizcó sus pezones con bastante fuerza como para hacerle daño. El dolor era exquisito, encendiendo su piel, su sexo. Ella colocó sus manos sobre él y las presionó.

—No pares —exclamó—. Me duele. Oh Dios, no paréis.

Y luego Freddy comenzó a moverse otra vez.

Freddy no pudo contenerse por más tiempo. Dios, Anne estaba salvaje con esto, por ellos. Le gustaba esto, le encantaba que amase follar. La conocía. Anne estaba hecha para el sexo, hecha para amarles a ambos.

Freddy solo había hecho esto dos veces antes, pero nunca se había parecido a esto. Las putas que él había jodido con desconocidos habían gemido en el momento adecuado, habían interpretado su papel, y aunque había sido apasionante de un modo prohibido y agradable, no se había parecido a esto. No había sido tan salvaje e incontrolable, tan erótico, sensual y maravilloso como lo era follar a Anne sin el remordimiento de correrse profundamente dentro de ella.

Y Brett, Cristo, Brett. Su polla era tan malditamente grande que ahogaba a Freddy en el delgado cuerpo de Anne. Freddy podía sentir cada pulso del latido del corazón de Brett cuando este palpitaba en su polla. ¿Brett podría sentirle? Él no era tan grande, pero era más largo. Freddy claramente podía sentir donde terminaba Brett. Experimentalmente se retiró hacia atrás lentamente. Él paso de Anne estaba tan apretado cuando la cabeza de su polla se encontró con la

cabeza de la polla de Brett que al pasar se sintió tan malditamente bien que Freddy no pudo coger aliento. Oyó un débil gritó y comprendió que era suyo.

—Freddy, maldita sea, Freddy —gritó Brett cuando las cabezas de sus pollas se frotaron a lo largo la una de la otra. Brett empezó a moverse también.

—No —le dijo Freddy severamente—. Espera.

Él fue hasta el final del canal de Anne, la cabeza de su polla apenas dentro del borde. Él jadeaba con fuerza, Anne gritaba, y Brett maldecía, y Freddy nunca había disfrutado de nada tanto como ahora.

—Ahora —ordenó él aproximándose—. Empieza cuando empuje —Brett hizo como le había ordenado y Freddy vio las estrellas—. Brett —susurró él sin poder evitarlo.

—Sí —silbó Brett. La estocada y él tirón de sus pollas, la sensación amontonada sobre la parte superior dentro de las paredes increíblemente cálidas, cómodas de Anne.

Anne intentaba moverse, y todo lo que Freddy pudo hacer fue detenerla.

—No querida, por favor. Déjanos movernos, Anne. Si te mueves tú, esto es demasiado.

Anne se relajó en su agarre, sus músculos interiores también se relajaron, para que fuera ligeramente más fácil follarla dentro y fuera. Pronto, él y Brett siguieron un ritmo en armonía con el que marcaba su corazón. Dentro y fuera, dentro y fuera, y Anne gimiendo y gritando, diciendo las cosas más vergonzosas, más encantadoras, pidiéndoles que nunca la dejasen y Freddy quiso gritarle que perfecto era todo esto. Deslizó las manos desde las caderas de Anne, por encima de sus costillas y luego cubrió las manos de Brett en sus pechos. Al tacto de sus manos, Brett empujó más duro en Anne y el ritmo aumentó.

Sonidos de sexo llenaron el aire, la humedad, los gemidos, los gruñidos, el golpeteo de carne sobre carne, Freddy nunca había oído una música tan hermosa. Deslizó sus manos a las muñecas de Brett, el fascinante contorno de sus huesos y músculos bajo el calor de su piel y la suavidad de su pelo. Los brazos de Brett temblaron y Freddy dejó que sus manos se deslizasen más lejos, sobre los antebrazos que se hinchaban, y luego hacia abajo. Una y otra vez, Freddy repitió la caricia cuando él montaba a Anne, y con cada pasada Brett jodía a Anne más duro y más rápido, y Freddy le seguía el ritmo.

Entre ellos, Anne temblaba de excitación, el sudor corriendo por su rostro, goteando entre sus pechos. Freddy envolvió su brazo alrededor de sus hombros y tiró de su espalda contra su pecho, frotando sus pezones a través de su piel húmeda y caliente.

—Se siente tan bien, Anne, tan bueno —jadeó él.

—Tengo que moverme —pidió Anne—, por favor. Necesito más.

Brett deslizó una mano por su pecho hacia abajo a través de su estómago y su pulgar desapareció entre su pelo púbico. Al momento siguiente, Anne gritó y se puso rígida en sus brazos.

—Sí —sollozó ella.

—¿Esto es lo que necesitas, cariño? —susurró Brett misteriosamente—. ¿Necesitas a alguien que frote este pequeño brote duro? Quiero que te corras, Anne, pronto. Porque no puedo esperar. Voy a llenarte, mi amor, voy a correrme en este dulce y caliente coño.

Esas palabras volvieron a Freddy salvaje. Nunca había visto a Brett tan brusco. Su áspero lenguaje hizo su encuentro más oscuro, más erótico, más emocionante.

Anne comenzó a temblar violentamente, y ella empujó hacia abajo en la mano de Brett, la polla de Brett y la polla Freddy. Freddy no pensó que ella se preocupase, mientras que ellos la llenaban, la

follaban y le daban el punto culminante que ella tan desesperadamente necesitaba.

Cuando ella se corrió, se corrió gritando. Se apretó sobre lo que la llenaba, y sus paredes convulsionaron con tanta fuerza que fue espantoso al principio. Entonces, esto llevó al propio Freddy a su clímax lanzándose desde sus pelotas a su polla con una repentina sensación de hormigueo. Podía oír los sollozos de Anne, podía sentir que Brett empujaba con fuerza y profundamente dentro de ella, y él hizo lo mismo con el primer pulsó de su orgasmo que le llevó a la liberación. Con la contracción de sus paredes, Freddy tuvo un tirón en su propia polla que envió chorros y chorros de semen en su interior, llenándola, rodeando a Freddy. Anne gritó otra vez, y luego Freddy lo sintió. Sintió la corrida de Brett.

Brett agarró las caderas de Anne e intentó sostenerla, pero ella era una lengua de gato sobre su polla. Sus pelotas dolían con la sensación que le quemaba cuando se desgarró por ella, y viajó hasta su polla y luego salió, el placer puro le hizo gritar silenciosamente, un tembloroso grito agudo y el calor y la fuerza de sus eyaculaciones dentro de Anne se llevó todo pensamiento de su cabeza. Arqueó la espalda, empujando en ella, dándoselo todo, y sintió el pulso de la polla de Freddy, sintió el calor del semen de Freddy dentro de ella cuando Freddy se liberó. Por un momento, sintió como su estuviese cayendo, mareado, desorientado, entonces la sensación le golpeó de nuevo y su espalda se arqueó cuando el placer se hizo tan intenso que casi era doloroso.

Cuando se derrumbó, Anne lo hizo sobre su pecho, y Brett comprendió que ella gritaba. Sus lágrimas escaldaron su pecho, sus sollozos le sacudían a él y la cama.

—Anne, Anne —dijo él con pánico. Salió de ella, todavía duro y vagamente vio a Freddy haciendo lo mismo. Él ahuecó su mejilla y obligó a su cabeza a que girase hacia él, poniendo a Anne sobre la cama a su lado—. ¿Estás bien? ¿Te lastimé? Cristo ¿Qué va mal?

Freddy se elevó y se inclinó sobre Anne, con cuidado separó el enredado pelo de su cara.

—Anne, Dios, ¿Qué está mal? Dínoslo. Lo siento, Anne, lo siento.

Anne sacudió la cabeza violentamente. Ella tragó y dijo muy bajito.

—Nada. No hay nada mal. Todo es tan perfecto.

El corazón de Brett frenó su galopante ritmo y cayó de nuevo contra la cama.

—Cristo, me asustaste. Pensé… —él sacudió la cabeza—. Pensé que te había hecho daño.

Colocó una temblorosa mano en la cabeza, pasándola por su pelo empapado por el sudor.

—Pensé que mientras que me corría en ti, muriendo de placer, habías estado herida y gritando y no me había dado cuenta. No puedo hacerte daño, Anne.

No podía creer que él hubiera revelado esto. Pero su cerebro no funcionaba aún. ¿Cómo podría, tan poco después de estar dentro de Anne?

—Oh Brett —suspiró Anne con un hipo, y le pasó un brazo alrededor de su cuello y besando su hombro.

Freddy se puso débilmente al lado de Anne.

—Fue perfecto. Puedo morir como un hombre feliz ahora, querida.

En los brazos de Brett, Anne se tensó. Ella giró para enfrentarse a Freddy y le golpeó en el brazo con todas sus fuerzas.

—¡No digas eso! —gritó ella—. ¡Nunca digas eso!

Su reacción sobresaltó a ambos hombres, pero Brett entendió que Freddy estaba totalmente desconcertado. Brett tocó su hombro y se arrastró hacia su espalda.

—Él no lo pensó, Anne. Él no va a morir.

Anne se lanzó sobre el pecho de Freddy, abrazándolo fuerte. Freddy parecía absolutamente atónito.

—Por favor no me abandones, Freddy —dijo Anne tan débil ahora como ella había estado de violenta hacía un momento—. No podría soportarlo.

Freddy la envolvió con un abrazo hermético.

—No voy a ir a ninguna parte, Anne —susurró mientras la besaba en lo alto de la cabeza. Frotó la mejilla contra su pelo y miró a Brett, con pesar en los ojos. Brett sonrió de un modo tranquilizador, pero por dentro estaba temblando, débil, atontado, loco, destrozado. No, Freddy no iba a ninguna parte, pero era evidente que Brett pronto se marcharía.

CAPÍTULO TRECE

27 de marzo de 1812

Mi querida Anne

Estamos nuevamente en movimiento. ¿Te habéis enterado? directo a Ciudad Rodrigo después año nuevo. Y ahora nos estamos adentrando cada vez más en territorio español. El correo no ha estado funcionando. No hemos recibido ni una carta tuya en casi dos meses. Todos los hombres preguntan por ti. Se que es el correo, pero de todos modos no puedo dejar de preocuparme y esperar que te encuentres bien

Brett lleva tu pañuelo a todas partes. Él cree que no lo sé, pero lo hago. Le dejé creer que es su pequeño secreto, pero pensé que te gustaría saber lo mucho que significa y el gran consuelo que es para él. Tengo el mío metido entre tus cartas. Sé que una de las razones para enviarme el pañuelo bordado, fue hacerme reír imaginándote en tu sesión de costura, con lágrimas de aburrimiento corriendo por tu cara.

Estoy melancólico, Anne. ¿Esta guerra desgraciada nunca terminará? Napoleón es extraordinariamente irresponsable para hacernos marchar por aquí disparando a su ejército. Ellos realmente tienen el descaro de contestar los disparos, y uno de esos días mi suerte puede agotarse. Después de todo, Brett sólo puede salvarme unas cuantas veces. Sólo bromeaba, Anne.

Le he dicho a Brett que regrese a casa conmigo. Él no me cree. Pero dile a Jerome que prepare una habitación y mate un becerro

gordo. Derrotaremos a estos bastardos franceses pronto y para el verano ambos estaremos en casa.

Tu cansado y devoto servidor,

Bertie

Freddy se detuvo abruptamente en lo alto de la escalera. Podía oír a Brett y Anne riéndose tras él. Se habían demorado tomando el desayuno en el salón de dibujo y ahora iban a intentar llevar a Anne a casa sin que nadie lo notase. Claramente debieron cambiar de planes.

—Buenos días, Su Gracia, —dijo su madre con serenidad al pie de la amplia escalera. Mientras ella se quitaba los guantes, vio a los lacayos metiendo el equipaje. A su lado se encontraban un hombre mayor y una joven que lo miraban descaradamente.

—Buena días, Madame, —dijo Freddy sin evidenciar su contrariedad. Retrocedió despreocupadamente un paso, esperando interceptar a Brett y Anne antes de que tropezaran con la desagradable escena.

—Hemos llegado unos días antes —continuó la duquesa, entregando sus guantes a Reeves, quien miró a Freddy con pesar. La cólera que había estado creciendo en su interior al asumir la traición de Reeves se enfrío rápidamente. Reeves tampoco sabía que ella vendría. Como disfrutaba su madre de sus pequeñas sorpresas—, estoy segura que no lo incomodare, Su Gracia. Lady Vanessa Carlton-Smythe estaba ansiosa por conocerlo.

Oh Dios, pensó Freddy, *otra no*. Sonrió educadamente. —¿Es ella? Es encantadora, estoy seguro.

—Nuestra pronta llegada simplemente dará a las damas más tiempo para planear el baile de compromiso —dijo el desconocido caballero. Cuando obtuvo la atención de Freddy se inclinó profundamente—. ¿Su Gracia, Cómo está Ud?

—Bien, gracias. ¿Y usted? —a pesar de intentarlo Freddy no podía acordarse si alguna vez había conocido a ese hombre. ¿Sobre qué estaban hablando ellos? Su pulso comenzó a acelerarse cuando oyó el sonido de la risa de Anne detras suyo. Su madre inclinó la cabeza frunciendo el ceño y estrechando sus ojos miró a Freddy. Freddy únicamente sonrió. No había nada que hacer. Tenía que negar descaradamente lo evidente. Entonces su madre giró la cabeza disgustada y miro al hombre que desafortunadamente Freddy no podía recordar. ¿Por qué ella estaba enfadada con él?

—Gracias, Lord Carlton- Smythe —dijo en un tono que indicaba todo lo contrario—. Estoy segura que Su Gracia no tiene ningún interés en los proyectos para su baile de compromiso.

Bien, eso captó la atención de Freddy. —¿Mi baile de compromiso?

Su madre dio vuelta sonriendo, lo que puso a Freddy en guardia instantáneamente. —No se preocupe, Su Gracia. Tendré cuidado de todo.

Freddy dio unos pasos bajando la escalera. —¿Y cómo, Mi Lady, sabía que yo pensaba en casarme? —Él estaba tan enfadado que tuvo miedo de lo que podría decir o hacer, entonces se detuvo a mitad de la escalera.

Lord Carlton-Smythe soltó una carcajada, pero la linda jovencita lo miró horrorizada. Era evidente que ella era más inteligente que su padre. La duquesa era más demasiado inteligente para su gusto.

—Firmé los papeles de compromiso en su ausencia, Su Gracia —dijo dulcemente—, como usted solicitó.

Entonces ella estaba acorralándolo al obligarlo a apoyar su mentira. Esto podría haber funcionado cuando él era un jovencito, pero no más. —No hice tal cosa.

La declaración directa de Freddy causó que Lord Carlton-Smythe se atragantara, por lo que su hija le dio un fuerte golpe en la espalda. Él la miró airadamente y entonces ella se encogió desvalidamente manteniendo distancia.

—Frederick —dijo su madre en un tono glacial, y Freddy supo que estaba alterada. No lo había llamado por su nombre desde que se había convertido en duque.

Anne y Brett escogieron aquel momento para aparecer por la puerta del vestíbulo. Ellos estaban riéndose, Anne se apoyaba en el brazo de Brett quien inclinaba la cabeza muy cerca suyo, realmente muy cerca para ser un simple conocido. Estaba claro para todos los que se encontraban en el vestíbulo, que ellos estaban en términos muy íntimos. Freddy oyó jadear a su madre, el áspero sonido resonó por la habitación haciendo que Anne levantara la cabeza rápidamente. Freddy pudo ver la conmoción y el horror se dibujaban en su rostro antes de que ella se detuviera.

—¿Qué hace ella aquí? —preguntó la duquesa obviamente conmocionada—. Reeves, por favor escóltela hasta la salida de los criados—. Diciendo esto la duquesa dio vuelta dirigiéndose hacia el Sr. Carlton-Smythe, asumiendo, con arrogancia, que sus órdenes serían obedecidas.

Por un instante Freddy fue incapaz de ver algo debido a la rabia que sentía y que amenazaba con salir a la superficie. Sabía que esta pequeña escena era más por su dudoso compromiso que por la presencia de Anne. Esto había sido maquinado por años y Freddy no

tenía a nadie más a quien culpar que a sí mismo por no haber tomado las riendas de su vida y sus posesiones hace mucho tiempo. Además, sabía que su cólera no solo se debía al grosero comportamiento de su madre, también era el resultado de otras cosas, las cartas de Bertie, la forma que había descargado todo el odio hacia su padre en Ashton Park, y el modo con que había tratado a Anne y su madre, para nombrar unos cuantas. Ella tenía una larga lista de crímenes para los que debía pagar. Pero no delante de extraños y criados.

—¿Reeves, usted tendría tiempo para pedir mi carruaje? —preguntó Freddy tranquilamente.

Reeves miró nervioso a Freddy y su madre —Sí, Su Gracia.

—Excelente—. Freddy giró y ofreció su mano a Anne, quien estaba petrificada al lado de Brett—. Ven, querida. El carruaje te llevará a casa. Brett puede acompañarte y yo te veré esta tarde—. Brett empujó a Anne hacia adelante y ella avanzó con pasos indecisos. Cuando Anne y Brett lo alcanzaron, ella colocó la mano sobre su brazo, lo que provocó que la duquesa se detuviera en medio del vestíbulo y los viera con incredulidad.

Freddy continuó bajando la escalera impasible, aunque podía sentir temblar la mano de Anne en su brazo.

Sin esfuerzo aparente, la duquesa se interpuso en su camino. Se vieron obligados a detenerse mientras Anne ceñía el brazo de Freddy, con tanta fuerza que de seguro tendría moretones.

—Frederick, no creo que sea apropiado que esta mujer y tu estén en la misma habitación, estando tú comprometido.

—Esta mujer es mi… —Freddy dejó de hablar cuando escucho jadear a Anne mientras sentía como apretaba su brazo con ambas manos.

La duquesa entrecerró los ojos, dando la impresión de ser un sabueso acechando a su presa. —¿Es qué?

Freddy suspiró y miró a Anne quien lo veía con desesperación. No queriendo mirar a la duquesa, Anne le suplicó con sus ojos y él comprendió que sólo deseaba irse para evitar una escena. Freddy miró serenamente a su madre. —Discúlpenos, Mi Lady, Me ocuparé de la señorita Goode, y luego nos encontraremos en la biblioteca.

La súbita palidez y el leve latido en el parpado del ojo izquierdo, revelaron que la duquesa estaba furiosa. Volviéndose en contra de Anne, bramó —¿Cómo se atreve a intentar enredar a otro de mis hijos con tu comportamiento lascivo?— Ella habló en voz baja, y Freddy vio a Lady Vanessa Carlton-Smythe intentar empujar a su padre lejos para evitar escuchar lo que hablaban. Él hizo una nota mental para gradecer a la joven.

Freddy estaba furioso y su furia acrecentaba la inquietud que sentía. Ya era suficiente, pensó. No se preocuparía más por lo que su madre dijera. Ella era una extraña para él. Estuvo apunto de decirlo en voz alta, pero la voz de Anne lo silenció.

—No le entiendo—. Anne habló tranquila pero firmemente, mientras se daba cuenta que había dejado de temblar. Sintió como si finalmente estuviera enfrentado su temor y éste fuera nada más que una sombra sobre la pared y no la bestia que había esperado. Se sintió libre al fin del fuerte rechazo de la duquesa.

La duquesa interpretó mal sus palabras. —Me entiendes perfectamente. He tomado medidas para proteger a Frederick de tí. Él se casará como conviene a su posición, y tú no gobernarás aquí. Nunca—. La última palabra fue dicha con tanto veneno y satisfacción que Anne tuvo que luchar por no retroceder ante la anciana.

Anne sólo sacudió la cabeza. A su lado Brett la tomó del brazo mientras Freddy se acercaba a ella, ambos con actitud protectora.

Los dos hombres permanecieron en silencio. Anne comprendió que dejaban en sus manos la discusión con la duquesa, sintiéndose agradecida por ello. Esta confrontación había tardado mucho.

—Usted los tenía. Usted tenía todo de ellos, a tío Ash, Jerome, Bertie, Freddy, y los alejó—. La perplejidad de Anne ante la estupidez de la duquesa era evidente en el tono de su voz—. Podría haberlos conservado siempre. Podría haber tenido su cariño, su amor, pero lo rechazó por mantener las apariencias y la posición social. ¿Comprende lo que ha perdido? ¿Puede hacerlo?

La mano de Brett la apretó involuntariamente, y Anne supo que estaba pensando en Bertie. La duquesa nunca había llorado su muerte, no realmente. Había llevado luto y dicho las frases correctas, pero no hubo ningún sentimiento verdadero detrás de ello. La rabia de Anne sobre lo que habían perdido todos estaba a punto de explotar en su interior.

—Te llevaste a Bertrand mucho antes de que él muriera —dijo la duquesa irguiéndose casi tan alta como Freddy—. Él decidió comprometerse con una muchacha sin alcurnia ni posición social, sin ninguna riqueza. No me hables de Bertrand. Es él quien arrojó a un lado sus privilegios y posición.

Anne siguió como si la duquesa no hubiese hablado —Él nunca entendió por qué usted no podía amarlo. ¿Sabía eso? Él siempre intentaba hacer cosas para que se preocupara, que le prestara atención, pero usted nunca lo hizo. Simplemente lo hizo a un lado como si fuera un zapato dañado más allá de toda reparación y tomó a Freddy—. Anne tuvo que detenerse y respirar profundamente, intentando conseguir controlarse—. Bertie era demasiado bueno para usted. El tío Ash lo adoraba, padre e hijo se amaban profundamente y usted los abandonó aquí. Por eso, tanto Bertie como tío Ash le estuvieron agradecidos. Todos nosotros le estuvimos agradecidos.

A la mención del último duque, los labios de la duquesa se tensaron hasta que su boca fue nada más que una mueca cargada de odio.

Anne estrechó el brazo de Freddy —Usted los desechó, y los alejó de Freddy. Y por esto no le perdonaré... Nunca. — Anne dejó a Freddy y Brett y caminó hacia la duquesa, apartando sus faldas deliberadamente para mostrar su desdén hacia la anciana. La duquesa gruñó cuando ella pasó. Anne se detuvo en la entrada y se dio vuelta para mirarla. Ante lo ojos de Anne, ella parecía empequeñecida, disminuida, amargada, una mujer vacía—. No la entiendo, y espero nunca hacerlo.

Con eso Anne dio vuelta para alejarse, pero ella se detuvo al darse cuenta de la presencia de una hermosa y elegante joven y un hombre mayor que estaban de pie algo alejado. Las palabras de la duquesa hicieron eco en la mente de Anne. *Él se casará como conviene a su posición.* Sin que nadie lo dijese Anne entendió que ésta era la muchacha con la que Freddy debía casarse, y por un momento ella se sintió débil, y luego la realidad regresó con prisa y su estómago se revolvió. De algún modo logró pasar por la puerta, dirigiendo al lacayo allí una débil sonrisa.

—Sus cosas, señorita Goode, — dijo el lacayo amablemente, dando a Anne sus guantes y mantón junto con el sombrero.

Ella los había olvidado. Los tomó y sostuvo los guantes como si fueran una preciosa herencia de familia —Gracias, James —dijo suavemente.

Detrás de ella oyó a Freddy dar instrucciones a Reeves para mostrar el salón de dibujo al Sr. Carlton-Smythe y su hija y llevarles refrescos. También le dijo a su madre que se reuniera con él en la biblioteca. Anne se sorprendió cuando una cálida mano la tomó del

brazo. Buscando, vio a Brett de pie a pocos pasos de ella, mirándola con orgullo y pena.

—Lo siento, Anne — dijo suavemente. —Yo no habría dado un final como éste a nuestra noche.

Anne le sonrió tímidamente. — Sí, bien, te puedo asegurar que yo tampoco.

Brett dejando escapar una pequeña carcajada, dijo. — Estuviste maravillosa. Ella merecía esto.

Anne sacudió la cabeza —Quizás—. Dio la vuelta y bajaron los escalones hasta donde el carruaje los esperaba—. La veo ahora y veo a una anciana amargada. Si yo fuera una verdadera cristiana la compadecería.

—Entonces no soy ningún verdadero cristiano — dijo Brett con ironía.

Ésto hizo que Anne riese suavemente —No se lo diremos al Sr. Matthews—, bromeó. Ella se sorprendió cuando el brazo de Brett se puso rígido bajo el suyo. Antes de que pudiera preguntar que andaba mal, oyó pasos detrás de él y se dio vuelta para mirar a Freddy bajar las escaleras.

Cuando la alcanzó, se acercó y con propiedad besó su mano lentamente. Sintiendo que se le partía el corazón, Anne comprendió que la duquesa tenía razón en una sola cosa. Freddy tenía que casarse con alguien conveniente, de acuerdo a su posición. Y por mucho que lo deseara, Anne se preocuparía por no cometer adulterio con él. No tenía otra opción mas que alejarse cuando él se casara.

—Anne — susurró, sosteniendo su mano junto a su corazón—. Lo siento tanto, querida. Ella no tenía ningún derecho—. Él le acomodó un rizo suelto detrás de su oreja, y Anne se vio obligada a mantener su resolución. Él no estaría de acuerdo. Estaba segura que

para todos los que vieron como la trataba en público ella era su amante. Él era tan mortífero, tan apasionado. Debía alejarse si quería ayudarlo a mantener el prestigio y la dignidad como Duque de Ashland. Sonrió valientemente, esperando que Freddy no pudiera percibir lo que ella estaba sintiendo.

Él percibió su reacción pero malinterpretó el significado. — Mi madre te ha trastornado, querida, y eso es lo último que deseé que pasara cuando te invité a Ashton Park—. Besó su mano otra vez—. Te adoro querida Anne. La venciste. Su poder aquí se ha ido.

Anne meneó la cabeza. —Ella es todavía tu madre, Freddy. Debes tratarla como tal.

Los labios de Freddy se fruncieron, dándole una incómoda semejanza con su madre. —No la trataré como tal, Anne, nunca más le temeré—. Él respiró y soltó su mano—. Pero debo afrontar esta situación—. Miró a Brett—. ¿La llevarías a casa, Brett?

— Desde luego Freddy, no me molesta—. Respondió—. Pero estoy preocupado por tu reunión con la duquesa.

Freddy rió tristemente—. Pienso que soy lo bastante viejo para manejar a mi madre, Brett—. Él oprimió el hombro de Brett—-Estaré bien. No te preocupes por mí—. Sonriendo nuevamente se despidió—. Hasta más tarde, Anne, mi amor—. Volteando se dirigió a la entrada.

Anne no dejó de mirarlo hasta que desapareció dentro de la casa. Sabía que ésta podía ser la última vez que lo viese en mucho tiempo. Estaba casi segura que era la última vez que se separaban siendo amantes. Sus labios temblaron y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Anne?— Brett la llamó con evidente preocupación—. ¿Te encuentras bien?

Anne sacudió su cabeza e intentó sonreír mientras se mordía el labio—. Supongo que estoy un poco alterada.

Brett la ayudo a subir al carruaje. —No me sorprende, después de esa escena.

Anne no intentó corregirle. Una vez dentro del carruaje Brett la tomó en sus brazos acariciando su espalda apaciguadoramente. —Freddy se encargará de eso, Anne. Tú no tienes que ver a la duquesa para nada, si no quieres. No creo que Freddy le permitirá quedarse de cualquier modo. Él no la desea aquí mientras se familiariza con Ashton Park y el pueblo. Ella ha tenido demasiado control por mucho tiempo.

Anne estaba completamente de acuerdo, pero no prestaba mucho interés a lo que Brett estaba diciendo. Estaba desolada. Fueran o no amantes, se amaban, y ella no creía que ninguno sería feliz sin el otro. No, ella no los podía separar, así es que tendría que dejarlos. El pensamiento la aterrorizó. Deseó ser egoísta. Quería conservar a Brett para sí misma. Si debía renunciar a Freddy, entonces quería conservar a Brett. Ella merecía ser feliz. Había estado tan sola, y había perdido tanto. Pero no podría hacer eso a Freddy. Él necesitaba a Brett también, quizás aun más de lo que Anne lo hacía.

Sus pensamientos obligaron a Anne esconder su cara en el hombro de Brett de forma que él no viera lo que ella estaba sintiendo. Ella le abrazó apretadamente, aferrándose tanto como pudiese, memorizando su olor, su toque, el sonido de su voz cuando le murmuraba para ella palabras tranquilizadoras. Estos recuerdos serían todo lo que ella tendría, pero serían mejores que las fantasías sobre Brett con las que había estado viviendo por tanto tiempo.

Freddy caminó lentamente hacia la biblioteca. Él había escogido deliberadamente aquella habitación para la próxima confrontación con su madre. Era la habitación más incómoda en Ashton Park, y ésta sería de seguro la reunión más incómoda de su vida, aunque no terminara con disparos.

Él rechazó con un gesto al lacayo allí e hizo una pausa en la entrada para tomar varios alientos profundos. Cuando se sintió lo suficientemente controlado dio un paso adelante y empujó ambas puertas, echándolas a un lado mientras entraba. Su madre quedó impresionada por los grandiosos gestos tan apropiados para un duque.

—Realmente, Frederick —dijo tranquilamente—, no hay necesidad de tanto teatro.

Ella estaba sentada sobre el duro sofá delante de la ventana central. Se inclinó hacia adelante para colocar su taza de té en la mesa enfrente de ella, y Freddy tuvo que sonreír, aunque sombríamente. Había dispuesto del té serenamente, como si éste fuera una simple conversación entre madre e hijo. Ella tuvo el descaro de inclinar su cabeza y presentar su mejilla para que él la besara automáticamente. Freddy no hizo nada por aproximarse y fijando sus ojos en ella mostró su rostro carente de expresión. Cuando él no hizo nada por aproximarse a ella, Freddy afrontó la mirada calculadora de sus oscuros ojos con un rostro carente de expresión.

—Hmm—, ella dijo con un dejo diversión—. Veo que estás molesto conmigo. Pero realmente, Su Gracia, ya es tiempo de que te desposes. Solamente tomé la responsabilidad de encontrarte a una esposa. ¿Qué sabes tú de la cosecha de debutantes de este año, después de todo? Pensaba que estarías agradecido para tener una cosa menos con la que tratar.

Él continuó clavando los ojos en ella, estudiándola con frialdad. Ella todavía era atractiva, su pelo rubio sutilmente encaneciendo en las sienes. La piel de su cuello se aflojaba levemente, pero casi no se notaba. Era delgada, lucía un traje de noche azul profundo, hecho a la última moda. Sus ojos eran café oscuro, grandes y bonitos, rodeado por pestañas oscuras, con pequeñas arrugas a duras penas visibles en sus esquinas. Jerome había tenido los ojos de su madre. Los parpados caídos como los de un cachorro habían sido el flagelo de existencia de Jerome. Freddy se percató de que no se parecía en nada a ella. Él tenía cabello rojo y ojos azules. Ambos padres habían sido rubios con ojos oscuros. Bertie había tenido cabello castaño y ojos color avellana. Ninguno de los hermanos tuvo los mismos colores.

Su silencio alentó a su madre. Ella sonrió con aire satisfecho. —¿Te das cuenta? Sabía que si tú tenías un momento para pensar te darías cuenta de lo lógico que era el que manejara este asunto por ti. —Ella recogió su taza de té—. No necesitas preocuparte por nada, querido. Trataré con la chica Goode también. Ella no causará más problemas.

Freddy casi rió en voz alta. Su madre había calculado horriblemente mal. Ella no pudo haber escogido una peor cosa para decir en caso de que hubiese estado abrigando alguna esperanza de calmarlo. En lugar de eso, ella le había recordado cómo manipulado a Anne en el pasado.

—Sus invitados pueden pasar la noche aquí —dijo Freddy mientras caminaba hacia el sillón con el que en verdad se había encariñado, aunque no tanto como para sentarse en él. Él acomodó las colas de su abrigo y se sentó cautelosamente—. Pero deben estar en camino mañana. Tengo pocas ganas de entretener a invitados arribistas en Ashton Park ahora mismo.

—Arribistas… —su madre se retrajo enmudecida por primera vez—. Ella bajó su taza de té con más fuerza de la necesaria—. El linaje de los Carlton Smythe es casi tan antiguo como el nuestro, Frederick. Lady Vanessa es digna de ti en todos los aspectos. Ella está bien económicamente y viene de una familia distinguida. Tienes suerte que también sea bonita, inteligente y sofisticada. No la escogí a la ligera.

—Yo no la elegí—, Freddy rebatió voz alta, alterando ligeramente su expresión—. Temo que ésta sea una área de mi vida que tendrás dejar en mis manos, Madre—. Freddy le sonrió fríamente—. De hecho, tú podrías haber notado que estoy asumiendo el control de todos los aspectos de mi vida, incluyendo mi título y mis haciendas—. Él se deshizo de una hilacha inexistente de de sus pantalones de ante—. Sólo puedo asumir que mi felicidad futura es lo que ha impulsado esta preocupación maternal.

La duquesa gruñó, claramente conmocionada por su comportamiento. Y él tenía que admitir que ella tenía toda la razón para escandalizarse. Freddy nunca le había hablado de esa manera antes. Pero él nunca había tenido algo por qué luchar antes. Porque cuando ella dejó en claro su desagrado por el creciente apego entre él y Brett, Freddy simplemente se había mantenido lejos de ella. El podía contar con los dedos de la mano el número de veces que habían pasado juntos un periodo prolongado de tiempo. Ella había aprendido a no decir nada sobre Brett si deseaba la compañía de Freddy. Pero nunca había discutido. No era su estilo, y tampoco lo había buscado Freddy.

—En lo que respecta a Anne— Freddy dijo lentamente, su mirada fija en la de su madre—, ella no será manipulada por ti de ninguna manera. Tu disposición extraoficial para impedir que las Goode tuvieran crédito ha sido anulada en el pueblo, y he hecho

constar que si alguien se atreve a tratarles en tal forma otra vez me tendrán responder ante mi.

Su madre se puso de pie, con la espalda rígida y sus ojos llameando.

—Esas mujeres lo merecen, no importa qué prohibición hayas dado. Esa familia arruinó a tu padre y después a Bertrand. – Su voz jadeaba con odio y furia, lo suficiente como para conmocionar a Freddy.

—¿Por qué? ¿Qué te han hecho los Goode ?– El Vicario Goode estuvo siempre bien considerado en el condado, incluso en Londres. Él fue el mejor amigo de Padre. Bertie amó a Anne. Sabee eso. Y la señora Goode siempre nos trató a Bertie y a mí, y aun a Jerome cuando estaba en casa, con afecto. Ella es una mujer bonita, inteligente, la hija del mejor amigo de su marido. ¿Por qué se opuso al matrimonio tan fuertemente? ¿Por qué los odias de esta manera?

La duquesa nerviosa caminó hacia la chimenea. Ella deslizó una mano por el costado superior de la vitrina oscura. Finalmente se volvió hacia Freddy, con el rostro resuelto y lleno de amargura.

—Emma Goode fue la amante de tu padre. Por años. Ese marido sin carácter suyo no hizo nada para detenerlo. Él estaba muy entusiasmado, estoy segura, por tener tal agarre sobre el duque.

Freddy imaginó a la señora Goode y le resultó increíble que ella hubiese vivido una mentira tan elaborada por tanto tiempo. —¿Cómo lo sabes?

La duquesa caminó delante de la ventana dando un bufido asqueado. —¿Cómo podría no hacerlo? Él pasó cada minuto disponible de su tiempo en la vicaría. Él durmió allí, comió allí, él prácticamente vivió allí. Todo el mundo sabía que él prefirió una vida mediocre en esa casa a lo que pudo haber tenido aquí, conmigo – ella

agitó su mano alrededor para indicar a Ashton Park—. Ella se volvió para mirar Freddy y él tembló ante el odio que vio en su cara. —Él reservó algunos momentos para dejarme embarazada y entonces corría de regreso a ella tan pronto como podía. Él nos abandonó, Frederick. Por ella. Y por su mocosa.

El corazón de Freddy se detuvo. Él lo pudo sentir extinguirse sus latidos en pecho. Ella no quería decir lo que él pensaba. Sin duda alguna ella no lo quería decir.

La duquesa sonrió con satisfacción maliciosa. —Oh sí. Anne Goode es tu media hermana, Frederick. Por esto es que me opuse a un compromiso entre ella y Bertie. Y por esa razón tú debes mantenerte lejos de ella.

Freddy de pie, sentía las piernas temblorosas y dio vueltas alrededor del cuarto. *No era cierto*. La Señora Goode nunca habría permitido el matrimonio entre Anne y Bertie, o habría promovido el afecto creciente entre Anne y Freddy, si esto fuera cierto. ¿Lo haría ella? Pero si Anne fuera su media hermana… el solo pensarlo hizo que Freddy temblase y cerrara sus ojos horrorizado. Ella podría estar embarazada ahora mismo. Él la había follado en el estanque. Pero no desde entonces. Dio gracias a Dios que anoche la había follado por atrás. Él casi se rió histéricamente por ese pensamiento. La cautela no había sido lo más importante en su mente cuando él había tomado esa decisión anoche.

Él pellizcó el puente de su nariz, duro. Tenía que ocultar sus pensamientos. Detrás de él oyó a la duquesa moverse preparándose para atacar.

—Ella debe ser despachada, Frederick—. Ella habló directamente detrás de él y un estremecimiento avanzó lentamente por su columna vertebral—. Quizá ella no lo sabe, pero lo encuentro difícil de creer. Pero ella claramente tiene puesta la mira en ser

duquesa. Le debes informar que sabes la verdad y envíar a ambas lejos. Si tu honor lo exige, entonces destínales una pensión. Pero no la veas otra vez.

Sus palabras calmaron a Freddy. No, él no haría eso. Pero él se encargaría de ella. Brett debía casarse con ella ahora, y pronto. Y entonces ambos tendrían que irse. Porque Freddy supo sin duda alguna que no podría vivir con ellos, no los podría ver todos los días, y no estar con ellos. Y él nunca podría estar con ellos otra vez.

Él se sentó en la silla próxima con un suspiro de resignación absoluta. Cuando miró a su madre él pudo ver que ella pensaba que había ganado. Y se dio cuenta de que tampoco podría verla otra vez. No por un tiempo muy largo.

—Vamos, Madre. Tú también puedes pasar la noche aquí, pero mañana dejarás Ashton Park con los Carlton Smythes. Y no tengo el deseo de verte otra vez hasta que te mande a llamar. ¿Entiendes? — Preguntó con voz hastiada. Repentinamente se sintió cansado, libre de compromisos hasta sus huesos.

a duquesa quedó boquiabierta. — ¡Frederick! No sabes lo que dices. No es culpa mía que tu padre fuera un mal nacido adúltero que escogió su hija ilegítima por sobre sus hijos legítimos. Intenté protegerte de la verdad, pero no me dejaste otro camino que contarte todo—. Ella avanzó, torpemente extendiendo la mano en ademán de ofrecer consuelo, algo que no podía recordar haber recibido antes de parte de ella. Freddy se mantuvo de pie y se hizo a un lado, rehuyendo su contacto.

— Comprendo lo que estoy diciendo, Madre. Tú debes entender lo que significa. No te puedo ver.

— ¿Qué hay sobre los Carlton Smythes? —¿Qué hay sobre el compromiso matrimonial?

Freddy negó con la cabeza mientras él caminaba hacia la puerta de la biblioteca—. Tú no tenías autoridad para firmar el acuerdo en mi nombre. Es nulo. Inexigible en una corte de justicia. Y como nunca he visto a Lady Vanessa Carlton Smythe antes en mi vida, ciertamente no puedo ser condenado por el incumplimiento del compromiso. No les debo nada. Lo cuál es precisamente lo que les diré.

—Se te olvida, Frederick, que tengo el derecho de firmar documentos legales por ti. Tú mismo me lo diste varios años atrás, cuando estuviste tan ocupado cuidando de ese amigo cojo de Bertrand que tú no podrías ser molestado para ver tus propiedades— La voz de la duquesa se tenía otra vez el tono frío, sin emoción que él recordaba de su infancia.

—Por el contrario, Madame—, le informó a ella—, Hice que mi abogado preparara escrituras nuevas hace varios meses rescindiendo ese poder, al mismo tiempo que ordené a mis administradores y agentes informarme directamente.

Ella le miró fijamente con repentina comprensión. – Tú realmente me humillaras así, ¿delante de toda la sociedad?

Freddy sólo pudo menear la cabeza otra vez. —Tu humillación delante de tu condenada sociedad significa menos que nada para mí, Madame. Tú hiciste la cama, ahora acuéstate en ella, por que yo no lo haré.

Con esto él dio la vuelta y salió de la biblioteca, silenciosamente cerró la puerta ante la expresión furiosa de su madre.

Brett encontró a Freddy en la Gran Galería aproximadamente dos horas después de haber llevado a casa a Anne. Él se había ofrecido a quedarse con Anne hasta que Freddy llegara, pero ella le había enviado a casa. Ella estaba tan cansada, y él se sintió culpable.

La habían mantenido la mitad de noche hablando y haciendo el amor, y luego esa escena con la duquesa esta mañana. La querida Anne estaba exhausta.

Cuando él se había retirado Anne se había aferrado a él. Ella estaba más molesta de lo que le había hecho creer a Freddy cuando dejaron Ashton Park. Brett la había calmado lo mejor que pudo. Su beso de despedida fue hambriento y desesperado, casi de manera alarmante. Pero cuando ella finalmente se había apartado y Brett la había preguntado lo que estaba mal, ella meramente se había reído débilmente y le había dado alguna excusa acerca de la duquesa. Sí, Brett tuvo la seguridad de que en parte era eso, pero había más. Por una vez, él comprendió cómo se sentían Freddy y Anne cuándo Brett se retiraba en sí mismo, como Anne lo llamó. Él finalmente se había marchado después de que Anne le había asegurado que dormiría un poco.

Y ahora, después de más que una hora de buscar, aquí se encontraba acercándose a un Freddy meditabundo. Reeves le habían informado que la duquesa y los Carlton Smythes partirían mañana. Brett dio un suspiro de alivio. Al menos esa situación pudo manejarse. Pero si todo andaba bien, Cristo, ¿Había recibido malas noticias de Londres?

—¿Freddy? —preguntó ansioso—. ¿Qué está mal? ¿Has recibido noticias?

Freddy estaba alarmado por su aproximación. Estaba sentado en una de las sillas que normalmente estaban entre las ventanas, pero él la había movido y miraba fijamente hacia los jardines. Él claramente perdido en sus pensamientos. Él clavó los ojos en Brett por un momento, dejándolo perplejo.

— ¿Noticias? ¿Sobre qué?

Brett se detuvo, totalmente confuso. —Yo… yo no sé. Simplemente te vez como si alguien hubiera muerto—.

Freddy rió amargamente—. Sí, muerto. Como si todo el mundo hubiera muerto, Y me hubieran dejado para limpiar el desorden—. Él se dio vuelta, mirando pensativamente por la ventana.

Brett estaba más confuso que nunca. —¿Qué desorden? ¿Te refieres a los Carlton Smythes?

Freddy negó con la cabeza con otra risa amarga. —No, ellos solo fueron huéspedes. Al menos ella lo fue. Cuando expliqué que la duquesa había actuado sin mi conocimiento o mi aprobación y que el contrato no era válido, Lord Carlton Smythe fanfarroneó un poco y probó algunas amenazas suaves, pero la joven dama se mantuvo imperturbable. Ella simplemente dijo que me comprendía y me dio las gracias por la franqueza. Me deseó suerte y se fue. A su padre no le quedó nada más que irse detrás de ella.

Freddy se levantó de la silla sin nada de la gracia usual.— Aunque ahora que pienso acerca de eso, debí haberme casado con la chica. Después de todo, ahora no tengo otras alternativas—. Él tropezó un poco y se apoyó en el brazo de la silla. Brett se dio cuenta de que se inclinaba para recoger algo, y él le alcanzó una botella y un vaso. Freddy estaba borracho. Brett se quedó con la boca abierta. Freddy nunca bebía en exceso. Simplemente no era su estilo.

—Freddy, ¿de qué hablas?— Brett no podría ocultar la preocupación de su voz—. Pensé que deseabas casarte con Anne—. La cara de Freddy palideció y vertió una cantidad generosa de licor en su vaso. Su mano estaba tambaleante y un poco se derramado en el piso. Brett dio dos pasos y rescató la botella antes de que Freddy la dejara caer.

—Freddy, ¿dime qué ha sucedido?— Suplicó Brett. Cogió el brazo de Freddy para sostenerle, y Freddy se apoyó en él.

Freddy puso una mano temblorosa sobre su cara, y la dejó allí, cubriéndose los ojos. Un sollozo sacudió su armadura, y la preocupación de Brett se convirtió en pánico.

— ¡Maldita sea, Freddy! ¿Qué está pasando?

Freddy quitó su mano y el dolor reflejado en sus ojos azules hirió a Brett como una daga. —Tú debes casarte con ella, Brett—, Freddy le dijo en una voz trémula—. Ya. Debes casarte con ella y llevarla lejos de mí.

Brett no pudo hablar por un momento. ¿De qué diablos estaba Freddy hablando? ¿Qué le había dicho la duquesa?

Brett colocó la botella en el piso y arrancó el vaso de mano de Freddy. Lo colocó abajo al lado de la botella y en entonces se levantó y tomó ambas manos de Freddy en las suyas. Él las oprimió con fuerza. —Freddy, cualquier cosa que sea, me la puedas decir. ¿Qué ha sucedido? ¿Qué te dijo la duquesa?

Freddy viéndose desolado se aferró a Brett con fuerza.

—Ella es mi hermana, Brett. Anne es mi hermana.

El mundo de Brett se vino a bajo por segunda vez.

CAPÍTULO CATORCE

27 de julio de 1812

Anne,

He comenzado esto cinco veces. ¿Diez, quizás? Dios, lo siento. Lo siento tanto. Yo… Está muerto. Está muerto, Anne. No puedo… Es mi culpa. Lo siento. Nunca lo sabrás.

Lo siento.

Habían pasado casi dos horribles días desde que Freddy se lo dijo. Parecía como si Brett hubiera contado cada minuto. Anne no lo vería. Él no entendía que pasaba ahora por su mente. Ella ni siquiera sabía que le había dicho la duquesa a Freddy. ¿Así que, por qué se estaba escondiendo de ellos? La señora Goode rechazó firmemente dejarlos entrar a la casa. Se tranquilizó bastante para decirle que no sabía por qué estaba Anne tan alterada, sólo que lo estaba. Brett podría decir por la mirada de sus ojos, que los culpaba a él y a Freddy. Anne pasó la noche en Ashton Park con los dos, y al día siguiente se retiró a su habitación y rechazó verlos. Pareció lógico culparlos. Brett ses culpaba y no estaba hasta seguro por qué.

Antes de ayer, él estuvo con Freddy en la cama y luego Freddy se encerró en su habitación y bebió las siguientes veinticuatro horas. Brett no podía enfadarse con él. Freddy estaba enamorado de Anne, y

creyó lo que le había dicho la duquesa. Él creyó que Anne estaba para siempre fuera de su alcance. Brett no estaba tan seguro.

Por lo que sabía del padre de Freddy y el Sr. y la Sra. Goode, el pensar el que guardaran un secreto tan grande a Anne y Bertie, parecía absurdo. Bertie los amaba a todos profundamente, y respetaba a su padre y al Vicario Goode. Los hombres le dijeron a Bertie que no perpetuarían tal mentira y no perdonarían una relación entre Bertie y Anne para mantener su secreto seguro. No, aquí había algo más. La duquesa tenía un motivo ulterior, como siempre, y mintió a Freddy para alcanzar sus objetivos. La razón más obvia, desde luego, era el matrimonio. Brett sólo podía asumir que quería tanto que Freddy se casara con la Señora Vanessa Carlton-Smytheso, que manipularía a Freddy para que lo hiciese.

Brett esperó que Freddy llegara por sí mismo a la misma conclusión que él sobre su madre, y le dio dos días para hacerlo. Al parecer, esto no iba a pasar. Así que estaba preparado para ir y meter algún sentido en el maldito idiota.

El día anterior, después de que se recuperó del choque, Brett pensó mucho en él mismo. No iba a dejar que desapareciese lo que tenían los tres, maldita sea. Durante la guerra, antes de la muerte de Bertie, Brett soñó con una relación similar con Bertie, aunque no lo amó tanto. Pero se imaginaba compartiendo a Anne. Aquel sueño murió con Bertie. No se permitió pensar en ello hasta que sus sentimientos por Freddy cambiaron de la cautelosa amistad al amor reacio. Cristo, los amaba tanto. Juró que no iba a hacerlo, pero, ¿realmente tuvo opción? Y ahora, al ver a las dos personas que más amaba, enamorándose uno del otro, sabía que no podía volver a perderlo todo. Había un espacio vacío dentro de él que se llenó con amor y felicidad, cosas que nunca pensó que tendría. Las cosas que se negó a sí mismo. Ya no estaba huyendo. Lamentablemente, las

dos personas de las que huyó todos estos años, ahora huían de él. Frotó su mejilla recordando el saludo de Anne, en la charca. Oh, sí, lo mereció.

Brett tiró la carta de su agente de negocios, la que había intentado leer toda la mañana. Apenas eran las diez y media. Demasiado temprano para subir a la habitación de Freddy y enfrentarse a él, pero Brett no podía concentrarse en nada hasta que lo hiciese.

Brett no se molestó en llamar. Solamente pasó del salón adyacente al dormitorio de Freddy. Se sorprendió de encontrar la puerta abierta. Esperaba entrar en un oscuro cuarto lleno de espíritus. En cambio, las ventanas estaban abiertas y una apacible brisa ondula las cortinas, la luz del sol se esparcía a través de las hermosas alfombras orientales que cubrían el piso. Se paró abruptamente y exploró el cuarto en busca de Freddy. No estaba aquí, pero podría oírlo en el dormitorio contiguo, hablando silenciosamente. El sonido de su voz le dio un agradable escalofrió de expectativa. Echaba de menos a Freddy. Antes, habían estado separados por más tiempo, , pero por alguna razón Brett nunca lo sintió tanto como ayer.

La suave respuesta de Havers le dijo a Brett que estaba con Freddy. Debía ser que estaba vistiendo. Bueno. Esta conversación sería bastante más fácil con Freddy despierto y vestido. Él se acercó a la entrada del dormitorio y se apoyó contra la puerta, contentándose con mirar a Havers ayudando a Freddy con su chaqueta. Era azul oscuro. A Brett le gustaba cuando Freddy llevaba azul. Resaltaba el color de aquellos ojos asombrosos. Él dejó vagar su mirada sobre él, admirando el apretado pantalón de Freddy en sus piernas. Pensó en lo que le gustaría hacerle. Normalmente, lo que Freddy le habría

hecho a Anne. Brett ahogó un aliento y se enderezó, su pantalón empezaba a apretarle de modo alarmante en su entrepierna.

Havers lo vio primero.

—Buenos días, Sr. Haversham.

Freddy elevó los ojos y encontró en el espejo la mirada fija de Brett.

—Buenos días, Havers —dijo Brett, aunque sostenía la mirada fija de Freddy.

—Esto será todo, Havers —dijo Freddy. Su tono no era poco amistoso o despectivo. Era lo que Brett siempre admiraba sobre Freddy. A pesar de su humor y su educación, no era frío o distanciado con los criados. Siempre era respetuoso, agradable, agradecido. No invitaba a la familiaridad, pero sus criados tendían a ser bastante leales. Era un privilegio y un placer servir al Duque de Ashland.

—Sí señor —contestó Havers. Se tomó un momento para acabar. Entonces se dobló y dejó silenciosamente el cuarto, cerrando la puerta tras él.

—Pareces estar mejor —dijo Brett casualmente, intentando adivinar el humor de Freddy.

Freddy se enderezaba los puños, sin encontrar la mirada de Brett.

—¿Yo? Bien, eso es algo que supongo. No haría nada para no parecer bien.

—Freddy —comenzó Brett, pero no sabía donde llegar.

Freddy levantó sus ojos inyectados de sangre hacía Brett y el pecho de Brett se apretó. Lo mataba ver así a Freddy. En todos los años que Brett lo conocía, nunca le vio tan enfadado.

—Todo estará bien, Freddy —en cuanto dijo las palabras, se estremeció. Qué tontería sin sentido. ¿No podía pensar en algo mejor que esto?

Freddy rió con gravedad.

—¿Lo estará? Tienes más fe que yo, al parecer. ¿Exactamente cómo se supone que todo estará bien?

Brett anduvo detrás de Freddy y puso las manos sobre sus hombros. Freddy era tan alto que Brett podría ver sólo su nariz y ojos sobre el hombro de Freddy. Se imaginó besando a Freddy, teniendo que ponerse de puntillas para encontrar aquellos labios llenos y en vez de divertirlo, lo desesperó. Intentó parpadear, alejando la visión, pero la mirada fija de Freddy se había estrechado y se inclinó contra Brett.

—Freddy, no puedes creer...

—Abrázame.

La suave petición de Freddy cortó la respuesta de Brett, sorprendiéndolo.

—¿Qué?

—Abrázame —Freddy se dio despacio la vuelta y las manos de Brett desaparecieron de sus hombros. No se alejó, ni cuando lo afrontó Freddy y estaba lo bastante cerca para que Brett pudiera oler el agua de lavanda en su lino, y el olor de sándalo de su jabón—. Te necesito, Brett. Necesito que me abraces ahora.

Brett alzó la vista hacia la cara de Freddy y vio los ojos rojos, inciertos, el fervor. Su mirada fija remontó la línea fuerte, directa de su nariz, y la piel de su mejilla y barbilla, todavía brillante de su reciente afeitado. Miró un músculo doblarse en la mejilla de Freddy, mientras su mandíbula se apretaba, y Brett supo que no podía abandonar a Freddy para sufrir solo. Despacio, deslizó sus manos a la cintura de Freddy y alrededor de su trasero. Freddy dio un paso adelante hasta que se presionaron juntos y abrigó sus brazos alrededor de los hombros de Brett, abrazándolo fuerte, enterrando su nariz en el pelo de Brett. Los brazos de Brett se apretaron

involuntariamente y Freddy dio un suspiro inestable, cosquilleando la cabeza de Brett como su pelo. Las manos de Brett subieron por el trasero de Freddy, rozando suavemente.

—Ah Dios, Brett —susurró Freddy.

Brett intentó mantener neutro el abrazo, consolador más que sexual. Pero era difícil. Siempre evitaba cualquier contacto que pudiese revelar a Freddy cuanto lo quería. Pero este mañana… quizás no importaba tanto, después de todo, si Freddy lo supiera. Quizás ya lo hacía.

Brett ajustó un poco su postura, trayendo a Freddy más cerca, y giró su cabeza para sentir el pelo de Freddy sobre su cara. Sus labios entraron en el contacto con la curva del oído de Freddy, que echa una ojeada debajo de los largos rizos rojo oscuros. Freddy tembló mientras Brett suspiró.

—Tenemos que hablar —susurró Brett, sus labios acariciaron el oído de Freddy. Él quiso tocarlo con la punta de su lengua, deslizar la punta mojada por las volutas como lo hacía con Anne, y morder tentadoramente el lóbulo.

—¿Ahora? —susurró Freddy con las manos apretadas, sus dedos que se clavaron en Brett. El contacto hizo que el corazón de Brett se apresurarse. Antes de que esto pudiese ir a cualquier punto sin retorno, Brett dio un paso atrás y empujó a Freddy con cuidado.

—Sí.

Freddy suspiró, había irritación en su cara.

—¿Otra táctica para parar, Brett? Siempre que nos acercamos, tenemos que hablar. No te molestes. Hemos tenido esta conversación antes —se fue hacía la mesa y recogió su anillo de sello, poniéndolo en su dedo. Su actitud despidió a Brett más severo que a un criado.

Brett intentó no enfadarse. Sabía que Freddy estaba herido, la impetuosidad que le hacía daño estaba aquí, un objetivo conveniente para su cólera.

—No estoy seguro de qué sepas que quiero hablarte, pero estoy relativamente seguro de que te estás equivocando.

Aquello consiguió la atención de Freddy. Alzó la vista hacia Brett en el espejo.

—¿Realmente? ¿Entonces no viniste a decirme todos los motivos porque no puedes ser mi amante?

Brett parpadeó y podía verle la cara roja de vergüenza en el espejo. Lamió sus labios y podía contar que los ojos de Freddy se cerraron por el pequeño movimiento. Su corazón corría como loco.

—No.

Freddy se giró para afrontarle, con la incredulidad sobre su cara mientras se apoyaba contra la mesa.

—¿Qué?

Brett sacudió su cabeza y dio un paso atrás.

—No. Quiero hablar contigo sobre Anne.

Freddy cerró sus ojos y suspiró.

—Muy bien. Anne —abrió los ojos y se elevó fatigosamente—. He pedido el desayuno. Ven —anduvo por el lado de Brett y entró en el salón, con su paso pesado y cansado. Brett sufría por él.

Apenas entró Brett en el salón se escuchó un ruido en la puerta. Freddy llamó y un lacayo abrió la puerta, empujando un carro cubierto de platos. Brett olió la salchicha. No había comido esta mañana, y su estómago gruñó, haciendo reírse a Freddy.

—Pedí salchicha. De algún modo, sabía que vendrías esta mañana.

Brett se rió.

—Bien, si no hubiese estado aquí, no habría estado lejos por mucho tiempo una vez que oliese esto —se acercó furtivamente al carro y levantó la tapa sobre uno de los discos y se sintió afortunado. Salchichas.

—¿Preparo un plato, Sr. Haversham? —preguntó el lacayo con respeto.

Brett se rió de él.

—No gracias. Puedo servirme yo mismo esta mañana.

El lacayo arqueó levemente la ceja.

—Muy bueno, señor. ¿Su Gracia? —se dio la vuelta hacia Freddy, quien estaba en la ventana.

Freddy se volvió distraídamente.

—¿Qué? Ah, no gracias, James. Nos serviremos —no dijo nada más, y Brett pudo ver a James cernirse en la indecisión.

—Llamaremos cuando acabemos —le dijo al joven lacayo, quien reconoció la dirección, aliviado y salió la puerta.

Brett recogió un plato y comenzó a llenarlo de comida. De repente, se le pasó el hambre.

—Freddy, come —le ordenó.

Freddy lo miró con serenidad y luego levantó una ceja.

—¿Desde cuándo acepto órdenes de ti?

Brett solamente sonrió abiertamente cuando se sentó sobre el sofá y puso su plato sobre la mesa ante él.

—Eso no fue una orden, si no, una sugerencia. Su Gracia —añadió lo último con sarcasmo, y fue recompensado por la sonrisa burlona poco dispuesta de Freddy.

—Supongo que puedo escuchar sugerencias —Freddy se fue hacia el carro y llenó un plato, uniéndose a Brett sobre el sofá.

Ellos comieron en un sociable silencio durante varios minutos. Cuando Brett acabó, se puso de pie y buscó café.

—¿Quieres un poco? —preguntó. Freddy asintió y Brett llenó dos tazas, dándole una a Freddy. Se sentó y disfrutó de la vista de ver comer de Freddy. Infierno, disfrutaba de ver a Freddy hacer cualquier cosa.

Freddy lo miró con timidez.

—¿Por qué me miras?

Brett tomó un sorbo antes de contestarle.

—Me gusta mirarte.

Freddy se ahogó y se cubrió rápidamente su boca con una servilleta cuando tosió.

—¿Perdona? —dijo él finalmente—. ¿Admitiste que te gusta mirarme?

Brett cabeceó.

—Desde luego que me gusta mirarte. Seguramente, no es ninguna sorpresa.

Freddy se sentó con una mirada de aturdimiento.

—Parezco estar a varios pasos por detrás en esta conversación. No, el hecho que lo haces no es una sorpresa. El hecho de que lo admitas es una sorpresa.

Brett suspiró y dejó su taza de café.

—Lo siento, Freddy. Sé que no tiene mucho sentido. Todavía intento trabajar las cosas en mi propia cabeza —él dio un toque a su frente como Anne le hizo en la charca, la primera vez que ellos habían hecho el amor—. Lleva mucho tiempo elaborar cerveza, lo sabes, el tiempo que me ha llevado a entender qué es lo que quiero..

Freddy estaba boquiabierto por el asombro un momento antes de que recuperara el control.

—¿Es demasiado pronto preguntar si has hecho algún progreso?

Brett rió y recogió su taza otra vez.

—Un poco. Te mantendré informado.

Freddy se rió.

—Hazlo —continuó comiendo. Brett le dejó terminar, conteniéndose con mirar.

Cuando acabó, se sentó atrás y gesticuló hacía Brett con su taza de café.

—Has sido muy paciente, Brett. Sigue adelante. ¿Qué tienes que decirme sobre Anne?

Brett giró su cuerpo sobre el sofá para afrontar a Freddy, tirando su pierna mala parcialmente encima de en los cojines.

—No creo lo que dijo tu madre.

Freddy dejó sus restos al lateral del sofá y cerró sus ojos.

—Para ser bastante franco, yo tampoco estoy inclinado a creerle. Pero cuando más pienso en ello, veo más hechos que apoyan lo que dijo.

—¿Como qué?

Freddy suspiró y dejó su taza medio llena sobre la mesa.

—Como ell hecho de que mi padre realmente pasaba una cantidad excesiva de tiempo en la casa parroquial. Prácticamente vivió allí, Brett. Él tenía su propio cuarto.

Freddy se inclinó adelante, colocando sus codos sobre sus rodillas y apretó sus manos ante él.

—La Sra. Goode perdió la calma, el otro día, cuando habló sobre mi padre. Él dejó allí sus libros, su historia. Trató a Anne como una hija —él pellizcó su nariz—. La trajo aquí, a Ashton Park, cuando mi madre no estaba en la residencia —miró a Brett—. Anne sabe más sobre este montón de piedras que yo.

—Esto simplemente podría ser el resultado de haber oído sobre ello a su padre y al tuyo.

Freddy tenía algunos puntos buenos, pero Brett seguía sin estar convencido. Freddy se derrumbó contra el sofá, sin mirar a Brett. Se miró las manos.

—No te he dicho la mayor parte del cuento.

Brett esperó silenciosamente.

Freddy soltó un aliento e inclinó la cabeza hacia atrás para mirar fijamente al techo.

—Ella se parece a Jerome, Brett —se dio la vuelta y sus ojos estaban tristes—. Nunca me di cuenta antes, pero ella y Jerome se parecían como hermano y hermana.

Brett nunca había conocido a Jerome, de modo que tampoco podía confirmar ni negar eso.

—¿Cómo?

Freddy señaló las semejanzas con los dedos.

—El mismo color de pelo, un castaño tan oscuro que es casi negro. También el pelo rizado. La misma nariz, ligeramente respingona. La misma barbilla.

Brett negó con la cabeza.

—Todas esas podrían ser coincidencias, Freddy. No es suficiente para demostrar la afirmación de tu madre.

Freddy empezó a sacudir la cabeza, pero se detuvo y suspiró.

—Tienes razón, por supuesto. Y conociendo la propensión de mi madre por la manipulación y las mentiras, no puedo simplemente aceptar su palabra.

Brett esperó. Sabía que Freddy llegaría a la misma conclusión a la que llegó Brett ayer.

—Tengo que ir a ver a la señora Goode —Freddy parecía enfermo—. ¿Y si lo confirma? ¿Y si Anne es mi hermana?

Brett no vaciló. Extendió la mano hacia Freddy y agarró su brazo, arrastrándole a través del sofá. Freddy se cayó hacia él,

desequilibrado, completamente desprevenido por el movimiento de Brett. Cuando entendió lo que Brett hacía ya estaba en sus brazos, su cabeza contra el pecho de Brett. Brett apretó sus brazos, abrazándole cerca, y Freddy envolvió los suyos alrededor del pecho de Brett, enterrando la cara en la solapa de Brett.

—Sí lo es, entonces trataremos con ello —le dijo Brett suavemente—. Pero no puedo creerlo, Freddy. No lo haré.

Freddy se hundió en Brett. Esto era donde había querido estar durante cinco años, abrigado en los brazos de Brett. Brett se sentía sólido y fuerte, como si nada pusiera a Freddy por delante de él. Freddy enterró su nariz más profundo en la chaqueta de Brett, oliendo esa colonia única que era Brett, y lino, y especias, y sólo… Brett. El corazón de Freddy palpitaba, sus palmas sudaban, y su polla estaba dura. Oh sí, definitivamente estaba en mal camino. Entonces Brett se movió y Freddy sintió contra su estómago que Brett estaba en la misma condición. Dios, esa magnífica polla estaba dura. Por Freddy.

Freddy giró la cara y frotó la mejilla contra el pecho de Brett.

—¿Brett?

Brett susurró, y Freddy tomó esto como un estímulo.

—¿Sí Anne es mi hermana, te casarás con ella y la abandonarás? —Freddy todavía pensaba que ésta era la mejor solución.

Brett se quedó quieto debajo de él, y luego enterró su mano en el pelo de Freddy e inclinó su cara hacia arriba. Brett parecía tan serio.

—Sí, Freddy. Pero sería una de las cosas más difíciles que he

tenido que hacer alguna vez en mi vida.

El corazón de Freddy se sentía como si palpitara a través de su pecho.

—¿Por qué? —susurró.

—Amo a Anne —la declaración de Brett era la de un hecho, y porque Freddy ya sabía que era verdad, no le molestó—. Pero también siento cariño por ti, Freddy. Hemos sido compañeros durante más de cinco años. Salvaste mi vida. No puedo imaginarme la vida sin ti.

Freddy trató de no demostrar el dolor. Brett no le amaba. Pero sentía un profundo cariño, y era bastante para Freddy. Tendría que ser bastante. Freddy trazó los queridos rasgos de Brett con su mirada fija.

—Yo tampoco puedo.

Brett apartó la mirada, soltando la cabeza de Freddy.

—Yo... yo sé que tienes sentimientos por mí, Freddy —él pareció inseguro. Freddy simplemente esperó. Podía decir qué venía más, y seguramente Brett sabía que Freddy le amaba después de todo este tiempo—. ¿Pero todavía quieres las mismas cosas? Después de Anne… entendería si estás satisfecho con nuestra relación de la manera en que está.

Freddy no estaba seguro de lo que Brett quería decir. ¿Después de Anne? ¿Porque Freddy sabía que Brett estaba enamorado de Anne? ¿Brett no pensaba que Freddy estaría satisfecho compartiéndolo?

—Todavía te quiero, Brett —Freddy no se mordió la lengua. Había esperado años por esta oportunidad. No iba a ser tímido ahora.

Brett se puso más tenso, no menos, ante la admisión de Freddy. Freddy se apartó, sentándose parcialmente de modo que pudiera ver la cara de Brett. Brett tenía un surco entre sus cejas

cuando frunció el ceño. Oh demonios, pensó Freddy. Al parecer ésa no era la respuesta correcta.

—Todavía puedo verte sentir del mismo modo —él comenzó a subir hacia Brett, pero el hombre más viejo agarró sus brazos y le mantuvo allí. Él todavía no miraba a Freddy.

—¿Y si no es como pensaste que sería? —la pregunta de Brett era tranquila, pero Freddy oyó la intensidad en ella.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Freddy, exasperado—. ¿Ya sé cómo es, recuerdas? Sé exactamente cómo será.

Finalmente, Brett le miró y Freddy reconoció la emoción de sus ojos. Era miedo.

—Sí, pero ¿y si no *soy* lo que pensaste que yo sería? —Brett acosó su labio inferior y Freddy comenzó a sudar en serio. *Por favor, Dios*, pensó, *deja que esto lleve donde creo que lleva.*

Como de costumbre, Brett tomó el modo tortuoso de llegar a su punto. Con todos los demás él empleaba la conversación directa. Cuando esta venía a Freddy y el sexo y sus sentimientos de uno al otro siempre era vago e indirecto y molestamente confuso.

—Nunca he estado con un hombre —le dijo Brett como si revelase algún gran secreto.

Freddy tuvo que esforzarse por no reír. En cambio mantuvo su rostro abierto y agradable.

—Sí, lo sé.

—Nunca quise —bien, eso era desalentador, pero otra vez, apenas un secreto.

—¿Y ahora? —preguntó Freddy esperanzadamente.

Brett suspiró.

—No ahora. Durante los últimos cuatro años. Desde que te arrastraste desnudo en mi cama cuando apenas podía estar de pie y con entusiasmo me informaste que querías que te jodiera.

Freddy se sonrojó al recordarlo. Fue humillado con el rechazo suave pero firme de Brett. ¿Había sido alguna vez ese joven? El cerebro de Freddy de repente se paró y luego se centró en concentrarse. ¿Brett acababa de decir que había querido a Freddy durante los últimos cuatro años?

—¿Qué demonios? —Se incorporó con una sacudida—. ¿Me querías pero lo negaste? ¿Por qué? ¿Cuándo sabías que yo estaba dispuesto?

Brett se frotó el rostro con sus grandes manos y la tripa de Freddy se apretó. Por Dios que iba a tener aquellas manos sobre él antes de que la mañana se fuera.

Brett suspiró.

—Francamente pensé que eras demasiado joven para conocer tu propia mente, Freddy. Y luego llegó a ser una excusa útil. La verdad es que estaba asustado y —hizo una pausa y dio un toque a su frente otra vez—, las cosas aquí todavía estaban confusas.

—¿Cómo de confuso estás ahora?—exigió Freddy, presionando su mano en el pecho de Brett.

Brett sonrió con arrepentimiento.

—¿Sobre si realmente te quiero? En absoluto. ¿Sobre si realmente el que estemos juntos es una buena idea? Mucho.

Freddy le empujó hacia atrás con un suave empujón y Brett cayó contra el brazo del sofá con un sorprendido.

—¡Oof! —rápidamente, Freddy se sentó a horcajadas sobre su regazo y apoyó las manos a ambos lados de su cabeza sobre el apoyabrazos.

—¿Freddy? —Brett pareció alarmado.

Freddy se inclinó hacia abajo hasta que su boca estuvo a un aliento de distancia de la de Brett. Podía sentir qué duro era para Brett no separarse.

—Sólo hay un modo de averiguarlo —susurró contra aquellos labios esculpidos. Sintió el aliento caliente de Brett sobre su boca cuando él exhaló bruscamente y entonces con pánico soltó un aliento.

—¿Averiguarlo? —preguntó Brett jadeando.

—Si el que estemos juntos es una buena idea —contestó Freddy. Se inclinó justo un poco más cerca y frotó ligeramente su labio inferior a lo largo del de Brett. Brett gimió y Freddy lo sintió reverberar directamente bajando por su espina dorsal para alojarse en la cabeza de su polla.

—Cristo, Brett —susurró, poniendo en su voz cada onza de desesperación y deseo con la que él se había quemado durante cinco años largos—, déjame besarte. Por favor.

Brett apenas asintió pero fue suficiente. Con las mariposas revoloteando en su estómago, Freddy cerró la escasa distancia entre ellos. La sensación y el sabor de Brett sobre sus labios, finalmente, le tenían gimiendo. A ciegas extendió las manos y ahuecó la mandíbula de Brett, el roce de la incipiente barba de Brett sobre sus palmas despertaba un hormigueo. Freddy se inclinó a un lado y la cabeza de Brett se ladeó al otro y casi pudo oír el chasquido cuando sus bocas se unieron tan perfectamente. Las manos de Brett se arrastraron hacia arriba y agarraron los lados de la chaqueta de Freddy, tirándole fuerte. Él gimió y su boca abierta bajó hacia la de Freddy, y Freddy se zambulló en aquella piscina de cálidas sensaciones y el caliente e intenso Brett.

En cuanto su lengua resbaló en la boca de Brett, éste perdió su refrenamiento. Sus brazos se cerraron alrededor de la cintura de Freddy, derribándolo hasta que su entrepierna descansaba contra la de Brett y su pecho presionaba contra el sólido muro de músculos que era Brett. Sus sentidos fueron bombardeados cuando Brett controló el beso. Brett mordió su labio, ensanchando la boca abierta

de Freddy, pillándolo con su lengua caliente y perversa mientras su mano agarraba la cintura de Freddy, moliendo su polla contra él. La otra mano resbaló por debajo de la chaqueta de Freddy y subió por su espalda, el calor de su palma presionando entre los hombros de Freddy a través del delgado lino de su camisa. Freddy pudo sentir sus callos raspando el material y gimió, apretando tan fuerte contra Brett que pensó que podría penetrar en él, cuerpo y alma.

Esto, esto era con lo que Freddy había soñado, lo que había anhelado. Esto mereció la espera. En alguna parte todavía racional de su cerebro entendía que había tenido que esperar hasta que Brett estuviera preparado. Brett todavía podía tener demonios dando vueltas en su cabeza, pero ya estaba preparado para amar a Freddy.

Con un gemido desesperado Brett rompió el beso, sólo para presionar sus labios húmedos y calientes en la mejilla de Freddy, y luego los arrastró hacia abajo al cuello de Freddy. Sacó de un tirón la tela del cuello de Freddy y lamió y succionó su cuello. Succionó con fuerza, y Freddy se arqueó, amando la picadura del deseo incontrolado de Brett por él. Freddy trabajó su brazo entre ellos y enterró su mano en aquel cardado y tentador pelo castaño, manteniendo a Brett con él. Brett deslizó sus labios hasta el oído de Freddy y suavemente recorrió el interior con la lengua, haciendo que Freddy temblase y se sacudiese.

—¿Y Anne? —Brett raspó en su oído—. Yo no puedo… si la amas, Freddy, entonces esto está mal.

Freddy respiraba pesadamente, y encontró dificultad para hablar. Pero sabía que esto era importante. Tan duro como era, Freddy se separó, así Brett podría ver su cara.

—¿Por qué? Amas a Anne, y sin embargo esto está bien para ti —Brett parecía incómodo, como si hubiera revelado más de lo que debiera. Y de repente, Freddy lo entendió. Brett también lo amaba.

La euforia que corría a través de él le dejó mareado y se inclinó hacia Brett otra vez. Presionando sus labios en el oído de Brett, susurró—. Yo también puedo amar a dos personas, Brett.

—Freddy —gruñó Brett y entonces besó a Freddy de nuevo, devorándole, justo como Freddy le había visto hacer a Anne. Esto más que nada probó sus sentimientos a Freddy. Brett era demasiado honorable, estaba demasiado torturado por la culpa, para hacer el amor con Freddy a menos que realmente le amara. Los ojos de Freddy se quemaban detrás de sus párpados cerrados mientras trataba de no llorar de la alegría que sentía.

Brett se retorció debajo de él y Freddy sintió que las manos de Brett agarraban su cintura y de repente fue girado y tirado en el sofá, el beso roto, su espalda apretada contra el amortiguado respaldo y su frente presionaba contra Brett. Brett cambió de posición y sus duras pollas se deslizaron y presionaron una contra la otra y ambos hombres gimieron.

—Freddy —raspó Brett, sus caderas moliendo contra las de Freddy—, no lo sabía. Cristo, no tenía ni idea de qué bien sentiría esto.

—Bien no hace justicia a este sentimiento, Brett —contestó Freddy jadeando. Se le escapó un gemido cuando Brett empujó contra él, llevando su espalda contra el sofá.

—Lo siento —jadeó Brett, retirándose—. Lo siento. Demasiado brusco.

Freddy agarró el trasero de Brett y le tiró de espaldas, con fuerza.

—No, no demasiado brusco. Perfecto.

Dios, Brett se sentía tan bien en sus manos. Firme, pesadamente musculoso, redondo, sus cachetes encajaban en las palmas de Freddy perfectamente. Él sintió los fuertes músculos y se

volvieron duros como la roca cuando Brett empujó contra él otra vez y gimió con placer.

Brett se separó y Freddy protestó débilmente, tratando de recuperarle. Entonces sintió las manos de Brett que con desesperación manoseaban torpemente en su pantalón.

—Lo siento, Freddy —dijo Brett bruscamente—. Voy demasiado rápido. Pero me siento… Cristo, tengo que tocarte. Sólo tú y Anne me hacen que desespere. No tengo ninguna delicadeza. Oh Dios —gimió cuando consiguió desabrochar los pantalones y los empujó hacia abajo con la ropa interior de Freddy hasta que la dura polla de Freddy saltó libre.

Brett puso su mano alrededor de la longitud de Freddy y Freddy gritó mientras sus caderas se sacudían contra el abrazo. No podía hablar, apenas podía pensar, cuando sintió la áspera caricia de aquellos callos en su polla. Brett le sostuvo fuertemente y bombeó su puño lentamente arriba y abajo y Freddy se estremeció y se mordió el labio. No se vendría aún, no podía. Quería que esto durara.

Brett sepultó su cara en el cuello de Freddy y hurgó bajo la tela del cuello otra vez para succionar su cuello mientras su mano exploraba a Freddy. Él tenía razón, no tenía ninguna delicadeza, y a Freddy le gustaba esto. Sus caricias salvajes, desesperadas y sin instruir eran mucho más devastadoras que las del experimentado trato sexual de Simon habían sido. La mano de Brett soltó la polla de Freddy y aunque perdió el contacto, estaba un poco aliviado. Unos golpes más y habría culminado. Su alivio fue efímero. La mano de Brett empujó bruscamente entre sus piernas. El pantalón ajustado de Freddy le impedía extender sus piernas más, entonces la mano grande de Brett le dominó, metiéndose allí, y cuando Brett ahuecó sus pelotas Freddy gritó por el rayo de placer que corrió a través de él. Brett las hizo rodar, su toque gentil, sus callos ásperos. Esto hizo

que Freddy se sacudiese y gritase otra vez. Entonces el dedo de Brett se deslizó hacia atrás a lo largo de su grieta y atormentó el agujero en sus nalgas, y Freddy perdió toda la apariencia de control.

—Por favor, Brett —gritó—. Por favor fóllame. Dios, te quiero. Por favor. No me hagas esperar más. Por favor.

Brett susurró en su cuello y apretó más duro contra aquel pequeño rosetón. Freddy se retorció, tratando de hacer que Brett le penetrase con aquel dedo. Necesitaba alguna parte de Brett dentro de él. Brett jadeaba tan pesadamente como Freddy.

—Te quiero, Freddy —gimió—. ¿No necesitamos tu aceite? ¿Como con Anne? Quiero follarte como con Anne.

—Entonces fóllame, maldición —gruñó Freddy, agarrando los lados de la cabeza de Brett y levantando su cara de modo que pudiera mirarle. Los ojos de Brett estaban vidriosos y casi negros, sus pupilas estaban tan grandes. Sus mejillas estaban sonrojadas, sus labios hinchados por sus besos. Estaba podridamente magnífico, y por fin era de Freddy—. Maldito —susurró Freddy— fóllame.

—Sí —Brett gimió y su boca se arrojó sobre la de Freddy. Su palma presionó contra las pelotas de Freddy casi con demasiada fuerza. Freddy se sacudió hacia atrás para escaparse, y Brett las tocó con cuidado, ahuecándolas suavemente otra vez, haciendo que Freddy gimiese. Brett se arrancó de la boca de Freddy con una última fuerte succión de su labio inferior. Tiró con su mano de los pantalones de Freddy y rodó del sofá. Freddy se sentó, tembloroso, débil por la excitación y Brett extendió la mano hacia él.

—Vamos —gruñó Brett—, ahora. Quiero follarte ahora.

Agarró la mano de Freddy y después se tambalearon hacia el dormitorio. Todo le parecía irreal a Freddy. Se había despertado esta mañana pensando que su vida había acabado y ahora aquí estaba, a punto de ser follado, bastante a fondo, sospechaba, por Brett, y

todavía tenía esperanzas de que Anne fuera una posibilidad en su futuro. Cerró su mente a todos los otros pensamientos o posibilidades, manteniéndose en ese sentimiento.

—Cógela —le dijo Brett, arrojándole en el dormitorio. Brett empezó a desabrocharse el pantalón, sus manos ásperas y torpes. Freddy podía ver el contorno de la polla de Brett en el cuero marrón claro, y su pasaje trasero se apretó en anticipación. Rápidamente fue al neceser y buscó en la parte superior hasta que encontró la botella del aceite. Se volvió hacia Brett y se detuvo en su trayectoria.

Brett estaba de pie en medio del cuarto, jadeando, su fuerte pecho se elevaba y caía en su ajustado abrigo verde oscuro. Sus pantalones de ante estaban abiertos y empujados ligeramente hacia abajo y su polla brincó fuera de la abertura, clavándose directamente en Freddy, gruesa y pesada. Freddy podía ver que la punta estaba húmeda, y se le hizo la boca agua.

—Sube a la cama —le ordenó Brett, y Freddy obedeció antes de que ni siquiera pensara en ello. Subió y se arrodilló allí, de repente inseguro de lo que Brett quería que él hiciera. Brett se acercó y su polla se mecía y agitaba con cada paso, haciendo que el corazón de Freddy viajara con excitación. Esa iba a ser enterrada dentro de él. Pronto. Jodiéndole. Sus manos temblaron.

Brett subió y se arrodilló delante de él. Freddy le ofreció en silencio la botella. Brett la tomó y Freddy vio un rubor subiendo por su cuello y manchando sus mejillas. Freddy sonrió.

—Justo como Anne —le dijo a Brett suavemente cuando él extendió la mano y quitó el tapón. El olor del aceite le recordó a su cuerpo la última vez que lo habían usado, y su polla se sacudió mientras un chorrito de humedad se escapaba. Lanzó el tapón en la cama y luego se giró. Se bajó los pantalones hasta las rodillas y se inclinó, descansando los antebrazos en la cama, su culo en el aire

enfrente de Brett. Se sentía vulnerable, despierto, desesperado, asustado. Esto era todo. Esto era cuando la realidad de lo que hacían golpearía a Brett. Si él no podia hacerlo, era ahora cuando se separarían.

Y entonces, de repente, sintió el hábil dedo de Brett allí, y sintió que las gotas frescas del aceite golpeaban su piel cuando Brett empujaba hacia dentro. Su dedo era grueso y áspero y se sentía tan bueno que Freddy se mordió el labio y agarró la colcha de la cama en sus puños. Brett hurgó al lado de él, y Freddy comprendió que intentaba poner el tapón en la botella. Extendió hacia atrás una mano inestable.

—Déjame sostenerla —se aclaró la garganta. Su voz era espesa, sus palabras confusas—. Déjame —dijo otra vez. Brett lo apretó en su mano y luego agarró su cadera desnuda y deslizó toda la longitud de su dedo en Freddy, hasta que Freddy pudo sentir su apretado puño contra las mejillas de sus nalgas.

Freddy gimió otra vez. No podía creer qué necesitado sonó. No había hecho aquel sonido con Simon. Pero Brett le reducía a la incoherencia mientras su dedo le jodía dentro y fuera. Freddy sintió que sus músculos se relajaban y que lo que había sido un placer ardiente se hizo un dulce, caliente, atractivo y doloroso deseo. Brett retiró su dedo y Freddy sintió un segundo dedo rozando ligeramente su agujero.

—¿Cuántos dedos, Freddy? —susurró Brett—. ¿Cuántos necesitas antes de que puedas tomarme? Soy grande. Quiero decir, soy ancho. ¿Puedes hacerlo?

Freddy tarareó con el placer y apretó atrás a la mano de Brett.

—Tres —masculló él—. Tus dedos son grandes. Creo —jadeó cuando Brett empujó dos dedos dentro de él—, creo que tres servirá. ¡Brett! —su grito fue alto y ruidoso cuando Brett hundió ambos dedos

profundamente y golpeó aquel punto sobre el que Simon le había enseñado.

—Cristo, Freddy —susurró Brett con turbación detrás de él—. ¿Qué es esto? ¿Qué hice? Te gustó esto. Puedes decirme si te gustó.

Freddy se rió jadeando y se estremeció cuando Brett lo golpeó otra vez.

—Hay un punto dentro de un hombre —le explicó con voz baja, él se movió—. Para, Brett, para, no puedo hablar, no puedo pensar.

Brett se paró, sus dedos embutidos profundamente.

—Explícamelo.

—Es, no sé, un punto, esto se parece a un punto. Y cuando lo acaricias o… o lo tocas, Cristo, eso se siente asombroso. Nunca fue parecido a esto, nunca.

Él retrocedió, queriendo sentirlo otra vez.

Brett se rió, y Freddy pensó que su risa era baja, sensual y tan masculina y estaba tan satisfecho que iba a culminar solo con el sonido de esta.

—Tú quieres más. Quieres esto otra vez —él le jodió con sus dedos, encorvándolos, y golpeó en el punto y Freddy gritó otra vez, temblando.

—Sí, sí —dijo Brett silenciosamente, casi a sí mismo.

—Lo noto—él acarició dentro de Freddy con la punta de su dedo y Freddy gimió, incapaz de dejar de temblar.

—Brett —dijo él débilmente—. Por favor.

Presionó otro dedo y Freddy silbó con la plenitud que le quemaba. Brett hizo una pausa y frotó sus dedos con cuidado, dando tiempo a Freddy para adaptarse. Freddy tomó varios alientos profundos y retrocedió como Simon le había enseñado. Los dedos de Brett entraron todo el camino.

Freddy sintió un ligero contacto en su mano. Él liberó la botella

y sintió que más gotas caían en sus nalgas, haciéndole cosquillas cuando llegaron y cubrieron su agujero, lleno de los dedos de Brett. Brett comenzó a mover sus dedos, lejos de aquel punto especial, y Freddy se alegró. Él estaba muy cerca.

—¿Freddy, estás listo? —susurró Brett, su voz era un gruñido bajo, hambriento—. Porque no puedo esperar mucho más tiempo. Tengo que entrar dentro de ti. Quiero joderte duro, Freddy.

—Ahora, Brett. Ahora —Freddy no podía ni siquiera decir una oración completa.

Brett sacó sus dedos. Unos segundos más tarde, él se inclinó sobre la espalda de Freddy, sus manos se apoyaron al lado de los brazos de Freddy sobre la cama, y Freddy sintió su polla, cubierta con el aceite, situándose en su grieta frotándose en su agujero. Él gimió y empujó hacia atrás. Nunca había ansiado a nadie así. No hasta Anne. Él apenas había tenido tiempo para comprender que la quería antes de que ella fuese suya. Pero Brett, Dios, él había esperado mucho tiempo.

Detrás de él sintió la risa de Brett.

—¿Quieres que sea malo, Freddy? —susurró, sus labios bailaban a través de la nuca de Freddy. Freddy tembló—. Sí, creo que lo seré. Estoy harto de jugar a ser un caballero, Freddy, cansado de esperar y negándomelo a mí mismo. Eres mío. Has sido mío desde el momento el que me desperté en Dover y te vi gritar al lado de la cama. Nadie más te joderá, Freddy. Nadie más te amará como yo lo hago.

Freddy sacudía su cabeza, su frente rozando la cubierta de cama.

—Nadie, Brett —le prometió densamente.

Y luego Brett se elevaba, sosteniendo sus caderas y presionando dentro de él. Freddy sintió como si fuera destrozado,

pero dio la bienvenida al dolor. Él suspiró y retrocedió tomando todo lo que Brett podría darle.

—Freddy —gimió Brett, sus dedos se clavaban en las caderas de Freddy cuando fue despiadadamente hacia abajo, más profundo y más profundo, hasta que Freddy sintió el pelo pubiano de Brett sobre sus mejillas y sus pelotas descansaron contra él.

—No quiero hacerte daño.

Freddy jadeaba, sus piernas temblaban, y su agujero estaba en llamas. Él estaba en el cielo.

—Muévete —gruñó Freddy—. Jódeme. Quiero ser follado.

—Desde luego, Su Gracia, —gruñó Brett desde atrás, y luego se retiró despacio y empujó dentro otra vez. Freddy se levantó de sus brazos a sus manos y extendió sus piernas más amplias. Brett se deslizó más profundo y ambos gimieron.

—Más —exigió Freddy.

Las manos de Brett estaban sudorosas sobre sus caderas, y el pelo sobre sus piernas cosquilleó en la parte de atrás de los muslos de Freddy. Cada sensación era mayor. Él podría oler el olor almizclado, que asociaba a cuando los hombres tenían sexo. Ningún otro sexo olía como esto. Esto era rico y divino e hizo que apretase sus músculos sobre Brett. Brett dejó escapar un murmullo mudo y luego salió y entró de golpe en Freddy.

—Sí —gritó Freddy, y comenzó a joder en serio. Freddy respondió a cada duro empuje, hasta que comprendió que Brett se olvidó de que podría hacerle daño y solo pensó en el placer.

—Freddy, Freddy, Freddy —cantó Brett, puntuando cada grito con un empuje de sus caderas, una palmada de carne sobre la carne.

Los brazos de Freddy se derrumbaron. Brett lo siguió abajo, el ángulo nuevo forzó su polla directamente sobre el punto especial.

—¡Brett! —gritó. De un tirón lo echó hacia atrás hasta que se

sentó sobre el regazo de Brett, con su polla enterrada dentro de él. Él apretó sobre la dura longitud y agarró su polla bombeando su puño a lo largo de esta. De repente Brett agarró los lados de su chaqueta y la rasgó. Los botones volaron sobre la cama. Su chaleco la siguió, y Freddy se rió. Brett agarró el cuello de su camisa y lo rasgó abierto también. La ropa estaba destrozada, y el pecho de Freddy estaba expuesto, en su cuello todavía tenía su corbata de fantasía. Él se rió otra vez, jadeando.

—¿No podías haberte deshecho de la maldita corbata? —se quejó.

Brett gruñó y mordió su cuello directamente encima de la tela de cuello cuando sus manos se deslizaron por encima del abdomen de Freddy hasta que encontró los pezones de Freddy y los pellizcó con fuerza.

—La próxima vez —prometió Brett misteriosamente—. La próxima vez desnudos y a la luz de la luna y con sonatas. Hoy solo follar. Y la oportunidad de exprimir estos magníficos pezones mientras tú restriegas tu polla y yo te follo.

Freddy gimió.

—Dios, me gusta cuando hablas así. Yo nunca supe que podías hablar así.

—He estado dirigiéndome a ti así cada noche con mi puño alrededor de mi polla, corriéndome con tu nombre sobre mis labios, Freddy —susurró.

Freddy gimoteó.

—Quiero hacerlo todo —su mano envolviendo la de Freddy alrededor de su polla—. Quiero chupar esto, probarlo. Y quiero que tú chupes la mía.

Él acentuó su confesión con un empuje de sus caderas.

—Quiero decir, después de limpiarla. Entonces tú puedes

chuparla.

Freddy no podía contestar, él se rió.

—Sí, definitivamente después de que la limpies. Ahora jódeme mientras exprimes mis pezones y yo restriego mi polla.

—Jesús Freddy —gimió Brett. Pero hizo como Freddy le había dicho.

Pronto se hizo evidente que esto no era bastante para ambos. Brett empujó a Freddy hacia adelante poniendo una mano entre sus omóplatos y Freddy terminó de nuevo sobre sus rodillas, sus antebrazos reforzados sobre la cama mientras Brett lo jodía con fuerza y profundamente, una mano retorciendo su pezón sin piedad. Freddy gruñía con cada empuje, no le preocupaba como sonase, sólo le preocupaba que Brett no parase nunca. Él dejó de apretar su polla. Estaba muy cerca. Quería sentir a Brett corriéndose dentro de él antes de que permitirse su propia liberación.

—Freddy —dijo Brett, su voz era espesa e inestable, su polla se cerró de golpe en Freddy—. Voy a… no puedo parar.

Brett soltó el pezón de Freddy y abrigó su mano alrededor de la polla de Freddy y un tiro de puro placer físico hizo que Freddy arquease su espalda. Brett se movió más cerca y empujó a Freddy más abajo y luego golpeó aquel punto a la vez que bombeaba la polla de Freddy, y Freddy no pudo dejar de gemir.

Entonces Brett se corrió, el calor y la humedad de su liberación llenó a Freddy. Freddy gritó y Brett se congeló detrás de él con el grito, apretando profundamente dentro de él, temblando cuando su cabeza se cayó adelante para descansar sobre la espalda de Freddy. Freddy podía sentir las sacudidas de la gruesa polla de Brett dentro de su apretado paso. Freddy lo exprimió, sosteniéndolo apretado y Brett gruñó y lo apretó. Entonces Brett maldijo de nuevo. Todavía duro.

—Siéntelo, Freddy —le susurró—. Estas lleno de mí. Lleno de mi polla, lleno de mis jugos, tan lleno y apretado y caliente.

Era así. Porque con cada palabra Freddy realmente lo sintió. Y era maravilloso. Y él culminó. Él culminó con Brett sosteniéndolo apretado, un brazo alrededor de su cintura, una mano sobre su polla, susurrándole, cosas toscas y vulgares mezcladas con palabras cariñosas y promesas, y era todo lo que Freddy sabía que sería.

Brett todavía temblaba. Se puso sobre la cama, y Freddy se abrazó entre sus brazos. Freddy se había quitado su corbata tan pronto como él pudo conseguir que sus manos trabajasen después de que ellos se corriesen. Freddy sin arrepentimiento había usado su arruinada camisa para limpiarles a ambos, y luego empujó a Brett hacia abajo y avanzó lentamente a su lado, abrazándolo.

Ellos incluso no se habían molestado en quitarse los pantalones. Brett se sintió expuesto, el aire frío del dormitorio sobre su polla después del calor que le abrasada en el paso de Freddy. El pensamiento de lo que había sentido al estar dentro de Freddy hizo que Brett volviese a temblar de nuevo.

— ¿Qué vamos a hacer? —preguntó Freddy silenciosamente—. Estoy enamorado de ti, y estoy enamorado de Anne. Y ella podría ser mi hermana. Cristo, esto suena como una mala novela Gótica.

Brett rió en silencio y frotó su mano a lo largo de la espalda desnuda de Freddy, solo porque podía. Porque no tenía que ocultar sus sentimientos más, su deseo. Con solo pensar esto, su temblor cesó. Esto estaba bien. Lo que ellos había hecho estaba bien, era tan correcto como lo que ellos habían hecho con Anne. Él envolvió fuerte sus brazos alrededor de Freddy.

—Vas a hablar con la Sra. Goode —besó la cima de la cabeza de Freddy que descansaba sobre su hombro—. Y yo voy a hablar con Stephen.

Freddy se sentó y lo miró.

—Sí, creo que es hora de que lo hagas.

CAPÍTULO QUINCE

19 de Junio de 1912

Querido Brett:

Tú, estúpido idiota. Probablemente no debería escribir esta carta mientras estoy enfadado contigo, pero al diablo con ello.

Como te dije ayer, desde que marchamos a Salamanca hace dos días tengo una premonición. Creo que no veré Inglaterra de nuevo. Los malditos franceses me matarán. Bueno, adivino que si estás leyendo esto es que estoy muerto. Qué extraño suena. Esta es una carta desde la tumba. Whooooooooo. Bien trataré de ser serio.

Ya que no quisiste hablar ayer de ello, te lo diré ahora. Te quiero. Eres como un hermano para mí, y no puedo lamentar haber venido a morir aquí porque te he conocido. No seas un idiota arrogante y no te culpes de mi muerte. Soy culpable de buscar mi propia muerte, muchas gracias. Es lo que la gente espera, supongo.

¿Estás llorando aun? Me pondré más serio todavía. Cásate con Anne. Sé que estás enamorado de ella, y ella está medio enamorada de ti, creo. Somos las dos únicas personas para las que ha bordado algo voluntariamente. Seguramente esto quiera decir algo. Hablo en serio, Brett. Necesito saber que ella esta bien, Hay cosas... Oh infiernos. Solamente cuida de ella. Tanto tú como Anne son los mejores amigos que he conocido. Me amaste como soy y no has tratado de "mejorarme". Y te agradezco por ello. Soy perfecto como soy, después de todo. O como era. Esto se hace bastante confuso.

Así pues, en definitiva, te amo. Cásate con Anne. Estoy muerto, esto lo dice todo, creo.

Bertie.

Ah, y gracias por la bayoneta francesa. Pero sólo podía esperar que salvaras mi vida tantas veces, Brett.

Freddy llamó nerviosamente a la puerta de las Goode. Estaba preocupado por la visita a Anne, aunque Brett le dijo esa mañana que ella rechazaba verlos. ¿Por qué? Freddy tuvo miedo de conocer la respuesta. Igual que ella lo sabía. Ella sabía quién era su verdadero padre.

Freddy dio un paso al frente cuando se abrió la puerta. No había oído acercarse a nadie. La Sra. Goode estaba allí con el corazón roto y sangrando tanto como Anne. Ella estaba muy solemne.

—Anne no está aquí, Su Gracia.

—No vine para ver a Anne. Vine para verla a Usted.

La Sra. Goode no parecía sorprendida.

—No puedo hablar del futuro de Anne sin que ella esté presente —dijo la mujer.

Freddy tardó un momento en entender de lo que estaba hablando. Él se ruborizó por el malentendido.

—No voy a hablar con usted antes de que hable con Anne acerca de su futuro —dijo secamente—. He venido a hablar del pasado.

Los ojos de la Señora Goode se agrandaron por la sorpresa. Y el miedo, Freddy definitivamente vio algún tipo de miedo antes de que ella se alejara. Él sintió un enorme peso descender sobre sus hombros. Ella se alejó y abrió la puerta más ampliamente.

—Por favor entre, Su gracia —ella parecía tranquila pero el agarre sobre el pomo de la puerta desmentía la impresión.

Ella cerró la puerta detrás de él y le indicó el camino al salón en silencio. Una vez en el salón cerró la puerta. Freddy tenía la sensación, más bien dramática, de que ella cerraba la puerta para siempre sobre sus esperanzas y sueños. Él suspiró. No quería ser amable, no quería hablar en términos vagos, dando rodeos en torno a la cuestión, por temor a ofender. Solo quería la verdad.

Se dirigió directamente a la señora Goode que estaba andando hacia el sofá.

—¿Es Anne mi hermana?

Ella se detuvo tan de repente que casi tropezó mientras le miraba con ojos sorprendidos.

—¿Qué?

—¿Es mi padre, el padre de Anne? —Freddy soltó la pregunta y luego se estremeció por su tono beligerante.

Los ojos de la Señora Goode se estrecharon.

—¿Es eso lo que ella le dijo? Juro que esa mujer no se detendrá ante nada para conseguir sus objetivos —parecía perturbada, aunque apenas preocupada por la culpa. Reanudó su camino al sofá y se sentó—. Siéntese Freddy. Es evidente que tenemos algunas cosas de las que hablar.

Freddy se quedó donde estaba, su corazón palpitando. No había respondido a la pregunta.

—¿Anne es mi hermana?

La Señora Goode suspiró mientras se recolocaba su falda alisándola. Cuando le miro fue con pena y simpatía.

—No, Frederick, Anne no es su hermana.

Freddy tropezando se sentó en la silla de Brett. Alguna parte de su cerebro reconocía que él y Brett ya habían tomado posesión de

esta casa, de esta habitación. Él tomó una respiración profunda, como si se hubiera estado ahogando y sólo ahora hubiera alcanzado la superficie. Su pecho se expandió y él podía sentir su corazón galopando. Él se rió débilmente cuando se derrumbó contra el respaldo de la silla.

—Gracias a Dios.

—¿Es esa su única pregunta? —preguntó la Señora Goode en voz baja. Ella le sonreía, se reía de él, pero sintió que ella se guardaba algo. Su estomago se apretó.

—¿Hay algo más? ¿Qué debería preguntar?

Emma Goode suspiró cuando ella se dio la vuelta para mirar fijamente hacia fuera por la ventana.

—¿Qué más le dijo ella? —miró a Freddy severamente—. Anne finalmente me contó sobre su confrontación. En la magnífica entrada, por el amor de Dios. ¿Ella no tiene vergüenza?

Freddy sacudió la cabeza.

—¿Anne?

La señora Goode resopló burlonamente.

—¿Vuestra madre?

Freddy recordó su propia conversación con su madre, y él de repente recordó la cuestión que debería estar preguntando.

—¿Era usted su amante? ¿La amante de mi padre?

Suspiró de nuevo, el sonido era triste y cansado. Con ojos llenos de lágrimas hurgó en su bolsillo para buscar un pañuelo. No tenía ninguno, Freddy le ofreció el suyo. Ella limpió sus ojos.

—Gracias —ella respiró hondo e hizo una bola con el pañuelo en su mano—. Nosotros dejamos que pensaran lo que quisiera. Era más fácil.

La respuesta no tenía sentido.

—¿Más fácil? Sin duda es difícil dejar a la gente creer que era la amante de un hombre cuando en realidad no lo era.

Ella no miró a Freddy, en cambio se centró en el pañuelo en su regazo, que comenzó a doblar en cuadrados.

—Él era mi mejor amigo, usted lo sabe.

Freddy sacudió la cabeza.

—No, yo no tenía ni idea. Quiero decir, yo sabía que él y el Vicario Goode eran amigos íntimos y él pasaba mucho tiempo aquí, pero francamente, nunca pensé en su relación con él.

Ella se rió agudamente.

—Usted debe ser el único que no lo hizo —con cuidado desdobló el pañuelo de lino y se limpió otra vez los ojos, y una vez hecho comenzó a doblarlo de nuevo—. Lo conocí con Jerome, el Señor Goode, en Londres en una fiesta —miró a Freddy entonces—. Vengo de una familia bastante buena, ya sabe, era mi primera temporada.

—Dígame —dijo Freddy en voz baja, animándola a continuar.

—Ambos eran tan guapos —ella rió distraídamente, con sus ojos desenfocados—. Ash ya estaba casado. Ella estaba con él, en Londres, pero vivían vidas separadas. Por lo que había traído a Jerome y estaban haciendo la ronda. Él trataba de encontrar a Jerome una esposa —miró a Freddy con una maliciosa sonrisa—. Y allí estaba yo.

Freddy sonrió de nuevo.

—Usted y el Señor Goode siempre parecían tan enamorados.

Ella asintió.

—Lo estábamos. Casi desde el primer momento que nos encontramos, en realidad —ella mordió su labio, y a continuación, pareció llegar a una decisión—. Pero él amaba a alguien antes que a mí —miró a Freddy, con la esperanza de que él entendiera. Pero no lo hizo y sacudió la cabeza. Sus hombros se inclinaron.

—Ash y Jerome se conocieron en la escuela. Eran inseparables —se quedo sentada allí mirándolo fijamente a él y no dijo nada más.

Freddy estaba exasperado. ¿Qué diablos trataba ella de decirle? Todo el mundo sabía que el Duque y el Vicario eran los mejores amigos y había sido así desde sus días de escuela. ¿E inseparables? Claro, por supuesto. El duque prácticamente había vivido en la casa parroquial... Freddy dejo de cavilar. Era como si se hubiera golpeado contra una pared y no pudiera pensar más. Él solamente miraba fijamente detrás de la Señora Goode. Su comprensión debía mostrarse en su rostro. Ella asintió, satisfecha.

—Sí. Bueno, ellos me lo dijeron, naturalmente, antes de que Jerome y yo nos casáramos. Pensaron que era lo correcto, por supuesto. Pero Jerome me amaba, muchísimo, tanto como amaba a Ash.

Freddy estaba impresionado. ¿Su padre había vivido con el mismo arreglo que él, Brett y Anne contemplaban?

—¿Entonces usted era su amante? —hizo de nuevo esa pregunta, confundido.

Ella sacudió la cabeza.

—Oh, no. No realmente —ella se sonrojó y Freddy también. No quería saber lo que “no realmente” quería decir. Ella suspiró—. Él y Jerome eran amantes, una relación que toleraba y apoyaba.

Freddy estaba en shock. Era muy difícil creer lo que estaba pensando. Él volvió a la primera cuestión, la paternidad de Anne, y él pensó en todos los motivos por los qué había creído la afirmación de la Duquesa. La mayoría quedaban contestados por la relación entre su padre y el Vicario, pero no todos.

—¿Por qué Anne y Jerome, mi hermano Jerome, se parecen?

La Señora Goode cerró los ojos.

—Yo más bien tenía la esperanza de que nadie lo notara y les compararan —ella miró a Freddy—. Solo usted y Jerome nunca lo hicieron.

El cerebro de Freddy podía ser lento, pero las consecuencias eran claras.

—¿El vicario era padre de Jerome? ¿Y de Anne? —La Señora Goode se mordió el labio y cabeceo rígidamente. Freddy estaba más que atónito. Freddy estaba pasmado—. ¿Pero por qué? —Preguntó incrédulo—. ¿Tuvieron... —estaba perplejo en cuanto a la manera de formular la frase— una relación... una relación entre ellos tres, el Duque, el Vicario y la Duquesa?

Ella sacudió la cabeza.

—No. El Duque necesitaba aun heredero... —se detuvo, como si hubiera más que decir, pero ella no desease decirlo.

Freddy trató de pensar. Él sabía que había hombres que solo preferían a los hombres, su amigo Daniel Steinberg por ejemplo. Daniel nunca había dormido con mujeres. Pero Daniel le había dicho que si tuviera que hacerlo, suponía que podría. ¿Podría el duque... no? Él sacudió la cabeza, volviendo a la franqueza le gustase o no a la Señora Goode.

—¿Por qué necesita un heredero? ¿No podía dejar él mismo encinta a la Duquesa? Lo hizo otras dos veces.

La Señora Goode le miraba apenada. Se mordió el labio y se inclinó más, poniendo su mano sobre el brazo de la silla.

—Ah, Frederick, lo siento. Lamento tener que ser yo quien le diga estas cosas.

Freddy sacudió la cabeza.

—Claramente soy el último en enterarme —declaró con normalidad—. Y creo que ya era hora de que lo supiera.

Ella asintió y se sentó con la espalda recta, soltando su mano.

—Sí, sí, tiene usted razón, por supuesto —ella tomó una respiración profunda y le miró a los ojos—. Su padre, el Duque, no podía tener hijos.

Esto le tomó un momento para comprender. Freddy sintió como si se ahogase y su garganta se cerrara con horror.

—Pero usted dijo que Anne no era mi hermana —susurró él.

La Señora Goode le miró sorprendido y luego se apresuró a tranquilizarle.

—¡Oh, no! ¡Oh, no Frederick, Jerome no era su padre! Sólo... fue solo para el primer hijo. La duquesa le rechazó una segunda vez. Ella odiaba a Jerome. Le culpó del distanciamiento del duque, de arruinar su vida —sacudió la cabeza—. Francamente nunca la entenderé. No le gustaba Ash, usted lo sabe. Era un matrimonio arreglado. Ellos apenas se conocían el uno al otro el día de su boda. Pero era de Ash. Él estaba listo para ser su amigo, darle la bienvenida a ella en su círculo. Pero ella lo quería todo de él. No estaba dispuesta a compartir su premio. Ella era la Duquesa de Ashland, y estaba muy solicitada en la sociedad. Que Ash prefiriera a otra persona era intolerable —miró de reojo a Freddy—. De todos modos Ash había intentado durante varios años tener un hijo, pero se hizo evidente que uno de ellos tenía la culpa. Por lo que se lo pidió a Jerome, y así, ella se quedó embarazada de inmediato. Cuando ella rechazó a Jerome una segunda vez, Ash le dijo que quería más hijos, asegurar el título. A él no le preocupaba cómo, no le importaba con quien, y no preguntó. Ella tendría lo que desease mientras le diera niños y guardara sus secretos.

Ella hizo una pausa, dándole tiempo a Freddy para adaptarse a la verdad. Sólo una pregunta quedaba.

—¿Quién es mi padre?

Ella sacudió la cabeza.

—Nunca lo supimos con seguridad. Pensábamos que era un noble menor escocés, Lord McKittrick. Él murió hace muchos años —ella se inclinó hacia delante y le cogió su mano otra vez. Esta vez Freddy se echó hacia atrás. Necesitaba algo a lo que agarrarse—. Lo siento Frederick. Pero ahora lo sabe. Ash le quería, él quería a todos sus hijos. Pero él nunca sintió que tuviera un apropiado derecho sobre usted. Dejó que la duquesa se le llevara y nunca se perdonó a si mismo por eso.

Freddy aclaró su garganta, abrumado. Él tenía que hablar con alguien.

—¿Dónde está Anne? —preguntó—. Tengo que hablar con Anne.

—¡Oh! —exclamó la Sra. Goode, poniéndose de pie—. Oh, querido. Frederick, es mejor ponerse en marcha.

Ella agarró su mano y lo arrastró poniéndole de pie. Freddy estaba otra vez confundido. Comenzó a pensar que sería así en un futuro previsible.

—Anne ha ido a ver al Sr. North.

Freddy sacudió la cabeza.

—¿Sr. North? —realmente comenzaba a parecer un idiota.

La Sra. Goode lo arrastró hasta la puerta.

—Sí, el Sr. Gideon North. Era el oficial al mando de Bertie durante la guerra. Los heridos, usted sabe. De todos modos, compró la Casa Blakely, justo al otro lado del pueblo, unos meses atrás, después del que el hermano de Leah Westridge desocupara el edificio.

Freddy recordó eso. Lo había dejado desocupado después de que Freddy hubiese amenazado su vida. Freddy había aparecido un poco loco ese día, pero se acababa de enterar sobre Brett y Anne, y había estado enfadado con el mundo.

—¿Por qué ha ido ella a la Casa Blakely?

—Para aceptar la petición de mano del Sr. North.

Brett estaba de pie fuera del establo de la casa parroquial y suspiró profundamente. El ama de llaves le había dicho que Stephen estaba allí. Bien, no podía dejarlo para más tarde. Él tenía que entrar y verlo.

Cuando entró en el pequeño establo le llevó un momento que sus ojos se adaptasen a la oscuridad después de la luz del sol de fuera. Cuando ocurrió vio que Stephen estaba a escasos metros de distancia mirándolo. Él obviamente, estaba a medio proceso de ensillar a un caballo.

—Si este es un mal momento, puedo volver más tarde —dijo Brett.

Stephen sacudió la cabeza.

—No, ahora es tan buen momento como cualquier otro — volviendo a ensillar al caballo.

—¿Cómo estás? —preguntó Brett, entrando un paso más en el establo. Quitándose el sombrero lo hizo girar en sus manos nerviosamente.

Stephen levanto una ceja.

—Bien ¿Y tú?

—Bien —Brett se mordió el interior de su mejilla.

—¿En serio? —Stephen preguntó con curiosidad—. ¿Por parece como si hubieras estado llorando?

Brett golpeó el sombrero contra su muslo.

—Maldita sea, Stephen, eso es algo que se supone que no preguntas a un compañero.

Stephen resopló.

—Sí vale, nunca he sido muy bueno recordando todas aquellas reglas.

Brett resopló con un suspiro.

—Bien, te agradecería que no lo mencionaras otra vez.

Stephen dio un tirón a la correa de la silla de montar.

—No lo haré. Salgamos afuera ahora. ¿Por qué has estado llorando? ¿Está bien Freddy? ¿O ya sabes lo de Anne?

La mandíbula de Brett se abrió con asombro.

—¿Anne? ¿Qué sabes de Anne? Mi Dios, hombre, no es cierto, ¿verdad?

—Me temo que sí. Ella está allí ahora —Stephen terminó y le miró con expectación—. Me voy a poner en camino para allí para poner fin a todo esto. Esto no está bien, para cualquiera de ellos.

Brett estaba completamente confundido.

—¿De qué hablas?

—Acerca de North. ¿De que hablas tú?

Brett sacudió su cabeza para aclararse.

—No importa. ¿Qué pasa con North?

—Anne ha ido a verlo ahora mismo.

—¿Ver a quien? —los sentido de Brett se pusieron en alerta.

—A Gideon North.

Brett estaba completamente sorprendido.

—¿Gideon North está aquí? ¿Por qué? ¿Qué tiene que ver con Anne? ¿Se trata de Bertie?

Stephen lo miró con exasperación.

—No, esto no es sobre Bertie. No todo es sobre Bertie, Brett.

Brett se ofendió.

—Ya lo se, Stephen. Pero es una suposición lógica, ya que era nuestro comandante en jefe y Anne era la novia de Bertie. ¿Qué otra conexión podría haber?

—¿No sabías que North compró la casa Blakely? —Stephen parecía sorprendido ¿Por qué este nombre le sonaba familiar?

—¿No es esa la casa donde ha vivido el despreciable impresentable? ¿El hermano de la nueva esposa de Valentine?

—Sí —respondió Stephen conduciendo el caballo hacia fuera pasando a Brett—. North la adquirió hace varios meses. Él y Charles Borden están allí.

—¿Su joven sargento? —Brett estaba sorprendido. Él habría pensado que Borden se habría trasladado por ahora.

—Mmmmm —Stephen murmuró afirmativamente cuando él trató de montar el caballo. Brett sacudió su cabeza. Stephen realmente era un jinete terrible.

—Déjame—dijo Brett con exasperación mientras se acercaba y ayudaba a montar al hombre más pequeño—. ¿Cómo diablos terminaste en la compañía 14^{th,} cuando no puedes ni montar un caballo?

Stephen le miró ofendido.

—Puedo montar a caballo. Aunque no a la perfección. Y yo estaba allí como capellán, no como soldado.

Sus palabras recordaron a Brett por qué estaba allí.

—Stephen, yo… —no estaba seguro de que decir ahora.

Stephen no iba a hacérselo más fácil.

—¿Sí? —su tono era frío.

Brett miró por el jardín.

—Hoy leí la carta de Bertie.

Él sintió la mano de Stephen sobre su hombro y alzó la vista hacía él. La cara de Stephen era comprensiva.

—¿Su última carta? ¿La que envió a Anne?

Brett solo sacudió la cabeza.

—¿Lo sabes todo?

Stephen se rió y comenzó a caminar con el caballo hacia la puerta.

—No, no todo. Bertie me dio las cartas, Brett. Él me pidió que las enviara en caso de que muriera. Eso hice. Esto es todo lo que sé.

—Lo siento Stephen —Brett suspiró y puso la mano sobre el cuello del caballo, intentando calmar los saltos inquietos del caballo.

—Era natural que me culparas a mí, Brett —Stephen sonaba tan cansado que a Brett le tomó un momento para comprender lo que estaba diciendo.

—¿Culpar? Stephen, nunca te culpe —él se sorprendió de lo que pensaba Stephen.

Stephen le miró sorprendido.

—¿Entonces por qué? Admito que estaba dolido por la ruptura de nuestra amistad. Éramos tan cercanos durante la guerra, pero cuando regresé… nosotros apenas hablábamos nada, solo en las reuniones sociales en los últimos años, y era cuando yo no lo podía evitar.

Brett sintió que le caía encima la vieja conocida culpabilidad. ¿Había alguien a quien no hubiese herido en los últimos años, mientras se revolcaba en su propia pena e intentaba echar fuera de él la culpa por la muerte de Bertie?

—Stephen —hizo una pausa, tomándosela para reunir sus pensamientos. Stephen esperó pacientemente, con una mirada expectante en su cara. Brett suspiró—. Además de con Bertie, pase más tiempo contigo que con nadie en la Península. Y la mayoría de las veces, Bertie estaba con nosotros —tuvo que detenerse un minuto. Estaba abrumado por los recuerdos. Pero por primera vez algunos de aquellos recuerdos eran agradables—. Tú me recuerdas aquellos tiempos, Stephen. Tú me recuerdas lo que me perdí cuando Bertie… cuando murió —dio un paso atrás y miró por el jardín,

pasándose una mano por el pelo—. La carta de Bertie me enseñó el porqué no dejaba de recordarle. He estado afligiéndome por Bertie durante mucho tiempo, Stephen, pero no pensaba en él. No pensaba en lo que él quería. Yo sólo pensaba en mi propia culpa, miseria y soledad.

—Brett —dijo Stephen con comprensión. Él también estaba ahogado con un nudo en la garganta, y Brett lo miró con recelo.

—Menudo pareja ¿verdad? Todavía nos lamentamos por Bertie después de todos estos años. Como le gustaría esto.

Stephen se rió y limpió sus ojos con el dorso de su mano enguantada.

—Por supuesto que sí, le habría encantado esto. Él siempre quería ser el centro de atención.

Brett mostró una expresión sardónica.

—Creo que Bertie ha sido el centro de atención durante bastante tiempo —él agarró las riendas de Stephen y giró su caballo hacia la vereda—. ¿Pueden los vicarios decir infiernos?

—Técnicamente hablando, creo que la guardamos para nuestros sermones, pero se pueden hacer excepciones —Stephen pareció ser como los viejos tiempos. Brett se alegraba. Realmente no quería pararse y rememorar los tiempos antiguos como ancianas.

Brett montó su propio caballo mientras Stephen esperaba.

—Entonces, ¿por qué Anne ha ido a casa de Gideon North?

Stephen esperó hasta que Brett estuvo instalado en su silla de montar antes de contestarle, y esto solo picó más la curiosidad de Brett.

—Por qué va a aceptar su petición de mano.

Brett echo una mirada incrédula a Stephen antes de impulsar a su montura al galope.

Anne caminó de arriba abajo por la sala de estar nerviosamente. Su mente era un torbellino. Inquieta miró a su alrededor. Esta era claramente una residencia de soltero. Los colores eran oscuros, masculinos, el dueño daba mucha importancia al mobiliario, y el arte inclinándose por pinturas de cazadores y perros. No había casi ninguna decoración frívola. Y los armarios para libros no habían sido desempolvados recientemente. Alguien necesitaba encargarse de los sirvientes. Pero ella no podía verse a sí misma haciéndolo. A diferencia de Ashton Park, Anne no tenía ideas para volver a decorar este cuarto. Ella no tenía interés en eso.

Se detuvo con la mirada fija en los jardines. Eran monótonos. No había nada especialmente notable en ellos. Ningún laberinto rigurosamente cuidado, ninguna fuente espectacular, ningún sendero empedrado con guijarros, sinuoso. Ella suspiró e interiormente se regañó a sí misma. Era completamente injusto comparar los jardines de Blakely House con los de Ashton Park. Y no podría ayudarse a sí misma.

Se mordió los labios para abstenerse de llorar. Dios sabe que lo había hecho bastante en los últimos dos días. Cuando Brett la había visitado sólo había querido lanzarse en sus brazos y llorar su pena en su hombro ancho, fuerte. Pero no podía. Ella había tomado su decisión. Iba a dejarles ir. Claramente, Freddy había tomado también su decisión. No había intentado ver a Anne. Ni siquiera una vez.

Sorbió por las narices sintiendo lástima de ella misma. Pues bien, alguna vez realmente no había esperado tener un futuro con ellos, ¿verdad? Las cosas habían resultado tal cual lo había predicho cuándo empezó a descender por esta vía. Y ahora aquí estaba ella. A punto de decirle a un buen hombre que había cometido un error atroz y si por favor él podía hacer que su carruaje la llevara a su casa.

Aparentemente ayer había tenido un plan tan bueno que le había enviado una nota a Mr. North aceptando su invitación para visitar a Blakely House. Él había contestado por escrito inmediatamente, sugiriendo que se encontraran a la hora del té. Él claramente no era un hombre que perdía el tiempo. Eso agradó a Anne simplemente. Sería mejor que muy pronto ella se uniera con alguien más, así pondría a Freddy y Brett verdaderamente fuera de su alcance. Sólo había un inconveniente, la horrible sensación de estar a punto de hacer algo realmente malo. Ella no era particularmente justa con el señor North, ¿verdad? Él quería a una esposa y había sido realmente honesto con ella acerca de eso en su nota original. Le debía honradez a cambio. Y la verdad era que ella estaba enamorada de alguien más. Bien, dos más, pero mantendría en secreto eso. Después de todo él no necesitaba completa honradez. Y ella ciertamente no quería a un marido que estuviera enamorado de alguien más. Bien, a menos que alguien más fuera el otro de quien ella estaba enamorada. Así es que tuvo la seguridad de que el señor North no querría a una esposa enamorada de alguien más. Dos más. ¡Uf! Su cabeza comenzaba a doler otra vez. Todo esto se ponía bastante confuso. Excepto la parte donde ella le decía al señor North que no podría aceptar su propuesta.

Un hombre se aclaró la voz detrás de ella y Anne se dio vuelta. Era el señor Borden, el administrador del señor North. Había sido él quien recogió a Anne en el carruaje. Era de alrededor de la edad de Anne, y muy apuesto en una forma juvenil, con cabello rubio corto, rizado, los ojos azules centelleantes y una constitución musculosa. Durante el camino a Blakely House, le había hablado como si Anne y el señor North ya estuvieran prácticamente casados, y con cada palabra el temor de Anne aumentaba. Parecía tan feliz que ella estuviese aquí. Si; otra persona a quien decepcionar, qué

maravilloso. Casi le había gritado para detener el carruaje cuando con gentileza había descrito las lesiones que el señor North había sufrido durante la guerra, a fin de que ella no estuviera sorprendida cuando le viera. Era demasiado. Ella iba a arruinar las esperanzas de este buen hombre así como también las de un veterano lisiado de guerra. Ella era… despreciable. Sí, despreciable. Ella nunca debió aceptar esta reunión. Era egoísta, una persona despreciable.

El señor Borden la miraba de una manera extraña.

—¿Se encuentra bien señorita Goode?

Para su horror, Anne se percató que había estado mirándole con fijeza por más de un minuto. Quizá si él pensara que ella estaba enfadada, él estaría aliviado por su negativa. Anne lamió sus labios resecos.

—Sí, muy bien, gracias. Excelente, bien —balbuceaba. Se aclaró la voz—. ¿El señor North se reunirá con nosotros pronto?

Ella se sobresaltó. Eso había sonado entre grosero y ansioso. El Sr. Borden continuó mirándola extrañamente, como si él no pudiera decidir en qué tono lo había dicho.

—Sí, él debería reunirse con nosotros en un minuto. ¿Le puedo ofrecer algún refresco?

Excelente, un refresco. Una taza de té para mantener las manos ocupadas, así podría dejar de estrujarlas.

—Sí, por favor —contestó tímidamente—. Una taza de té sería bienvenida.

El señor Borden la miró como si ella le hubiera encomendado una sagrada tarea.

—Entonces será té —dijo alegremente, y la dejó sola otra vez.

Sus hombros se hundieron. Dios mío, ella nada más quería superar esto de modo que pudiera regresar a casa, retirarse a su habitación y llorar por el resto de su vida.

—Él tiene buenas intenciones —dijo una voz muy profunda al otro lado de la habitación.

Anne alzó la vista con un jadeo. Tuvo que forzarse a controlar su reacción cuando vio al hombre de pie junto a una puerta que no había notado antes. La puerta se mezclaba bien con la pared, con el papel tapiz y el mobiliario. Que ingenioso. Se dio cuenta de que se centraba en la puerta de forma que no debió mirar al hombre que era obviamente Gideon North. Entonces se obligó a mirarle, envolviendo su semblante en una máscara agradable. Como si supiera lo mucho que le costaba a ella, en su boca apareció una sonrisa burlona, sardónica.

Él había sido alguna vez tremendamente bien parecido, si el lado derecho de su cara era un indicio. El lado izquierdo mostraba cicatrices de quemaduras. Una cicatriz al lado del ojo izquierdo hacia que este permaneciera parcialmente cerrado, dándole la apariencia de estar mirando con suspicacia, como si estuviera evaluando o juzgando algo. Su boca hacía lo mismo. Anne no podía imaginarse tener que pasar la vida con el ceño fruncido permanentemente. Tenía líneas de risa marcadas en la esquina del ojo derecho, y eso lo hacía un tanto más triste, saber que él se había reído antes. Y sus ojos eran bellos, ella podía verlo ahora. El azul más pálido que ella alguna vez había visto, brillante como cristal marino. Tenía las pestañas largas, oscuras y rizadas, aun en su ojo izquierdo. Parecía incongruente. Su oreja también había resultado con graves quemaduras y estaba ligeramente deformada, y algunas cicatrices lo habían dejado parcialmente calvo en el lado izquierdo. Como si fuera un desafío él mantenía su oscuro cabello corto, aun más de lo que estaba a la moda. Ponía en claro desde todo punto de vista que no iba a ocultar quién era él. Anne pudo mirar con respeto eso. Comenzó a caminar hacia ella y su modo de andar era tan ruidoso que

sorprendió a Anne, entonces ella recordó lo qué el señor Borden le había dicho y miró hacia abajo. Él se apoyaba en una muleta, la pierna izquierda del pantalón estaba fijada con alfileres. La pierna terminaba sobre la mitad del muslo. Anne repentinamente se sintió mareada y vio puntos delante de sus ojos. Pudo haber sido Bertie. Si él hubiera sobrevivido, éste podría haber sido él.

—Maldición —gruñó el señor North—, siéntese antes de que se caiga.

Su tajante orden hizo que Anne recuperara la compostura, pero estaba todavía mareada. Ella fue a tientas a la silla próxima y agarró el respaldo, entonces se deslizó al derredor y cayó en el asiento.

—Ponga la cabeza entre sus rodillas —le ordenó. Anne casi obedeció.

—Yo… le ruego me disculpe —rogó aturdida.

—Ayuda cuando uno se halla débil. Hágalo.

Mientras hablaba, apoyó su muleta contra el brazo del sofá y brincó alrededor para sentarse. Fue una maniobra falta de gracia, y miró fieramente a Anne mientras lo hacía. Él enderezó su chaqueta y Anne advirtió que mano izquierda también estaba llena de cicatrices. Se veía como si los dos primeros dedos de su mano hubieran sido fundidos juntos. Anne inmediatamente puso su cabeza entre sus rodillas.

—Al menos usted no es tan estúpida como parece —comentó irónicamente.

—¿Discúlpeme? —Anne habló murmurando desde entre sus rodillas.

—Augura bien que usted pueda recibir órdenes, pero parece aprensiva.

Bien, ese comentario hizo a Anne incorporarse.

—No recibo órdenes para nada, y soy aprensiva porque me di cuenta de que... —ella se detuvo, no estaba segura de cómo decir lo que había estado sintiendo sin lastimar sus sentimientos.

—¿Así es que usted no piensa lo que puede hacer entonces? —preguntó él con voz aburrida.

Anne tenía problemas manteniéndose erguida.

—¿Hacer qué? —si él no iba a ser educado, ella tampoco lo sería.

—Casarse conmigo —él respondía como si fuera una tonta—. Por esto es que usted está aquí, ¿verdad?

—¿Eso? —dijo Anne con voz aguda. Ella había esperado eludir ese asunto.

Él suspiró mientras el señor. Borden entraba seguido por un criado que llevaba la bandeja del té. El Sr. Borden se detuvo abruptamente cuando los vio sentados y luego miró encolerizadamente al señor North. Él se volvió al lacayo.

—Eso será todo —el lacayo se inclinó con una reverencia y se retiró precipitadamente, cerrando la puerta detrás de él. El señor Borden se devolvió y dirigió una mirada disgustada al señor North.

El señor North lo observaba, con cara inexpresiva.

—Te dije que yo iría para traerte —le dijo el señor Borden con tono mordaz.

—No soy tu joven tía que necesita ayuda para bajar las escaleras —la voz del señor North era tan fría que hizo temblar a Anne.

—No, eres un potro salvaje que necesita unos fuertes azotes —el señor Borden devolvió el disparo, y entonces miró fijamente a la horrorizada Anne.

Anne sonrió.

—Gracias, señor Borden —el señor North volvió su atención hacia ella con una ceja levantada. Ociosamente ella notó que él tenía dos. Las cicatrices de la quemadura terminaban en su pómulo. Sus cejas eran pobladas y oscuras. Su ceja se levantó más alto mientras la observaba, repentinamente Anne se dio cuenta que el pensaba que ella le daba al otro hombre las gracias por insultarle—. Oh Dios, no. Digo, gracias por el té —tartamudeó ella muerta de la vergüenza.

Por un momento ella creyó que casi había visto una sonrisa en esa boca ceñuda. Él se volvió a parar torpemente y Anne se percató que debía ser incómodo estar sentado sobre el sofá profundamente acolchonado. Tuvo muy poco efecto de palanca con su pierna izquierda y debía estar un poco desequilibrado. ¿Por qué no usaba una prótesis? La vio quedarse mirando y dejó de moverse inquietamente.

—¿Entonces usted se casará o no conmigo? —exigió.

—¡Gideon! —exclamó el Señor Borden con enfado—. ¿Qué pasa contigo?

El señor North continuó como si no hubiera hablado.

—Quiero una esposa. En mi condición necesito alguien que no sea melindrosa —mientras la miraba con disgusto—, y que sea lo suficientemente práctica para simplificar mi vida. Y francamente, en mi condición no tengo probabilidad de encontrar a una esposa de reputación o posición social más alta que usted, señorita Goode.

Bien, eso fue ciertamente dicho muy claramente.

—Mi anterior malestar no tuvo nada que ver con usted.

Le informó Anne serenamente mientras recogía la tetera para servirse. Sus manos temblaban y ella deseaba que se detuvieran mientras interrogaba con una mirada si al señor Borden le gustaría una taza. Él asintió con la cabeza y ella le sirvió una, no tan

suavemente como hubiera querido, pero al menos no derramó ninguna gota.

—Estaba… perturbada —pensó que era la palabra correcta para utilizar pero el señor North solo la miró disgustado—, porque pensaba en mi anterior prometido.

Ella tuvo que bajar la tetera.

—Me di cuenta de que si Bertie hubiera sobrevivido, podría haber tenido lesiones similares a las suyas.

Inmediatamente North se vio apenado.

—Lo siento, Señorita Goode. Por un momento olvidé que usted fue prometida de Thorne —él rechazó el té negando con la cabeza—. Sentí mucho oír que murió en Salamanca —él miró por la ventana distraídamente—. Supe de muchos que murieron ese día —su voz sonaba extraña, y Anne realmente no podía distinguir el sentimiento que había detrás de las palabras. ¿Remordimiento? Una clase curiosa de remordimiento.

—Siento mucho su pérdida, Señorita Goode —le dijo sinceramente el señor Borden. Ella le sonrió, con los ojos ligeramente humedecidos. Maldición, ¿acaso no había llorado lo suficiente por todo ello?

—Gracias —dijo quedamente. Ella respiró profundamente—. Pero la verdad es que no puedo casarme con usted, señor North.

—Bah —fue todo lo que él dijo. Anne le miró sobresaltada, sorprendida que él fuera tan rudo, y él en realidad se sonrojó—. Yo pensé que esa sería su respuesta basándome en su reacción cuando me vio por primera vez —se justificó.

Anne negó con la cabeza antes de que él lo hubiese hecho.

—De ninguna manera, esto es por qué... —ella sostuvo en alto una mano cuando él comenzó a hablar—. Por favor, déjeme terminar. Ciertamente su apariencia, como usted bien sabe, es chocante al

comienzo. Usted debe perdonar mi natural reacción inicial. Pero antes de verle mi mente estaba desconcertada —lo miró de frente y diciendo la verdad—. Usted entienda, estoy enamorada de alguien más, señor North, y sería injusto para ambos si yo me casara con usted. Su apariencia puede ser sorprendente al principio, pero no es difícilmente tan chocante como usted lo imagina.

Mientras ella hablaba, la expresión de señor North se endurecía.

—No hay necesidad de fingir, señorita Goode —le dijo a ella desapasionadamente. Anne no tenía idea de qué modo responder. Este hombre no daba la impresión de querer su piedad o lástima y si se la ofrecía seguramente le ofendería.

Ella oyó un suspiro abatido del señor Borden y levantando la vista le vio sentarse bruscamente en la silla. Él mordía su labio y corría su mano sobre su mandíbula.

—¿Entonces así están las cosas?

—¿Puedo preguntar por qué el matrimonio de señor North es de gran preocupación para usted, señor Borden? —interrogó Anne.

El señor Borden se puso como la grana.

—Solamente estoy preocupado por él, señorita Goode. He cuidado de él desde la guerra, usted sabe, y no puedo dejar de hacerlo.

—Algún día —le dijo Anne amablemente—, usted no puede tener elección.

—Si ustedes van a discutir sobre mí como si no estuviera en la habitación —dijo North sarcásticamente—. Y Borden, por última vez deja de sofocarme. Sal y déjame manejar esto.

El señor Borden solamente miró hacia él con un el ceño fruncido de disgusto.

—Sí, la tratabas maravillosamente, Gideon, con tu usual elocuencia y delicadeza. Te oí insultando a la pobre chica.

—Oh no, señor Borden, yo le aseguro que él no lo hizo —Anne no podía hablar bien.

—Si no estuvieras determinado a encontrarme una esposa "digna de mí" —North arrastraba las palabras, obviamente citando al señor Borden—, entonces esta pequeña escena no habría ocurrido para nada. Te dije que tomaría a cualquier prostituta que encuentres y que pueda encargarse de la casa y mis necesidades sin desfallecer o gritar agudamente con espanto.

—Oh ya veo —Anne murmuró—, no soy una...

—¡Ha! —vociferó el señor Borden—. Te mostré un montón de ella antes, si recuerdas correctamente, y encontraste defectos en cada una. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que gozaste de una mujer, Gideon? *Ese* es tu problema.

—Realmente no pienso que... —dijo Anne con un pequeño gemido, pero la ignoraron, así que simplemente cerró la boca.

—Esa es tu respuesta para todo, Charles —dijo el señor North con un gruñido bajo, que hizo temblar a Anne ligeramente. Bien, él tenía una voz muy viril, después de todo—. ¡Tú piensas que una buena follada curará mi mal genio, mis pesadillas y ésta maldita pierna fantasma! —él tomó velozmente su muñón y lo sacudió, casi volteándose a sí mismo. Ella alisó una mano sobre su cabello.

—¡Es suficiente! —gritó Anne, y ambos hombres se detuvieron y clavaron los ojos en ella como si se hubieran olvidado que estaba en la habitación—. Es suficiente, siéntense y guarden silencio, y procuraré olvidarme que he sido insultada repetidas veces en la última media hora.

—Usted no necesita mentir —dijo el señor North, sujetando su muleta y esforzándose por permanecer de pie. El señor Borden se

movió en ademán de ayudar pero volvió a caer en su silla con enojo cuándo el señor North le miró ferozmente.

—¿Perdón? —Anne estaba ofendida—. Fui por cierto insultada.

—No lo sienta —dijo el señor North sin ambages ni rodeos—. Y hablaba de su pobre excusa para no casarse conmigo.

—Señor North —dijo Anne poniéndose de pie para enfrentarle—, le aseguro que estoy ciertamente enamorada de alguien más.

—Pues bien, es bueno saberlo.

Anne oyó una voz familiar venir desde la entrada, y ella levantó la mirada para ver a Freddy y Brett parados a un lado de ella.

El señor Matthews apoyaba la cabeza en la puerta.

—Hola, North, hola Borden —él entró en la habitación quitándose el sombrero—. ¿Cómo está usted, señorita Goode? —preguntó afablemente.

—Muy bien, gracias, señor Matthews —dijo Anne sofocada, sin dejar de mirar nunca a Freddy y Brett. Los ojos de Freddy estaban rojos, como si hubiera estado llorando. Y Brett estaba pálido, con el cabello despeinado. Nunca le habían parecido tan maravillosos a ella. Ambos hombres la devoraban con los ojos, y por la primera vez en dos días Anne se sentía viva.

—¿Cuántas malditas personas va para interrumpir mi propuesta? —se quejó el señor North. Él cojeó hacia la puerta y tendió una mano al señor Matthews—. Hola, Matthews. ¿Qué estás haciendo aquí? —sonó resignado.

—Oh, simplemente estaba por los alrededores —dijo el señor Matthews agradablemente—. ¿Oh es eso té? Estaría encantado con una taza —él caminó y se sentó en frente de Anne con una sonrisa. Ella lentamente se sentó, mirando frecuentemente sobre su hombro a Freddy y Brett.

—Oh, Yo... bien, déjeme servirle una taza —dijo Anne entre dientes.

—¿North? —dijo Freddy cortésmente—. ¿Cómo está Usted? Soy Ashland —Anne miró al señor North estrechando la mano de Freddy al mismo tiempo que se fijaba en Freddy se dirigío hacia Anne, y luego miró a Anne especulativamente.

—¿Es usted? —dijo el señor North arrastrando las palabras—. Qué bien.

—Hmm —fue la respuesta de Freddy mientras soltaba su mano y caminaba hacia el sofá para sentarse al lado de señor Matthews. Habían venido por ella. Ella pensaba que debería estar molesta, teniendo en cuenta lo duro que había trabajado los últimos dos días para alejarse de ellos, pero le importaba. Estaba eufórica. Habían venido por ella.

—Haversham —saludó el señor North cansinamente. Sonaba divertido, y Anne se sonrojó, rehusándose a levantar la mirada mientras le servía a Freddy una taza de té. Sus dedos rozaron los suyos mientras tomaba la taza y haciendo que la mano de Anne se estremecieran, casi dejándola caer.

—¿Interrumpimos su proposición? —preguntó Brett con voz dura, y Anne levantó la cabeza abruptamente para clavar los ojos en él con asombro. Él todavía sujetaba la mano del señor North, y clavaba coléricamente los ojos en el hombre lisiado.

North separó su mano con cierta dificultad.

—Realmente, la parte de proposición terminó. ¿Le importa oír el veredicto?

—Por supuesto —gruñó Brett, girando para clavar su mirada en ella.

—Fue no —la respuesta del señor North fue directa. Se volvió hacia Anne y se inclinó torpemente de modo respetuoso—. Mis

disculpas, señorita Goode. Veo que estaba equivocado —Anne lamió sus labios resecos y luego mordió el labio inferior, no estando segura sobre qué decir. Ante su silencio el señor North pareció incómodo—. No estoy seguro de lo que puedo decir para excusar mi comportamiento.

—Adiós estaría bien —le dijo Brett, y Anne jadeó ante su rudeza.

El señor North simplemente rió.

—Usted nunca dijo mucho, Haversham, pero cuándo habría la boca cualquier cosa que salía de ella era generalmente inteligente y concisa —gesticulando hacia el señor Borden—. Vamos, Charles. Deberemos golpear los arbustos un poco más fuerte para encontrarme una esposa —miró a Anne con horror después de que él lo dijese—. Esto es, por no decir quién es usted, señorita Goode… —comenzó a decir perturbado.

Anne no podía ayudarlo pero sonreía.

—Sí, realmente lo entiendo, señor North. Gracias.

Él se inclinó de modo respetuoso y cojeó hacia la puerta, con un silencioso señor Borden detrás suyo.

—Stephen —habló Freddy mientras Anne se libraba de la fija mirada de Brett.

—¿Hmm? —Stephen inquirió mientras sorbía su té.

—¿Nos disculpas? —preguntó Freddy cortésmente.

Stephen se vio confuso por un momento y luego se sonrojó a medida que rápidamente dejaba su taza y se levantaba.

—Oh, oh por supuesto. ¿Sí, pues bien, um, los esperaré? No, no eso no esta bien. Esto es, los veré a todos ustedes más tarde.

Había estado retrocediendo hacia la puerta mientras hablaba. Brett le detuvo con una mano en su brazo.

—Gracias, Stephen —dijo quedamente. Stephen palmeó su mano y luego salió por la puerta. Brett la cerró detrás de él.

El corazón de Anne tronaba en su pecho. Estaban solos. Estaban aquí, habían venido por ella, y estaban solos.

Brett dio la vuelta y su cara estaba tensa con furia difícilmente contenida.

—¿En qué diablos estabas pensando, Anne?

CAPÍTULO DIECISEIS

19 de Junio de 1812

Querido Freddy,

Si lees esto, entonces estoy muerto. Dios, qué completamente morboso. Pero es la verdad, sin embargo.

Déjame comenzar diciendo que lo siento. Siento todas aquellas veces que te empujé en el cuarto de los niños y me escapé. Siento todas aquellas veces que me pediste ayudar para escapar de tu tutor y dije no. Siento todas aquellas veces que la duquesa te arrastró lejos de Londres y la dejé. Siento que nunca compartiéramos secretos, o sueños, o esperanzas. Siento que te defraudé como hermano. Quiero dejarte más que excusas, Freddy. De modo que voy a dejarte con mis dos posesiones más valiosas.

La primera ya la conoces. Es Anne. Ella no tiene a nadie, Freddy. Su madre, por supuesto, pero eso es todo. Y ella necesita a alguien tan desesperadamente. Tiene tanta vida en ella, Freddy, tanto amor para dar. Por favor no la dejes ser aplastada por la muerte, y la pena, y nuestra madre. He puesto cosas en movimiento, Freddy, procurado que ella sea cuidada, y debes asegurarte que mis proyectos no son en vano. Ella te conoce, Freddy, y le gustas. Confiará en ti, estoy seguro de ello.

La segunda es alguien que no conoces. He encontrado un compañero aquí que ha llegado a ser tan cercano a mí como un hermano. Su nombre es Brett Haversham. Es el mejor de los hombres, Freddy, de verdad. Él tampoco tiene a nadie. De modo que

te lo doy. Será tu amigo, Freddy. Y a él le doy a Anne. Está enamorado de ella, ya ves. Brett se parece muchísimo a Jerome, un Atlas con toda la responsabilidad del mundo descansando sobre sus hombros. Él se culpará por mi muerte. Puedo decir esto con absoluta certeza. Debes golpear algún sentido en él, Freddy, y hacerle comenzar a vivir otra vez. Y debes procurar que él y Anne cuiden el uno del otro.

Siento cargarte, Freddy, con todo esto. El hermano juerguista que nunca tenía tiempo para ti. Pero recuerdo qué dulce eras cuando eras un muchacho, qué impaciente estabas por complacer a todos. Espero que permanezcas así, y mires amablemente por mis últimas peticiones.

En primer lugar echaré de menos llegar a ver que te has hecho un hombre, creo.

Con amor fraternal,
Bertie

Anne se levantó de un salto de su silla y señaló a Brett de modo acusador.

—¿Qué demonios estoy haciendo? ¿Qué demonios estás haciendo?

Brett puso las manos sobre sus caderas y la miró airadamente.

—¿Qué quieres decir? Yo no estoy aquí a punto de aceptar la proposición de otro hombre.

Anne lanzó sus brazos al aire.

—¡Oh no! ¡Por supuesto que tú no aceptarías su oferta! Porque Brett Haversham no ama a nadie, y no permite que nadie ame a Brett

Haversham.

—¿Qué quieres decir con eso? —gritó Brett—. Te amo. Por supuesto que te amo. ¿Piensas que habría hecho las cosas que he hecho si no te amara? Ya te dije que te amo.

Freddy sólo se sentó allí y miró fijamente. Nunca había visto a ninguno de ellos realmente enfadado antes. Y no estaba completamente seguro sobre qué estaban enojados ahora.

—¿Las cosas que has hecho? ¿Cómo qué? ¿Hacerme el amor? ¿Hacerme el amor con Freddy? Tendrás que ser más específico. Porque me parece que hicimos aquellas cosas antes de que de mala gana confesaras que sí, que estabas enamorado de mí, y rápidamente después parecías como si pudieses echar tus cuentas en el pensamiento de casarte conmigo.

Bien, Freddy tuvo que admitir que ella tenía un punto.

—Ella gana un buen punto, Brett.

Brett dirigió su mirada furiosa a Freddy, y Anne también. Ella apuntó a Freddy de modo acusador y él lamentó que no haber mantenido la boca cerrada.

—Oh no. No hagas como que estás de mi parte en este asunto, Su Gracia —se mofó ella del título de él—. Tu madre me insulta, me aborda delante de desconocidos, y yo consigo un beso en la mejilla ¿y dinero también? ¿Dónde has estado durante los últimos dos días?

—No nos viste durante los últimos dos días —masculló Brett—, y me gustaría saber por qué.

Anne cruzó sus brazos a través de su pecho de un modo beligerante.

—Eso no es asunto tuyo.

Brett pisó fuerte a través del cuarto y agarró el brazo de Anne, haciéndola girar para estar enfrente de él.

—Es nuestro maldito asunto cuando te lleva a los brazos de otro

hombre.

—Ohhh —gruñó Anne—. Tuviste que lanzar esto en mi cara. ¿Piensas que sólo porque yo no era una sacrificada virgencita inmaculada levantaré mis faldas para cualquier soldado tullido que venga?

Brett retrocedió tambaleándose como si le hubiesen golpeado.

—¿Es así cómo me ves?

Anne inmediatamente se dejó caer en el sofá y se echó a llorar.

—¡No! ¡Tienes razón! No soy nada buena, ¿no puedes verlo? Lo que pasó con la duquesa sólo pasará una y otra vez. No puedo quedarme contigo. ¡No puedo! —ella se cayó y enterró su rostro en su brazo y éste en el cojín del sofá y lloró.

Freddy se deslizó de la silla y se arrodilló en el suelo al lado de Anne. Él alisó su pelo y luego frotó su espalda.

—Anne, querida —dijo suavemente—, nada podría estar más lejos de la verdad. Eres lo mejor que alguna vez nos ha pasado, debes saber esto.

—Por supuesto que lo sé —masculló ella desde la curva de su brazo—. Estoy histérica porque me abandonaron y no he dormido durante dos días. Soy una idiota y soy totalmente irrazonable —ella hipó y se sentó, y Freddy sonrió y le ofreció su pañuelo. Ella se sonó la nariz y le miró con ojos llorosos—. ¡Dios mío!, Freddy, te ves horrible. ¿Qué demonios has estado haciendo?

Brett comenzó a reír. Se reía con tanta fuerza que tuvo que sentarse. Se cayó en el sofá al lado de Anne y tiró de ella hacia sus brazos, todavía riendo. Freddy no podía menos que reír con él. Se sentó en el suelo y apoyó la frente en el regazo de Anne y se rió de la absurdidad de todo esto.

Cuando finalmente se calmó alzó la vista para ver a Anne sonriendo tímidamente.

—¿Me he perdido la broma?

Freddy negó con la cabeza y besó su mano.

—Oh Anne, he pasado los últimos dos días en el infierno, y Brett tuvo que enfrentarse al diablo y sacarme fuera.

—¿Qué? —Anne estaba adorable cuando estaba aturdida.

Freddy cerró los ojos y puso la mano de ella en su mejilla, rozando contra ella, girándola para besar su palma.

—Pensé que te había perdido —susurró él.

Anne ahuecó su cara y se inclinó abajo para besarle suavemente.

—Oh Freddy, aunque sé que es lo correcto de hacer, no puedo abandonarte. Simplemente no puedo.

Brett suspiró al lado de ellos.

—Creo que es el momento para un poco de honestidad —miró a Anne y a Freddy—. Y seré el primero. Anne, te he amado casi desde la primera carta tuya que Bertie me leyó. Vivía para tus cartas, Anne. Amaba tu ingenio, y tu sentido del humor, y tu naturaleza amable, y tu espíritu práctico, y tu lealtad. Amé aquel soneto que escribiste a tu gato muerto, y odié la jardinería, y bordaste un pañuelo para mí. Pero tú eras de Bertie. Y después de que él murió… Yo no podía, Anne.

Anne estaba allí sentaba con una mirada atontada de su rostro. Brett hurgó en su chaqueta y sacó un pedazo muy gastado de lino. Él lo besó, y luego lo sacudió, y Freddy pudo ver que tenía bordadas las iniciales de Brett en él, con algunas hojas de hiedra y flores. El pañuelo sobre el que tanto él como Bertie habían escrito. Brett todavía lo llevaba. Anne lo tocó con dedos temblorosos.

—Te amo ahora, Anne, porque me has ayudado a aprender a vivir otra vez. Porque me hiciste recordar aquellos sentimientos, y muchos más. Hay una vida en ti que no será domesticada, o

derribada, o desgastada. Quiero reírme contigo, Anne, y amarte durante el resto de mi vida. Y creo que Bertie habría querido esto para nosotros.

Anne había cubierto su boca con su mano, y lágrimas se derramaban de sus ojos. Brett con cuidado secó suavemente las lágrimas con el pañuelo que ella había hecho para él hacía tantos años.

—Oh Brett —susurró ella mientras agarraba la muñeca de él con su mano—. Sí, sí, querido, yo también te amo.

—¿Por qué? —susurró él—. No entiendo por qué. Estoy más agradecido de lo que puedo decir, pero no sé por qué me amarías —su mirada era realmente perpleja. Él echó un vistazo a Freddy—. Cualquiera de ustedes. He sido un idiota irreflexivo y cruel durante años, y aún así ambos me aman. ¿Por qué?

Anne bajó la mirada hacia Freddy y le dio una sonrisa pequeña y secreta mientras pasaba una mano por su pelo, y en aquel momento ellos compartieron algo más profundo. Sí, amaba a Anne, y sabía que ella le amaba, pero era por el cariño a este hombre que ellos realmente llegaban a ser uno. ¿Cómo podría explicarle esto a Brett? Eso podría llevar una vida.

Freddy respiró hondo y luego extendió la mano hacia la de Brett. Sin vacilar Brett se la dio, entrelazando sus dedos. Freddy oyó el grito ahogado de Anne y después un pequeño sollozo salió y ella abrazó fuertemente a Brett.

—No discutiré que has sido un idiota —le dijo Freddy con una sonrisa—. ¿Pero francamente no puedes ver qué vemos, Brett?

Anne negó con la cabeza y se separó de Brett, tomó el pañuelo de él y se limpió los ojos otra vez.

—No, no lo hace, Freddy. ¿Y no es eso parte de su encanto?

—¿Qué? —exigió Brett un poco desesperadamente—. ¿Qué ven?

—Oh Brett —le dijo Anne, ahuecando su mejilla durante un momento—. Llevas los problemas del mundo sobre tus hombros. Piensas en todos antes de pensar en ti mismo. Crees que no necesitas a nadie, pero la verdad es que nos *necesitas*. Nadie me ha necesitado alguna vez como tú, Brett.

Freddy cerró los ojos y asintió con la cabeza aliviado. Sí, Anne lo entendía. Abrió los ojos para ver a Brett mirarle con asombro.

—Ella tiene razón, Brett. Cuando recibí la carta de Stephen diciéndome que llegabas, terriblemente herido, y que eras el mejor amigo de Bertie pero que no tenías familia propia, pensé, *¿Y? ¿Qué se supone que tengo que hacer?* Jerome acababa de morir, semanas después de Bertie, de repente me encontré en una posición que nunca había imaginado sería mía, y ahora alguien me endosaba a este forastero herido. Yo no tenía nada que hacer, y todo por hacer, y no sabía por dónde empezar. Entonces fui a Dover —Freddy rodó a sus pies y tomó un asiento en el otro lado de Anne, girando para estar enfrente de ambos—. Llegué allí, y allí estabas. Fuera de ti debido a la fiebre, vociferando y delirando sobre Bertie. Y de repente la realidad de la muerte de Bertie era demasiado. Pero tú me *necesitabas*, Brett. Nadie me había necesitado alguna vez antes, y ninguno de ellos lo hicieron entonces. Me habían dicho más o menos que la fortuna y el título cuidarían de ellos y que no preocupara mi bonita cabeza por ellos, y yo me sentía inútil e inmaduro, y generalmente culpable de haber llegado a ser el duque. Pero de repente, yo tenía a alguien de quien cuidar. Me hiciste sentir útil y… —suspiró—. Me hiciste crecer, Brett —miró a Brett, disponiéndole para entender—. Y ni siquiera cuando has cuidado de mí durante años, nunca has dejado de necesitarme. Hemos cuidado el uno del otro, y no puedo imaginar mi vida sin ti.

—Freddy —Brett se ahogó, alcanzando a través de Anne para

agarrar la nuca de Freddy en su mano grande—. Te necesito —susurró, mirando entre Freddy y Anne—. Los necesito a los dos desesperadamente.

—Oh Brett —dijo Anne, inclinándose hacia adelante para descansar su frente en un lado de su cabeza. Se frotó contra él—. Yo también te necesito —ella giró su cabeza para sonreír a Freddy—. A los dos.

Y pareció la cosa más natural en el mundo inclinarse y encontrar tanto los labios de Brett como los de Anne al mismo tiempo. El beso fue torpe, y terminó por golpearse la nariz con Brett. Todos rompieron a reír.

—Sí, bien, tendremos que practicar esto un poco más —dijo Freddy ligeramente, y la sonrisa burlona de Brett era impaciente y lasciva, dos cosas que Freddy nunca pensó que vería.

—¿Un poco? —preguntó Anne fingiendo sorpresa—. Yo pensaría un mucho. Eso fue horrible.

—No fue horrible —protestó Freddy—. Fue dulce y maravilloso.

—Necesita mucha práctica —dijo Brett. Entonces él comenzó a reír y Anne se le unió.

Freddy sonrió.

—Cierto —suspiró con exagerada resignación—. Supongo que los dos me mantendran con mis lecciones toda la noche y el día.

—Mmmhmm —murmuró Anne mientras se inclinaba y mordisqueaba el lóbulo de la oreja de Freddy. Brett le besó en el punto sensible justo detrás de su otra oreja mientras canturreaba su acuerdo, y Freddy estaba en el cielo.

Fueron interrumpidos por un golpe a la puerta, y sin esperar una respuesta Borden asomó la cabeza. Ellos no brincaron para separarse. Brett miró por encima de su hombro a Borden, y después lentamente se recostó, mientras Anne apoyaba la cabeza en el

hombro de Freddy.

—Um, sólo pensaba en pasar y asegurarme de que todo está bien —dijo Borden con falsa alegría—. Oímos algunos gritos, y luego un poco de llanto —miró detenidamente a los ojos enrojecidos de Anne y Freddy—. ¿Murió alguien?

Brett se volvió hacia ambos y se encontró con sus miradas uno por uno.

—No —contestó—. Alguien comenzó a vivir otra vez.

—Freddy —Brett gimió cuando sintió a Freddy deslizándose dentro de él otra vez, lento y profundo. Anne estaba debajo de él, acunándole entre sus muslos, sus paredes calientes y lisas envolviéndose apretadas alrededor de su polla. Era demasiado, él no duraría. En el camino desde la casa de North, cuando finalmente había logrado preguntarles, después de muchas evasivas y conversación indirecta, por esto, ser follado por ellos dos, no se había dado cuenta qué intenso sería. Sacudió la cabeza, respirando pesadamente, tratando de hacerlo durar.

—¿Se siente bien, Brett? —susurró Freddy detrás de él, sus manos deslizándose hacia abajo por la sudorosa espalda de Brett desde el trasero a la nuca. Brett tembló y gimió. Freddy envolvió sus manos sobre los hombros de Brett, a la vez moliendo su polla dentro, forzando la polla de Brett en Anne. Entonces Freddy cubrió su pecho y estómago a lo largo de la espalda y trasero de Brett, presionando toda esa piel lisa y caliente, los pezones duros de Freddy se clavaban un poco contra él. Brett vigorizó sus antebrazos en la cama, soportando su peso y el de Freddy lejos de Anne. Ella le sonrió, pareciendo tan satisfecha como un gato con una boca llena de crema.

Ella apretó sus muslos alrededor de sus caderas, y entonces sus paredes interiores los acompañaron, un pulso, dos. Brett hizo un sonido grave entre un grito y un gemido.

Freddy lamió la piel justo debajo del rizo del cabello empapado por el sudor en la nuca de Brett y los dedos del pie de Brett se rizaron. Cristo, Freddy era bueno en la cama. Era un amante inventivo y sensual. Le gustaba todo -el sabor, el tacto, el olor- de sus amantes. Te hacía sentir saboreado y atesorado, y Dios, condenadamente bueno. Brett trató de concentrarse en cosas individuales, pensamientos y sensaciones, tratando de no estar abrumado por todo. Pero él fallaba miserablemente.

Anne deslizaba su mano del estómago al pecho de Brett, y luego ella pellizcó uno de los pezones de Brett, suavemente al principio, pero aumentó la presión hasta que Brett tuvo que morderse el labio para impedir lanzar un grito en la aguda picadura de placer. Anne soltó su pezón y después se levantó hasta que su peso descansó en sus brazos detrás de ella. Ella se inclinó y lamió el pezón de Brett, una lamida larga y lenta con su lengua plana. Entonces ella atormentó el punto duro con la punta de su lengua.

—Anne —gimió él. ¿Había estado pensando qué maravilloso amante era Freddy? Anne era más que su igual. Y Brett estaba agarrado entre los dos.

La mano de Freddy se deslizó en el pelo de Brett mientras Freddy se retiró y se deslizó por su espalda. De repente el puño de Freddy se apretó en su pelo, y la cabeza de Brett por instinto tiró atrás para aliviar la presión. La otra mano de Freddy agarró la cadera de Brett mientras Freddy atormentaba el agujero de Brett con su polla.

—Nunca me dijiste por qué me amabas, Brett —dijo Freddy en voz baja—. Sé que lo haces, pero ¿por qué? Dime lo que amas —

Brett gimió y se empujó hacia atrás contra aquella atormentadora polla. Freddy dio una palmada a la nalga de Brett, y la picadura fue tan inesperada, tan aguda y dulce, que Brett se sacudió y gimió—. Dime —entonces Freddy empujó en Brett, y cuando la cabeza de su polla violó su apretado anillo, Brett lanzó un grito.

Anne estaba tumbada de espaldas debajo de él y empujaba sus caderas hacia arriba cuando Freddy taladraba hacia abajo. Brett trató de concentrarse, contestar a Freddy, pero no podía. Sólo podía sentir.

Anne deslizó sus manos por los brazos de Brett, sobre sus músculos estirados, y ahuecó su mandíbula.

—¿Es demasiado, Brett? —susurró—. Lo sé. Sé cómo se siente ser amado por los dos. Es casi demasiado.

Brett asintió con la cabeza, agradecido de que ella le entendiera. Anne se meneó bajo él, y Brett levantó sus caderas, liberando su dolorida polla. El aire fresco golpeó su eje recalentado, y la impresión le calmó un poco. Anne siguió meneándose hasta que estuvo completamente fuera de debajo de él, y se fue a su lado. Ella se inclinó y besó su espalda.

—¿Esto está mejor, querido?

Brett asintió pero también protestó.

—Los quiero demasiado —sus palabras se convirtieron en un grito ahogado cuando Freddy dio un empuje rápido y corto, golpeando aquel punto especial. Brett entonces recordó la pregunta de Freddy—. Te amo, Freddy —se lamió sus labios secos mientras Freddy todavía estaba detrás de él, llenándole, sólido, palpitante, pero se mantenía quieto—. Luz —dijo Brett, y luego negó con la cabeza. Tenía que explicarlo bien—. El mundo era oscuro, y entonces allí estabas. Eras mi luz. Vi el mundo por la luz y el calor que proyectabas. ¿Lo comprendes?

Freddy se inclinó y besó su espalda, lamiendo a lo largo de un

par de vértebras, abrazando la cintura de Brett fuertemente.

—No, Brett. Explícamelo.

Brett ganaba más control por segundos. ¿Sabían qué cerca estaba él? Él quería que esto durara. Ellos tenían que ayudarle.

—Yo no tenía ninguna esperanza, pero tú me la devolviste. Eres todo lo bueno, Freddy. Ves el bien en cada uno, en todo. Das y das y das, y no pides nada a cambio. Cuando tuve frío, me calentaste. Cuando tuve miedo, me hiciste fuerte. Cuando estaba solo, me consolaste. Todo de lo que carecía, tú tenías en la abundancia. Tú alimentas mi alma, Freddy.

—Brett, bastardo puñetero y romántico —susurró Freddy—. ¿Por qué no pudiste decirme esto antes? —no parecía enojado, más desconcertado, pero feliz.

—No creí que te mereciese —Brett se apoyó para dirigir una mano por su cabello sudoroso y retirarlo de su frente, y el movimiento movió a Freddy dentro de él, contra aquel golpe. Brett se estremeció y blasfemó.

—Bien, te mereces esto —Freddy le dijo con diversión, y luego se retiró y empujó con fuerza contra aquel punto. La mano de Brett bajó de golpe sobre la cama y agarró la colcha con el puño y lanzó un grito.

—Dios, Freddy —gimió él—, te sientes tan jodidamente asombroso. Tan condenadamente asombroso.

—¿Él? —ronroneó Anne al lado de él. Había estado sentada en silencio al lado de ellos durante la confesión de Brett, pero ahora ella se inclinó y mordió a Brett en el hombro. Él se giró hacia ella, y pudo ver las lágrimas en sus mejillas.

—¿Anne? —preguntó.

—Shhh —dijo ella, lamiendo el punto que había mordido—. Estoy bien. Es sólo, bueno, Freddy tiene razón. Eres un bastardo

puñetero y romántico —ella le dio una risita temblorosa y frotó su nariz contra él—. Y ahora ayudaré a Freddy a joderte. Dios, los dos son magníficos, y quiero mirar cada segundo de esto.

Anne se sentía tan perversa y libre. Freddy y Brett querían todo, y ella también lo hacía. Ya no tenía que estar avergonzada por eso, de sus deseos sexuales. Ellos los entendían. No, más que entenderlos, los animaban, apoyaban y realizaban, de más modos de los que podría haber imaginado pocas semanas antes. Porque la amaban. Ellos eran la realización de todas sus fantasías, sus sueños hechos realidad. Incluso ahora, ella se preguntaba si *estaría* soñando. Porque esto, este calor increíble y la armonía sexual entre ellos, sólo debía de existir en sueños. Y sin embargo era suyo, ahora, para siempre.

Anne se recostó y dirigió sus manos por toda la espalda de Brett, observando el estremecimiento de su piel con su toque. Ella las movía lentamente, complaciéndose de experimentar cada golpe, cada pendiente, cada gota de sudor, la delicada, la áspera, cada pulgada de él. Ella bajó sus manos por su costado y se dio cuenta de que su pierna mala estaba temblando cuando él se arrodilló allí.

—Freddy —dijo ella suavemente—, su pierna.

—Oh Cristo —exclamó Freddy. Envolvió una mano alrededor de la cintura de Brett—. Desliza algunas almohadas debajo de sus caderas, Anne. —Ella agarró varias de la cama, incluido un cabezal largo, sobre relleno y redondeado—. Esto es perfecto —le dijo Freddy. Ella los deslizó debajo de Brett, y Freddy le ayudó a bajar, pero las almohadas mantenían elevadas sus caderas—. Acuéstate, querido —le dijo Freddy a Brett suavemente. Frotó su espalda—. Relájate

contra la cama.

Brett suspiró y Anne frotó suavemente a través de la parte superior de su espalda mientras miraba sus músculos relajándose hasta que sus brazos estuvieron estirados, su mejilla presionando en el cubrecama. Él miró la posición absolutamente decadente allí todo extendido con la polla de Freddy todavía en su pasaje trasero. Él tembló cuando se dejó caer en la cama.

—Así es, Brett —dijo Freddy suavemente cuando él retiró a Brett sólo un poco y se levantó más alto sobre sus rodillas detrás de él—. Sólo acuéstate ahí y déjame follarte.

Brett gimió.

—Freddy —suspiró.

Él era tan hermoso, su trasero tan pesadamente musculoso, tan marcado y redondo y delicioso.

—Dios —gimió Anne—. Nunca he querido una polla antes, pero desearía tener una ahora entonces podría follar ese trasero.

Freddy se echó a reír cuando los ojos de Brett se abrieron enormes y la contempló, sobresaltado.

—Eso se puede arreglar, Anne, querida mía —Freddy se inclinó hacia adelante para acariciar su mejilla con complicidad—. Y así lo haré.

—¿Qué? —Brett parecía escandalizado, y eso hizo que Anne le quisiese más.

—Absolutamente —ella ronroneó, y la boca de Brett se movió pero nada salió.

Anne no pudo resistirse. Se inclinó y lamió una mejilla firme y los músculos se apretaron, juntándose hasta que estuvieron duros como una roca. Freddy soltó un extraño gorjeo y Anne se rió entre dientes.

—No te detengas, Anne —jadeó Freddy—. Que me condenen,

esto se siente bien.

—¿No es esa —Brett hizo una pausa para jadear un poco— mi decisión?

—No —dijeron Anne y Freddy al mismo tiempo. Se rieron juntos.

—Sólo tienes que acostarte allí y ser follado —le dijo Freddy a Brett acariciando su trasero—. Tranquilízate y disfruta de ello.

Brett se rió débilmente.

—Sí, Su Gracia.

Anne le mordió la mejilla con cuidado, para recompensar su servilismo y los músculos de Brett se apretaron otra vez. Freddy empujaba, corto y duro, y Brett gimió. Anne dejó la carne suculenta que sostenía con cuidado en los dientes y se dio vuelta para ver la frente de Brett rozando la cama, sus manos apretando las sabanas.

—Dios, me encanta esto —gruñó ella.

—A mí también —gruñó Freddy.

Brett solamente gimió.

Anne dejó vagar otra vez sus manos. Acarició las firmes mejillas de Brett, presionándolas, y podría sentir su contención mientras que él se obligaba a ser dócil.

—Buen muchacho —murmuró ella. Bajó las ambas manos por su pierna, parando el masaje cuando llegó al muslo, aunque no demasiado cerca. Esta vez pudo oír la diferencia, cuando Brett gimió. Era un tipo distinto de placer—. Continuaré el masaje cuando acabes —murmuró ella—. ¿Duele mucho?

—No más de lo habitual —dijo Brett con voz tranquila, relajada—. Me gustan tus manos sobre mí, Anne. Te siento tan bien.

—Tú también —dijo ella suavemente, inclinándose hasta besarlo. Sus ojos estaban cerrados y él se rió, y aquel pequeño hoyuelo apareció en su mejilla. Anne lo bañó con la lengua y Brett se

rió ligeramente. Él hizo un pequeño jadeo, y Anne bajó la mirada para ver a Freddy sostener las caderas de Brett, y mover a las suyas.

—Sé cómo se siente —susurró ella en el oído de Brett—. Tan bueno.

Brett cabeceó mientras se lamía los labios.

Anne volvió a prestar atención a la espalda de Brett, y a Freddy. Con cuidado, se sentó a horcajadas sobre los hombros de Brett y se instaló, descansando las manos sobre la cama, de un lado y del otro de la espalda de Brett. Mantuvo su peso equilibrado sobre sus rodillas, para no pesarle a Brett.

—¿Anne? —preguntó Brett jadeando.

—Cristo, Anne —susurró Freddy.

Ella tenía una vista perfecta. Las nalgas perfectamente redondeadas de Brett y la verga de Freddy las penetraba.

—Muévete —ella susurró.

Freddy deslizó sus manos hacia abajo por los muslos de Brett y los apartó más, sosteniéndolos ampliamente. Brett gimoteó, y agarró con las manos las pantorrillas de Anne. El corazón de Anne golpeaba fuertemente, y su respiración era tan pesada que tuvo que lamer sus labios, que estaban de repente secos.

Freddy sacó despacio su polla, roja y lisa con el aceite, tan dura y deliciosa. Ella podría olfatear el olor de sexo maduro bajo el del aceite, y sus músculos interiores se apretaron. Sintió la humedad sobre los labios de su sexo, como si su cuerpo se preparaba para su polla. Cuando salió casi del todo, Freddy se paró. Se inclinó un poco hacia Brett, y Anne pudo ver el apretado ano de Brett alrededor de la verga de Freddy. Ella gimió por la vista.

—¿Te gusta así, Anne? —murmuró Freddy, su voz era un gruñido bajo, intenso que la hizo temblar y aparecer por sus brazos la carne de gallina—. ¿Te gusta mirarme joder a nuestro Brett?

Anne hizo un ruido mudo, mitad gruñido, mitad gemido. Deslizó sus manos hacia abajo sobre Brett y alcanzó las caderas de Freddy. Él se acercó un poco y ella lo agarró, cavando con los dedos en sus caderas mientras lo empujaba hacia Brett. Ella tiró, y Freddy la dejó guiarle de vuelta en Brett. Su polla se deslizó dentro y pulgada tras pulgada desaparecía; Anne se excitó más.

Cuando Freddy estuvo enterrado dentro de Brett, Anne liberó despacio sus caderas. Las caderas de Brett se arquearon, en un pequeño movimiento, pero pareció desesperado, mientras que ella miraba su ano agarrando la polla que tenía dentro.

—Quiero joderte —ella no estaba segura de donde habían venido las palabras, pero sabía que nunca había querido algo tanto. Intentó mover su pierna, pero Brett todavía la sostenía. Cuando tiró, él la liberó, y ella balanceó su pierna sobre él y trepó detrás de Freddy.

Imitó la posición de Freddy, arrodillándose detrás de él. Movió sus manos sobre su culo y él tembló. Ahuecó sus caderas, que eran casi tan apretadas como las de Brett. Amasó aquellos apretados músculos un momento y luego agarró las caderas de Freddy. Ella metió su cuerpo apretado detrás de él, sus rodillas entre las suyas, sus pechos apretados contra su trasero, su pelo púbico que rozaba su magnífico trasero.

—Quiero ayudar a Brett a joderte más tarde —susurró ella, y Freddy se estremeció mientras Brett gimió.

—Dios mío, sí —Freddy estuvo de acuerdo fervientemente.

Cuando ella estaba posicionada, besó la espalda de Freddy, y él comenzó a moverse. Al principio se movió despacio, hasta que Ana cogió su ritmo, luego más rápido.

—Ah Dios —susurró ella, arqueándose—. ¿Así se siente?

—Caray —gruñó Brett—, jódame. Hazlo —el hambre de su voz

hizo que los diminutos pelos de sus brazos se levantaran.

Freddy comenzó a moverse más rápido, más duro. Ella podría oír el ruido de los muslos de Freddy que golpeaban a Brett mientras su boca se cerraba contra el trasero de Freddy. Ellos jadeaban ahora, y abrazó el pecho de Freddy. Una mano encontró un pezón, y ella lo presionó contra su palma, frotando con fuerza y rapidez, al mismo ritmo que sus empujes.

—¡Anne! —gritó Freddy.

—No oses correrte, Brett, —le ordenó Ana fuertemente—. No te atrevas. Freddy va a correrse y después me vas a joder. ¿Me escuchas?

—¡Maldita seas! —dijo Brett—. ¡Maldito seas, Freddy! —gritó el nombre de Freddy con choque y sorpresa.

—¿Qué? —exigió Anne—. ¿Qué hizo?

—Sí —silbó Brett. Freddy abrió las piernas de Brett ampliamente y sus empujes se hicieron salvajes y rápidos y Anne se sentó sobre las manos. No podía continuar. Rápidamente, se movió para mirar.

Los ojos de Freddy estaban cerrados, su cara una máscara de concentración. Se elevó más en las rodillas y Brett se elevó para encontrar cada penetración, gritando con cada duro empuje. Ana avanzó lentamente encima de la cama y presionó sus manos sobre donde estaban entre las sabanas, sujetándolos, y Brett gritaron mudamente.

Cuando Freddy se corrió, Anne casi lo hizo también. Él se cerró de golpe en Brett y se congeló, sus labios se apretaron en una mueca de placer mientras sus caderas se sacudieron ligeramente, una y otra vez. Anne sabía que llenaba a Brett con su semilla caliente, mojada y tan maravillosa. Recordó como era estar llena de él, lo bueno que se sentía. Finalmente, Freddy se cayó sobre las manos, todavía dentro

de Brett.

Brett se levantó.

—Bájate —gruñó él. Freddy rodó para quedar sobre la cama, mirándolos ausentemente y su polla todavía medio-dura. Brett tiró las manos de debajo de Anne y tiró las almohadas de debajo de sus caderas. Dio la vuelta a Freddy, sus hombros se tocaron. Su polla estaba enorme, hinchada y pulsaba, el sexo de Anne respondió a la vista, pulsando y doliéndola.

—Ven aquí y jódeme —gruñó Brett a Ana, agarrando su mano y atrayéndola hacia él. Ella se resistió y Brett prácticamente la levantó, hasta que quedó sentada a horcajadas sobre sus caderas. Brett no gastó el tiempo con preliminares. Él la bajó de golpe sobre su polla y le ordenó—: Jódela.

Anne lo obedeció contenta. Sabía que Brett estaba cerca. Dios, ella también lo estaba, solo de mirarlos jodiendo, y lo que hizo con Freddy. Ella no necesitaba un ritmo lento. En cambio, se elevó y se bajó de golpe y con fuerza sobre su gruesa y dura verga con un grito de puro placer.

—Maldición, Anne —murmuró Brett—. Eres tan maravillosa. ¿Te gustó joderme con Freddy? ¿Te gustó mirarle llenándome de sus jugos?

—Ah Dios —lloró Anne, sintiendo los temblores empezando en sus brazos, piernas y sexo. Estaba allí, estaba allí, tan cerca.

—Puedo sentirlo, Anne —susurró él—. Esto está caliente y grueso y mojado. Lo quiero en tu coño, Anne.

—¡Brett! —gritó mientras se corría. Las convulsiones se sintieron como relámpagos por sus nervios. Estaba ardiendo, el placer era tan fuerte y tan asombroso. Vagamente, oyó a Brett llamándola, entonces se presionó con fuerza dentro de ella y pudo sentir el pulso de su polla cuando la llenaba, tal como le había dicho,

caliente, grueso y mojado, y otro temblor de relámpago pasó por Ana.

Ella no podría recobrar el aliento. Cayó hacia adelante sólo para ser agarrada por las manos de Brett. Él la sostuvo allí, siguió empujando sus caderas, empujes cortos y agudos, como si no pudiese parar. Su cabeza estaba sobre la cama, sus ojos cerrados, su boca abierta. Estaba perdida en la sensación.

Finalmente, con un estremecimiento, la liberó y ella se derrumbó contra su pecho. La abrazó, se elevaba y descendía con cada aliento que él tomaba.

—Bien —dijo Freddy silenciosamente a su lado—, definitivamente mereció la pena esperar.

Brett apenas podría emitir una risa débil y jadeante de debajo ella.

Anne se inclinó atrás contra Brett en la gran tina de cobre. El agua chapoteó por los lados y Freddy empujó una alfombra con el pie para absorber el agua. Entonces se inclinó en la silla había traído al lado de la tina y había substituido su pie sobre el taburete el que él había arrastrado.

—Tenemos que conseguir una tina más grande —dijo él ociosamente mientras que miraba a Brett salpicar con cuidado agua caliente sobre los pechos de Anne.

Anne cerró sus ojos feliz. Ella podría sentir el pecho fuerte y amplio de Brett contra su espalda, el pelo de su pecho mojado y deslizadizo y suave. Sus pezones eran duros y Anne se rió mientras recordaba su sabor en la lengua.

—Mmm —tarareó Brett en su oído. Ella pensó que estaba de

acuerdo con la declaración de Freddy, o solo el estar feliz. De cualquier modo, Anne hizo lo mismo.

El agua salpicó su cara y ella abrió los ojos para ver bajar la mano de Freddy en la tina y sus dedos que chasquearon el agua en ella.

—No te duermas —la advirtió él—. Yo todavía tengo que entrar.

Ana se rió perezosamente y lo salpicó.

—No lo voy a hacer. Solo estoy… —ella hizo una pausa, intentando encontrar la palabra correcta—. Feliz —concluyó ella con un encogimiento y una risa.

Detrás de ella, una sonrisita retumbó por el pecho de Brett y Freddy sonrió abiertamente.

—Puedo ver esto —le dijo Freddy.

—Bien —murmuró Brett en su oído, su mano le acariciaba su brazo suavemente.

Se quedaron silenciosos un ratito y Anne pensó en las recientes revelaciones de Freddy. Después de que habían hecho el amor, él les había dicho sobre el tío Ash y su padre, y su propia cuestionable paternidad.

—Desearía haber sabido lo de Jerome —dijo finalmente Anne, alcanzando la mano de Freddy—. Era mi hermano, y nunca tendré una posibilidad de compartir esto con él.

Brett suspiró.

—Estoy seguro de que fue difícil para tus padres y el duque no decirte todo, pero creo que era mejor mantenerlo en secreto. Si demasiadas personas averiguarían sobre ello, Jerome podría haberlo pasado mal, y Freddy también.

Anne apoyó su cabeza sobre su hombro.

—Tienes razón, desde luego —pasó un minuto en el que pensaron en los muchos secretos que conocían ahora—. Supongo que

yo debería haberlo entendido, sobre tío Ash y padre. Sabía que eran más que amigos, pero en mi inocencia, no reuní las pistas. Recordando el pasado, recuerdo tantas miradas compartidas. Y tantas veces las que mi padre le dijo a tío Ash lo hermoso que era. Y uno o el otro, hasta madre, saliendo de varios dormitorios vacíos, con un tartamudeo avergonzado —Anne se rió de esto—. Pensé que dormían la siesta —ella se rió—. Entiendo ahora cuanto perdió realmente mi madre en aquel accidente de carruaje.

Brett abrazó su cintura y besó su cuello, mientras que Freddy acarició su mano.

—Intentaré preguntar a mi madre sobre mi paternidad, pero tengo el sentimiento de que negará la verdad hasta su muerte —su pulgar acarició distraídamente la mano de Anne—. Tengo una idea de quién es mi padre, al menos, y esto es un punto de partida. La paternidad de Bertie siempre permanecerá en un misterio.

Anne se rió. Tenía un idea bastante bueno de quien era el padre del Bertie. La bondad de Reeves se explicaba ahora, y su obvia devoción a Bertie. ¿Cómo podría no haberse dado cuenta de la semejanza que había entre ellos? La parte emocional de Anne quiso decirle lo que sabía, y decirle que lamentaba que no fuese capaz de afligirse por la muerte de Bertie como debería hacerlo un padre. Pero la parte lógica sabía que Reeves no lo apreciaría. Ashton Park era su vida. Probablemente no permanecería si saliera a la luz que él había engendrado a Bertie. Esto era tan triste. Pero Anne se aseguraría de tratar a Reeves con el respeto que merecía hasta que estuviese listo para dejar el servicio, y luego haría que Freddy le diese un más que generoso estipendio.

Anne comprendió que planeaba un futuro con Freddy.

—¿Qué pasa, Anne? —preguntó Freddy, cogiendo su mano. Ella alzó la vista con sorpresa. Él se rió—. Tenías una mirada muy rara en

la cara.

Anne se puso de repente muy nerviosa.

—Solo pensaba en el futuro —se paró, intentando encontrar un modo de decir lo que sabía que tenía que decir—. Sé que debes casarte, Freddy, y quiero que sepas que no tengo nada contra ti.

Brett se congeló.

—Continua —dijo Freddy con voz neutra.

Anne se mordió el labio.

—Te amo, Freddy, y sé que me amas. Pero sabemos que no soy conveniente para casarme con el Duque de Ashland. Tu título es uno de los más antiguo de Inglaterra, y tu riqueza, es inimaginable. No fui hecha para ser una duquesa. Debes pensar en la responsabilidad que tienes para el título, Freddy, en tu línea.

—Si quieres casarte con Brett, Anne, sólo tienes que decirlo —dijo Freddy silenciosamente, pero Anne podía oír tanto pesar como entendimiento en su voz. Ella agarró su mano.

—No, Freddy. Quiero decir, sí. Ah señor, es tan difícil. Solo intento decir que sabemos que tienes que casarte algún día, y sabemos que no te puedes casar conmigo. Esto complicará cosas, pero quiero que sepas que siempre te amaré y nunca te alejaría.

Brett se burló detrás de ella.

—No seas la mártir, Anne —él la empujó y recogió su mano libre en la suya—. Desde luego que te vas a casar con Freddy.

—Brett, si ella prefiriere casarse contigo, entonces eso haremos —Freddy sonó estoico.

—Ahora no hagas tú de mártir —dijo Brett exasperado.

—Encuentro esto muy interesante, Brett Haversham, *que tú* nos sermonees sobre el martirio —comentó Anne irónicamente.

—Entérate, entérate —estuvo de acuerdo Freddy.

Brett sonrió abiertamente, con vergüenza.

—Mi pasado me hace sumamente conveniente para dar una conferencia sobre ello —Freddy resopló—. ¿Freddy, te casarás con alguien más si me caso con Anne?

La respuesta de Freddy era inmediata y enfática.

—No.

Brett le dio la mano, como si para él el asunto hubiese acabado. Pero no para Ana.

—Lo dices ahora, y probablemente lo crees, pero si no piensas en el título, lo haré yo. Él debe casarse con alguien más conveniente.

—*¡Deja a Roma derretirse en el Tiber, y el amplio arco, que llame la caída del imperio! Aquí está mi espacio* —citó Freddy. Mirando a Anne, le dijo— Antonio y Cleopatra, Acto primero, escena primera —suspiró—. Anne, el título no significa nada, comparado contigo y Brett. Y no olvidemos lo que aprendimos. Soy un mestizo en el trono de los Ashland, la prueba positiva de que la buena crianza no es una exigencia para el título.

Anne no había considerado las ramificaciones de esto. Pero los hechos sostenían su argumento. Ah Dios, se sentía débil. ¿Podría hacerlo? ¿Realmente podría ser la Duquesa de Ashland? Su estómago se sacudió y tuvo escalofríos.

— ¿Dios mío, no estarás enferma, verdad? —exclamó Brett, medio elevándose de la tina.

Freddy se rió.

—No, Brett. Ella solo siente lo que siento yo, cuando me despierto cada mañana. El sentimiento de *Dios mío, soy el Duque de Ashland*. Te marea un poco.

Brett la arrastró despacio en su regazo hasta que se sentó a horcajadas sobre sus caderas y sintió su dura polla contra su sexo. Ella se derritió entre sus brazos, pero quiso asegurarse de que ambos hombres entendían lo que sostendría su futuro.

—¿Y qué pasa si nuestro primer niño tiene el pelo negro y hermosos ojos negros? —murmuró Anne contra los labios de Brett.

El agua chapoteó otra vez, mientras Freddy se metía en la tina, detrás de Anne. Se apretó contra ella y besó su cuello.

—No puedo pensar en nada más dulce que un pequeño Haversham para sucederme —contestó Freddy suavemente.

Anne sintió la risa de Brett contra sus labios.

—No hay tal cosa como un pequeño Haversham —murmuró él con un empuje de sus caderas. Freddy resopló, riendo detrás de ella y Anne sonrió abiertamente.

Brett la besó suavemente y se retiró para reírse de ambos.

—¿Si eres la duquesa —dijo él, mirando a Anne— y tú el duque —dijo mirando a Freddy por encima de su hombro —estoy quedando como un idiota?

—Ahora sí eres un idiota —le dijo Anne, intentando no reírse aunque se sintió un poco sensible por ser llamada duquesa.

—Sólo por el amor, querida —la aseguró Brett con otra sonrisa burlona—, sólo para el amor.

EPÍLOGO

19 de junio de 1812

Mi querida Anne,

Lo siento muchísimo, querida. No pensaba morir cuando te besé despidiéndome y crucé de un salto a la guerra. ¿Me perdonarás una última vez por otra locura equivocada?

Anne, debes saber que eres la mejor amiga que alguna vez haya tenido. No tengo un recuerdo feliz de mi vida antes de la guerra que no te incluya. Te amaba como un hermano cuando éramos niños, como una mujer cuando yo era un hombre, y como una amiga, siempre. Sepas que con mi último aliento te amé, Ana.

Mi único deseo es que seas feliz. Mereces la felicidad. No gastes tu vida afligiéndote. ¡Qué pensamiento tan tonto! Probablemente te rías, ya que los dos sabemos que no está en tu naturaleza languidecer en la miseria, gracias a Dios. Esta es la razón por la cual eres la única mujer que alguna vez he sido capaz de tolerar.

Me preocupa como Brett tomará mi muerte, Anne. Has estado con nosotros a través de todas estas terribles experiencias, y sabes en el amigo verdadero que se ha convertido. Deseo fervientemente su felicidad como deseo la tuya, Anne. Te pediré un favor más antes de que deje el mundo mortal. (Si un hombre no puede ser dramático en su trágica carta de despedida a su amor, entonces no sé cuándo puede). Por favor cuida de Brett por mí, si él te deja. Es tan malditamente obstinado. Pero te dejaré averiguar esto por ti misma.

Mentí. Tengo un favor más que pedirte. ¿Dónde infiernos esta Freddy? Debes curiosear debajo del pulgar de la duquesa, Anne. Él

tiene más potencial que todo el resto de nuestros Thornes combinados. Fuiste la primera muchacha que él alguna vez amó, ¿sabías esto? Él estaría mortificado si supiera que yo sabía eso, entonces no se lo digas. Pero realmente, Anne, si alguna vez necesitas algo, ve con Freddy. Ah, supongo que Jerome lo manejaría por ti, pero él esta abrumado por la responsabilidad de ser duque porque creyó todas las tonterías que ellos metieron en su cabeza cuando era joven. Pero Freddy es la clase de tipo quien se quitaría la camisa para dártela si sólo puedes encontrarlo.

No puedo pensar en nada más que quiero que sepas. Toma esto exactamente como suena, y no escuches a lo que nadie te diga después de que me valla.

Cristo, ya te echo de menos.

Tu Criado completamente fiel,
Bertie

21 de septiembre de 1817
***Mi Querida Anne**,*

Te doy estas cartas como un regalo de boda. Espero que sean suficiente. Ves, nunca parecían suficientes cuando yo las escribía. Había siempre más que quería decir, pero no podía ponerlo en palabras, y las cartas parecían frías y planas e inadecuadas para ser vistas por ti. Por lo menos es mi recuerdo. No las he leído desde que las escribí, y no lo haré ahora. Son el pasado, y hoy me dedico al futuro.

Anne, no me juzgues severamente por estas cartas. Amé a Bertie con una devoción por lo general reservada para un hermano. Mis sentimientos por ti siempre parecían una traición hacia él. Comprendo ahora que él nunca los habría visto así, de verdad, él me dijo en su última carta que conocía de mis sentimientos y quería que yo cuidara de ti. Lamento que el idiota no me lo hubiera dicho entonces.

Agradeceré a Dios, y a Bertie, cada día por el resto de mi vida. El amor y la amistad de Bertie me dieron a ti, Anne, y a Freddy, y esta vida a la que amo tanto. ¿Sabía él de ese día fatídico, me pregunto, sobre qué pasaría?

Todo lo que puedo hacer ahora es decirte que en tu amor, Anne, y en el amor de Freddy, he encontrado al hombre que siempre quise ser. Estas cartas son parte de aquel viaje.

Tu tonto, completamente fiel,
Brett

Anne dobló las dos últimas cartas y los guardó en el pequeño, cofre de joyas que Freddy le había dado como regalo de boda expresamente para guardar estos preciosos recuerdos. Ella limpió sus lágrimas y puso el cofre sobre su neceser. Después de comprobar su aspecto dio vuelta para dejar el dormitorio. Una risa desde el jardín debajo de su ventana llamó su atención y caminó para mirar abajo.

Freddy y Brett estaban allí de pie, la luz del sol que destellaba de sus cabellos oscuros. Freddy dijo algo y Brett devolvió su cabeza y se rió y Freddy se rió con él. Ellos estaban tan felices, tan enamorados. Y Anne también. Ella echó un vistazo más allá de ellos y

vio a los invitados de la boda andar alrededor de los hermosos jardines. Su mirada fija fue devuelta a sus dos amores y ellos saludaron cuando la notaron en la ventana y la llamaron para que se uniera a ellos. Ella saludó y rió.

Bertie, mi amor. Gracias.

Gracias por todo lo que nos has dado.

FIN